LIBROSMÉXICO.MX

Ensayos
y artículos escogidos

LIBROSMÉXICO.MX

Primera edición en Cien de México: 2014

Producción:
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones

D.R. © 2013 de la presente edición
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Paseo de la Reforma 175
Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición
son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del Conaculta

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la
fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por
escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las
Artes /Dirección General de Publicaciones

ISBN 978-607-516-485-4

Impreso y hecho en México

CONACULTA
Dirección General
De Publicaciones

LIBROSMÉXICO.MX

Justo Sierra

Ensayos y artículos escogidos

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

NOTA EDITORIAL

Todos los textos de esta selección de artículos y ensayos fueron tomados de las *Obras completas* de Justo Sierra, publicadas en 1948 por la Universidad Nacional Autónoma de México bajo la dirección de Agustín Yánez. Esta edición cuenta con nuevas notas.

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

Varios

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

DE MÉXICO A TOLUCA. IMPRESIONES DE VIAJE EN UN TREN DE PRUEBA*

I

Provisto de dos invitaciones, una del señor Sullivan, para recorrer en un tren de prueba el camino de fierro entre México y Toluca, concluido el día anterior, y otra del señor Fuentes y Muñiz, convidando a comer en Toluca, en nombre del gobernador del Estado de México y de algunos distinguidos vecinos de la capital, nos dirigimos a la estación de la Ciudadela el 5 de mayo, antes de las seis de la mañana. Dos cómodos y lujosos vagones de siesta (*sleeping cars*) y una plataforma entoldada componían el tren elegantísimamente ataviado con festones y banderas tricolores, desde la máquina hasta la plataforma, y en cuya parte posterior, íbamos a decir la popa, flotaba un magnífico pabellón mexicano con las iniciales de la Compañía Nacional Constructora.

Los señores Sullivan, gerentes de la empresa; Buchanan, ingeniero en jefe; Méndez, abogado general; Ibarrola, inspector de la línea, y comisarios del gobierno en la Compañía, acompañando al señor Fuentes y Muñiz, que representaba al gobierno del estado, recibían en las puertas de la estación a los invitados. Pocos eran éstos; todos

* *La Libertad*, México, 9, 10, 16 y 23 de mayo de 1882.

LIBROSMÉXICO.MX

fueron atendidos con exquisita amabilidad y cortesía: el señor secretario de Fomento y su simpática familia; el señor general Riva Palacio; los señores Justo Benítez y Simón Sarlat, senadores por el estado; los diputados Enríquez Gumersindo, Peña Diego y algún otro que no recordamos; el señor Velasco, jefe de la sección 3a. de la Secretaría de Fomento y su distinguida esposa; los señores Mancera; general Loera Zambrano; licenciado Anda y Siliceo; Pritchard, secretario de la Compañía; doctor Govantes y algunos ingenieros de la misma, tomaron, con las personas al principio mencionadas, asiento en los coches; la máquina dejó escapar un agudo silbido, se izó la bandera nacional, y el tren partió a las seis.

Nos habían dicho que en la parte provisional y en la aún no concluida del camino, había serios peligros; las aves de mal agüero no faltaban en México: una catástrofe era inminente. ¿Alguno de los que íbamos en el tren se acordó del peligro? Nadie. En primer lugar, porque la confianza en el eminente ingeniero que conducía la expedición era absoluta; el señor secretario de Fomento dio de esta confianza una de esas pruebas que obligan eternamente la gratitud de todos los hombres de corazón bien puesto, y que los directores de la Compañía recibieron con profunda emoción: llevó consigo a su esposa y a sus hijos. ¿Quién, al ver a aquella dulce y simpática señora, tan tranquila, tan valiente; a aquellos niños amables, alegres y contentos como si jugaran en el jardín de su casa, instalados en la plataforma para palpar mejor la audacia infinita y el gigantesco trabajo de los constructores de la línea, podía mostrar miedo ni recelo? En segundo lugar, porque no había tiempo ni espacio para el miedo. El espectáculo que a nuestra vista se desarrollaba, como la inmensa tela de su cuadro mágico, embargaba el pensamiento y dejaba a la imaginación vagar sin rienda por los accidentes de aquel panorama sin fin.

Traspuestos los últimos ondulosos términos del valle de México, la ascensión comienza y una cadena de tajos, de puentes, de terraplenes pasmosos se sucede sin interrupción.

LIBROSMÉXICO.MX

Ahí está escrita con caracteres eternos la historia del esfuerzo humano para vencer el obstáculo que le salía al encuentro en forma de montaña, de barranco, de torrente; las montañas parecen partidas con el hacha de un titán; las barrancas han sido salvadas haciendo bajar a ellas colinas enteras, quitadas de allá y puestas aquí en forma de terraplenes; y los torrentes y riachuelos impetuosos de la serranía lamen mansos e ignorados los pies de fierro de los estribos de los puentes.

Líbreme el cielo de la pretensión de describir aquel camino de águilas; los grandes espectáculos de la naturaleza se sienten, no se traducen. Un poeta, un gran poeta, uno de esos asombrados confidentes de la creación, sólo podría transmitir la emoción sublime que se siente ante lo grande, con uno de esos inspirados gritos que estremecen las cuerdas de una lira, las fibras de un alma, hasta romperlas; pero un pobre cronista pedestre como yo tiene que contentarse con decir a vuelapluma sus impresiones y que concretarse a resumirlas en esta frase: "Id a ver".

Nos son familiares las primeras decoraciones de la serranía que separa los valles de Toluca y México; al penetrar en el corazón de las montañas es donde el paisaje comienza a desplegar su grandiosidad salvaje; a uno y otro lado del camino, en los estrechos y tortuosos lechos de los grandes torrentes están sembradas las montañas, que se ven levantarse desde su base hasta tocar la región de las nieves, vestidas por tupidos bosques de coníferas, embalsamando el aire con los penetrantes aromas de los árboles y dejando ver por entre las cimas coronadas de pinos, otras y otras montañas que en escalones inmensos se retiran hasta los confines del cielo. Todo es allí interesante, desde la obra inconscientemente ingeniosa del agua en las colinas gredosas, desmoronándolas, llenándolas de caprichosas grietas, convirtiéndolas en órganos altísimos, en fantásticas catedrales, en estalagmitas de barro amarillento y triste, hasta la roca basáltica o granítica de los tajos, que presenta a los ojos asombrados una sucesión infinita de facetas apagadas, de cortantes aristas de mármol,

LIBROSMÉXICO.MX

que se descubren por debajo de la epidermis vegetal, como fragmentos maravillosos de la osamenta del globo.

La vía férrea, sorteando montañas y salvando abismos, se desarrolla como una serpiente de fierro por aquella escalinata del cielo. A veces la obra humana se muestra tan atrevida como la de la naturaleza; así en el formidable puente de Dos Ríos. ¿Formidable, decimos? No es esa la expresión. Hicimos detener el tren, bajamos por los lados de la profunda barranca, y aquella maravilla de fierro surgió a nuestra vista en toda su elegancia soberbia. Francamente aquello parece una calaverada sublime: unas cuantas AA truncadas en los vértices, unidas por varillas delicadas, como fibras, sirven de soporte a la vía, que se desenvuelve sobre ellas como un enorme teclado, y bajan a descansar a 20 metros sobre unos zócalos esbeltos de piedra bruta. Parece aquel puente pintado en el aire por un pincel caprichoso; su esbeltez le da un carácter femenino, sensible, nervioso; el tren pasándole por encima, tiene no sé qué aire de brutal forzador...

Entramos después al llano de Salazar, subiendo por un larguísimo túnel; después de él vienen las obras provisionales: intrincados laberintos de rieles y durmientes; esqueletos extraños que suben desde el fondo del precipicio a buscar, como con las puntas de sus dedos de palo, el nivel de la vía, a manera de temerarios equilibristas; allí se puede aprender cómo se hace una vía provisional; la inseguridad inherente a las obras de esta especie está atajada y disuelta en una multitud de puntos, como el rompeolas dispersa y convierte en átomos de espuma una montaña de agua precipitada por el huracán.

Jadeando subían las máquinas aquellas agrias pendientes, que a veces alcanzan el máximum permitido por la ley; las máquinas mejor articuladas de Ferly se adaptarán mejor a aquellos accidentes. Nuestra mirada vagaba distraída y atónita por las cimas; a veces la ondulación de aquellos perfiles lejanos se interrumpía bruscamente como por un hachazo: era un tajo por donde había pasado o debía pasar nuestro tren; de improviso aquí, debajo de nosotros, saliendo de sus tocas de neblina, apenas disueltas en rocío por los rayos del

LIBROSMÉXICO.MX

sol que levantaba al fin del primer cuarto del meridiano su fulgurante patena de oro, el pueblo de Ocoyacac tendía sus azoteas y las puntas de sus campanarios bajo los enhiestos taludes de la vía; bajábamos a aquella población extensísima, en alas del vendaval; el camino hace una inflexión atrevida como si quisiera besarla, y se levanta de nuevo sobre ella, dejando empequeñecerse en una fuga fantástica casas, iglesias, chozas, sembrados, que un minuto después de mostrarse con maravillosa precisión se esfuminan con vertiginosa rapidez en el horizonte. ¡Pero qué horizonte! No es uno solo, sino una superposición de horizontes; acá y allá rompe aquel cerco azuloso y vago, una saliente abrupta; por ahí la vista se escapa y un valle sucede al otro en una extensión que parece prodigiosa; se siente el vértigo, la atracción punzante y voluptuosa de la inmensidad ante aquella enorme grieta de las montañas, en donde cabría alguna nación de Europa; sembrada de pueblos, que recortan en una especie de crepúsculo blanquecino las siluetas de sus torres y los perfiles de sus caseríos. Sobre aquella extensión cuyo límite no alcanza la vista, corre como áureo río sin bordes y sin sombras la luz que baja de los cielos, como el Ganges de los mitos índicos, bañándolo todo, coronándolo todo de fuego y de pedrería, lo mismo la humilde estipa del arbolillo que la aldea lejana, que parece una isla de esmeralda balanceándose sobre las olas.

Bellísimo: apenas nos reponíamos de aquella poderosa emoción y ya pasábamos por el fangoso charco que forma el Lerma, casi al nacer, y por donde

> ... niño todavía,*
> corre desnudo de la regia pompa
> que lo acompaña hasta la mar bravía.

* Justo Sierra cita de memoria. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Como ha dicho Altamirano en su divina "María". Y después, un mar de nacientes maizales; era el valle de Toluca, y luego otro mar de gente, que todo lo ocultaba, todo lo llenaba, coronando las alturas, colgando de los árboles, haciendo irrupción en la llanura, poblando el cielo de vivas y aplausos. Habíamos llegado.

II

Eran las once. El sol caía a plomo sobre nuestras cabezas, sin respetar la reputación de señora fresca que tiene Toluca. Pero ni el calor, ni el polvo de oro que nos ahogaba prosaicamente, ni la presión ejercida sobre la extensa superficie de nuestro cuerpo por las corrientes humanas que de todas direcciones afluían hacia los vagones, fueron capaces de disgustarnos. Superior a estos menudos contratiempos era la sensación producida por el aspecto de aquella multitud en que la tonalidad blanca que resultaba de los trajes de nuestras clases populares dominaba, dando a aquel mar humano reflejos acerados. Perdidos entre aquellas olas y a merced de ellas, porque la comisión de recepción había sido tragada por la multitud, y, Nuevo Jonás, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para salir del vientre de la ballena; observamos a nuestro sabor las fisonomías que se sucedían ante nosotros en "óptica ilusoria", con el objeto de sorprender en ellas algún rasgo de indiferencia. Era imposible; aquella muchedumbre tenía una sola alma, un solo sentimiento que venía a los labios en gritos atronadores y que hacía prorrumpir en un aplauso inmenso a 20 mil personas.

Viejos, niños, ricos, pobres, hombres, mujeres; Toluca entera estaba allí. Había arcos de triunfo, músicas, banderas; yo nada podía ver, yo nada vi más que gente, y gente, y gente. Por fin, algunos puntos de aquella multitud tomaron a nuestros ojos vida y personalidad distintas; eran los señores de la comisión de recepción que, luchando con mil obstáculos, nos instalaron en coches y nos hicieron partir.

LIBROSMÉXICO.MX

El señor gobernador Zubieta nos esperaba en su casa. Éste es un abogado cuyo rostro amable e inteligente previene desde luego en su favor. Después de las presentaciones de oficio, descansamos algunos minutos y nos dirigimos al hospicio, donde debíamos comer. En este hermoso edificio estaba dispuesta la mesa en un espléndido salón adornado con muchísimo gusto.

A pesar de los numerosos paquetes de sándwiches que regados con cerveza y coñac habían circulado en los coches durante el viaje, el aire vivaz de las montañas había mantenido a alta presión la caldera estomacal y teníamos hambre; el general Loera convenía en ello con profunda convicción. Un estremecimiento, enteramente ajeno a las relaciones que guardan con el sistema nervioso las funciones mentales, se propagó desde la médula espinal a todo nuestro cuerpo cuando el sabroso humillo de la sopa empezó a competir con el perfume de las flores; una vez sentados en la cabecera de la mesa los señores Pacheco, Riva Palacio, Quaglia (el simpático gobernador de Morelos), Sullivan, Buchanan, a quienes hacían frente los señores Fuentes y Muñiz, Zubieta, Carbajal, etcétera, comenzó el festín.

Toconos en suerte estar cerca de algunos estimables diputados del Estado de México al Congreso de la Unión, y de un tremendo "soldado del tirano", como él se llama a sí mismo, Joaquín Verástegui, tipo caballeresco que parece salido, el estoque en la mano y el requiebro en la boca, de una comedia de capa y espada de don Pedro Calderón, y de Juan M. Zambrano, otro valiente calavera, que parece que ya está de vuelta del país de las ilusiones y de las aventuras.

Desde los primeros minutos la animación y el contento estallaron en chispeantes conversaciones, en risas que recorrían la mesa entera como una corriente eléctrica, y en choques de copas y de botellas; rumor entusiasta de alborozo y de júbilo, por entre cuyo *crescendo* perenne se abrían trabajosamente paso algunas ráfagas de armonía que partían de los dos patios vecinos, en donde ejecutaban, alternativamente, bonitas piezas dos bandas de música. Se había llegado a la mitad del menú, que parecía dispuesto por un hada con objeto de

LIBROSMÉXICO.MX

provocar la caída de los mexicanos en el quinto pecado capital, cuando empezaron los brindis.

De buena gana los insertáramos todos en nuestra crónica, tan notables y elocuentes nos parecieron. La juventud toluqueña rompió el fuego. ¡Cuánto talento, cuánta facilidad de decir, cuánto instinto poético hay en estos herederos de la generación que salió antaño de manos de Sánchez Solís y de Ramírez, para ocupar los puestos de honor en la falange liberal! Un joven doctor Campos pronunció un verdadero discurso, sembrado de pensamientos nobilísimos, de frases entusiastas, realzadas sobre un fondo correcto y galano a maravilla; siguiole un poeta muy joven también, el señor Villarello. ¡Qué bellas estrofas, qué valentía de imágenes, qué profundos latidos de sentimiento y de ternura marcaban el ritmo sonoro de la décima calderoniana en aquella composición, aunque larga, demasiado corta para nuestro apetito musical! Un amigo nuestro, un cubano cuya mano no habíamos vuelto a estrechar desde aquellos inolvidables primeros días de la emigración de la juventud de la isla en México, en que dábamos llorando el postrer adiós a Juan Clemente Zenea y estrechábamos sobre el corazón a nuestro Alfredo Torroella; el señor Zambrano emitió, con motivo de aquella fiesta de civilización y de paz, algunos bellísimos pensamientos y dio en nombre del gobierno del estado la bienvenida a los huéspedes de un día.

En seguida Juan B. Garza, el inspirado y admirable poeta, con quien nos une larga y entrañable amistad, dijo estos versos:

LIBROSMÉXICO.MX

Al llegar a Toluca
El primer tren de la vía férrea

Al señor licenciado José Zubieta

Homenaje

¡Oh, patria de mi amor, patria querida!
Seca en tus ojos el amargo llanto,
Olvida tu rencor, tu pena olvida,
Y en tu alma al placer dando cabida,
Levanta, patria, tu glorioso canto.
Pasaron ya las horas
Del desaliento y luctuoso duelo,
En que, como un presagio de la muerte
Vapor de sangre oscureció tu cielo;
En que horrible alarido de venganza,
Hirió el espacio, estremeció la tierra,
Mientras iba en tus campos la matanza
Conducida en las alas de la guerra;
Y en que tú, cual cadáver evocado
Del fondo de un sepulcro,
Pálida, demacrada, vacilante,
Te mostrabas de pie entre las ruinas,
Llevando, como el mártir, en la frente,
Tu corona de espinas.

Esas horas pasaron. Hoy, señora,
Cuando en el cielo espléndido y sereno,
La luz del sol el horizonte dora,
Caen los rayos de la tibia aurora,
Como besos de amor sobre tu seno.
El eco del cañón ya no retumba

LIBROSMÉXICO.MX

En los valles que guardan tus montañas,
Ni ofreciendo a tus hijos ancha tumba
Abre otra vez la tierra sus entrañas;
La gloria te sonríe; en tus campiñas
Entreteje la paz con los rosales
Coronas y guirnaldas con que ciñas
Tus sienes inmortales.
Ya la hora sonó de tu grandeza
En el cuadrante augusto del destino,
y el porvenir que a dibujarse empieza
Te convida a avanzar en el camino.
Adelante, mi patria, es el momento
De mostrarte sublime;
Hoy que ya no te abates bajo el yugo
De la desgracia, ni tu pecho gime;
Hoy que no es la discordia tu verdugo;
Hoy que el trabajo bienestar te brinda;
Hoy que ya no consientes que se rinda
Tu orgullosa altivez, bajo otro peso
Que el que sientes ¡oh patria!, que te oprime,
Sosteniendo en tus hombros al progreso.

Hay algo santo en verte
Como una diosa levantarte erguida,
Donde miserias esparció la muerte,
Sembrando el germen de la nueva vida.

¿Qué te falta?, ¿lo ves? El pensamiento
Roba al cielo su rayo; en él se lanza,
Y más veloz que el impetuoso viento
Corre, y al tiempo en su carrera alcanza;
Y de Franklin y de Morse bajo la égida
Avanzas del progreso en la pelea,

LIBROSMÉXICO.MX

Sin el vano temor de ser vencida,
Porque sabes, mi patria, que te cuida
El santo escudo del Señor, la idea.
Ya nada te detiene,
La dicha que tu espíritu ambiciona
Y que la paz benéfica te trajo,
Es hoy el poema épico que entona
El acento robusto del trabajo.
Ante su esfuerzo, quebrantada siente
Naturaleza indómita su saña;
El suelo tiembla y su soberbia frente
Inclina, como sierva, la montaña;
Y aunque el abismo con orgullo intenta
Detener en sus bordes su heroísmo,
Sobre esos bordes él arroja el puente
Victorioso quedando del abismo.
Otra vez a su paso se coloca
La gigantesca mole de granito;
Pero él entonces con audacia loca,
Abre el profundo tajo
Y por el seno de la dura roca
Una entrada triunfal hace el trabajo.

De esas victorias hoy eres testigo,
Hoy que el progreso con amor profundo
Te viene a bendecir y está contigo;
Hoy que empiezas a unirte con el mundo
Por esos lazos que la ciencia crea,
Uniendo a las naciones mientras puede
Unir también al hombre por la idea.

Vosotros sed benditos,
Los que supisteis con heroico empeño

LIBROSMÉXICO.MX

Realizar de mi patria
El más hermoso y encantado sueño.
Mientras cruzando audaz nuestras llanuras
El monstruo del progreso nos asombre
Ése el templo será de vuestra gloria,
En tanto que esculpido en la memoria
Quedará para siempre vuestro nombre.

Juan B. Garza
Toluca, 5 de mayo de 1882.

Aún no cesaban los calurosos aplausos que acogieron la bella composición de Garza, cuando el licenciado Gumersindo Enríquez brindó por los dos grandes iniciadores de la obra: un patricio ilustre, don Mariano Riva Palacio, y un ferrocarrilero de genio, don Santiago Méndez. Los que conocen la sorprendente facilidad de expresión que caracteriza al diputado Enríquez pueden figurarse lo elegante, lo sentido, lo noblemente serio de aquel brindis, acogido con inmenso entusiasmo. Tocó su turno al señor Fuentes y Muñiz; si alguno gozaba infinitamente en aquella fiesta fraternal, era ese incansable colaborador del señor Riva Palacio, padre, en la iniciación del pensamiento que acababa de realizarse; ese hombre que, bajo la corteza del financiero y del hombre de números y negocios, guarda un corazón puro y valiente que vibra como una lira al contacto de todo sentimiento generoso, de toda levantada aspiración, de todo pensamiento grande.

Este Fuentes y Muñiz íntimo, en aquel día de júbilo de su adorada Toluca, se dejó ver, sorprendiendo a los que no lo conocían; allí en su hogar, entre sus hermanos, su voz envuelta en sollozos fue a herir las almas evocando la sombra de Riva Palacio, el padre del estado, de quien era digno hijo el ilustre repúblico, cuyo nombre iba mezclado a todo cuanto de grande se había hecho en el país en la

LIBROSMÉXICO.MX

última década, y a cuyo cariño tenía tanto derecho el Estado de México. Este *toast* respondía a uno que nos había conmovido a todos en la risueña y bromista boca del general Riva Palacio.

"Me considero como una piedra inútil en el camino del progreso", había dicho el general; y después de volver la vista al pasado con profunda tristeza, de haber considerado el porvenir con melancólico amor, había cerrado su corta arenga con algunas frases de elocuencia penetrante dirigidas a aquella tierra toluqueña, que consideraba como suya y en donde se sentía rodeado de tanto cariño y de tanta simpatía.

Después de otros brillantes *toasts* de los señores Carbajal, Mancera, Ibarrola, Río Seco, un joven ingeniero chileno que brindó por la América unida y hermana, en frases palpitantes de entusiasmo, el señor secretario de Fomento cerró la primera serie de brindis con uno por el Estado de México, por el Presidente de la República y por el general Riva Palacio, a quien llamó el iniciador de la gran era del progreso en que el país había entrado definitivamente.

La compañía Sullivan había sido tan ardientemente felicitada en todos sus discursos, que Mr. J. Sullivan se vio precisado a contestar: lo hizo con la facilidad de expresión y el genio humorístico que caracterizan sus alocuciones; Pritchard, el gran Pritchard, dando al aire como dos banderas orladas de plata sus fantásticas patillas y agitando a una altura colosal sobre el nivel del mar una copa de champaña, tradujo y glosó aquel brindis en medio de atronadores aplausos; luchando con dificultades capaces de abatir la voluntad más enérgica, Mr. Sullivan había cumplido su palabra de estar el 5 de mayo en Toluca; allí empeñaba solemnemente la de unir a Toluca con el Pacífico; la cumpliría también. El señor Méndez dedicó frases de profunda admiración al pueblo de Toluca, objeto del amor sin límites del señor Riva Palacio, padre; a las valientes señoras que con tanta confianza nos habían acompañado en el viaje, y a las damas toluqueñas que tanta alegría y entusiasmo habían manifestado al recibirnos.

LIBROSMÉXICO.MX

Sorbimos unos tragos de sabroso café, y mientras nuestros compañeros elegían alojamiento en las casas de los particulares que con imponderable cortesía se las brindaban a porfía, el que esta crónica escribe se dirigió a la casa de una excelente amiga del general Riva Palacio, en donde a él y al cronista habían preparado alojamiento. ¡Ah! Si hace cuatro mil años no se hubiera inventado en el celeste imperio aquel sabio proloquio: "Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija", esa tarde yo lo habría inventado.

III

La primera impresión que produce Toluca es buena; pero la segunda es mejor: sus calles limpias, sus casas frecuentemente bonitas, y más que bonitas, algunas; sus larguísimos portales, sus edificios correctos y hermosos, producen un efecto total por extremo favorable, al célebre emporio de los chorizos y jamones. Verdad es que al cruzar por algunas calles hieren los nervios olfativos ciertas emanaciones porcinas que obligan a recordar con tristeza los olores vivaces y puros de las convecinas montañas; pero en manos de los toluqueños está el remedio de tamaño mal: expúlsense las zahurdas del centro y oblígueselas a montarse a la moderna, y esta mancha asquerosa en el vestido de reina de la ciudad montañesa desaparecerá. Esto es obra del tiempo: el movimiento que en aquella comarca va a crear el paso de la vía férrea será parte no pequeña para apresurar esta transformación.

Desde nuestra llegada a Toluca, la buena suerte nos deparó un cicerone incomparable: el señor licenciado Zamora, presidente del Tribunal de Justicia del Estado y de la Junta de Beneficencia Pública. Hombre cuya fisonomía revela uno de esos fondos de bondad limpia y pura como el agua de roca, un entusiasmo tranquilo, pero inacabable por el bien, por el progreso de su tierra natal. El señor Zamora es uno de esos ciudadanos, no tan raros en nuestro país

LIBROSMÉXICO.MX

como lo suponen los pesimistas, que se consagran con alegría y sin esperar otra recompensa que la de su conciencia, a aliviar desgracias y a fomentar la mejora social. Es característico en hombres de tal temple el amor por la niñez, el celo por las instituciones escolares. Es natural: el carácter paternal del estado se manifiesta cuando cuida del niño y es feliz el pueblo que posee como representantes, como encarnaciones de ese deber social, hombres de espíritu noble y bueno, como nuestro amabilísimo cicerone.

Teníamos todavía en las manos el cepillo con que nos esforzábamos en volver a nuestras ropas el color primitivo, y ya el señor Zamora nos obligaba a visitar el amplísimo local del hospicio, sus cómodas y ventiladas habitaciones, y sus refectorios, cocinas, etcétera, perfectamente aseados y limpios. Aquellas excelentes condiciones higiénicas se reflejan en los rostros de los niños asilados, que respiran salud y contento.

Después del banquete fuimos a presentar nuestros respetos a la estimabilísima señora que nos ofrecía en su casa esa hospitalidad naturalmente noble y franca que ya no se practica entre nosotros, que conocieron nuestros padres y que se ha ido a refugiar lejos de la gran capital; esa hospitalidad no es como aquí, hija de la etiqueta social o del deseo de ostentar, sino de un sentimiento que los antiguos elevaron al rango de virtud; sólo delante de tanta amabilidad y deseo de complacer, puede comprenderse bien el sentido cordial y sincero de la vieja fórmula española de urbanidad: "ésta es la casa de usted", que en nuestros labios no es más que un ofrecimiento banal y mentiroso.

Cierto que en todo eso tenía influencia decisiva el talismán que yo llevaba, o mejor, que me llevaba a mí: el general Riva Palacio. Para los toluqueños, mi simpático amigo es la mejor obra de don Mariano Riva Palacio, que tantas obras buenas hizo en el estado. En la casa de la señora viuda de González vi, en resumen, el vivísimo sentimiento de gratitud y de amor que rodea en aquellas comarcas al nombre y al hombre.

LIBROSMÉXICO.MX

Cuando nos pusimos a las órdenes del señor Zamora, apenas nos quedaba una corta porción de la tarde disponible. Visitamos el Palacio Municipal, en construcción todavía, pero que ya revela en su elegante fachada, que no necesitaría más reforma que la supresión del zócalo del astabandera que descompone el remate; en su airosa y valiente escalera, en sus amplios salones, que será la casa más bella de Toluca; el Palacio de Gobierno, construido sobre los planos de ese pobre artista de genio que se llamaba Rodríguez Arangoity, apenas ayer bajado al sepulcro; desde los balcones del Palacio pudimos ver una parte del gracioso panorama de Toluca; los espléndidos cimientos y planta baja medio levantada ya de la futura catedral, cuya conclusión, por desgracia, se hará esperar tanto como la de la Catedral de Colonia, a juzgar por lo hecho y por lo que queda por hacer.

El sol declinaba ya cuando de Palacio salimos; la tarde tendía un melancólico velo gris sobre la ciudad, y la bruma desvanecía por dondequiera los términos lejanos del bello paisaje que circunda a Toluca. El bullicio había cesado en la parte de la ciudad que recorríamos, y en las calles solitarias resonaban nuestros pasos sobre el limpio enlosado como si fuera de noche, cuando los ruidos mueren y los vecinos duermen; éstos no dormían, no; en los balcones y ventanas asomaban los ancianos sus caras risueñas y satisfechas, saludaban con ternura a mi compañero de viaje, mientras las niñas nos seguían con sus miradas llenas de curiosidad y de luz.

Por desgracia, las iglesias junto a las cuales pasamos estaban cerradas, y no nos fue posible visitarlas; yo, que tengo verdadera pasión por el interior de los templos católicos en la hora crepuscular, porque en ellos puedo quedarme frente a frente con la soledad, sin que esto tome el carácter de sufrimiento intenso que en cualquier otra parte, sentí mucho la ocurrencia.

Me estaba entristeciendo; hasta mi compañero hablaba gravemente y el perenne bombardeo de sus espirituales bromas había ido acabando con la luz del sol; era, pues, una influencia atmosférica. Yo

LIBROSMÉXICO.MX

creo que sí; no sé, sin embargo, si la contemplación de una estatua del cura Hidalgo, situada en la plaza principal, hecha con tan buena intención como mal éxito, provocó en mi sistema nervioso un desequilibrio que yo no acertaba a restaurar. Es el caso que llegamos al asilo de niñas, medio cariacontecidos; pero la visita de aquel colegio en que el esfuerzo por mejorar la condición de la mujer se revela en todo, los interesantes trabajos de las asiladas, las caras sonrosadas e ingenuas de las niñas, la amabilidad de la directora, el aspecto limpio y sano de los dormitorios, el verdor fresco de los nogales y de las plantas floridas del jardín, todo eso contribuyó a tranquilizarnos.

Pero, ¡ah!, querido señor Zamora; ¿quién nos dijera que nos preparaba usted una negra traición? Por el fondo de una sala de aquel asilo lleno de vida pasamos al hospital; visitamos el nuevo anfiteatro construido según todas las reglas científicas e higiénicas; muy bien, pero teníamos prisa de salir; por aquí se suben los cadáveres, aquí se reciben, acá se lavan, en esta plancha se tienden, por aquí los recoge el sepulturero, nos decía implacablemente nuestro cicerone. Perfectamente, contestábamos, muy bien; pero la noche ya al caer nos parecía más fría y el cielo se desarrollaba sobre nuestras cabezas, negro y triste como un sudario. Bajamos; atravesamos con medroso paso los corredores siniestros y oscuros de aquel antiguo convento (El Carmen); de improviso nuestro guía empuja una mampara: un niño sollozaba llamando a su madre, y a estos sollozos hacían eco unos gemidos ahogados. Una ráfaga del dolor humano se escapaba por allí y azotaba nuestros rostros con un olor de fiebre y su humedad de lágrimas; ¡ay, ahora adivinábamos el porqué de nuestra tristeza! Era un presentimiento.

Después de charlar un rato con nuestros compañeros de viaje, todos enamorados de Toluca, a eso de las diez dimos algunas vueltas por el "portal", que es como el "zócalo" de México, un lugar de exhibición de las bellas e impresión para los pollos. La música era excelente, extraordinaria la animación; el techo oculto bajo una red de farolillos blancos parecía una ascua de oro, y bajo aquella luz

LIBROSMÉXICO.MX

intensa y pura, las lindas toluqueñas desplegaban sus proverbiales atractivos. Una de ellas, la encantadora y graciosa señora S. de C., y su amable esposo, hacían la revista de las damas y los caballeros. Así pasamos un rato delicioso.

Cuando a la medianoche nos metíamos debajo de las sábanas, la tristeza había huido; sólo una preocupación nos quedaba: ¿es un mito o una realidad eso que se llama el Nevado de Toluca?

—Mañana lo verá usted —me decía mi compañero.

—Pues hasta mañana.

IV

Y toda la noche, mientras el general Riva Palacio tarareaba sus canciones del tiempo de la campaña, a cual más erótica, yo daba vueltas entre mis mantas, pensando en la sorpresa que al día siguiente me iba a dar el Nevado, y en que, para castigo del orgullo humano y de la infatuación que a nuestro siglo han causado el vapor y la electricidad, la Providencia ha dispuesto que todo aquel que pase su día viajando en vagón no duerma de noche; así como ha dispuesto también que la literatura de los telegramas acabe con toda otra literatura; aunque está por inquirir si esto es castigo o beneficio.

No estoy cierto si rayaba el alba cuando me asomé al balcón; un cefirillo toluqueño, que aspiré con delicia porque era para mí un mensajero del Nevado, me dio un fresco saludo matinal; la luna, pálida de tanto desvelarse, retardaba perezosamente su vuelta a casa con visible intención de que el sol la sorprendiera en el cielo, sin estrellas, como si dijéramos, sin testigos:

La luna al ver al sol acorta el paso
y se quedan mirando frente a frente
un globo de oro y sangre en el oriente
y un globo de alabastro en el ocaso,

LIBROSMÉXICO.MX

que dijo Zenea, el poeta mártir. En aquel momento nos contentábamos con el globo de alabastro.

Descorrer el alba las cortinas azules de su cama y poner temblando de frío su desnudo piececito de color de rosa en la alfombra de escarcha del valle, fue todo uno. Entonces me volví todo ojos; busqué con ansiedad por los cuatro vientos del horizonte el lugar en que debería dibujarse el perfil elegante del Nevado. Nada, ¡ay de mí!, nada había más que montañas vulgares con sus grandes peinetas de pinos, en que el viento preludiaba como en las cuerdas de un arpa sus alegres canciones de primavera, y abajo, la "yerba que verdegueaba", de la propia suerte que en derredor del castillo del señor de Barba Azul.

Eran cerca de las seis cuando dejamos, a seguida de un opíparo desayuno, aquella hospitalaria casa, después de presentar nuestros respetos a la señora viuda de González, que hasta el último instante se mostró con nosotros admirable de cariño por mi compañero y de afectuosa atención conmigo. "Esta noble mujer, hoy sola y casi ciega —me decía el general cuando nos encaminábamos a la Lonja—, ha conservado, aquí y en México, amistades cordiales y profundas, porque su casa era el centro de donde partían el consuelo y el auxilio de cuantos sufrían por la causa de la independencia o de la libertad. Desde los jefes 'chinacos' en tiempo de la Intervención, hasta el señor Iglesias en tiempo de don Sebastián Lerdo, todos los perseguidos, todos los desgraciados han encontrado amparo y cariño en casa de Carlota. Por eso es tan querida."

El punto de cita de los viajeros era la Lonja; allí nos reunimos, y un cuarto de hora después el tren partía lentamente de la estación, saludado por "la crema" de la sociedad toluqueña, que nos había hecho el insigne honor de madrugar para darnos el último apretón de manos.

Ya estamos en marcha; la locomotora, como un caballo a duras penas contenido, cruza veloz el valle. Dos bizarras toluqueñas, que no quisieron ser menos que las mexicanas, nuestras compañeras del

LIBROSMÉXICO.MX

día anterior, la señora Solares de Crespo, que en mi última crónica tuve el honor de presentar a mis lectores, y su amiga la señorita Barbosa, gallarda flor del pensil toluqueño, venían con nosotros, de pie, en la plataforma empavesada como la tienda de campaña de un general victorioso. Encerrado en un vagón escuché durante un cuarto de hora las sabias contiendas económicas de los señores Riva Palacio, Benítez, Carbajal y su Pílades, el doctor Ortega Reyes, Enríquez, Mancera, y... no faltaba más que el maestro Guillermo Prieto, para que el septinomio financiero estuviera completo. Aquello era infinitamente sabio; Justo Benítez, que toda la vida se ha preocupado con los cambios que en la carta de Europa proyecta el príncipe de Bismarck, salía al encuentro del paneslavismo de Riva Palacio que, parapetado detrás de unos cuantos millones de monedas de níquel, sostenía contra Enríquez un fuego graneado, mientras como un buque blindado, don Antonio Carbajal entraba a la discusión haciendo estragos con los disparos de su artillería de grueso calibre. Es verdad que el blindaje de don Antonio era de diamantes, ¡y qué diamantes! Una constelación, a cuyo lado los topacios del doctor Ortega palidecían de envidia. ¡Ah, don Antonio!, usted abusó del camino de fierro; si hubiéramos ido en diligencia...

Aquella conversación era espantosamente instructiva; hui a la plataforma; un poco más y me "ensabio" para siempre. Y luego, tenía yo una misión delicada que sólo en la plataforma podía cumplirse: quería interrogar primero al horizonte y luego a aquellas lindas toluqueñas sobre la existencia del Nevado. ¿Para qué entristecer a mis lectores? ¡El Nevado!

El viejo Xinantécatl, cuyo aliento,
por millares de siglos inflamado,
al soplo de los tiempos se ha apagado,
pero que altivo y majestuoso eleva
su frente que corona eterno hielo
hasta esconderla en el azul del cielo,

LIBROSMÉXICO.MX

no mostraba ni frente ni corona. ¿Es un sueño de la infancia del señor Sánchez Solís, puesto en verso por Altamirano? No sé. ¿Podrá algún día despejarse para mí esta incógnita? Lo deseo ardientemente, porque aquel gigante que levanta más allá de la región de las nubes una taza de cristal colmada de agua, inmóvil lago de zafiro en que se mira el cielo, rara vez surcado por la sombra fugitiva del águila de los Andes mexicanos, era objeto para mí de ardiente simpatía, como lo son todas las cimas, lo mismo en la naturaleza que en la humanidad. Además de esto, me había dejado contar no sé qué titánicos proyectos que parten de la base poco poética, pero eminentemente utilitaria, de considerar el cráter lacustre del Xinantécatl como un enorme "tinaco" al servicio de Toluca y de su valle; ¡y es tan sencillo!, un barreno, una cañería tallada en la roca, ¡y qué riegos en las milpas, qué poca necesidad de bombas en la ciudad y qué ideal espléndido para la hidroterapia! Pancho Montesdeoca abandonaría los cuchillos que maneja con mano maravillosa, y los encantos que le brinda la aplicación del sistema de Lister, para ir a Toluca, seguido de un pueblo de enfermos, a distribuir entre millares de pechos y caderas las duchas del Nevado.

Por a + b, me demostraba la necesidad de la existencia de la tal montaña el inspector de aquel flamante camino, Ramón de Ibarrola, de cuya inteligencia y mala lengua poco tengo que decir a los lectores, porque todos le conocen y le quieren; conocerle es quererle. Entretanto, la vía férrea, ondulando sobre valles y precipicios, huía debajo de nosotros, como si el tren al correr estampara en el suelo la doble estela de acero de los rieles; viendo el camino desde popa, crece la admiración por la atrevida ejecución del trazo; no hay dificultad que no haya sido apurada, ni obstáculo que no haya sido vencido. En sentido inverso se desplegaba ante nuestra vista el espléndido panorama del día anterior. No me detendré en rehacer la descripción, a pesar de que podían hacerse un millar de ellas, sin desflorar siquiera la sorpresa soberana que causa en el ánimo aquel espectáculo; pero voy a hacer algo mejor; voy a copiar, de la cartera

LIBROSMÉXICO.MX

de viaje de Ibarrola, algunos apuntes sobre los trabajos ejecutados en el camino.

Partiendo de la estación de Tlatelolco, en dirección a Toluca, hay el siguiente número de puentes:

En el kilómetro 1, uno esviajado de fierro de 7 metros 924 de luz.

En el kilómetro 2, uno esviajado de fierro de 9 metros 143 de luz.

En el kilómetro 3, sobre el río Consulado, uno recto de fierro de 12 metros 191 de luz.

En el kilómetro 10, uno recto de fierro de 12 metros 191 de luz.

En el kilómetro 13, dos rectos de fierro de 12 metros 191 de luz.

En el kilómetro 14, sobre Río Hondo, frente a la fábrica de estampados, uno esviajado de 18 metros 287 de luz.

En el kilómetro 18, dos, uno esviajado con luz de 18 metros 287 y otro recto de 13 metros 715 de luz.

El kilómetro 19 puede considerarse como el verdadero nido de los puentes, puesto que contiene uno de 18 metros 287, uno de 13 metros 715 y seis de 12 metros 191 de luz, que hacen un total de ocho puentes, o bien un puente cada 125 metros. Y téngase en cuenta que los estribos de todos estos puentes están formados de magníficos sillares de pórfido, y que cada puente requiere dos de estos estribos, que se elevan a alturas variables, pero siempre de consideración.

El kilómetro 20 contiene aún cuatro puentes de 12 metros 191 de luz.

El 21 uno igual; el 23 contiene dos puentes, cada uno con tres claros y cada claro con 12 metros 191; de manera que equivalen a seis puentes de esa amplitud.

En el kilómetro 27 se halla el magnífico viaducto de Dos Ríos, todo de fierro, cuyas columnas se apoyan en elegantes bases de pórfido, material que forma también sus espléndidos estribos, en que se aúnan la belleza y la solidez. Tiene siete claros en una longitud de 55 metros 776 y una altura de 20 metros 420 sobre el cauce del torrente. El kilómetro 29, que pasa frente al pueblo de Huixquilucan, tiene un puente de 6 metros 95 de luz; dos de igual luz el 30. El 31 y 32 con-

LIBROSMÉXICO.MX

tienen cada uno dos viaductos de madera cuya longitud media es de 9l metros 437, por una altura de 19 metros; están formados de caballetes de pino, cuyas maderas miden cuando menos 0.31 centímetros de escuadría: su construcción es perfecta y presenta completa seguridad. Estos viaductos serán remplazados por construcciones permanentes de mampostería y fierro.

En el kilómetro 35, se atraviesa el túnel de la Rinconada de San Martín, abierto en pórfido, y cuya longitud es de 121 metros 916. Con el kilómetro 38 se llega, en la cumbre del macizo montañoso que separa los valles de México y Toluca, al llano de Salazar, donde comenzaron los trabajos el 11 de diciembre de 1880. La altura absoluta en este punto es la de 3 084 metros sobre el nivel del mar; el ascenso desde Río Hondo ha sido a razón de 3 metros 8 por 100; pendiente máxima debidamente compensada en las curvas.

De Salazar en adelante comienza el descenso hacia el valle de Toluca, descenso que tiene una pendiente de 3 metros 5 por 100, que se extiende en una longitud de 15 545 metros hasta el pueblo de Ocoyoacac. Las obras notables desde Salazar a Toluca son: en el kilómetro 41 (contamos desde México), un puente de más de 6 metros de luz; el atrevido viaducto de maderas de la barranca de Horno Viejo, cuya longitud es de 92 metros y cuya altura de 32; en el mismo kilómetro un puente de tres claros de 12 metros 20 de luz cada uno; en el kilómetro 48 un puente de 15 metros 24 de luz y el notabilísimo acueducto construido por la compañía para pasar sobre un inmenso tajo las aguas del molino de la hacienda de Jajalpa. Construido con pórfido y ladrillo, es elegantísimo por su misma sencillez.

El tajo de Jajalpa no está aún terminado; se le rodea por medio de una línea provisional que corre faldeando la montaña y que suele tener una pendiente de 5 por 100.

El kilómetro 50 pasa frente a la mencionada hacienda, donde comienza el descenso a Ocoyoacac, gozándose al recorrerlo del indescriptible espectáculo que presenta el valle de Toluca.

LIBROSMÉXICO.MX

Sobre un puente de 16 metros de luz se atraviesa el río Lerma (kilómetro 59). El kilómetro 72 es la estación de Toluca. En los kilómetros 14, 15, 16 y 21, deben agregarse cinco puentes más; tres de una luz de 6 metros 95 y dos de dos claros de longitud. Contando con éstos, el número total de puentes y viaductos desde México hasta Toluca es de 43; sin contar los que tienen una luz de menos de 6 metros.

El número de alcantarillas, pasos de agua, etcétera, es extraordinario. Basta decir que sólo desde la estación de Tlatelolco hasta Tacuba hay 29 estructuras de esta clase.

Aquí terminan los apuntes del inspector; mientras los recorría, el tren devoraba kilómetros. El sutil y embalsamado vientecillo de la montaña, que si no nos volvía locos, como *le vent qui vient à travers la montagne** de Victor Hugo, sí alegres y comunicativos, hasta a los más graves, como quien dice hasta a Mancera, hasta a Gabriel Olarte, la parlanchina corriente de agua limpia que nos seguía por su lecho de granito, remedando aquí las iras de una cascada, formando allí un riachuelo juguetón que trenzaba corriendo las hebras de cristal de su luenga cabellera, para hablar el lenguaje de los personajes del último drama de Chavero, y el recuerdo de los sabrosos sándwiches del día anterior nos daba hambre y sed. ¿Habría algún Moisés que hiciera brotar de aquellas rocas duras y frías algunas libras de pan y dos o tres docenas de chuletas? Lo hubo; se llama el general Loera, y agradecido presento a la humanidad a este incomparable taumaturgo. Es verdad que el pan nos recordaba el *panis lapidosus* que encontró Horacio en Canosa, pero un apetito como el nuestro, armado de buenos dientes, jamás se ha detenido ante tan menudos obstáculos.

Y así, comiendo, riendo y admirando, llegamos a la gran capital. Al despedirme de ti, espero en Dios que por largo tiempo, lector amado, para contentamiento de entrambos, permíteme dar térmi-

* "El viento que viene a través de la montaña." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

no a estas impresiones en una sola palabra, que es corolario de los ratos de placer que la vista del camino y la amabilidad de la elegante capital del Estado de México nos proporcionaron. Esta palabra es: "volver". Sí, lector, yo volveré, si los númenes lo permiten; pero no te asustes, no pienso obsequiarte con nuevas impresiones de viaje.

LIBROSMÉXICO.MX

LOS DESCAMISADOS*

I

Si hubiésemos de buscar el origen del tipo moderno que se nos viene a las manos, pidiéndonos los rasgos más salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; más aún: al momento en que se encontró dueño del paraíso, porque en esa ocasión es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario "descamisado", en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre qué caerse muerto, y cabalmente nadie más rico que el primer hombre, que poseyó él solo los pingües beneficios del paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extensión de la tierra.

Y aconteció, como la cosa más natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas partes, perdió el perpetuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, fue cuando,

* *El Universal*, México, 27 de octubre de 1889.

LIBROSMÉXICO.MX

advirtiendo su completa desnudez, comenzó a sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor, tan íntimamente unido a la parte extrema de la personalidad humana, fue el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma, luego que deja de ser inocente, intenta ocultarse y no hace más que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es a la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa ciertamente de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje; pero tampoco sería conveniente echársela a la espalda como cosa de más o menos. Quiero decir que la camisa empieza en una hoja de parra, y que, en buena filosofía, no es un mero detalle suntuario, sino más bien un sentimiento y hasta un consuelo: como si dijésemos, el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relación psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observación hecha, porque sospecho que más adelante ha de convenir tenerla presente.

Adán es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir que ése debía ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y ¡válgame Dios!, qué esfuerzos hace el ingenio humano para ocultar la humildad de su persona hasta a sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie que me mueve a escribir estos renglones no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que asomó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte*, "sin calzones", traduciendo al pie de la letra; "descamisado", haciendo la traducción más completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fue indiferente a cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette*; ni Saint-Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada

LIBROSMÉXICO.MX

négligé; ni, en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos a las apetitosas sugestiones del menú. Puede decirse que aquella generación descamisada no tenía el confort por enemigo de la patria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia a las sensualidades del baño, si no en agua rosada, a lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacía correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte*, los pingajos triunfaron en principio; la miseria externa, como dando testimonio de las miserias interiores, se puso en moda, y los descamisados hicieron furor. No hay para qué juzgarlos, pues que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron a muerte sin apelación, y sucesivamente se fueron decapitando unos a otros.

A los 90 años, poco más o menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y sería un error de señas ir a buscarlo a esas regiones donde la escasez o la completa ausencia de los bienes de fortuna ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpetuamente su sentido propio, gracias a la confusión de ideas que reina y gobierna, experimentan desviaciones que las apartan de su significación verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradición, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, según las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz "descamisado", y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designación de un estado individual de material desnudez, sino como expresión de un desahogo particular del espíritu. No expresa la situación externa del cuerpo, sino más bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas explicaciones, si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca

LIBROSMÉXICO.MX

de su origen y alguna indicación aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II

Nace el descamisado ni más ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, más democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No preguntéis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues, humilde o excelso, según las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo a primera vista en el movimiento continuo de la vida, porque su apariencia más bien descubre al hombre entregado a la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destrucción universal los "ideales", como ahora ridículamente se dice, de una creación enteramente nueva.

Si, en efecto, la curiosidad de conocerlo nos mueve a buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo a esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque este tipo que bosquejamos jamás se encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llaméis a las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas a la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frío, se ahoga de calor o se muere de hambre, porque el descamisado de nuestros días entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en éste, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que

LIBROSMÉXICO.MX

se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

Si, como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren también gentes, digámoslo así, sencillas, a quienes nadie señala con el dedo, hay una habitación algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados a las eventualidades de la suerte busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizás al embrión de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de quedarse sin ella, pues la circunstancia más característica del descamisado que describimos es cabalmente, no sólo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, exquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posición fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñados en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente, si no es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es, cuando menos, el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir: "Para mí se ha hecho el mundo".

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma que, si me es permitido decirlo así, enseña por todas partes los codos que atestiguan la desolada miseria con que vive.

Entre las cuatro paredes de su entendimiento, Dios no viene a ser más que una mera abstracción, una antigualla, buena, sin duda, para dormir a los niños en la infancia del mundo.

La sociedad es otra cosa; por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian, con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten

LIBROSMÉXICO.MX

al cambio. La empresa tiene por objeto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es a los ojos de este descamisado, equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, más que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que según Horacio formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: "Nuestra civilización se ve obligada a hacer una triste confesión: en nuestros estados libres que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende a propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas".

Otro economista, de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporción que el lujo.

Pues bien: el descamisado ha venido a ser, por el movimiento natural de las cosas, el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado más que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable, a saber: la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realización del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria, escondida en el fondo del alma; el lujo, colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad de la persona, como una corte suntuosa en un día de gala. Tal es el nuevo descamisado, conforme al sentido, si no etimológico, filosófico sin duda alguna.

M. Chevalier tiene mucha razón al asegurar que esta clase tiende a propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sabio economista no ha visto más allá de sus narices (defecto de que suelen adolecer los sabios), pues no ha encontrado por una parte más que la desnudez de los descamisados originarios, de los descamisados tradicionales, y por otra parte la opulencia des-

LIBROSMÉXICO.MX

lumbradora a que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro extremo, por la ley de misteriosas atracciones, se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El descamisado resulta que viene a ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos y como la síntesis del estado moral y económico del mundo moderno.

Decir "descamisado" es lo mismo que decir lujo y miseria.

III

De la sala de juego al salón de buen tono hay tan poca distancia, que el descamisado puede, sin grande esfuerzo, salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito; pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonríen, y si, como el destructor de Jerusalén, no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al día no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo menos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.

En rigor, el descamisado se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette*, digámoslo así, oficial exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado, como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos, nada hay que pedirle.

Su erudición en punto a menús es realmente amena. No hay plato, ni por nuevo ni por exquisito, que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos a la digestión, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe o duque, potentado o simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo,

LIBROSMÉXICO.MX

con tal de que la mesa sea apetitosa, el salón confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar a la realidad continua de esas satisfacciones?... Pedidle sacrificios, seguros de que no ha de escasearlos: lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos... todo está pronto a sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la miseria, de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es... lo diré en francés para mayor claridad, es lo que llamamos un *esprit fort*; pero téngase en cuenta que los "espíritus fuertes" son cabalmente los que tienen la carne más flaca ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el casino, por ejemplo, junto a la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los pies casi a la altura de la cabeza, mediante la silla sobre que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos más salientes de las cuestiones sociales, puestas a la orden del día por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas a la posición del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo, las oscuridades de la propiedad... todo lo examina, lo expone y resuelve de plano, merced a la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sabios. Porque nuestro tipo es casi orador, semifilósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el descamisado de que tratamos posee, como única virtud, la cualidad intrínseca de ser copartícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo a medias.

LIBROSMÉXICO.MX

—¡La libertad humana!... ¿quién (pregunta) puede ponerle límites?... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser más libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible, del Yo humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberración! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma, entregándola ya a esta creencia, ya a la otra, ya a ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hacia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma, y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades, como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿por qué la pobreza ha de ser un delito que se condene a la pena de trabajos forzados? ¡La propiedad! Sí, cierto; cuestión delicada, porque al fin, beato el que posee; pero también tendrá su término esa beatería, y entretanto convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el descamisado por dentro, en las grandes cuestiones del día.

En los salones del buen tono, sus tesis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece más que una fórmula nueva, a la cual no hemos acostumbrado todavía el oído, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la afición más espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer (dice con exquisita galantería) no merece ser engañada nunca; permítasenos la libertad de dejar una por otra, y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se puede tomar como la vida, que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y, sin embargo, ¡quién no cambia de vida!... ¿Es, por ventura, el amor una obligación? Si lo fuese, ¿qué mujer sería amada?

Por lo que hace a las costumbres, es el defensor asiduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.

LIBROSMÉXICO.MX

Una infidelidad... ¡Ps! ¡Mire usted qué arco de iglesia! El mundo está aún lleno de preocupaciones. Ya no hay más infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava; y, después de todo, un marido que encuentre quien le ayude a llevar la cruz del matrimonio no tiene por qué quejarse.

Una traición... ¡Bah!... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice a nadie. El éxito es el juez definitivo: el fin justifica los medios.

En cuanto a los diferentes modos de vivir a que el hombre puede apelar, sostiene que no hay más que uno, a saber: vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tesis económica es ésta: que el dinero, sea el que quiera el origen de que proceda, vale siempre lo mismo; que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, o convertirse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resumen: el descamisado es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluido el bosquejo de este tipo, que, en último resultado, se confunde con la especie, conocida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma a la espalda. No me opongo a la fuerza de tan juiciosa observación; pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz "descamisado" se ha hecho para designar en la presente época a esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas más precisas, que determinen bien el tipo original que la palabra, por filosófica ampliación, determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que, sin andarse con ro-

LIBROSMÉXICO.MX

deos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero, en su doble naturaleza jerárquica y descamisada, el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

A manera de anuncio del ser compuesto que, andando el tiempo, había de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen a nuestros ojos, unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y Felipe Igualdad. Marat no fue en sustancia más que el embrión, el conato, la intuición imperfecta, incompleta, del tipo, la cuna de la especie.

Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneración social, y elevó los harapos a la jerarquía de las ideas. Fue, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que había de salir después la verdadera estatua, esto es, el descamisado suntuoso, el que se codea en los salones con las más altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe coronas.

La corrección no se detuvo mucho tiempo, y la idea desnudamente expuesta por Marat encarnó bien pronto en Felipe Igualdad, ¡oh pudor!, conservando la camisa; no así como se quiera; sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada día, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado a no tener camisa, ¿qué ha de hacer más que apetecerla? ¿Se resigna nadie a vivir sujeto a la triste condición de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ése es el descamisado involuntario. Si al niño recién nacido, por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente descamisado, por la misma razón no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ése no es un tipo moral que forma especie y cuyos ejemplares obedezcan a leyes comunes; son casos aislados, fortuitos. La palabra no ha hecho fortuna, merced a tan mezquina significación,

LIBROSMÉXICO.MX

porque entonces ¿qué palabra no sería célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la desnudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. A un cadáver no se le llama desalmado, a pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo cuando nos valemos de la palabra "descamisado", más que un orden de hechos pretendemos expresar un orden, digámoslo así, de ideas; más que una clase de pobres desventurados, se nos representa una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desorden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desorden interno, que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar más esta diferencia que salta a la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos nos pone de continuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan a conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los descamisados. A la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinión, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte*, sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable... ¡qué digo!... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos, porque, en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse a propagarlos; que profesa los errores más halagüeños a la ignorancia del vulgo, como gracia que concede o como lisonja que tributa.

Por último: si es simple particular, desdeña en principio las jerarquías; pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.

LIBROSMÉXICO.MX

Si es marqués, conde, duque, príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero no importa, porque es imposible desconocerlo.

LIBROSMÉXICO.MX

LOS TEATROS*

En Veracruz se ha presentado al Ayuntamiento un dictamen que recomiendan la razón, la civilización y hasta la decencia. Dice así:

> H. Ayuntamiento: La Comisión nombrada por V.H. para opinar sobre el dictamen que recayó a las reformas del Reglamento de Teatros que presentó una comisión del Ayuntamiento de l874, tiene la honra de dar cuenta de sus trabajos: En concepto de la comisión que suscribe, es ridícula toda reglamentación de diversiones y el mejor reglamento de teatros es la carencia de él, dejando al cuidado de la policía la conservación del orden interior: por lo tanto, somete a la deliberación del Cabildo los siguientes artículos resolutivos:
>
> 1o. No hay reglamento de teatros.
>
> 2o. La policía cuidará bajo su estricta responsabilidad del orden en el teatro, y de que las personas o empresas que trabajen en él cumplan con lo que en sus programas ofrezcan al público.
>
> Sala de comisiones del H. Ayuntamiento. Veracruz, febrero 24 de l875. Zayas Enríquez. M. Levy. M. García Méndez.

* *El Federalista*, México, 9 de abril de 1875, p. 1.

LIBROSMÉXICO.MX

El dictamen nos parece excelente; en él encontramos una lección que no aprovecharán, ¡ay!, nuestros timoratos munícipes.

La autoridad en un teatro no puede significar más que dos cosas: o la censura, o la policía. Y como la censura está encomendada únicamente al público, y la policía a los "aguilitas", claro está que ser lo primero es demasiado para un edil, y lo segundo demasiado poco.

El teatro es una reunión pública, ni más ni menos. Era una de las pocas reuniones permitidas por el Antiguo Régimen, tan poco perjudicial, tan necesaria; mejor dicho, se la creía.

Pero como entonces todo estaba sujeto a la inspección del Estado, quiso éste presidir aquella reunión, representado por los ayuntamientos.

¿Qué ley, qué razón autoriza hoy día para considerar como una reunión pública excepcional a las representaciones dramáticas u otras que tienen lugar en los teatros? Con el espíritu de nuestro sistema, no serán jamás compatibles semejantes excepciones. ¿Por qué no va la autoridad a presidir las funciones de la Iglesia? Porque todo el mundo es libre para reunirse donde quiera y como quiera, a adorar a Dios, con tal de no perturbar el orden público, frase que simboliza la libertad de los demás.

Por idéntica razón no debe tener la autoridad injerencia oficial en los teatros. En unos se tributa culto a Dios, en los otros al talento —que es un dios también. No hay falta a la moral, al orden, al derecho que compra el público con su dinero, de que se cumpla el programa, que no esté comprendida en el Código Penal. Y como la ley no ha dado a los regidores facultad para juzgar de estas faltas, y como para aprehender al delincuente es indispensable la policía, el regidor es un intermedio inútil que sólo sirve para darse aires despóticos, haciendo comenzar la comedia antes de alzarse el telón.

Han sido siempre tan claras estas razones, que algunos regidores ilustrados propusieron en el Ayuntamiento pasado a sus colegas, suprimir su presencia en los teatros. Encontraron gran resistencia, y en consecuencia siguen los palcos de la autoridad llenos de regidores,

LIBROSMÉXICO.MX

y algunas veces hasta de sus mujeres e hijos, cercenando así la ganancia de los empresarios.

Algunos maliciosos creen que es tanto el placer que sienten algunos representantes de la ciudad en ir de balde al teatro, que esto será un obstáculo insuperable para desarraigar este ridículo arcaísmo de las costumbres municipales.

La verdad es que en todos los países del mundo los ayuntamientos o los gobiernos subvencionan a algunos teatros con el objeto de proteger la literatura o el arte. Nuestros ayuntamientos ven esto con un desdén supremo; cuestión de libros. Pero no sólo niegan sus auxilios a esta parte interesantísima de la educación popular, sino que gravan a los teatros con la venta de licencias, con la propiedad de algunas localidades, etcétera.

Tarde o temprano tienen que venir por tierra tales absurdos. ¿Qué el ejemplo del ayuntamiento de Veracruz no tentará a los que con razón se precian de ilustrados entre los señores munícipes?

Colmeiro

LIBROSMÉXICO.MX

LA TUMBA DE MANUEL ACUÑA*

En contestación a los sueltos que bajo este rubro publicó *El Siglo*, y como editor de los versos de Acuña, digo: que habiendo celebrado un contrato con el representante de la familia del finado, y siendo este un negocio absoluta y totalmente particular, no debo dar explicación alguna sobre este asunto, sino a dicho representante y no al público, a quien no reconozco ni sé qué parte tenga en esto. DOMINGO R. DE ARELLANO.

Siendo la señora Refugio Narro de Acuña, la única que puede determinar de la cantidad que resulte de la edición de los versos del infortunado Acuña, y habiendo recibido instrucciones, no haré sino lo que ella me ordena, sin creerme obligado por esto a dar cuenta públicamente de las determinaciones de dicho señor.

Por ausencia del representante de la familia, y con la autorización correspondiente. FRANCISCO ORTIZ. Se suplica a la prensa la reproducción de estos párrafos.

Hasta aquí hablan las partes interesadas; creemos que tienen perfecta razón, pero eso no desvanece una verdad cristiana, y es que Manuel Acuña, el poeta de más corazón, de vuelo más poderoso que

* *El Federalista*, México, 1 de abril de 1875, pp. 1-2.

LIBROSMÉXICO.MX

ha tenido México desde que figura en el catálogo de los pueblos, no tiene una tumba. ¿Es o no esta una cuestión de honra nacional?

¿Cuándo comprenderemos que nuestros hombres de inspiración, de pensamiento, de estudio, constituyen esa fuerza intelectual que es la vibración misteriosa que remueve las entrañas de los pueblos, y los hace grandes, y les abre el porvenir?

Las épocas en que las naciones han tenido la intuición de este poder inmenso, y en que han querido y podido contar con él, han sido las únicas que se han hecho dignas de mención en la historia.

Los gobiernos, los pueblos, las sociedades que han menospreciado la fuerza intelectual han muerto.

No; México, que tiene conciencia de sus elementos de grandeza, que siente bullir en su interior la savia intelectual, no puede perder la ocasión de manifestar que sabe inclinarse y adorar un recuerdo sublime: la memoria dolorosa del cantor sublime que apenas en el primer vuelo supo ir más allá de la región de las águilas.

Organícese, con todas las condiciones de éxito, una gran fiesta dramática en su honor, provóquese el reconocimiento de toda la república pensadora por el gran poeta, y levantémosle una estatua de bronce.

¿No debe esto la patria mexicana a Manuel Acuña? Léanse sus versos y dígasenos si es mucho cambiar una efigie de bronce por un libro de oro.

J.S.

LIBROSMÉXICO.MX

EL BARÓN [GOSTKOWSKI]*

¿Polaco? Quién sabe. ¿Parisiense? Indudablemente. Legítimo *enfant du pavé* de la inmensa metrópoli, ha prolongado hasta México, en una hora de buen humor, su paseo de todos los días por el *boulevard* de los Italianos. En el camino se le puso en la cabeza que había aprendido el español; he aquí su única idea fija. El barón es un *flâneur* por naturaleza, un *flâneur* que va dando la vuelta al mundo. Con todo se divierte, y le divierte todo. Girando eternamente en derredor de su ecuador abdominal, presenta a los cuatro vientos del mundo su perpetua sonrisa, algunas veces irónica, muchas graciosa, siempre infantil.

Aquí en México ha pasado el barón algunas horas amargas; el espectro de la bohemia se le ha presentado de tiempo en tiempo con todo su aspecto luminoso e insustancial. (¡Ay!, días felices, pasados tiempos, horas benditas, en que sólo se acuerda uno de la gloria, de la gloria y de la gloria... por no recordar otra cosa menos etérea.) Estos días transparentes, fenómeno curioso, han hecho germinar en su corazón un amor que raya en el platonismo por la patria mexicana, y a pesar de que evidentemente se encuentra aquí fuera de su centro, nos hace el honor de algunos minutos de

* *El Federalista*, México, 20 de junio de 1874, p. 1.

LIBROSMÉXICO.MX

nostalgia cada 24 horas, cuando la fortuna le ha arrojado a las playas extranjeras.

El barón tiene una pesadilla constante, implacable: hay un vestigio espantoso que a todas horas se le acerca, que se le sienta en el pecho como el *Smarra* de Nodier, que le roe las entrañas. El barón se cree condenado a redimir al mundo por medio de la gasolina.

¿Qué es la gasolina? Es un líquido misterioso, impalpable, legendario, es un sueño. La gasolina (la del barón, se entiende) está en una de las redomas que vio Astolfo en la luna. Sólo don Juan Landa, que creyó una vez que el hotel Iturbide se incendiaba gracias a este líquido mágico, puede creer en su existencia. Y, sin embargo, nosotros, que nos vimos en el fuego mismo todavía dudamos, y estamos dispuestos a probar que la gasolina es una paradoja, es un ente de razón.

Ésta es, aun cuando nos tache de indiscretos, ésta es, según él cree, su misión regeneradora; ésta es su oculta creencia, su secreto tenebroso, su *ananké*. Y el barón, que ha nacido para "empresario" como Ingres para violinista, al través de todos sus proyectos, más allá de las *jupes courtes* de las bailarinas, de las "Humoradas", del ferrocarril de Veracruz, del consulado en Ámsterdam, persigue su ideal eterno: el imperio de la gasolina sobre la tierra, la desaparición de Knight y Co., la seducción de don Manuel Rosas, la iluminación *a giorno* del globo terráqueo.

Hemos pronunciado una palabra que contra toda nuestra voluntad nos va a obligar a un poco de seriedad: las "Humoradas dominicales".* El barón pertenece a la *high life* del talento. Y es raro que todos, amigos y enemigos, le hayan reconocido así. Las "Humoradas dominicales" son una brillantísima prueba de este aserto. ¿La "Humorada" es una crónica, es una revista, es un popurrí? No, hay algo en ella de original, que la separa de toda esa gran familia que

* Nombre de una sección de crónicas periodísticas de Gustavo Gosdawa de Gostkowski en *El Federalista*. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

pertenece a la flora francesa (de cuando en cuando a la fauna), y que se ha ido aclimatando en todos los países cultos. No puede contarse el barón entre esos maravillosos pirotécnicos de la literatura, obligados a servir al Minotauro, todos los días, una procesión de ideas más o menos vírgenes, pero revestidas graciosamente de ofuscador oropel; no lo compararemos a los Mané, a los Veron, a los Rochefort, a los Wolff, a los Marx; si fuera más volteriano, se asemejaría a Edmundo About; si fuera más paradojal, a Alfonso Karr. Pero su verba, eminentemente espiritual y reidora, suele tomar un tono de profunda emoción, que se comunica al lector rápidamente. Y es que el escritor es un francés por el estilo y un eslavo por el pensamiento.

Una digresión: el que esto escribe conoció a Gostkowski hace mucho tiempo; entonces escribía de vez en cuando en el *Trait d'Union* firmando G.G.G. Un juicio sobre Victor Hugo, mi antigua y santa pasión, me hizo desear conocerle.

Nos presentó un pobre mártir, Juan Clemente Zenea. Conocer a un polaco había sido un sueño para mí. Desde niño, Juan Clemente había aprendido a adorar en silencio y desde lejos, aquella augusta víctima siempre vencida, pero nunca doblegada: Polonia.

¡Cómo no recordar aquellos ecos de infinito duelo que venían a mezclarse a los de nuestra desesperada lucha con la invasión extranjera, al través de los mares! ¡Año de 1863! ¡Nuestro año terrible!, ¡el año de muerte de la Polonia! Hemos sentido en el corazón el dolor inmenso de esa mártir augusta del Vístula; hemos sentido desde la otra extremidad del mundo aquella convulsión gigantesca que nos hacía sufrir. ¡Suprema solidaridad de los pueblos que padecen! Aquella inolvidable hora nocturna despertó en nuestra generación una simpatía positiva y ardiente por Polonia. Casi a un tiempo seguíamos, desde el fondo del colegio, las angustiosas peripecias de nuestro drama nacional y las escenas de la siniestra epopeya de Polonia. ¡Hondas emociones de la primera juventud! ¡Horas de fiebre, en que crecen los instintos que luego permanecen en el fondo de la vida como la mejor, como la última esperanza!

LIBROSMÉXICO.MX

Gostkowski y Zenea se comunicaban delante de mí sus impresiones, sus recuerdos, sus deseos. Yo los escuchaba reteniendo el hervor de mi corazón. ¡Pobre Zenea!

Entonces Gostkowski firmaba sus primeros artículos en español: "Nemo". Eran unos artículos empapados en lágrimas; la patria y la familia ausente eran su numen. La atención pública se fijó súbitamente en aquellas quejas mezcladas de sonrisa; poco después, el barón dejó de ser bohemio. Y cuando le creíamos en vísperas de ser un nabab, nos encontramos con que era de nuevo empresario. ¡Cómo no ha dañado esta vida azarosa, a la claridad admirable de sus concepciones, a su expresión desembarazada y noble, a la elegante mordacidad de su verba, excéntrica y jovial! Milagro de elasticidad de espíritu.

Hay quien haya creído que Gostkowski plagiaba un poco. Achaque de hombre de talento, vicio crónico de periodista. A Alejandro Dumas, el segundo Alejandro Magno, le decían lo mismo; él contestó: un ladrón roba, Alejandro conquista. Ni Dumas ni el barón han ocultado nunca este pecadillo. ¿Habrá alguno que por eso les haya negado el talento? ¡Bah!

Aunque tenemos el triste presentimiento de que el barón está destinado a pasar su florida vejez redactando la gaceta oficial de Yeddo, y que sus huesos han de confundirse con los de los antiguos Taisouns, bajo las maravillosas bóvedas de Nikko, el Westminster japonés, abrigamos la esperanza de que, antes de enderezar la proa hacia las Indias asiáticas, haga el último esfuerzo para quedar encadenado a la patria de la Malinche.

¿Qué hará México el día que le falte el barón? ¿La calle de Plateros tendrá valor para seguirse llamando así, el día que carezca de esa ruidosa conversación al aire libre, capaz de quitar el mal humor a un lord inglés en vísperas de heredar 100 millones? ¿Perfumarán suficientemente los extractos de Escabasse, cuando no perfumen ya los pañuelos color de nido de golondrina del barón? ¿Será capaz Pepe Moncada de ingurgitar 9 o 10 docenas de *kromeskis* en la Concordia cuando no se los recomiende Gostko?

LIBROSMÉXICO.MX

¿Y el teatro, y los teatros, que harán? Es capaz el Nacional de echarse a andar en zancos sobre las columnas de su pórtico, buscando al barón con una linterna que estamos seguros alumbrará mucho menos que la de Diógenes. ¿Y los cerilleros, y las cerilleras, y la infantil y pululante literatura que lo cerca?

... Barón, quedaos, consentimos en remplazar el gas, la estearina, el aceite, el sebo y hasta eso que se quema de noche en el Teatro Nacional, con vuestra gasolina. La sociedad mexicana está acostumbrada a formar parte de los brillantes fragmentos que bailan en el fondo de vuestro caleidoscopio. Sentiría no oír vuestra palabra, que algunas veces ha sabido levantarse hasta la sátira de Persio para azotar la espalda del vicio. Sentiría no encontrar vuestro estilo chispeante, encerrado en el castellano alabastrino del doctor Peredo, como un vaso de champaña servido en un cáliz de Benvenuto. Sentiría, sobre todo, ese melancólico soñar que hace tan artístico contraste con el arreo ofuscador de vuestros escritos; esa tristeza inagotable que se esconde en el fondo de las "Humoradas"... Pero, ¿qué en medio de los saraos más espléndidos no aparecen las mujeres de Polonia vestidas de luto?

Merlín

LIBROSMÉXICO.MX

EL TIEMPO*

I

Hemos convenido en que la imagen del tiempo se nos representa bajo la figura de un anciano oprimido por el peso de la edad; encorvado bajo la pesadumbre perpetua de la vida; triste, como si para él no hubiese consuelo en el mundo; sombrío, como si llevara en su pensamiento todas las desesperaciones de la tierra; mudo, como quien ha pronunciado su última palabra; implacable, como quien ha resuelto acabar con todo.

Nuestra imaginación no se contenta con esos rasgos característicos que forman la imagen estereotipada del tiempo, y se le ha añadido, como complemento necesario, la terrible guadaña con que también pintamos a la muerte; ni más ni menos que si la muerte, que todo lo acaba, y el tiempo, que todo se lo lleva, fuesen una misma cosa.

Así lo vemos representado, cubriendo con sus alas incansables las esferas de los relojes que palpitan sobre los mármoles de las chimeneas, delante de los espejos que cubren las paredes de los salones.

* *El Universal*, México, 2 de noviembre de 1889.

LIBROSMÉXICO.MX

Allí está, como animando el resorte que da movimiento a las agujas, haciéndolas señalar el curso fugitivo de las horas. Parece que nos incita a devorar los goces de la vida, y al mismo tiempo parece que se burla de la precipitación con que vivimos.

Parece, además, que a la vez nos empuja y nos detiene.

Si consideramos su inmovilidad, creeremos que yace sumergido en un reposo eterno; mas contemplando la tensión de sus músculos, la actividad que, si puede decirse así, da movimiento a la misma inmovilidad de la figura, lo veremos huir sin que ninguna fuerza humana pueda detenerlo.

Pasa sin alejarse; se va, y permanece.

Convengamos, pues, en que el arte ha realizado un prodigio, encerrando la idea inmensa del tiempo dentro de los límites de la figura humana; mas reconozcamos también que el prodigio es bastante incompleto, en razón a que ese concepto extraño está fuera de los límites que alcanza el arte de los hombres. Porque, ¿cómo se encuentra la imagen fiel de aquello que carece de toda imagen?

Eso sí, se le ha encontrado en el lenguaje un nombre, que ni lo define ni lo explica, pero que al fin lo designa; y ¿qué más necesita el orgullo humano para creerse al cabo de la calle, cuando precisamente se trata de una calle que no tiene límites? Se trata de la gran calle abierta al movimiento del universo, a las creaciones sucesivas de la naturaleza y al curso de las generaciones.

Ciertamente, no es posible dar alguna idea acerca del tiempo sin apelar al recurso de los años; mas he aquí que la figura de un anciano con que el tiempo se nos representa no es exacta, en razón a que el tiempo no envejece nunca.

Sería preciso reunir en una misma imagen la ancianidad y la juventud; un viejo perpetuamente joven sería la imagen verdadera del tiempo. Para expresarlo hay que reunir en una misma idea estas dos palabras opuestas: un "instante eterno".

Sumad días, siglos; echad sobre sus hombros el peso de todas las edades; añadid a ese enorme guarismo toda la vejez de la eternidad,

LIBROSMÉXICO.MX

y el tiempo saltará a vuestros ojos, se escapará de vuestras manos, suelto, ligero, ni más ni menos que si acabara de entrar por las puertas de la vida.

Y bien: ¿cómo comprendemos en la breve capacidad de un guarismo, cantidades sin número?

¿Dónde está la palabra humana que pueda contener la inmensidad de ese concepto sin límites?

¿Por dónde ha llegado a nuestra noticia esa idea que se escapa a la sutileza de nuestra razón?

¡La ciencia!...

¡Oh! El sentimiento de la eternidad es en el hombre anterior a toda sabiduría humana, y es, a la vez, inexplicable e inextinguible.

¿Qué cosa es el tiempo?

Digámoslo: casi no pasa de ser una nueva suposición, una realidad enteramente fantástica, una idea de la que apenas se tiene una idea... Un mito... nada.

II

¡Nada!... Famoso descubrimiento, que sea como quiera, nos entreabre las puertas de la perpetuidad sobre la tierra, pues averiguada la nulidad del tiempo, cae por su propio peso la invención de los años, y, quieras que no quieras, acabaremos al fin por ser eternos.

Seguramente no contó Condorcet con este recurso para prometernos la inmortalidad, ni Renan lo ha tenido presente para anunciarla de un día a otro; pero es que estos dos sabios la han anunciado: sólo nos queda que hacer el último esfuerzo.

Parad el magnífico reloj del universo; suspended en su momento más espléndido la vida de la naturaleza, y desaparecerán las horas que huyen, los días que pasan, los años que envejecen, y en medio de esta universal parálisis, podremos reírnos de la muerte.

Y... ¡quién sabe! ¿No es esta la exclamación definitiva de la ciencia

LIBROSMÉXICO.MX

moderna?... ¿No es la duda el principio mortal de toda nuestra presente sabiduría?... Pues bien: ¿quién sabe si nos acercamos al momento geológico de la petrificación humana? Vemos que el corazón se endurece, que el espíritu se metaliza, que los sentimientos y las ideas, las leyes y los sistemas, el arte y las costumbres se materializan, y, en medio de la grosera cultura que nos invade, helada el alma por el egoísmo, al cabo de tantas vueltas, bien podemos pensar que sea la última evolución del progreso moderno al hombre fósil, esto es, la sociedad en el estado físico del positivismo neto.

Ello es que decimos tiempo, lo mismo que decimos espacio, dos capacidades sin término, dos soledades sin límites, que descubrimos sin verlas, que palpamos sin tocarlas, que reconocemos sin comprenderlas, y en las que encuentran colocación el universo y sucesión las generaciones.

Cero inmenso de una aritmética impenetrable, que contiene en sus ilimitadas soledades la cantidad innumerable de todo lo creado.

Suprímase la creación, y lo que llamamos tiempo desaparecerá, como desaparece la sombra al desaparecer el cuerpo que la proyecta, porque, en resumen, el tiempo no es más que una condición de la vida, la relación cronológica de las cosas, el orden inalterable en el movimiento de la naturaleza y en el curso de los acontecimientos humanos.

Todavía no hemos podido convencer a los ojos de que es la tierra la que da vueltas alrededor del sol, como vuela una mariposa alrededor de una lámpara, y decimos: "el sol sale", "el sol se pone"; le atribuimos nuestro movimiento, nuestra inestabilidad, y lo medimos por nuestros pasos sobre la tierra, por los latidos de nuestro corazón, por las pulsaciones de nuestra vida.

Imaginaos un espejo en cuyo cristal inmóvil se van sucesivamente reflejando las imágenes fugitivas de todo lo que está condenado a perecer, y tendréis del tiempo la idea más exacta que puede concebir el conocimiento del hombre.

LIBROSMÉXICO.MX

El tiempo no pasa, somos nosotros los que pasamos. Si viene, ¿de dónde viene?... Si va, ¿adónde va? No podemos detenerlo ni nos es posible anticiparlo. Es siempre el mismo instante repetido millones de veces; es la eternidad vista por el estrecho agujero del momento en que vivimos.

La eternidad es inmutable, es un instante sin fin, en ella está todo presente; en el tiempo todo es mudable, todo es fugitivo, todo acaba; lo presente es un soplo, lo pasado un recuerdo, lo porvenir una esperanza.

Tiempo, en el lenguaje de los hombres, no expresa más que una idea de relación, un sentido de referencia a los fenómenos de la naturaleza y al curso de los acontecimientos humanos. Viene a ser una suma fantástica a la que vamos agregando días, meses, años y siglos, esto es, series de hechos, fechas que se van encadenando en orden sucesivo para formar la historia del universo y la historia del hombre.

¿Qué es?... Un misterio que se burla de la ciencia; que se mofa de la juventud; que se ríe de la vida, de la ambición y de la gloria; que nos saca de la cuna y nos lleva al sepulcro; que nos cubre de flores para después cubrirnos de arrugas; que nos pone primero la sonrisa en los labios, para ponernos a los pocos pasos la tristeza en el alma; que siembra en nuestros corazones las semillas de todas las esperanzas, para dejar más tarde en el fondo de nuestra memoria los abrojos de todos los recuerdos.

Si se mide por el placer, es un soplo; si se mide por el dolor, es un siglo... Si esperamos una alegría, ¡cómo tarda! Si tenemos una desgracia, ¡qué pronto llega!

Su movimiento es siempre igual, uniforme, inalterable, como el movimiento de los astros y el curso del universo; pero cada uno tiene su medida para fijar la lentitud con que llega, o la rapidez con que pasa.

Diremos que es el camino de la vida, porque donde el tiempo acaba, la eternidad empieza; de la misma manera que encontramos la inmortalidad al otro lado de la muerte.

LIBROSMÉXICO.MX

III

Tender la mirada a lo que me atrevo a llamar los espacios interminables del tiempo equivaldría a echar la sonda en un mar sin fondo y sin orilla.

Preguntadle a la ciencia de las exactitudes, en qué rincón de las matemáticas se esconde el valor de la última suma, y veréis que el número, multiplicándose millones de veces, permanecerá siempre a la misma distancia de la incógnita. Sumad, sin descanso, y no llegaréis nunca a la última suma, porque la cantidad definitiva no pertenece a la aritmética de los hombres.

En el fondo de toda ciencia humana hay una boca entreabierta, medio desdeñosa, medio risueña, que a la vez se compadece y se burla de los vanos esfuerzos de la sabiduría del hombre. Allí está la X inexorable, impasible, con los brazos cruzados, desafiando el poder de nuestra inteligencia y la arrogancia de nuestro orgullo.

La imaginación, espantada, se detiene al borde de este misterio, y vacila suspendida ante los abismos del tiempo. Si nos fuera permitido suprimir el tiempo, el género humano viviría sobre la tierra sin porvenir y sin historia, sin recuerdos y sin esperanzas; viviría sin vivir, sería sin ser y existiría sin existencia.

Esa idea abstracta, ese elemento, si puedo llamarlo así, que carece de toda realidad, es absolutamente indispensable para que todo se realice; es la necesidad absoluta de la vida de todo aquello que ha nacido condenado a muerte.

Sin tiempo no hay acción, y la acción es el alma del lenguaje humano; es como la actividad que anima a las partes de la oración, porque el verbo es la sangre de la palabra, se le siente palpitar en todo el mecanismo de las lenguas; no hay manera de expresar un pensamiento sin que la claridad del verbo lo ilumine. Omítasele por elegancia, por concisión, por modismo, ¿y qué? Es inútil: el verbo estará allí, implícito, como está la mirada en los ojos, como están los colores en la luz, como está el pensamiento en la frase. En toda

LIBROSMÉXICO.MX

palabra, sea el que quiera su valor gramatical, hay un verbo; sin verbo no hay lenguaje.

Todos lo sabemos: el momento oportuno es el que decide muchas veces del éxito de las cosas y del destino de los hombres; en un minuto más o en un minuto menos suelen encerrarse las ocultas decisiones de la suerte. Llegar antes, es casi no llegar; llegar después, viene a ser lo mismo que no haber llegado. Pues bien: la oportunidad es el secreto que más cuidadosamente guarda el tiempo.

El cuarto de hora en las mujeres, la racha en los jugadores, la fortuna en los ambiciosos, no consisten más que en llegar a tiempo.

¡Cuántas grandezas presenciamos, cuyo único mérito consiste en haber llegado en el momento oportuno! Y he ahí que el tiempo, con la misma facilidad que las trae, se las lleva.

Si bien se mira, todo es en el mundo cuestión de tiempo.

J.S.

LIBROSMÉXICO.MX

LA AMBICIÓN*

Hay en el hombre una propensión natural a subir, a elevarse sobre los demás, a empinarse sobre sí mismo, a levantarse sobre el polvo de la tierra, en el que, dueño de la creación y señor del universo, se arrastra, sin embargo, oprimido, digámoslo así, por el enorme peso de una gran caída.

Este secreto impulso despierta en nuestro ánimo el vivo deseo de todas las grandezas de la tierra, empeñándonos en obtener sobre el resto de los hombres una superioridad decisiva que brille con los esplendores fugitivos de las glorias humanas. Sin duda alguna, la raza de Adán no tiene de sí misma la más brillante idea, puesto que cada hombre aspira de continuo, ya por un camino, ya por otro, a distinguirse, a separarse, a salir del nivel bajo el cual se agita el resto de los mortales.

Confesémoslo ingenuamente: el hombre no está contento con ser hombre; se cree humillado, y la ambición es lo que agita su espíritu abriendo en su alma el abismo de un deseo insaciable.

Un tonel sin fondo es un espacio que no tiene medida: pretender llenarlo sería una locura, y más que una locura, un suplicio; y sin

* *El Eco de Ambos Mundos. Periódico Literario Dedicado al Bello Sexo*, t. II, México, 1874, pp. 97-103.

LIBROSMÉXICO.MX

embargo, ésa es la tarea del género humano: llenar con el líquido fugitivo de la sabiduría, del poder, de los honores y de las riquezas, el cántaro agujereado de la ambición humana, nunca satisfecha.

Hay cosas evidentes que son al mismo tiempo incomprensibles. Llamemos aquí a la ciencia de las precisiones y de las exactitudes, a la ciencia inexorable que ha decretado la evidencia de que tres y dos son cinco, y preguntémosle:

—¿Es posible encerrar en el hueco de la mano toda el agua del diluvio?

Calculará el matemático con perfecta exactitud la elasticidad de sus labios, para dejarnos ver una sonrisa matemáticamente ajustada a la extensión de su boca, y contestará:

—Es imposible.

Asegurémosle que el todo cabe en la parte, que el cielo cabe en la tierra, que lo ilimitado tiene límites, y sumando al punto la flexibilidad de sus cejas para arquearlas lo precisamente necesario, a fin de que pase a su semblante toda la expresión de su burlada incredulidad, repetirá de nuevo:

—Imposible, imposible.

Preguntémosle qué cosa es el hombre, y nos dirá que es una fuerza muy limitada, una inteligencia muy limitada, una vida muy limitada.

Preguntémosle qué cosa es la ambición del hombre, y exclamará admirado:

—¡Ah, eso no tiene límites!...

Entonces le diremos:

—¿Cómo cabe la ambición, que no tiene límites, en la inteligencia, en la fuerza, en la vida del hombre, que son tan limitadas?

Aquí el matemático se restará por medio de esa operación aritmética que se llama encogerse de hombros, como si quisiera demostrarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

Se encoge de hombros para demostrar que no alcanza, o tal vez intenta meterse dentro de sí mismo, a ver si puede sondear las

LIBROSMÉXICO.MX

oscuridades del problema que dentro de su propio ser lleva planteado.

Pero la ambición no es nada, no tiene realidad ninguna. Es una serie de perspectivas, de fantásticas grandezas que atraen nuestros ojos y los deslumbran, disipándose al tocarlas; es el vacío que llevamos en el alma y que nunca se llena; es un afán incesante, una inquietud permanente, un deseo perenne. Es que allá, en el fondo de nuestra conciencia turbada, oímos una voz sin sonido, que nos dice: "Levántate, porque estás caído; purifícate, porque estás manchado; libérate, porque eres esclavo". Y el hombre busca en las vanas pompas de la tierra la perdida alteza de su noble origen.

La ambición es esa sed insaciable de honores, de poder, de riqueza y de gloria que agita al mundo, y llena la historia de hazañas y de crímenes, de tiranos y de héroes, de gloria y de infamia.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido liberarse aún del todo, la ambición, esto es, el derecho a los honores, al poder, a la riqueza y a la celebridad, venía a ser como una propiedad vinculada en la familia de los grandes hombres, especie de mayorazgo que constituía un privilegio odioso, en favor unas veces de Alejandro, otras veces de Julio César, otras de Napoleón I.

Sólo tenían derecho a ser ambiciosos aquellos que podían presentar a la admiración pública los títulos de una superioridad legítima; monopolio insoportable que hacía del resto de los hombres una raza proscrita condenada a la oscuridad, a la humillación y a la indiferencia; la sociedad se hallaba dispuesta en un orden contrario a la naturaleza: el hombre se levantaba sobre sus semejantes en razón de su peso, ascendía en razón de su gravedad. Se echaba encima el peso de los años, la gravedad de la experiencia, la balumba de la sabiduría, la carga de sus virtudes o de su genio, y peldaño a peldaño subía, más de prisa o más despacio, la escala de los honores, de la fortuna, del poder, de la celebridad y de la gloria.

Así hemos visto elevarse a los grandes ambiciosos que pueblan la historia.

LIBROSMÉXICO.MX

En cambio, la naturaleza, desde que promulgó su primera y única constitución, dejó establecida una ley de ascensos que no ha sido posible violar, en cuya virtud los cuerpos más leves suben y los más graves bajan; de esta manera vemos la espuma sobre el agua, el polvo sobre el aire, el humo sobre la luz, las nubes sobre la tierra.

Era, pues, preciso poner en armonía el orden de la sociedad con el orden de la naturaleza, el orden físico con el orden moral, para que el espíritu y la materia marcharan por un mismo camino sin contradecirse, sin rechazarse, sin aborrecerse, confundiéndose en una misma ley el cuerpo y el alma.

Y ciertamente: ¿por qué el joven suelto, ágil, ligero, había de doblar la cabeza ante el anciano torpe, débil y encorvado?

¿Por qué la ignorancia, movible como una pluma, atrevida y vana, había de humillarse ante la sabiduría lenta, reflexiva y grave?

¿Por qué los vicios tenaces y las pasiones impetuosas habían de ceder y doblarse en presencia de las virtudes suaves, dulces y austeras?

¿Por qué el entendimiento frívolo y volátil había de caer precipitado a los pies del genio pesado y profundo?

¿Por qué, en fin, la mentira bulliciosa y múltiple había de ceder su puesto a la verdad única y severa?

No hay más que ver el fácil ejercicio con que un grano de polvo se levanta sobre las ondas del aire agitado, y trepa ufano hasta las más altas regiones de la atmósfera, para comprender que lo más ligero, lo más fugitivo, lo más fútil es lo que debe elevarse sobre todo lo demás.

Mírese bien cómo una piedra lanzada al espacio corre un momento aturdida, como fuera de sí, por el impulso de la fuerza que la ha puesto en movimiento, hasta que al fin se detiene, vacila como si meditara, se inclina hacia la tierra que le atrae, y trazando en el aire una extensa curva, cae hasta encontrar el centro de gravedad que la sujeta.

Esto dice claramente que todo lo que es verdaderamente grave, debe caer, debe bajar, debe sumergirse en las profundidades de la sociedad.

LIBROSMÉXICO.MX

Así vemos la alegría en la superficie de la vida, y la tristeza en el fondo; el lujo arriba y la miseria abajo; los placeres brillantes llenando de reflejos deslumbradores y fugitivos el aire que respiramos; los dolores ocultos cubriendo de lágrimas ignoradas la tierra que pisamos.

¿Qué se necesita para subir? Movilidad, impaciencia, agilidad y ligereza. ¿Qué se necesita para descender? Peso, gravedad, reposo.

¿Qué es la vida? Una esencia que se evapora, un espíritu que se escapa, un poco de polvo que el viento se lleva, un poco de humo que el aire desvanece. Esto es, lo más ligero, lo más fugitivo, lo más grácil que flota sobre la tierra.

¿Qué es la muerte? Un peso enorme que nos hunde, una montaña inmensa que se desploma sobre nuestras cabezas y nos aplasta, precipitándonos en la sepultura.

Ahora bien, las altas regiones de la sociedad, donde brilla la fortuna, relampaguean los honores, resplandecen las riquezas y truena el poder del hombre, corresponden por novísimo derecho a la ignorancia atrevida, a la ineptitud envidiosa, al vicio altanero, a la corrupción audaz, a todo aquello que parecía condenado a no poderse levantar sobre el polvo de la tierra.

Las grandes ambiciones han caído para que suban las pequeñas vanidades; para que en la sociedad como en la naturaleza la espuma esté sobre el agua, el polvo sobre el aire, el humo sobre la luz, las nubes sobre la tierra.

Aquella ambición que impulsó a Alejandro a conquistar el Asia, que encendió en Roma el deseo de poseer el mundo, la ambición de Hernán Cortés conquistando a México, la de Napoleón dominando a Europa, la ambición de los grandes hombres y de los grandes pueblos ya no existe; pero en cambio, la vanidad nos hace los seres más felices del mundo, porque nos sonríe con las más vanas apariencias y llena nuestro espíritu de las más pueriles satisfacciones.

Dos ambiciosos nos presenta la historia de estos últimos tiempos; ambos llevan el mismo nombre; ambos, en el orden de los honores, han llegado a la última jerarquía: Napoleón I y Napoleón III.

LIBROSMÉXICO.MX

Aquél funda el imperio sobre las sangrientas ruinas de la Revolución francesa; éste lo hereda. El primero lo conquista; el segundo lo compra, lo negocia.

"Yo os daré gloria", dice Napoleón I a la Francia atónita, y la Francia se somete al primer imperio.

"Yo os daré oro", dice Napoleón III a la Francia corrompida, y la Francia se somete al segundo imperio.

Napoleón I quería el imperio para dominar a Europa; Napoleón III hubiera incendiado a Europa para conservar el imperio. La corona imperial era en las sienes de Napoleón un medio; en la cabeza de Luis Bonaparte, un fin.

El cetro de Napoleón I fue su espada; Napoleón III no ha tenido cetro.

El primer imperio fue una gran hazaña; el segundo imperio ha sido un mal negocio.

Dejó Napoleón I una corona que había fundido con los rayos de su gloria, y la Francia alquila después esta corona a Napoleón III.

Cae en Waterloo el primer imperio y en Sedán el segundo. Europa no sabe qué hacer del gran prisionero, y busca en las soledades del océano una isla apartada y solitaria donde encerrar aquella gloria caída que no cabe en el mundo, y Santa Elena es la cárcel de Napoleón, y es Inglaterra su carcelero.

Toda desgracia, por merecida que sea, es respetable, y no haré ya más acerba con mis palabras la crueldad de este paralelo. Luis Bonaparte no es un emperador prisionero, es simplemente un emigrado. Antes, mucho antes de la derrota de Sedán, ya no tenía imperio.

A Napoleón I hubo que arrancarle la diadema imperial de su frente pensativa y gloriosa; a Napoleón III se le cayó antes que Prusia pensara en arrancársela.

En una palabra: Napoleón I vivió para reinar, y Napoleón III ha reinado para vivir.

En el uno acaba la serie de las grandes ambiciones; en el otro empieza la serie de las pequeñas vanidades.

LIBROSMÉXICO.MX

La vanidad suele parecerse a la ambición; porque aun cuando vale mucho menos, tal vez suele costar más cara que la ambición. Ambas cuestan a los pueblos paz, virtud, sangre y dinero.

La Francia que dejó el primer imperio la heredó en realidad Luis Felipe, el rey ciudadano. Al segundo imperio lo ha heredado la Commune.

La ambición del genio, la ambición del hombre superior suele ser terrible, pero es grande; suele ser sangrienta, pero es gloriosa; mas las ambiciones de las medianías son insoportables, son vergonzosas: es el bajo imperio de la soberbia humana.

Cuando los honores se alcanzan sin merecerlos, el verdadero honor consiste en no desearlos.

LIBROSMÉXICO.MX

MELCHOR OCAMPO*

Hoy hace 14 años que un hombre honrado, que había consagrado su vida al bien y, concluida su misión en la lucha, se había retirado a su hogar en la hora del triunfo, era asesinado por una partida de reaccionarios y colgado en seguida.

Los conservadores recibieron la noticia en México como si fuera una victoria. Algunos se arrodillaron a rezar el "Te Deum" y corrieron lágrimas de alegría por los ojos de muchos.

Éstos eran los defensores de la religión de Jesucristo, que había dicho: "Perdona a tus enemigos y ámalos".

El hombre cuya muerte parecía a los reaccionarios una obra del cielo no creía en Dios; en cambio, su vida intachable, consagrada a lo que él con la intención más pura creía el bien, había adoptado como norma de su conducta esta máxima: "Perdonar y amar a sus enemigos".

El nombre de este hombre de bien jamás será olvidado entre nosotros. La generación presente lo ha recogido en el cadalso y está encargada de transmitirlo a las generaciones que lleguen. Melchor Ocampo será para ellos la memoria simbólica de la fe llevada hasta el martirio, de la conciencia que no se doblega nunca.

* *El Federalista*, México, 3 de junio de 1875.

LIBROSMÉXICO.MX

Sus augustas palabras: "Me quiebro, pero no me doblo", permanecerán en los anales de nuestra patria, como la fórmula más noble de la dignidad humana.

Era un ateo. Creemos nosotros en una Voluntad Suprema, y sin embargo, doblamos la frente ante esos hombres que no esperan recompensa y aceptan el sacrificio; ante esos gigantes de la especie humana que hacen el bien no por deber, sino por amor.

Todo es oscuro para nosotros sin un Dios y un alma; ellos en esa oscuridad van guiados por una iluminación interior que nosotros llamamos conciencia, y que ellos llaman instinto, fuerza interna de maravilloso alcance, que coloca a los mártires como Ocampo mucho más alto que a los mártires de todas las religiones, porque éstos veían abrirse en la tumba las puertas del cielo, y los primeros sólo ven en la tumba, la tumba y nada más.

Para el santo de la democracia mexicana, entregado como los cristianos a las fieras, no brillaba un rayo de luz en la implacable serenidad del espacio. Los coros de ángeles no entonaban sus hosannas triunfales en los dinteles de la eternidad; ningún destello coronaba su frente con el nimbo de los escogidos; ninguna nota celeste llegaba a su alma; la voz de lo alto no penetraba en su corazón; sólo veía en torno la estéril vegetación de nuestros montes, impasible y fría; las flores, que habían sido la pasión de su existencia, lo veían marchar sin interrumpir un instante sus secretos amores; la naturaleza lo miraba indiferente; los hombres, con odio... ¿qué infinito dolor debió sentir ese hombre?

¡No! Murió risueño, tranquilo y dulce como había vivido, sin un reproche en los labios, sin una esperanza en el corazón. La tierra bebió ávida su sangre, las ramas de los árboles le sirvieron de sudario, y el Dios ante quien se había revelado la austeridad de su inteligencia, escuchaba las plegarias de los enemigos de Ocampo, que le daban gracias por aquel sacrificio.

Con cuánta razón se sublevaba aquel hombre honrado contra ese hombre impío a quien los reaccionarios llamaban Dios.

LIBROSMÉXICO.MX

En cierta ocasión, Ocampo, acompañado de un joven y ferviente católico, visitaba el jardín de la Tejería, en los alrededores de Veracruz. El joven lo abandonó por algunos instantes en medio de las flores del jardín; cuando volvió en busca suya, lo encontró de rodillas ante un lirio, siguiendo con los ojos empañados por las lágrimas las silenciosas palpitaciones de aquellos pétalos bañados de miel y de perfume.

—¡Qué quiere usted! —dijo Ocampo a su sorprendido compañero—: en un cáliz me parece más digna de adoración la miel que la sangre.

Este hecho pinta el corazón puro del hombre y da la clave de sus insurrecciones contra el Dios de las venganzas y de los odios.

La máxima sublime que el cristianismo tomó de los labios de la filosofía para enseñarla al mundo, la máxima de amor que Stuart Mill llamaba el círculo de oro de Jesús de Nazareth, estaba velada para aquel hombre sereno, iniciado en los misterios de la naturaleza por la historia de Roma y por la historia de México.

Detrás de los crímenes, de la ignorancia del partido del pasado; detrás de sus dogmas religiosos y políticos, Ocampo había visto una sombra negra y sanguinaria, y prefirió la corola henchida de balsámica dulzura de las flores.

Debió haber buscado a Dios por el rumbo de la luz; los reaccionarios se lo mostraron por el camino de las tinieblas. Y su alma, mejor que la de aquella divinidad terrible, prorrumpió en una negación que no era en el fondo sino una protesta.

La protesta de Ocampo debe estar en la conciencia del partido liberal. Ni tiranos en el cielo, ni tiranos en la tierra. La ley de la naturaleza es el amor, la ley de las sociedades es la libertad.

¡Noble iniciador de nuestra regeneración social, ni tu obra se ha consumado, ni tus asesinos han desaparecido; y si tus máximas nos acercan a todos los demás hombres, tu sombra nos dividirá para siempre de tus enemigos!

LIBROSMÉXICO.MX

GARIBALDI*

El que esto escribe ha tenido el honor de ser en sus mocedades un mártir del garibaldismo. No tenía aún 15 abriles cuando cometió un soneto en honor del héroe de Milazzo y del Vulturno; corría el año de gracia de 62 y bogábamos en pleno huracán reformista; pero mientras nuestros ejércitos se batían en Puebla, y la Constitución y la Reforma eran exaltadas hasta el delirio en las calles, y se sucedían en la tribuna parlamentaria las emociones jacobinas, en el Colegio Nacional de San Ildefonso, dirigido por el señor Lerdo,** no sólo se nos obligaba a oír misa diariamente y a comulgar con frecuencia, a pesar de la decantada libertad de cultos, sino que se encerraba en infectos calabozos a los alumnos poetas que robaban algunas horas a la ominosa lectura del Bouvier, para frangollar sonetos antipapistas a Garibaldi.

Desde ese instante tuve por la causa involuntaria de mi reclusión una adhesión profunda; leía con avidez cuanto a él se refería; recorrí 100 veces las memorias escritas por Dumas; no me cansaba de buscar las novelas en que se narraban sus pasmosas aventuras; me extasiaba leyendo, iba a decir, cantando los soberbios ditirambos

* *La Libertad*, México, 25 de julio de 1882.

** Naturalmente, Sebastián Lerdo de Tejada. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

que entonaba en loor del solitario de Caprera el ya célebre Emilio Castelar, y cuando el pobre de Amilcare Roncari, que en este momento agoniza quizás en su cara Italia, me refería los combates de Roma o me mostraba algunos autógrafos del general, sentía ganas de llorar.

Mucho ha llovido desde entonces; la edad ciega lentamente las fuentes del entusiasmo; los que nos parecían colosos vuelven a sus proporciones humanas y el metro de bronce de la reflexión, aplicado a los grandes hombres, reduce las túnicas triunfales al tamaño de una blusa de chinaco.

¿Eso es lo que nos ha pasado con Garibaldi, el héroe efímero de Marsala, como le llamaba M. Rouher desde su curul de ministro de Napoleón III? El genio político compuesto de astucia fría, de perspicacia profunda, de moderación perenne, que parece la parte más sólida de la herencia que la Italia antigua ha legado a la moderna, faltaba a Garibaldi. Si la fortuna no hubiere deparado a Italia, al asomar la crisis de que había de salir fuerte y una, un hombre como Cavour, entre los elementos que más seguramente hubieran retardado su evolución a par de los tudescos y de los principículos que vivían a la sombra de la bandera austriaca y de la infinita tenacidad de Pío IX, habría figurado Garibaldi.

"Es preciso salvar a Italia de los malos principios y de los locos —escribía Cavour durante la campaña de las Dos Sicilias al almirante Persano—, es preciso constituir a Italia sin dejarnos dominar por la revolución." Esto explica las diferencias esenciales entre el gran ministro y el gran aventurero; esto explica por qué aquella expedición, que pudo hacer naufragar en la anarquía y en el caos la suerte de la naciente nación italiana, pudo ser encarrilada y llegó a ser fecunda. El prestigio de la leyenda y de la poesía fulguran en torno de Garibaldi; pero ante la fría mirada de la historia, el soldado está dominado por el estadista, casi desde toda la altura que el espíritu domina la materia.

Espíritu y materia, hemos dicho; más justo sería decir inteligencia y fuerza, si en esta palabra comprendemos esa facultad capaz de

LIBROSMÉXICO.MX

remover el mundo que se llama el sentimiento. En nuestro pensar, Garibaldi hubiera sido un guerrillero oscuro sin Mazzini y sin Cavour. Al primero debió la Italia ese ejército oculto en las entrañas de la tierra que minaba los cimientos de las dinastías, apuntaladas por la mano de fierro del extranjero; elemento explosible, que de improviso estallaba a los pies de un trono, que abría grietas en todas las comarcas italianas de donde se escapaban miasmas revolucionarios a impregnar la atmósfera, y que al lado de cada tirano ponía un abismo. Sin la fe imperturbable, sin el patriotismo místico de Mazzini, el carbonarismo no hubiera llegado a organizarse, y Garibaldi no hubiera podido ser iniciado en los misterios del culto por la patria libre y una. Esta revelación de la obra de Mazzini fue para el joven marino de Niza un mundo nuevo; él mismo compara en sus memorias la impresión que resintió entonces a la de Colón descubriendo la América.

Cuando después de la tremenda erupción de 48, Garibaldi, heroico instrumento en manos de Mazzini, volvió al destierro y luego se encerró en Caprera, ¿qué podía hacer? Amar a la patria. ¿Qué hizo? Manifestarse dispuesto a morir por ella. Entretanto, Cavour preparaba al pequeño Piamonte a la obra de la redención, concentraba en un haz fortísimo las fuerzas vivas de la Italia; hacía entrar astutamente al pequeño reino en un gran drama militar y compraba con la sangre de los Bersaglieri en Crimea el derecho de figurar en el más alto de los consejos europeos; allí comenzaba el prólogo de la guerra de 59, prólogo que es un prodigio de habilidad diplomática y que se cerró en la célebre entrevista de Plombières. Entonces, cuando Víctor Manuel y Napoleón III aparecieron juntos en los campos lombardos, fue cuando el solitario de Caprera lanzó sus cuerpos francos a la lucha, cortada repentinamente en Villafranca.

Viene luego la expedición fabulosa de Sicilia; Garibaldi, con el alma herida por la cesión de Niza y la Saboya a Francia, marchó con sus "mil" maldiciendo a Cavour. Pues bien, sin esa cesión, la conquista de las Dos Sicilias hubiera sido imposible; las anexiones de

LIBROSMÉXICO.MX

Toscana y los ducados, imposibles también, y la unidad de Italia no se habría hecho entonces. Por cierto que, sea dicho esto entre paréntesis, éste era el verdadero interés de la Francia como lo demostraba la lógica inflexible de Thiers, contra la política de fantaseos del tercer Napoleón, y lo han confirmado los hechos posteriores.

Mas nos atrevemos a afirmar: la conquista del reino de Nápoles habría acabado en un desastre sin la audacia de Cavour, saliendo al encuentro de las inquietudes crecientes de Europa, con la anexión de Ancona, de la Umbría, batiendo a Lamoricière en Castelfidardo, llegando al reino de Nápoles cuando un victorioso puñado de aventureros exigía al triunfante dictador la proclamación de la república y, sobre todo, la marcha sobre Roma, que quizás habría hecho fracasar en un día todo lo conquistado, no sólo en Marsala y el Vulturno, sino en Magenta y Solferino.

Así es que cuando se trate de genio político, no hay que hablar de Garibaldi; su corazón de niño, la candorosa grandeza de su alma le hacían cometer toda clase de desaciertos, desde aquel terrible de su vida privada que por respeto a su memoria no mencionamos aquí, hasta las imperdonables torpezas que se desenlazaron en Aspromonte y en Mentana. Ni era un genio político, ni era un iniciador; era un soñador. Iniciador no es el que sueña una aventura y se precipita en ella de cabeza; es el que toma de la atmósfera ambiente una idea difusa, la condensa en su cerebro, la formula con su palabra y la lanza tan vigorosamente en el terreno de los hechos, que tarde o temprano se convierte en una realidad.

¿Esto es todo lo que la historia puede decir del general Garibaldi? ¡Oh!, no. Cuando los hombres políticos han preparado el advenimiento positivo de una idea, entonces necesitan un hombre de acción que se apodere de ella y en quien ella encarne, que tenga a su disposición esa inmensa cantidad de electricidad latente que se llama el entusiasmo, capaz de convertirse en un momento dado en el estremecimiento de un pueblo; el hombre de Estado acerca los elementos, y el hombre de acción es la chispa que determina el incendio.

LIBROSMÉXICO.MX

¿Quién más preparado para esto que Garibaldi? Su intimidad con el mar le familiarizó con todas las empresas grandes; su valor prodigioso le empujó hacia ellas; su fe en la patria le obligó a concentrar sus aptitudes de héroe en la redención de Italia. El aventurero que cruzaba en su esquife el Mediterráneo desde Gibraltar a Constantinopla, que fugitivo y proscrito luchaba y vencía al Atlántico para ir a ofrecer su espada a una causa republicana, el vencedor de San Antonio, el salvador de Montevideo, el que hizo morder el polvo a los gauchos de Rosas y Servando Gómez; el seductor de la bella Anita, la poética heroína de Ibituba y de Morso de Barra, de la madre de Menotti, Ricciotti y Teresita, era para los italianos oprimidos un personaje legendario, un Cid republicano que se acercaba de combate en combate al través de los mares como un gigante milagroso hasta tocar con la punta de su lanza los muros de la opresión extranjera que se desvanecían como por encanto, mientras Italia, "la bella dormida en el bosque", despertaba de su sueño secular y daba la mano a su enamorado salvador. Aquel hombre llegó, su épica figura creció en la derrota, se agigantó en el sufrimiento; en la defensa de Roma era un héroe, en la retirada hacia el Adriático con un puñado de bravos era un sueño de audacia y de valor; en la fuga increíble al través de la *pineta* de Ravena en donde Anita muere entre sus brazos, de dolor y de fatiga, un santo, una especie de Cristo armado de las esperanzas de Italia.

¡Qué suerte para un pueblo encontrarse en un momento supremo con un cerebro como el de Cavour y un corazón como el de Garibaldi, viviendo enteros para la libertad de la patria!

Mucho había logrado el ministro de Víctor Manuel; pero esa rapidez de rayo que hizo a Europa doblar la cabeza ante un hecho consumado, ese don de multitudes que improvisó en Italia un pueblo y que despertó en el pueblo un alma; ese no sé qué sublime compuesto de emoción y de fe, electricidad moral que puso en pie desde Messina hasta Turín, una nación que ayer era un sueño de poeta y que hoy es una realidad soberana, esa parte inmensa que el destino reserva al

LIBROSMÉXICO.MX

sentimiento en los destinos de las sociedades, ¿quién pudo comprenderla mejor que el hombre inspirado cuya figura, vestida del flotante poncho americano y coronada por la soberbia pluma prendida al clásico sombrero de las Calabrias, veían los italianos cruzar todas las noches por sus sueños entre el humo de las batallas y las ruinas de la ciudad eterna, salvando la bandera de la patria y mostrándola destrozada como un recuerdo de gloria y como una promesa de independencia?

Ésta fue la obra de Garibaldi, y la selló con su sangre; el larguísimo crepúsculo de su vida empezó cuando la obra estuvo ya consumada. La posteridad verá en él más que un hombre de acción un hombre de pasiones, y su mérito principal lo hará consistir en la sublime abnegación con que en el hecho capital de su vida supo poner sus pasiones debajo de su deber. Garibaldi era un republicano; pero fue algo más grande todavía: fue un italiano, fue un patriota. Todos los fantaseos políticos desde los que Mazzini comprendía en la célebre fórmula "Ni rey, ni papa, congresos y concilios", hasta las novísimas reivindicaciones de la "Italia irredenta"; todos los delirios socialistas desde el socialismo romántico y cristiano de L. Blanc y Lamennais hasta las teorías de Marx y de los desaforados comunistas de París, encontraban eco simpático en su corazón. Tenía candores infinitos como, por ejemplo, el de aconsejar a los comunistas que se valían del estado de impotencia y de infortunio de Francia para encender la guerra civil bajo el cañón prusiano, que tomaron por jefes a Edgar Quinet, Louis Blanc y Félix Pyat, dos escritores poetas y un farsante desalmado; y este candor espoleaba a todos los aventureros políticos a abusar de él, y éste era el terror de Cavour, cuando se proclamaba Garibaldi dictador de Nápoles. Pero Cavour no contaba con el corazón del hombre que no sólo era grande sino que era bueno; el dictador dio a Víctor Manuel el trono y se retiró a su isla de Caprera, de donde no volvió a salir sino para intentar la locura que fracasó en Aspromonte.

La patria antes que todo; italiano antes que republicano. ¡Cómo

LIBROSMÉXICO.MX

se explica por este solo hecho la prodigiosa resurrección de Italia! ¡Si hombres en las condiciones de Garibaldi han sabido sacrificar su religión política a los intereses del país, dando una lección inmortal a los que pretenden subalternar el deber para con la patria a sus ensueños de renovación social, fácil debió ser la tarea de los personajes agrupados en torno de Víctor Manuel para consumar la gigantesca labor, no de restaurar, sino de crear la Italia!

Concluyamos aquí; el hecho que acabamos de recordar es el florón más puro de la corona de aquel que pudo ser comparado sin hipérbole a los caballeros andantes de los romances de la Edad Media, que conquistaban reinos con su fe y su espada, y enriquecían con ellos a sus reyes. La corona del patriota es la que nunca se marchitará en el sepulcro del prodigioso aventurero, mientras tenga Italia la memoria del corazón.

24 de julio de 1882.

LIBROSMÉXICO.MX

LOS POETAS*

A Ignacio M. Altamirano

La poesía es una perenne revelación de Dios en la humanidad. Los helenos la llamaban "creación". Los latinos apellidaban a los ministros de ese culto inmortal de lo bello "vates", adivinos, y cuenta la tradición que la pitonisa Phemonoé fue la primera que, en el arrebato de la inspiración profética, prorrumpió en esa música del pensamiento que se llamó "verso".

Yo creo a la poesía nacida con el canto, que iniciando al hombre en los goces misteriosos de la inteligencia, fue el primer vagido de la civilización.

¡Qué extraña belleza debió ser la de esa poesía primitiva, cuando la sombra del Creador se dibujaba en el firmamento de las noches genesiacas, y la tierra, aún tibia con el calor de la generación, se estremecía bajo los pies de los hombres rítmicos, y el hervoroso océano, poblado de monstruos, guardaba un trueno en cada ola y una chispa eléctrica en cada embate! ¡Qué grandiosa debió ser la poesía que se acompañaba con el estridor de aquellos huracanes cósmicos,

* *El Renacimiento*, México, 4 y 18 de septiembre y 16 de octubre de 1869, t. II, pp. 12-13, 42-43, 102-104.

LIBROSMÉXICO.MX

y ante cuyos ojos reventaban las tremendas burbujas del mar, dejando escapar masas inconmensurables de humo y de lava, retorciéndose como hidras infernales en el cielo, azotando las nubes con sus caudas incandescentes, y arrastrando en su ascensión constante grandes moles de rocas, como absorbidas por una tromba ignífera, que arrancaba los futuros continentes del seno tempestuoso de las aguas!

¿Qué labio humano podría decir a los hijos de la hora presente, gastados por el goce y por el dolor, una nota tan sólo del primer himno balbucido en la presencia del sol, cuando con los vientos desgarrando el toldo de brumas que cubría el cielo, se encendía súbitamente en los espacios aquella mirada de Dios, haciendo brotar la vida en dondequiera que tocaban los rayos de la inmensa pupila de fuego?

En esa misteriosa mañana de la historia, en que ya se encuentran formando inmensos grupos los pueblos orientales, la poesía es la madre de las concepciones teogónicas en que se hace tan patente la vecindad de las primeras edades.

Los poetas de aquellos tiempos son seres misteriosos que viven en el éxtasis. Algunas veces descienden a remover con su poderosa palabra las entrañas de la humanidad, cantando los altos hechos de los hombres, muy luego divinizadas en su imaginación, o flagelando el crimen con el látigo implacable de la ira. "El metro ha sido inventado por la indignación", dice Valmiki en el *Ramayana*.

La personificación del poeta en el principio de la civilización es Orfeo, es Anfión, los que adormecían las fieras y hacían danzar las rocas. La significación que encierran estos mitos es ya clara y luminosa como las de todas las leyendas fabulosas creadas por los griegos, o a quien ellos han marcado con el sello indeleble de su inteligencia creadora. La inteligencia, enseñoreándose de los elementos orgánicos e inorgánicos de la naturaleza, fue sin duda la aurora de la civilización, que es la penetración progresiva de Dios en la conciencia humana.

LIBROSMÉXICO.MX

El papel del poeta está, pues, marcado desde la Antigüedad, y la creación típica de Orfeo, el intérprete de los cielos, como le llama Horacio, muestra bien claramente cómo desde los más remotos tiempos ha sido comprendida y venerada su misión. Era el intermediario entre la divinidad y el hombre, sabía el camino de la escala de Jacob, y los astros le descubrían sus secretos y le revelaban su armonía.

Y en efecto, la poesía es un verdadero sacerdocio, quizá el más bello de todos. Si el alma del poeta tiene alas como los ángeles, éstas le han sido dadas para atravesar los espacios, para sorprender en lo desconocido una nota del himno misterioso de los cielos, y enseñársele al resto de los humanos en su lenguaje divino.

La historia de los poetas es la de los grandes pasos de la humanidad. Los cantos de Hesíodo inician al hombre en los goces sagrados del trabajo; Homero les hace amar la lucha para que han sido destinados, y amar la gloria, brillante ilusión de ultratumba que hace marchar sin tregua hacia adelante. Esquilo, ese condensador supremo de todos los dolores y de todas las esperanzas del género humano, ese creador de insólita potencia, con sus manos de titán llega a modelar el embrión del porvenir. Isaías, el gran poeta de la indignación y del dolor, águila que roía las entrañas de ese monstruoso imperio asirio sobre cuyos escombros deformes debía levantarse el vidente hebreo, pulsaba el sagrado *kinnor* para anunciar al mundo el día de la libertad. Lucrecio, el melancólico hijo de Epicuro, que escribió en el Olimpo pagano la palabra "mentira", y volviendo su frente inspirada hacia algo que presiente pero que no ve, remueve la naturaleza con su lira, y lleno de una melancolía infinita niega y muere, resignado a la nada, el único infierno que el más horrible fanatismo religioso no se ha atrevido a inventar; Lucrecio, cuyo libro leeremos muchas veces por temor de haberlo comprendido mal; Lucrecio, a quien hemos oído llamar el primer cristiano, es la protesta encarnada de toda la suma de virtud posible, en una sociedad que, como el Demóstenes francés, se rodeaba de flores en su lecho de muerte, y que con una serenidad que las sociedades modernas no

LIBROSMÉXICO.MX

pueden comprender, reía y cantaba en la agonía, en el mismo momento en que nacía de un pueblo de inquebrantable fe el que debía permanecer por todos los siglos con los brazos abiertos al porvenir: Jesús.

La sociedad romana había mezclado en sus venas el virus de todas las naciones: en el fondo de todas las civilizaciones había un vacío, es decir, una perpetua amenaza de muerte: el imperio cosmopolita, fundado por César, lo aceptó todo: en la copa del pueblo rey iban mezclados todos los vicios, todas las abominaciones: la comunión de las naciones paganas en los tiempos que precedieron al cristianismo no era un ágape, era una orgía: aquello debía pasar.

Y pasó.

Pero a todas esas voluptuosidades debía mezclarse un dolor, un latigazo. Este latigazo se llamó Juvenal, el castigo hecho hombre.

La naciente religión del Nazareno tuvo también su gran poeta, leed profeta, *roë* en hebreo, Juan, el autor de ese libro sombrío e inmenso que se llama el Apocalipsis, libro que mientras más se comprende se hace más bello, el libro de las venganzas, que arrebata su voz a elementos desconocidos del mundo pagano, en cuya boca la imprecación es más iracunda que el trueno de las tempestades, y en cuya mano justiciera no está la férula que hiere, sino el rayo que mata y que aniquila.

El libro del proscrito es verdaderamente una revelación. Jamás la ira revistió ropaje semejante; jamás la esperanza ciñó a su frente igual aureola. Todas las cóleras, todos los sufrimientos, cóleras y sufrimientos inauditos, rebosando el corazón del pueblo hebreo y del pueblo cristiano, desbordaron terribles, incontenibles, formando un inmenso mar de absintio, de hiel; en medio de ese mar había una gota de miel más dulce que la del Himeto, era el nombre del Cristo, era la fe del mundo nuevo. Sí; es un libro divino el libro de Juan; sí, el Apocalipsis es una de las más grandiosas estrofas del poema eterno.

Después del Apocalipsis, la elaboración inmensa de otra civilización sobre el cadáver del imperio impide la florescencia del genio, o

LIBROSMÉXICO.MX

ahoga el canto de los poetas entre el ruido inmenso de aquella inmensa tarea. La cultura latina había muerto tan natural, tan irremediablemente, que la humanidad parecía haber retrogradado con la invasión de los bárbaros hasta las épocas primitivas.

Como en las épocas primitivas, las lenguas entraban en una segunda formación. La Edad Media, que, del más monstruoso agrupamiento que registra la historia, formó de cataclismo en cataclismo las naciones modernas, tuvo su Homero: Dante Alighieri.

Para comprender todo lo que hay de terrible en el gran libro del proscrito de Ravena, sobre todo en el primer canto, que es sin duda la parte capital del poema, es preciso transportarse en alas de la imaginación hacia aquella edad de dolor inaudito, de sufrimientos sin nombre.

En la Edad Media, en que según la bella expresión de Michelet, "las inteligencias más sanas y robustas estaban enfermas", la figura del Dante no es sino un reflejo, un resultado de la convergencia del dolor y del martirio, en aquellas épocas en que el miedo era una religión y el mal un dios, Satanás. Un escritor ha dicho, con justicia, que era imposible exagerar lo que había de embrutecedor y de mefítico en ese terrorismo del miedo que se encarnizaba en empequeñecer y que sólo sabía proferir entredichos y maldiciones: maldiciones contra la carne, la naturaleza, la vida, la filosofía, contra todo, en fin, y de tal modo, que efectivamente destronaban a Dios para entregárselo todo al diablo. Ayer, la ciencia ha descubierto que un objeto brillante colocado cerca de los ojos e inmóvil durante cierto tiempo bastaba para arrojarnos en el sonambulismo, en la anestesia. Imaginaos, pues, a los hombres absortos en ellos mismos desde la cuna hasta la tumba, inteligencias constantemente dominadas por la fascinación de un mismo terror, constante y exclusivamente concentradas en la sola idea de merecer el cielo, de imaginar y de imponerse mortificaciones y dolores para salvarse del infierno: eran literalmente catalépticos.

Aquello era la cuna del nuevo culto romano que desde entonces

LIBROSMÉXICO.MX

empezaba a renegar de todo el decálogo y culto nacido en la Edad Media, "del principio de espanto sistematizado en el ascetismo y de la creencia en una autoridad espiritual infalible".

Agregad a todo eso las terribles figuras que campeaban en los centros feudales, los brutales castellanos cuyo corazón parecía amasado con todo lo que hay de pavoroso en el crimen, con todo lo que hay de implacable en el vicio. Lujurias salvajes, deseos desenfrenados, inauditas crueldades; el derecho de primicias matrimoniales del señor, las razias de los solterones del castillo entre las vasallas; lo inamovible de la condición que impide huir a la víctima, y la incertidumbre de la misma condición dependiente del arbitrio del amo feudal: el pueblo que ha defendido el territorio y a quien se hace siervo; el barón que tiene derecho a un tributo determinado, pero que puede tomar, además, todo lo que le parece; el sacerdote cómplice del señor y que impele al paisano hacia el incesto, prohibiendo el matrimonio con la pariente mientras el señor lo prohíbe con la extranjera; los demonios esculpidos en las puertas de la iglesia para manchar los sueños de la virgen, y en el interior un Dios que habla latín:[1] he aquí la perspectiva ligerísima de todo lo que había de horrible y ominoso en aquel tiempo.

Poned en medio de esa edad a un hombre que iba a llegar a este pensamiento:

> [...] esser conviene
> Amor sementa in voi d'ogni virtute.
>
> (Purgat., XVII.)

"Sea en nosotros el amor la semilla de toda virtud", y del contraste de este corazón y de aquella sima, de este amor y de aquel odio tendréis un cuadro que rara vez repetirán los siglos. Dante en pie al borde de ese abismo que se llama Edad Media, cuyos reflejos

[1] J. Milsand, *De l'imagination dans l'histoire.* Michelet, *La sorcière.*

LIBROSMÉXICO.MX

de fuego purpuraban su rostro de pitonisa, compuso un poema sin filiación en el pasado, sin sucesión en el porvenir.

Aquella inmensa y misteriosa obra cuyo misticismo hizo pensar a Lamartine en Santo Tomás de Aquino, en donde la imaginación toma sus más espantosas revelaciones de una realidad más dolorosa que todos los dolores de los réprobos, se llamó la *Divina comedia*. El "Purgatorio" y el "Paraíso" no son allí sino el desleimiento armonioso de esperanzas místicas; este poema se concentra verdaderamente en su principio: el "Infierno", terrible palabra que es la clave de los martirios y de la lentitud de la civilización cristiana, y que algún día, esperamos en Dios, desaparecerá para siempre del vocabulario humano.

La lengua divina que Dante enseñaba a sus compatriotas, mientras de uno y de otro lado del Loira cantaban los trovadores y los troveros en francés bárbaro (*langue d'oc, langue d'oïl*), y don Gonzalo de Berceo y el rey sabio componían en España, el uno su *Poema de Alejandro* y el otro su oscuro *Tesoro* y sus célebres *Querellas*, debía abrir para la Italia las puertas de oro de la literatura. Del renacimiento de las letras nació el renacimiento del arte, y con ellos esa bella época de la historia del espíritu humano, toda de poesía y de amor, siglo bendito que fue como un rato de solaz para la afligida humanidad, y en cuyo seno brotaron con abundancia providencial esos tipos del hombre, esos resúmenes de las aspiraciones de la humanidad que se llaman "genios".

No somos, con todo, de los que pensamos, aun cuando alguna vez hayamos podido escribir algo que parezca lo contrario, que en ese siglo que se llamó del Renacimiento, viniese la Reforma a inutilizar los esfuerzos de la Iglesia en pro de la conciliación de la filosofía y de la religión, provocando esa serie de calamidades para la humanidad, que ha llegado hasta la última encíclica papal.

Para nosotros hay necesidades, íbamos a decir fatalidades históricas. La Reforma es una de ellas. A falta del monje agustino, otro hubiera protestado. Antes de Lutero ya había habido hombres de fe

LIBROSMÉXICO.MX

y de inspiración que se llamaban: Wiclef, la estrella matinal de la Reforma, Juan Huss, Jerónimo de Praga, Savonarola y otros, casi todos mártires; mártires llenos de esperanza y de valor, que recordaban a los primeros cristianos.

El Renacimiento tuvo una desgracia en germen desde el momento en que nació.

Su alianza íntima con la Roma pagana. El poder espiritual de los pontífices, que sólo era un motivo de exigencias temporales, llegaba entonces a su apogeo. Roma recomenzaba su papel del tiempo de los emperadores.

El sistema del antiguo imperio estaba en todo su vigor.

La explotación de todos por una casta única, el clero; la explotación del mundo entero por Roma, y de Roma por un solo hombre, el papa; era tan evidente la exhumación del pasado hundido por la protesta de Cristo, que insensiblemente tornábanse las inteligencias hacia la religión ahogada con Majencio en el puente Milvio.

El Renacimiento tenía, pues, una gran cantidad de tendencias hacia el retroceso; la mitad de aquel bellísimo cuerpo estaba muerto.

Un Médicis era el Augusto de aquel siglo de oro, León X.

La figura del Cristo envuelta en nieblas tornó a levantarse entre la brumosa Alemania. El nazareno había marchado hacia el norte.

El Pablo de la nueva protesta se llamó Lutero.

Con él empezó para el Renacimiento el cumplimiento de esa otra ley terrible de todas las grandes edades del género humano: la decadencia.

Estos periodos de agonía, periodo que para muchas cosas está pasando hoy día a nuestros ojos, tienen súbitas apariciones melancólicas, pero luminosas; tristes, pero acaso por eso mismo llenas de poesía deliciosa y frágil.

El Tasso, el prisionero de Ferrara, en cuya historia las investigaciones modernas han descubierto, en vez de un misterio de amor, un misterio de miedo, y en vez del semblante divino de Leonora de Este, la torva faz de los inquisidores italianos, ministros del culto

LIBROSMÉXICO.MX

de la hoguera y del embrutecimiento, cuyas víctimas fueron tantas, que con sus mortajas agregadas se podría formar un sudario que envolviese a todos los países católicos; Torcuato Tasso es el astro de mayor magnitud en aquel cielo italiano, nublado desde los primeros gritos del brutal apóstol de la Reforma.

La ley de la transfiguración de las especies se aplicaba entonces a la literatura. Moría en Italia, en España aparecía llena de vida, aunque sin poder ocultar su descendencia de la moribunda.

Diez años después de la muerte del Tasso, se publicaba en Madrid un libro nuevo: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

La obra capital de Miguel de Cervantes marca para nosotros el punto culminante de la literatura española en el gran siglo. Época única en la historia de las letras castellanas, que debía empezar en Garcilaso y acabar en don Luis de Góngora y don Francisco de Quevedo.

Cervantes, en aquella época en que todo protestaba, protestó también; Lutero acababa de romper las cadenas de la conciencia humana; Cervantes vistió a su caballero de todas armas, y lanza en ristre le arrojó sobre los muros que encarcelaban al sentido común, y más feliz que su héroe en la famosa aventura de los molinos, los muros cayeron, no como los de Jericó, al son de las terribles trompetas de Israel, sino al alegre sonido de una carcajada inmensa. La seria protesta del agustino debía hacer derramar torrentes de sangre, debía ocasionar batallas que quizá, mirando el fondo de las cosas, han tenido su terrible apéndice en Sadowa. Cervantes hizo, frente a todo aquel cúmulo de barbaridades que se llamaban las historias de los caballeros andantes, lo que dos siglos después debía hacer Voltaire frente al catolicismo: reír.

Su inmenso libro hizo popular en el mundo la majestad del idioma castellano, que desde entonces viste, como una rica presea, el nombre glorioso de Cervantes; la idea que se propuso desarrollar, y que en gran parte permanece envuelta en un misterio cuya clave es el inencontrable buscapié, no podía encerrarse entre Gibraltar y los

LIBROSMÉXICO.MX

Pirineos, sino que invadiendo todas las regiones batió por todas partes al enemigo que, nacido en la tienda guerrera de los godos, y después de llenar una misión sublime durante la Edad Media, había llegado hasta la cuna de Cervantes como un espectro inútil, sólo bueno para trastornar más y más la inteligencia humana. El grande escritor echó sobre la espalda de la andante caballería la túnica de los locos y la sacó a la vergüenza con este letrero al cuello: "El de la triste figura"; y una risada universal se unió a la suya: la humanidad se había salvado. Miguel de Cervantes la había curado de enajenación mental.

El 23 de abril de 1616, murió el autor de *Don Quijote*, en el mismo instante que William Shakespeare entregaba el alma, que, como dice Alejandro Dumas, ha sido la que ha creado más después de Dios.

Cervantes y Shakespeare no tienen precedente en la historia del pensamiento humano. Fueron dos individualidades poderosas, iguales, porque su frente se pierde en la atmósfera infinita en donde no hay más que una grandeza: la de Dios; "en la región de los iguales", como ha dicho el Maestro en ese su bosquejo a lo Miguel Ángel consagrado al poeta británico.

El autor del *Quijote* había estudiado el cerebro de la humanidad; el autor de *Hamlet*, su corazón. El uno era un sabio, el otro un ignorante. He aquí la ventaja del inglés. Sus composiciones abrazan todas las épocas, hasta las que jamás han existido. Shakespeare sólo conocía a Plutarco. Esquilo, Sófocles, Eurípides, eran nombres sólo para él; tal vez ni eso. Hay ocasiones en que la ciencia es una traba. La ciencia tiene en los cuatro vientos cardinales las columnas de Hércules: *nec plus ultra*. El dramaturgo inglés nunca conoció ese lema; por eso su imaginación se desbordó inmensa, sin límites; aquel hombre era el mar.

Plagado de anacronismos, ¿qué le importaba nuestra historia a ese forjador de gigantes? La historia era un metal que empleaba en la fundición de sus colosos. Tanto mejor si el metal se perdía en el horno ardiendo. El poeta destruía la historia de la humanidad para rehacer la historia del hombre. Obra divina.

LIBROSMÉXICO.MX

William Shakespeare era el grande por la imaginación, el soberano por la pasión, el único. Aquel genio lo evocaba todo. No había leído en los libros, pero leía en su alma el libro infalible. No necesitaba de los demás. No hay dolor, no hay alegría, no hay infamia, ni delirio, ni vértigo, ni ternura, que no haya acudido en torno de su vara mágica, como los genios a la voz del padre de Miranda. ¿Quién le había revelado todo eso? Nadie; Dios. Su cerebro era un Sinaí.

Leed sus obras.

Antes de Cervantes había habido un astro de primera magnitud, Camoens, el Homero de la gloria portuguesa, el tierno amador de la misteriosa doña Violante, el malaventurado autor de *Los lusiadas*; después de Shakespeare hay una pléyade: don Pedro Calderón de la Barca, Corneille, Ruiz de Alarcón, Molière; después nada, después la noche. En el fondo de aquella noche se bosquejaba un rictus satánico. Aquello fue Voltaire.

Vino en seguida la gestación del siglo XIX; el mundo viejo moría, el mundo actual nacía. Era la mentira, eternamente cierta, del fénix renaciendo de sus cenizas.

Durante aquella transformación, el mundo había cambiado de frente. Como esos viajeros que al pasar la línea ecuatorial, viniendo del sur, se encuentran de improviso bajo las magníficas constelaciones del hemisferio boreal, así la viajera humanidad, después de pasar por ese ecuador de sangre que se llamó la Revolución francesa, entonó un himno por la voz de todos los nuevos bardos, ante el espléndido cielo que se desarrollaba a sus ojos.

Otra vez hablaremos de esos admirables cantores que abrieron la época presente, desde Quintana y Goethe hasta Lamartine, el que necesitaba morir; hasta Victor Hugo, el que necesita vivir.

Amor y lágrimas: he aquí las palabras que el autor de las *Meditaciones** hizo grabar en un anillo cuyo engaste estaba formado de una

* Alphonse de Lamartine. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

partícula del muro que aprisionó al Tasso en Ferrara: porque estas palabras resumen la historia de casi todos los grandes poetas.

Amor y lágrimas, es decir, la mujer.

La mujer es en la creación el elemento inspirador por excelencia. En toda virgen hay un poeta, en toda madre hay un ángel.

La mujer, que cada vez va tomando una parte mayor en el goce y en el sufrimiento de los hombres, estaba destinada a iluminar con la incomparable luz de sus ojos la vía dolorosa de esos cantores peregrinos, que siempre serán trovadores, y siempre vagarán por los campos de la imaginación con la lira al hombro y el cayado entre las manos.

No sé cuál será el sentimiento interior de los poetas en la plenitud y en la decadencia de su vida; pero el poeta joven sólo ve en las rosas y en los astros, flores del mundo y flores del cielo, un color, un aroma, una luz: la mujer amada. Petrarca oirá en las soledades de Vaucluse el nombre de Laura confundido con todos los perfumes, con todos los murmullos, con todas las cantilenas; el Dante encontrará a su Beatriz en el cielo, pura como sus sueños, bella como sus ángeles, ideal como su esperanza:

Amor ch'a nullo amato amar perdona...*

El cristianismo es el verdadero creador de la mujer; el cristianismo sentó su imagen al lado de Dios, y le dijo: "Hete aquí, mujer; tú la que quebrantarás la cabeza del mal; tú, el ideal eterno, yo te consagro, bendíceme: te llamas María".

Y la mujer desde entonces entró a la vida con una aureola divina formada por todos los gérmenes de la poesía cristiana.

Así elevada, ya no podía separarse de nuestros destinos. Desde entonces el nombre de una mujer sería el primer vagido de la lira; el recuerdo de una pasión debía mezclarse con el último suspiro del

* "Amor que a nadie amado, amar perdona." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

poeta. Si queréis un ejemplo, ahí lo tenéis en el incomparable cantor de Elvira,* que llegando a los límites de la vida humana, estrechaba contra su corazón, aun después de muerto, el crucifijo que su amada le había legado al morir, 60 años hacía.

La poesía dulce y santa, la poesía del alma había crecido en Nazareth en el corazón de Aquel que debía decir a Magdalena: "Mujer, Dios te perdona, porque has amado mucho".

Aquellas palabras que rescataban a Eva en nombre del amor son la fuente de la poesía espiritual. Desde entonces el himno de los sentidos estaba condenado a ser fugitivo y perecedero, como el cuerpo cuyos goces interpretaba.

El Evangelio es la nulificación de todos los Anacreontes pasados, presentes y futuros.

Feliz el poeta que no encuentra un vaso de lágrimas en el corazón de la mujer; feliz el poeta para quien la mujer es el prisma al través del cual adora a la naturaleza y a Dios, cuya lira no vibró jamás al soplo impuro de los deseos; para quien hay una misión más alta que cantar los placeres, y es la de elevar la inteligencia y el corazón de los hombres hacia lo eternamente bello y lo eternamente santo; feliz el que en el camino de la vida ha encontrado su ángel y ha merecido por epitafio la última nota de esa estrofa de felicidad que tanto se parece a una lágrima, el *Lago*:

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire,
Tout dise: "Ils ont aimé!"**

* Epíteto de Lamartine. [N. del ed.]

** "Que el viento que gime, el junco que suspira,/ que los perfumes ligeros de tu aire aromado,/ que todo cuanto se oye, se ve o se respira,/ que todo diga: 'Han amado'." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

Históricos

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

RECTIFICACIONES HISTÓRICAS. ROBESPIERRE Y EL DOCTOR BARREDA*

La inquisición y el terror son hermanos gemelos, hijos de un mismo principio: la sustitución de la autoridad sobrehumana a la convicción basada en la utilidad.

Doctor Barreda
Opúsculo sobre la instrucción primaria

La ley sólo puede prohibir lo que es dañoso a la sociedad; sólo puede ordenar lo que es útil.

Robespierre
Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano

I

Pasó ya la discusión de la ley de instrucción pública, y el análisis del opúsculo de nuestro eminente amigo el profesor Barreda ha perdido

* *El Federalista*, México, 28 de diciembre de 1875.

LIBROSMÉXICO.MX

ya su interés de actualidad; nuestros lectores, sin embargo, no llevarán a mal el que en estos días en que los intereses políticos parecen dormidos, entremos, siquiera sea ligeramente, en la dilucidación de un punto histórico, ligado más de lo que parece con alguna de las cuestiones más trascendentales de la filosofía.

El profesor Barreda, en su opúsculo* —líbrenos Dios de hacerle por ello un reproche— toca, aunque incidentalmente, muchos problemas y muchas soluciones que preocupan hondamente a los hombres de nuestra época.

La cuestión del criterio moral le ha acarreado una polémica (y esperamos que no haya concluido) en la que no nos mezclaremos; simplemente haremos, de paso, una ligera rectificación, ya que de rectificaciones históricas se trata.

Hablando del argumento en contra del sentimiento moral, dice el señor Barreda que Locke fue quien primero lo presentó. Esto no es exacto. Ya los antiguos, que lo han dicho todo, conocían la objeción. Carnéades lo había expuesto (véase *De la República*, de Cicerón). Un siglo antes de Locke, Montaigne lo había repetido con la profunda ironía que caracteriza muchas de sus más profundas reflexiones (*Ensayos*, I. II. c. XII), y un contemporáneo del filósofo inglés, uno de los más grandes entre sus contemporáneos, Pascal, había emitido una idea análoga que obtuvo un lugar entre sus *Pensamientos*, antes de que Locke publicara el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en donde formula el argumento en cuestión (I. II. c. II).

Pero lleguemos a nuestro asunto. En la segunda parte de su opúsculo, que hemos leído varias veces con verdadera admiración, dice el señor Barreda:

> El sanguinario Robespierre es el Mahoma de la política ontológica, como este último es el Robespierre de la política teológica. Pero no,

* Se refiere al libro de Gabino Barreda, *Opúsculo sobre la instrucción primaria*, México [Sociedad Metodófila Gabino Barreda], 1875. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

> esta comparación no es exacta sino en cuanto a los medios; el fin establece entre ambos personajes una inconmensurable distancia. ¿Qué comparación cabe, bajo el punto de vista de los resultados, entre el glorioso fundador de la civilización musulmana y el sanguinario e intolerable tribuno, que así mandaba al cadalso a los católicos realistas, por su falta de emancipación mental, como a Danton y sus amigos, a quienes tachaba de inmorales porque habían avanzado más que él en este punto? ¿Qué comparación cabe entre el que logró con ayuda de sus inmortales sucesores transformar un pueblo salvaje en el emporio de las ciencias y de las artes durante la Edad Media, y el que no supo afianzar uno solo de los progresos de la Revolución, comprometiéndolos todos con su absurda metafísica e iniciando y apresurando la retrogradación que debían destruirlos? Si yo he puesto juntos estos dos nombres, es sólo para que se vea que las opiniones más encontradas pueden, en virtud de estar cimentadas en un mismo método, conducir a medidas idénticas, y para demostrar que la inquisición y el terror son hermanos gemelos, hijos de un mismo principio: la sustitución de la autoridad sobrehumana a la convicción basada en la utilidad.

En efecto, entre Mahoma y Robespierre no hay comparación posible. Preciso es confesar que sólo una preocupación pudo llevar al señor Barreda a buscarla, sólo para darse el placer de demostrar que no podía establecerse ninguna. Robespierre no dijo nunca: "Cree o te mato"; dijo simplemente a todo el que creía enemigo de la Revolución: "Muere".

No somos, ni seremos nunca, partidarios del Terror; no somos, ni seremos nunca, admiradores de Robespierre. Entre el ontologista Saint-Just y el materialista Hébert, estaremos siempre por Saint-Just; pero entre los ontologistas (nos servimos de las locuciones del señor Barreda) Robespierre y Vergniaud, estamos del lado del inmortal girondino; y en aquellos momentos prodigiosos de 93, estaremos sobre todo del lado de Danton, que no era nada, nada más que la personificación gigantesca de la Revolución y de la patria.

LIBROSMÉXICO.MX

Se mezcla tanto a la vida política y social del mundo moderno la hervorosa corriente de las ideas revolucionarias, que aún tiene aquella época el don de apasionarnos; ¿contribuye esto a fijar nuestras miradas en el Terror para lanzar sobre él y sus autores nuestros más elocuentes anatemas, sin cuidar de estudiar sus circunstancias atenuantes? ¿Nada significan la desesperación, los recuerdos de la servidumbre pasada, la indignación de un pueblo que tenía la conciencia de ser traicionado y que no se equivocaba en gran parte? Algunos años después —en tres lustros incompletos, un hombre sacrificaba a sus quimeras de orgullo y de gloria dos millones de inocentes— el Terror sacrificó 10 mil.

Eso sí; Napoleón no vendrá nunca a su cuento en las comparaciones con Mahoma; su educación era científica, fue toda su vida un escéptico terrible, aborrecía a los ideólogos; no, el sanguinario e insolente tribuno, que mató muy pocos en comparación de Napoleón, pero que tuvo esta insigne locura ontológica: *creer en Dios*, es preferible para él, casi.

El señor Barreda es uno de esos hombres de inteligencia superior, que por una fatalidad propia de nuestro tiempo se ha convertido en un sabio de combate, permítasenos la expresión. Sus enemigos, en el campo pacífico de las polémicas filosóficas, son los "ontologistas", palabra griega con la que amablemente se encubre esta otra más significativa: "espiritualistas". El insigne profesor tiene (perdón por esta frase) el fanatismo del antifanatismo.

Como la teología ha abandonado el campo de la discusión racional para refugiarse en las devociones femeniles, el distinguido profesor no ha encontrado en la arena de las luchas académicas otros enemigos que los ontologistas. Y tal es su rencor contra *la secta* que, divorciándose de su maestro Augusto Comte, llama a la ontología una teología degenerada, cuando los positivistas creen que es un progreso y no una decadencia, cuando tan sencillo es probar que no es más que una teología depurada.

Estas indicaciones no significan que nosotros estemos filiados

LIBROSMÉXICO.MX

bajo la bandera de la metafísica; guardamos escrupulosamente el precioso derecho de no decir nada sobre el fondo de la cuestión; son simples observaciones que dan la clave de algunos errores de apreciación histórica en que el señor Barreda ha incurrido.

Por este motivo todas sus reflexiones sobre la causa de los crímenes de Robespierre pecan por la base. No tenemos más que el embarazo de la elección, entre las pruebas que podrían presentarse de esta verdad: que el Terror, lejos de ser la consecuencia de las ideas *ontológicas* del abogado de Arras, fue un sistema en contraposición con ellas, fundado en la convicción de que a todo debería sobreponerse la utilidad común.

Ciertamente, es una extraña compañía la que damos a hombres benévolos como Bentham, como Stuart Mill, si se declara partidario de la utilidad como base de la moral, y del bien de nuestros semejantes como medida de esa utilidad. A ello nos obliga la verdad de la historia. Y precisamente el utilitarismo altruístico (*altruisme*) que profesa el señor Barreda es el que más se acerca a las doctrinas de Robespierre. Él creía en Dios y en la inmortalidad del alma, es cierto, y es cierto también que de estas ideas primordiales derivaba los derechos del hombre y del ciudadano; pero no sólo, como lo prueba uno de los epígrafes de este artículo, conocía y profesaba la ley suprema de la utilidad, sino que los derechos imprescriptibles, inviolables, ilegislables, quedaban en su sistema de sangre y de odio, pospuestos a la utilidad (a la salvación de la patria, a la salud pública).

Si Robespierre hubiera sido un ontologista fiel, entonces la guillotina habría sido imposible, puesto que un principio *ontológico* de esos que merecen la irónica aversión del señor Barreda es ese de la inviolabilidad de la vida humana, amor de los primeros años del tribuno francés y del cual se divorció para siempre el día que se inició el Terror, el día en que al abrirse el juicio de Luis XVI, pronunció estas palabras: "Que perezca Luis antes que 100 mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir porque es preciso que la patria viva".

LIBROSMÉXICO.MX

¿Qué dice nuestro sabio amigo de ese ontologismo? Se parece mucho a las teorías en que preconiza la nada del individuo ante el Gran Ser Humanidad.

Poco antes de las palabras que hemos citado, recuerda Robespierre que él fue quien propuso la abolición de la pena de muerte en la Asamblea Nacional; pero que como entonces nadie le hizo caso, tenía que rendirse a la necesidad; si hubiera sido más explícito, habría dicho: "Si declaramos que la muerte de Luis XVI es útil y conveniente, no debemos preocuparnos de que tal obligación pueda ser contraria al principio de la inviolabilidad de la vida humana".

Y en efecto, desde ese momento nadie se preocupa menos del principio que Robespierre.

Vamos a concluir. La política ontológica y la política utilitaria no son nulas *por esencia*, como lo deja suponer el señor Barreda. El utilitarismo admirable de Mill llega por distinto camino a las conclusiones de los espiritualistas liberales; la misma consagración del derecho individual, la misma declaración de que la libertad del hombre, sin más límite que la libertad ajena, es el objeto final de las instituciones sociales.

Jamás, bien comprendidas estas conclusiones, engendrarán el crimen; jamás serán hijos legítimos del utilitarismo ni del ontologismo, los Robespierre o los Mahomas. Tales doctrinas engendran sólo a los Sócrates y a los Franklin. Hombres de virtud y nunca fanáticos. Esto es lo que interesa sobre todo al género humano.

Lo bueno es bienvenido, ya nazca de las necesidades de la vida real, o de lo íntimo de la conciencia, en donde vive, en donde tal vez no muere el ideal.

LIBROSMÉXICO.MX

II*

El sabio director de la Escuela Preparatoria nos ha proporcionado con su réplica** un verdadero placer. Lo es para nosotros el vivir aunque sea por algunas horas fugaces en compañía de los hombres de la gran Revolución. Desde pequeños hemos respirado en esa atmósfera agitada por convulsiones tempestuosas; nuestra razón ha marchado hacia adelante, como los batallones en Jemappes, al compás de la "Marsellesa", y, madre de nuestras convicciones filosóficas y sociales, en sus pechos fecundos hemos encontrado el alimento mejor de nuestra juventud: la pasión por la libertad y el derecho.

Entre las figuras grandiosas de la Revolución, la de Robespierre ha despertado siempre, si no nuestra admiración, como las de Mirabeau y Danton, sí nuestra ardiente curiosidad. La cita del señor Barreda, que lo comparó con Mahoma, como lo había hecho ya Augusto Comte, nos inspiró el deseo de conocer bien los fundamentos de esta semejanza, y sobre todo, el de averiguar hasta qué punto era cierta esta idea emitida por el autor del opúsculo sobre instrucción obligatoria: "que el Terror había sido hijo de la sustitución de la autoridad sobrehumana a la convicción basada en la utilidad".

Esta proposición, tomada del opúsculo del señor Barreda al pie de la letra (véase *Opúsculo*, *op. cit.*, p. 23), es la que nosotros hemos puesto a discusión, y no como asegura nuestro competidor en su réplica, esta otra: si erró el señor Barreda al asegurar que Robespierre era uno de aquellos hombres que, teniendo en sus manos el poder y la fuerza, prefieren exterminar a los que no son de opinión, más bien que convencerlos.

No se trata de opiniones; se trataba de si Robespierre había matado en virtud de su política ontológica, es decir, de sus creencias en

* *El Federalista*, México, 25 de enero de 1876.
** En *El Federalista*, México, 14 de enero de 1876.

LIBROSMÉXICO.MX

un Ser Supremo y en la inmortalidad del alma, es decir, en virtud "de la sustitución de la autoridad sobrehumana a la convicción basada en la utilidad".

Nosotros, para demostrar que no era el Terror una consecuencia de estas ideas, indicamos que precisamente Robespierre había obrado conforme al principio de utilidad, que conocía, que había inscrito en el código de los derechos del hombre, y que había seguido al contribuir al Terror. Que la vida humana es inviolable, es un corolario de las ideas de Ser Supremo y alma inmortal; y este corolario, que jamás podrá deducirse del principio de utilidad, era un dogma de Robespierre. Pues bien, a ese dogma fue infiel su sistema político, basado en el sacrificio del individuo a la sociedad, en la violabilidad constante de la vida humana. Lo uno no podía derivarse de lo otro; su política no fue ontológica sino utilitaria.

Esta conclusión apenas ha merecido ser refutada por el señor Barreda. Decidir a priori lo que para una sociedad es bueno o malo no es ser utilitario, dice mi entendido contradictor. No fue ese el sistema de Robespierre; la Revolución entera trató de realizar la democracia y la libertad en Francia. Robespierre siguió esta bandera porque de ahí resultaba el bien de sus semejantes, supremo criterio del utilitarismo. Éste fue el fin. ¿Cuáles los medios? El Terror, sobre todo. Y para adoptarlo, según el sistema utilitario, era preciso ver si los hechos eran conformes a sus previsiones.

¿De qué hechos se trata? ¿Cómo podrá un simple mortal conocer los hechos que aún no lo son? Robespierre no era un vidente.

¿Se trata de los hechos que la historia nos narra? Pues acertó Robespierre. Porque la historia le mostraba el Terror, es decir, a la persecución, triunfante muchas veces. Allí estaban los albigenses, los husitas, los valdenses; allí las dragonadas, la Inquisición, para estimularlo a hacer el ensayo. Robespierre pensaba, como un positivista moderno, que, con pocas excepciones, la persecución siempre ha tenido éxito (Stuart Mill, *On Liberty*).

Y persiguió.

LIBROSMÉXICO.MX

¿Qué hay en esto que no sea conforme a las reglas del utilitarismo aplicado a la dirección de las sociedades?

Culpa fue, sin duda, de la insuficiencia del criterio utilitario, el poco éxito de los ensayos de Robespierre. Su fin era bueno, sus medios habían servido perfectamente al triunfo de otras ideas. Quizás olvidó alguna incógnita que impidió la solución recta del problema.

Pero la historia nos invita. Abordémosla. El señor Barreda se ha empeñado en guillotinar la memoria de Robespierre. El que a hierro mata a hierro muere. Yo que soy abogado voy a alegar las circunstancias atenuantes.

En primer lugar. ¿Robespierre merece solo la responsabilidad del Terror? Sostenemos que gran parte de la opinión pública fue su cómplice; que la Convención, como él, creyó necesaria la guillotina. Oíd al *ateo* Anaxágoras Chaumette, al que provocó la famosa sesión del 5 de septiembre de 93, en que se organizó el Terror:

> Y tú, Montaña (son sus palabras) para siempre célebre en las páginas de la historia, ¡sé el Sinaí de los franceses! Lanza, en medio de los rayos, los eternos decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo. No haya cuartel, no haya misericordia para los traidores. Si no nos les adelantamos, ellos se nos adelantarán; entre ellos y nosotros pongamos la barrera de la entidad.

(Este Chaumette no creía en Dios, fue el inventor del culto de la Diosa Razón; el partido de Robespierre lo mandó a la guillotina en compañía de Hébert, por ateo, dice el señor Barreda. Ya vemos por sus palabras si el Terror provino de la sustitución de una autoridad sobrehumana, etcétera.)

En esa misma sesión, en medio de una tempestad de aplausos, el *inmoral* Danton pronunció estas palabras: "Preciso es castigar al enemigo interior que es vuestra presa (los presos) y al que tendréis que apresar. Preciso es que el tribunal revolucionario se divida en un

LIBROSMÉXICO.MX

número suficiente de sesiones *para que todos los días* un aristócrata, un criminal, pague sus faltas con la cabeza". ¿Es bastante claro? Danton, según el señor Barreda, estaba más allá de Robespierre en cuanto a emancipación mental, es decir, no creía en ninguna autoridad sobrehumana; es, sin embargo, uno de los padres del Terror, como se ha visto; luego el Terror no provino del reconocimiento de ninguna autoridad sobrehumana.[1]

Repartida así esta sangrienta carga ante la historia, veamos qué parte le toca al "Mahoma de la política ontológica".

Antes de la ley famosa de Prairial, desafiamos al señor Barreda a que nos pruebe que en alguna ley terrorista tomó parte directa Robespierre, inclusive la famosa ley de sospechosos. Entre los comisarios de la Convención, ¿quiénes fueron los sanguinarios y los crueles? ¿Quiénes fueron esos a quienes Robespierre llamaba los Marios de Teatro? ¿Fue Couthon, el pacificador, no el verdugo de Lyon? (Lamartine). ¿Fue Agustín Robespierre el salvador de los prisioneros en Marsella? ¿Fueron los heroicos Saint-Just y Lebas, cuyos penachos tricolores parecían la señal de la victoria en los campos de batalla?

Éstos fueron los compañeros de cadalso de Robespierre. Los que a él lo enviaron se llamaban Fouché y Collot d'Herbois, los crueles asesinos de Lyon; Carrier, el ahogador de Nantes; Barras y Fréron, los guillotinadores de Marsella; Rovere, el traficador de bienes nacionalizados; Tallien, el procónsul feroz de Burdeos, histrión miserable a quien pudo domeñar la lujuria (Teresa Cabarrús), pero nunca la compasión.

Robespierre quitó el arma de estas manos sangrientas. Esas manos lo debían sacrificar.

¿Nunca se preguntó el señor Barreda por qué estos ultraterroristas fueron los asesinos de Robespierre? La historia le responderá

[1] Véase *Le Moniteur* del 6, 7 y 8 de septiembre, etcétera, de 93. Reimpresión hecha en 1858 por H. Pion.

LIBROSMÉXICO.MX

entonces cosas muy elocuentes y muy extrañas sobre el "sanguinario tribuno".

Le hablará de 73 girondinos salvados de la guillotina, de acusaciones de moderantismo, etcétera. Pero esto sería demasiado largo; lleguemos a Hébert y a Danton.

La lucha que sostuvo Robespierre contra Hébert, ayudado por Danton, fue toda en defensa del gran principio de la libertad de cultos, redactado por Saint-Just y convertido en ley por la Convención.

Robespierre decidió a la Asamblea con estas grandes palabras: "Os pido que prohibáis a las autoridades particulares el servir a nuestros enemigos con medidas irreflexivas, y que ninguna fuerza armada pueda mezclarse en lo que toca a las opiniones religiosas" (*Moniteur* del 18 frimario, 8 de diciembre de 1793).

Robespierre temía que los excesos de los hebertistas enajenaran la mayoría del pueblo a la Revolución: "Mientras más violentas sean las convulsiones del fanatismo que expira, más precauciones debemos tomar. Penetraos de esta verdad: que nadie puede mandar en las conciencias" (*Circular del Comité de Salud Pública*, Hamel).

¿Cómo, señor Barreda, son los ateos Hébert y Chaumette los representantes de la emancipación mental? ¿Cómo los organizadores del robo de las iglesias, los insaciables guillotinadores, los redactores del *Père Duchesne*, los continuadores de Marat, los juglares impuros del populacho, han proporcionado a usted, con su muerte, uno de los cimientos de la famosa comparación entre Robespierre y Mahoma? Es triste.

"Avec la guillotine, ça ira... mais il ne faut pas rester en si beau chemin, car f... un seul pas a reculons nous replongerait dans le margouillis"* (*Père Duchesne*, núm. 312). Éste era Hébert. ¿Y se espanta el señor Barreda de que un hombre austero, como Robespierre, hablase al condenarlos en contra de los vicios y de la corrupción

* "Con la guillotina, estará bien... pero no hay que estarse tranquilo, pues f... un solo paso hacia atrás nos hundiría en el lodo." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

de la moral pública? ¿Pues, qué no era Montesquieu el que antes de Robespierre había dicho que las repúblicas se fundan en la virtud?

Lo que hizo Robespierre provocando el suplicio de Hébert no fue la aplicación del "Cree o te mato", sino esta otra: "¿Provocas al saqueo de las iglesias, al pillaje, a la matanza? ¿Violas la ley de la libertad de cultos? Pues muere".

Esta determinación no provino de que los directores de la comuna fueran puramente ateos.

> Todo filósofo, todo individuo, puede adoptar sobre esto (creencia de Dios y en la inmortalidad) la opinión que guste. Todo el que le reproche esto es un insensato; y más insensato sería el hombre público o el legislador que siguiese semejante sistema. La Convención no es un fabricante de libros, ni un autor de sistemas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar no solamente los derechos, sino el carácter del pueblo francés [*Séance du premier Frimaire aux Jacobins*].

¡Éste era el Mahoma de la política ontológica!

El teísmo de Robespierre era algo de profundo, de íntimo en él. Alguna vez le reprochó un girondino (Guadet) haber invocado a la Providencia. Mahoma-Robespierre respondió:

> Invocar el nombre de la Providencia... no es una idea aventurada, sino un sentimiento de mi corazón, un sentimiento que me es necesario. Y ¿cómo no lo sería para mí, que entregado en la Constituyente a todas las pasiones, a todas las viles intrigas y rodeado de tantos enemigos, me he sostenido, solo, con mi alma? [*Hist. parl.*, t. XIII, p. 445].

Duro siempre con el ateísmo en el terreno de la discusión, fue inflexible cuando en manos manchadas se convirtió en un instrumento de expoliación y de odio. El día que Hébert, Chaumette, Momoro y Cloots conspiraron, fueron al cadalso.

LIBROSMÉXICO.MX

Contra las ideas desoladoras de estos hombres no luchó Robespierre solo. Pocos días antes de la famosa comparación entre los escapularios y los gorros frigios (Robespierre pensaba, como M. Littré, que los ateos eran una especie de teólogos), Danton se levantaba en auxilio de Robespierre contra la secta Hébert, y decía: "Si la Grecia tuvo sus juegos olímpicos, la Francia solemnizará también sus días *sans-culottides*. El pueblo tendrá fiestas en las que ofrecerá su incienso al Ser Supremo, al dueño de la naturaleza; porque no hemos querido aniquilar la superstición para establecer el reino del ateísmo" (*Moniteur* del 8 frimario).

¿Qué dice de la emancipación mental de Danton el señor Barreda? Estamos seguros de que si hubiera conocido las palabras bien claras que hemos citado, en lugar de haber llorado su muerte, lo habría comparado con alguno de los compañeros de Mahoma, y quizás alguna vez oigamos llamar a Danton el Alí de la política ontológica.

Evidentemente Robespierre contribuyó a la muerte de Danton. Pero no fue él solo. Quien provocó la catástrofe fue el sombrío Billaud-Varenne: "Yo me acuso porque he sido el primero en denunciar a Danton. He dicho que si ese hombre existiese, la libertad se habría perdido" (*Moniteur* del 14 fructidor, año II). El famoso *rapport* de Saint-Just denuncia, sin embargo, la participación del abogado de Arras en este hecho que fue una falta y un crimen. Pero la inmoralidad que se achacaba a Danton no fue la que, según Robespierre, proviene de la falta de creencia, sino de otra, que el mismo señor Barreda castigaría sin ser Robespierre. Éste tenía la convicción de que Danton había robado los fondos de la nación en Bélgica, de que el gran hombre era venal. (¿La historia lo absuelve de esta inculpación?) Y como la sombra del gigante era enorme, Robespierre cooperó ardientemente a derribarlo. Su orgullo, su ambición, quizá lo lanzaron a esa acción sangrienta; pero por más que hacemos, no encontramos el vetusto rostro de la ontología entre los verdugos del inmortal tribuno.

LIBROSMÉXICO.MX

Hemos sido más difusos de lo que deseábamos y, créalo el señor Barreda, a pesar de haber minorado muchísimo nuestras notas.

Entremos al terreno de las conclusiones: la historia auténtica de la Revolución prueba que Robespierre no es la personificación del Terror; que la parte que en él tomó está marcada por la perfecta inconsecuencia con sus teorías religiosas. En efecto, el señor Barreda jamás nos convencerá de su proposición, mientras no nos pruebe que de estos dogmas: existe Dios, el alma es inmortal, la libertad y la vida del hombre son inviolables, los hombres son iguales y hermanos, dedujo Robespierre el sistema que Danton bautizó con el nombre del Terror.

En este sentido nada demuestran las fiestas del Ser Supremo, ni las declaraciones religiosas de Robespierre. Nada.

Es que, dice el señor Barreda, Robespierre fue inconsecuente como los políticos ontológicos en general. Ah, quiere decir que o no hay tal política ontológica, o ésta no es la inconsecuente política de Robespierre.

Pero desconfíe el señor Barreda de su opinión sobre los metafísicos en materia de inconsecuencia. Es ésta una enfermedad tan esencialmente humana, que, sin ir muy lejos, tenemos a Augusto Comte, el terrible execrador de Napoleón I, el que había reservado un día para maldecirlo, escribir después del golpe de Estado de Luis Napoleón, a un senador imperialista: "Siéntese cada vez más en Francia que lo constitucional conviene solamente a una pretendida situación monárquica, mientras que nuestra situación republicana *permite y exige la dictadura*. Esa nueva política permite, en fin, elaborar directamente la reorganización universal" (*Lettre à M. Vieillard*, febrero de 1852).

Estas ideas son exactamente las de Napoleón. Todavía nos preguntamos el porqué de la famosa execración. Nada, inconsecuencias de los positivistas, diría otro. Nosotros decimos: inconsecuencias de los hombres.

Lo que nos ha parecido bien extraño es que, en su réplica, el señor Barreda persista en decir que Mahoma y Robespierre deben ser

LIBROSMÉXICO.MX

comparados, y continúe probando que la comparación es imposible. Porque si solamente en los medios pueden asimilarse estos personajes, confiese mi ilustre amigo que lo mismo daba compararlo con Genghis-Khan, con Timur, con Domiciano, con Felipe II o con Rosas.

¿Pero qué tiene que ver eso que, en virtud de la falsa teoría de Comte sobre los tres estados, llama teología degenerada el señor Barreda, con los tiranos arriba mencionados? La prueba de que todos ellos eran utilitaristas es que, por regla general, lograron sus propósitos.

En resumen, Robespierre, que con el mismo ardor que el señor Barreda defendió ante la Convención la instrucción obligatoria, podrá haber sido el genio del mal; pero lo fue por inconsecuencias. El reproche a la política ontológica se desvanece como el humo al acercarse a la tumba del gran vencido de termidor; sólo queda el cadáver de un hombre que se ha deseado arrastrar a las gemonías, pero que nadie ha podido arrancar de su ataúd misterioso, porque en él lo preservarán eternamente del ultraje, la intachable austeridad de su vida y su amor terrible, pero inmenso, por la Revolución francesa, *alma parens* del mundo moderno.

III*

Quizá no deberíamos proseguir con nuestro ilustrado contradictor esta polémica, puesto que se retira de ella, no sin haberse decretado antes, con cierta ingenua longanimidad, los laureles del triunfo. Pero tenemos cierto interés en fijar el valor de algunos argumentos traídos por vez primera a la discusión.

Descarguemos antes nuestra conciencia de un reproche que nos ha causado profunda extrañeza. Cree el señor Barreda adivinar en

* *El Federalista*, México, 25 de marzo de 1876.

LIBROSMÉXICO.MX

nuestras réplicas cierto espíritu de malevolencia, cierto sabor de *arrière pensée*. En materia de adivinanzas, la imaginación no conoce límites; pero dejándolas a un lado, el señor Barreda habría hecho mejor en fiarse a nuestra lealtad, que reconoce y que hace bien en reconocer, para desechar prevenciones, sugeridas acaso por el largo hábito del magisterio, que nos presenta toda contradicción con una apariencia ofensiva.

Habíamos manifestado pública y solemnemente nuestro respeto por el carácter y la sabiduría del eminente profesor, y rogamos, una vez por todas, al señor Barreda, que crea en la sinceridad de estas demostraciones, tan justas como desinteresadas.

Entró por mucho, sin duda, en la creencia de nuestro antagonista, la idea de que lo tachábamos de plagiario por haber dicho que la comparación entre Robespierre y Mahoma había sido hecha ya por Augusto Comte. El señor Barreda asegura que nos equivocamos, y esto nos evita rectificar nuestra cita. Puesto que nuestro contradictor lo afirma, así debe de ser.

Este error nuestro es disculpable. Teníamos conciencia de que alguien había hecho ya la tan debatida comparación. Registrando nuestros libros, la hemos encontrado. En un discurso de Gaudet, citado por Lamartine en *Los girondinos*, llama a Robespierre "nuevo Mahoma" (lib. 39, XII). El mismo historiador-poeta, en el magnífico monumento literario citado antes, hizo esta misma comparación, aunque en un sentido muy más favorable a Robespierre (lib. 17, XX).

Tenía en esto razón. El señor Barreda dice: "¿Cómo puede haber comparación entre los grandiosos resultados obtenidos por 'el civilizador de un pueblo' y los que logró 'el que comprometió con su absurda metafísica todos los progresos de la Revolución'?"

Habla la historia, apreciada por una autoridad que no recusará el señor Barreda: "El memorable sacudimiento (iniciado por Mahoma) no pudo terminar sino en la más monstruosa concentración política, por la constitución de una especie de teocracia militar" (A. Comte, *Filosofía positiva*). Y refiriéndose a la época en que dominó

LIBROSMÉXICO.MX

Robespierre en la Revolución francesa, dice: "Una justa consideración... deberá siempre llevar a los verdaderos filósofos a una admiración especial de los grandes resultados que se han desarrollado en aquella época, y a una indulgente reprobación de inevitables extravíos generales" (*idem*).

Esta pequeña digresión nos ha separado de la cuestión aún más pequeña del "plagio" literario. Tomar una idea de otro y asimilárnosla por medio del raciocinio no se ha llamado plagio, ahora ni nunca. ¿Quién no es un plagiario de esta especie? Los que sí merecen la aplicación de una ley de 2 de mayo literaria son los que copian páginas íntegras de otros autores sin disimular siquiera su intención de hacerlas pasar por suyas. Presérvenos el cielo de semejante falta de respeto al señor Barreda, que con tanta laboriosidad y tanta ciencia ha conquistado el derecho de ser venerado y querido de la juventud y del país entero.

Pero lleguemos ya a la cuestión. Desgraciadamente nos cierra todavía el paso otro incidente. "Tanto da —dijimos—, a ser cierto lo manifestado por el señor Barreda, comparar a Robespierre con Mahoma como con Domiciano o con Rosas." Admite en efecto nuestro contradictor "que lo mismo da". Y se pregunta: "¿Luego, qué?" El señor Barreda se contesta a sí mismo, usurpándonos el derecho de hacerlo y que reivindicamos.

"¿Luego, qué?"

Luego, la comparacion era inútil, porque simplemente establece que Robespierre, Mahoma, Rosas *e tutti quanti*, eran unos tiranos. Si esto es lo que el señor Barreda quiso enseñarnos, no nos parece que el descubrimiento sea de una novedad prodigiosa. Si la misma paridad existe entre Mahoma y Robespierre que entre Mahoma y Domiciano, era de humo el bastión levantado por la lógica del señor Barreda en contra de la educación teológica, de la política metafísica y del ontologismo de Robespierre. A no ser que encuentre móviles religiosos en la conducta del Nerón calvo de Juvenal, o del gaucho feroz de Argentina. ¡La religión del asesinato y del grillete quizá!

LIBROSMÉXICO.MX

Lleguemos, pues, al corazón de nuestro asunto, no sin deplorar que el señor Barreda nos hubiese privado del placer de ver pasar a nuestro lado algunos dardos del poderoso carcaj de sus ironías.

Trataremos de reducir a un centenar de palabras "las cuatro" del señor Barreda. Para probar esta proposición: "el Terror es hijo de la sustitución de una autoridad sobrehumana a la convicción basada en la utilidad" (*Opúsculo*, *op. cit.*, p. 23), nuestro eminente adversario ha recurrido a una argumentación meramente lógica y a algunos datos históricos. Nosotros sostenemos que la argumentación no tiene otro valor que el de todo raciocinio puro; y como se trata de una cuestión histórica, no tiene ningún valor respecto de ella; puesto que toda verdad positiva está fuera del alcance del simple raciocinio.

Esto parece haberlo olvidado el señor Barreda al construir su laboriosa demostración. Veámoslo: "A medida —dice— que la autoridad crece, disminuye el campo de la razón".

Esta proposición, que nos recuerda la famosa argumentación de Comte contra el libre examen, es cierta en sentido general. Pero veamos lo que hay en ella de real, de "positivamente aplicable" al caso.

La autoridad de Dios, como infinita, según los deístas (de cuyo número era Robespierre), no dejaba un solo resquicio a la autoridad de la razón. Ésta es la deducción del señor Barreda, y es radicalmente falsa.

Los deístas rechazan la revelación, por falta de pruebas positivas. El medio, pues, de conocer la ley de Dios, el único medio, es la razón individual. Resultado: la autoridad de Dios es la razón humana. Lejos, pues, de disminuirse el campo de su acción, éste es infinito.

La demostración del señor Barreda, que pudiera combatirse aun tratándose del catolicismo, es nula en contra de nuestro propósito. Tanto prueba, que no prueba nada. El deísmo y el utilitarismo proceden de idéntica manera. ¿Qué nos dice que una cosa es buena? La razón. Rousseau y Bentham se dan aquí la mano.

Otra proposición del señor Barreda (éste es un celebérrimo apotegma católico): "A proporción que es mayor la autoridad, es mayor

LIBROSMÉXICO.MX

la falta de quien contraviene a su voluntad y mayor necesariamente el castigo a que se hace acreedor".

De los Santos Padres para acá, la razón humana ha hecho adelantar mucho a la ciencia del derecho, y si no fuera porque esa proposición no proviene, no por cierto, de ignorancia, sino de una preocupación polemista, creeríamos al señor Barreda discípulo del Espíritu Santo, de quien decía Emilio Girardin, cuando el Concilio Vaticano anatematizó la ciencia: "Trescientos años hace que no va a la escuela".

Este argumento, por otra parte, no ha figurado en el cristianismo de algunos padres (de Orígenes, por ejemplo), ni en el cristianismo razonable de Locke, ni en el cristianismo en los límites de la razón de Kant, ni en el cristianismo progresivo de Lessing, ni en el cristianismo unitario de Channing.

La razón, el sentido común, han contestado hace tiempo la proposición prohijada por el señor Barreda. La ciencia jurídica ha consignado entre sus mejores conquistas, ésta, que echa por tierra la eternidad de las penas: "la responsabilidad por un delito está en razón directa de la intención del agente".

No, señor Barreda, no es cierto que a proporción que la autoridad es mayor, mayor es la falta. A proporción que la intención es mayor en el sentido del mal, crece moralmente el delito. Pero, dicen los deístas con razón: para un delito infinito, preciso es una intención infinita, no una intención humana.

La pena eterna sería eternamente desproporcionada a la falta.

Estas dos proposiciones destruidas, nada significa esta otra: "el empleo de la fuerza contra los que no aceptan nuestras doctrinas, es una consecuencia natural de tomar por fundamento de ella la fe en la sabiduría de su autor y la creencia en su incontrovertible derecho a ser obedecida".

Si el señor Barreda, en vez de seguir imperturbablemente su raciocinio, hubiera vencido su temperamento teológico y cuidado de sacar sus asertos del orden de las meras abstracciones y comprobar

LIBROSMÉXICO.MX

sus premisas y sus conclusiones por la observación histórica, de seguro habría confesado que su argumentación se dirigía a los católicos y no a los deístas.

El deísmo de Voltaire y de Rousseau, por más que se empeñe el señor Barreda, nada tiene que ver con sus objeciones. Él ha facilitado el camino a todas las conclusiones contrarias a las que el señor Barreda le achaca gratuitamente.

Los deístas del siglo XVIII enseñaron que para destruir la entidad sangrienta de terror y de odio, forjada por la teología, bastaba elevar el ideal de la justicia humana y mostrar cuán superior era éste a la justicia divina tal como el cristianismo dogmático la había pintado.

Entonces fue cuando se creyó inviolable el derecho de vivir; lejos de creer que la fuerza era el único medio de realizar la autoridad, se demostró que no había más autoridad que la razón; y la libertad de conciencia, por ellos proclamada, y gracias a la cual es posible esta polémica, fue un derecho inviolable, fue un dogma; y lejos de suponer que de la creencia de Dios debería provenir el Terror, se probó que, suprimida la entidad divina, no podía declararse la inviolabilidad de la vida humana, y este dogma fue proclamado también, porque, como dijo un orador de la Asamblea Constituyente (Maximiliano Robespierre): "para decretar penas irreparables se necesitan jueces infalibles".

Ésta es la verdad, sinceramente entendida y dicha; ésta es la verdad, ajena a todo sistema que, como el que ha inspirado al señor Barreda (el de Augusto Comte), es, respecto de la Revolución francesa, un tipo de falsa apreciación histórica.

Para el señor Barreda no hay derechos inviolables: "Si declaramos que una cosa es útil y conveniente, no debemos preocuparnos de que tal obligación pueda parecer contraria al principio de libertad" (*Opúsculo*, *op. cit.*). La libertad, la vida, no están para él fuera del alcance del poder social. El Terror cabe en sus teorías, basta que sea útil y conveniente; él hubiera probablemente aplaudido como Comte

LIBROSMÉXICO.MX

la persecución de los girondinos, esos *dangereux discoureurs*,* y hubiera declarado ésa una depuración indispensable de la Convención Nacional.

Pero, sin la más chocante de las contradicciones, no se pueden hacer venir del mismo principio la vida inviolable y el patíbulo. Lo blanco de lo negro.

Pasemos a la segunda argumentación. Puesto que el *processus* lógico de un Dios que sólo revela su voluntad por la razón no es el Terror, era casi excusado examinarla. Basta repetir lo que afirmamos desde el principio de esta polémica: entre el dogma fundamental de Robespierre y su sistema político, si puede decirse que tuvo alguno propiamente, hay plena oposición.

¿Pero Robespierre creyó provenidas sus ideas de gobierno de sus creencias religiosas? Nunca. Siempre tuvo a las primeras como mero producto de aquellas circunstancias anormales. Cuando pidió la muerte de Luis XVI, quiso paliar la contradicción entre sus dogmas y sus pasiones, diciendo que él no tenía la culpa de que la Asamblea no hubiera decretado la abolición de la pena de muerte, y en consecuencia, como ésta subsistía, pedía que fuese aplicada al rey. De manera que su asentimiento al Terror dependió de una circunstancia accidental.

Nos dirá el señor Barreda: Robespierre, en su arenga en la fiesta del Ser Supremo, dijo que "Dios había decretado la República y la muerte de los tiranos".

La destrucción de la tiranía, entendemos nosotros por esta metáfora; y lo explica bien que el tribuno agregaba que este fallo estaba escrito en el código de la igualdad. Cuando Robespierre decretó la muerte de Luis XVI, que era el tirano, no la motivó con la sentencia de Dios. Nunca se le ocurrió semejante absurdo. Pero si debemos entender por ese tropo vulgar, en todos los oradores de club, que Dios quiere que todos los tiranos sean guillotinados, debemos reco-

* "... charlatanes peligrosos." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

nocer que no tuvo lugar de hacerse instrumento de la divinidad, porque sus víctimas no fueron tiranos, sino simplemente los que, en su concepto, eran enemigos de la Revolución.

Pero cuando se citan textos, preciso es no tratarlos como Robespierre a los tiranos, según el doctor Barreda. Si el Credo comienza en el Poncio Pilatos, éste resulta crucificado.

Ese texto que cita el señor Barreda debe ser completado por otros que ya hemos citado, en que Robespierre declara que el ateísmo es una opinión respetable, y que si persiguió algunos ateos (a Chaumette, etcétera) fue porque ellos eran perseguidores del culto religioso, a pesar de estar decretada la tolerancia.

No, las ideas ontológicas no son la causa del Terror; los incrédulos, los escépticos, los materialistas, los ateos, todos fueron autores del Terror. En esto hay algo más que las palabras, hay los hechos. Y entonces, ¿dónde está la causa de este sistema de sangre? En el tiempo. ¿Por qué Robespierre fue escogido como tipo del Terror por el señor Barreda? Porque cuando desapareció Robespierre concluyó el Terror. Nuestro amable adversario ha cerrado en el 9 termidor su historia de la Revolución. Si alguna cosa es cierta, es lo contrario de lo que afirma el señor Barreda. Más de tres mil personas, al decir de los historiadores, fueron sacrificadas por los asesinos de Robespierre.

Para no fastidiar, haremos esta sola cita: "Queda plenamente probado que a la sombra de esta indispensable jornada, pronto desviada de su destino natural, sangrientas represalias fueron dirigidas deplorablemente, a instigación de los monarquistas, contra el conjunto del movimiento revolucionario" (A. Comte, *Filosofía positiva*, *op. cit.*).

Las palabras de Robespierre, he aquí todo lo que ha motivado el encono del señor Barreda. A estas palabras hemos contestado con otras que las completan y las explican. Y hemos contestado con hechos; hemos demostrado que, desde el enérgico Danton hasta el noble y eminente Saint-Just, como Augusto Comte los llama, todos mojaron las manos en ese charco de sangre.

LIBROSMÉXICO.MX

Y tan cierto es que el Terror ni era un sistema, ni mucho menos el sistema de un hombre, pues, desde la fiesta del Ser Supremo, en lugar de tomar parte Robespierre en las sangrientas escenas de la guillotina, todas ellas fueron dirigidas en contra suya por sus enemigos, los futuros termidorianos, notablemente las atroces farsas de Catalina Théot y de las camisas rojas.

Las comparaciones entre el Terror y la Inquisición, bajo el punto de vista de los medios, son muy justas. Los girondinos las habían hecho desde el primer momento. Pero los móviles fueron distintos; el de los inquisidores fue el del fanatismo religioso, y fue el fanatismo político el de los terroristas. Sólo católicos mataron bajo la negra bandera de Domingo; deístas, ateos, materialistas y cristianos, todos mataron en nombre de la sombría frase de Danton.

Robespierre creyó quizás indispensable la dictadura (como Augusto Comte lo creyó después); creyó que el sistema constitucional, de la balanza de los poderes, era una vana teoría metafísica (como Augusto Comte lo creyó siempre), pero jamás se atrevió a violar la ley. No arrebatemos al "chivo expiatorio" de la Revolución, como lo llama Napoleón, la honra austera de haber retrocedido ante un acto ilegal, a costa de su vida. Tanto odio ha caído sobre él, que nos parece una crueldad del señor Barreda torcer la historia hasta llamar al 9 termidor un "pronunciamiento" de Robespierre. Si tal cosa hubiera sucedido, la Convención no habría existido una hora más.

El encono del señor Barreda contra Robespierre no proviene de que haya sido "un epítome de la Convención" (tan plenamente inmortalizada, como dice Comte), sino de que el autor del discurso de floreal era discípulo de Rousseau, "autor de paparruchas". El eminente señor Barreda trata de un modo demasiado excelso al pobre filósofo ginebrino.

Este odio hereditario (Augusto Comte detesta a Rousseau) hace cometer algunas injusticias a nuestro antagonista. Las "paparruchas" de Rousseau hicieron la Revolución francesa, "la paparrucha de las paparruchas".

LIBROSMÉXICO.MX

No nos tachará ahora el señor Barreda de no encontrar originalidad en sus pensamientos; tan original encontramos esto de las paparruchas de Rousseau, que estamos seguros de que, desde Voltaire para acá, a nadie se le ha ocurrido tan familiar y desdeñosa calificación, siquiera se trate del *Contrato social*.

Pueden ser errores los de Rousseau, pero eran los errores de un hombre de genio, y estos errores hicieron posible el movimiento radical de la Revolución.

> Sin la indispensable intervención de la escuela anárquica de Rousseau, el sacudimiento filosófico del último siglo iba a abortar en el momento de tocar a su fin... Una justa apreciación histórica conduce a reconocer que no sólo el advenimiento de la escuela de Rousseau fue inevitable, lo que es ciertamente evidente, sino que debió llenar una función indispensable en el sistema total del sacudimiento revolucionario [Augusto Comte, *Filosofía positiva*].

Entre los organizadores Robespierre y Rousseau por un lado, y los organizadores Augusto Comte y Barreda, por el otro, hay mucha menos diferencia de la que se cree. Los cuatro son utilitarios de la especie socialista. Robespierre decía (*Discurso contra Luis XVI*) que un individuo debía perecer para que la sociedad se salvase; el señor Barreda dice, en su *Opúsculo*, que la libertad individual está por debajo de la corriente; Augusto Comte (*Filosofía positiva*, *op. cit.*), que el ideal del gobierno es subordinar el individuo a la sociedad, y Juan Jacobo Rousseau (*Emilio*, lib. V), que en una perfecta legislación debe ser casi nula la voluntad individual.

En sociología llegan maestros y discípulos a conclusiones idénticas. ¿Y provienen de la misma causa? Ciertamente. El señor Barreda protesta; pero los hechos y las doctrinas hablan. Que lo útil es el bien de la humanidad, he aquí un criterio bastante arbitrario por cierto, pero aceptado por los señores Robespierre y Comte, que lo útil es la ley suprema en toda sociedad, he aquí un dogma profesado

LIBROSMÉXICO.MX

por los cuatro individuos mencionados antes. Robespierre decía, en su declaración de derechos, que la ley sólo podía ordenar lo útil.

¡Pero Rousseau y Robespierre creían en Dios y nuestros comtistas no! Cuestión de palabras; Comte ha declarado que las máximas de Rousseau, aunque detestables, fueron indispensables, es decir, útiles.

Y además esta declaración dogmática fue para Robespierre un mero asunto de utilidad pública. Rousseau había dicho ya (*Emilio*, *op. cit.*): "Hay una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos debe fijar el soberano, no precisamente como dogmas de religión, sino como sentimientos de sociabilidad". Robespierre dice en ese mismo discurso de floreal, que cita el señor Barreda:

> ¿Qué os importan, legisladores, las hipótesis diversas por las cuales ciertos filósofos explicaron los fenómenos de la naturaleza? Podéis abandonar esto a sus eternas disputas; ni como metafísicos ni como teólogos debéis considerarlas. A los ojos del legislador [llamamos sobre las siguientes palabras la atención del señor Barreda, según el cual la escuela de Rousseau decía: esto lo manda Dios, luego esto es útil], todo lo que es útil al mundo y bueno en su práctica, es la verdad. La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es un llamamiento perenne a la justicia; ella es, pues, social y republicana [*Moniteur*, año ll, núm. 229].

Resumamos: el Terror no era un sistema filosófico, sino una medida de circunstancias; por eso a un tiempo lo concibieron deístas, ateos y materialistas. El Dios de Robespierre,[2] dueño único de la vida, había decretado su inviolabilidad; no podía decretar la guillotina. El señor Barreda presta a Robespierre este raciocinio: "Dios ordena tal cosa, luego el que la desobedezca debe ser severamente castigado".

[2] No sabemos en qué se funda el señor Barreda para asentar que el Dios de Robespierre era la naturaleza. Los mismos textos que cita contradicen esta formal aserción.

LIBROSMÉXICO.MX

Ésta es una verdad incompleta, le falta un pequeño apéndice: debe ser castigado por Dios, porque Robespierre y sus amigos habían hecho decretar la libertad de conciencia.

¡Y qué Dios! El buen Dios del Evangelio, que en el fondo es el mismo que el del Vicario saboyano. El Dios que había dicho (el señor Barreda, tan afecto a los libros devotos, no puede haberlo olvidado): "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva".

Por último, sus doctrinas mismas prueban que los señores Comte, Rousseau, Barreda y Robespierre son utilitarios puros. Y para que nuestro amigo siga cultivando el inocente placer de achacarnos profesiones de fe, manifestaremos que rechazamos igualmente las doctrinas de los cuatro autores arriba mencionados, sobre este punto.

No sin un poco de fatiga, y renunciando, por consideración a nuestros lectores, el seguir paso a paso al señor Barreda, damos fin, a nuestra vez, a la polémica. El señor Barreda persistirá en decretarse el triunfo; si nuestros lectores creen que tiene razón, vendrá esto a probar una vez más, que en manos de un defensor inhábil está en peligro la mejor de las causas.

LIBROSMÉXICO.MX

LA GUILLOTINA Y MARÍA ANTONIETA*

*Al barón Gostkowski***

Nadie como tú, querido amigo, conoce esa época amable y funesta que precedió a la gran catástrofe, al gran triunfo. Cuando Luis XV desapareció, cuando detrás del ataúd salió por la gran puerta de Versalles la Du Barry (cuyo nombre de familia era una indecente abreviatura, Bécu), sólo quedó la nueva reina, la encantadora delfina del día anterior.

La pobre mujer había olvidado los presagios. Había nacido el 2 de noviembre (fiesta de los muertos) de 1755, el día del terremoto espantoso de Lisboa. Los quirománticos, únicas personas a quienes se creía en aquellos días de risueña incredulidad, se habían puesto pálidos al ver las líneas de su mano archiducal; la historia sangrienta de Medea había rodeado su primer lecho francés, y la amable niña no había podido entrar a París la noche en que se celebraba su himeneo, porque la diversión se había convertido en una catástrofe horrible.

Había olvidado los presagios y llevaba alegremente su extraña

* *El Federalista*, México, 2 de febrero de 1875, p. 1.

** Gustavo Gosdawa de Gostkowski, escritor de origen polaco, radicado en México, cuyo carácter describe el autor en el artículo "El barón [Gostkowski]", incluido en este volumen pp. 53-57. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

viudedad, que desconcertaba los planes de María Teresa, la insaciable, y que luego reparó con tanto amor y tanta bonhomía el desgraciado Luis XVI.

Michelet dice que María Antonieta fue un *fléau*, una plaga, para la Francia. Las publicaciones recientes de M. Feuillet de Conches, la correspondencia, llena de revelaciones, del conde Mercy d'Argenteau, el embajador-policía de María Teresa, no han podido desmentir el terrible juicio del gran historiador.

En ella queda demostrado que María Antonieta fue educada para ser reina de Francia, en todas las pequeñas miserias del refinamiento de la sociedad francesa. Por lo demás, la pobre niña era una ignorante. María Teresa era su guía, es cierto, pero para hacer de ella un instrumento del Austria; para esto, la ex amiga de la Pompadour, no vacilaba en combatir la noble repugnancia de la delfina por la Du Barry y pretendía sujetarla en todo a su Mercy d'Argenteau.

Y cuando no obedecía al Austria, obedecía a su pasión por la Polignac, que tenía a su lado un ejército de ávidos y sacrificaba a Luis XVI, que despedía llorando al único hombre que hubiera podido colocar a la monarquía al frente de la Revolución, a Turgot, y que remplazaba luego al hábil Necker con Calonne, es decir, al crédito con la bancarrota, a la virtud con la prodigalidad desenfrenada, con el déficit en que debía hundirse el prestigio de la Corona y el honor del rey Vulcano, como llamaba María Antonieta a su esposo, por su afición al oficio de herrero.

Tiempo hace, amigo mío, que tú te ocupas de este estudio; tiempo hace que nos has mostrado la fisonomía original de este tiempo enfermizo, inolvidable para un polaco, fecha maldita del desmembramiento de la patria, banquete de iniquidad en que entre un emperador bárbaro y un rey filósofo, se sentó la buena María Teresa, la devota, la que recomendaba a su hija como su primer deber, que hiciese todas las mañanas su plegaria a la Virgen, especial protectora de la casa de Austria. ¡Estas oraciones impidieron sin duda a la Virgen proteger a la católica Polonia!

LIBROSMÉXICO.MX

Anteayer, en *Le Trait d'Union*,* después de pintar a grandes rasgos la sociedad que precedió a la Revolución, nos reprochas las palabras finales de un artículo de fantasía sobre la infortunada María Antonieta.** Crees ver en ellas la justificación de la muerte de aquella mujer. No hay, por cierto, nada de eso en la intención del autor. Es una conclusión provocada por un hecho materialmente exacto: la presencia en la plaza de la Revolución de la Estatua de la Libertad.

Después de María Antonieta, hubo una reina en Francia, La Guillotina. Nosotros rechazamos a las dos, a la una en nombre de la suprema legitimidad de la República, a la otra en nombre de la inviolabilidad de la vida humana. El cadalso de la Revolución es cruel inmolando a María Antonieta; es inútil inmolando a la Du Barry; es odioso inmolando a André Chénier; es injusto inmolando a Mme. Roland; es infame inmolando a Vergniaud; es imbécil inmolando a Danton; es cobarde inmolando a Robespierre.

Y, sin embargo, recórrase esta lista de nombres prominentes en el inmenso catálogo del Terror, y se encontrará a la cortesana sacrificada por el desprecio público, al poeta por la ignorancia de la multitud, a Mme. Roland, a Vergniaud, a Danton, por la inflexible utopía de Robespierre; a éste por el miedo de los hombres corrompidos; sólo María Antonieta, sólo ella, sube al cadalso acompañada del odio del pueblo.

Porque era la cabeza expiatoria sobre la cual se habían acumulado propios y ajenos delitos. Entremos al pueblo, mezclémonos a sus dolores, a su ignorancia, a su ceguedad, a su pasión, y, digámoslo también, digámoslo muy alto, a sus virtudes; volvamos la vista a su pasado, sintamos su hambre, lloremos sus lágrimas, percibamos la inmensa falta de aire que el régimen antiguo había hecho en su derredor, recordemos la sangre y el deshonor que costó a la Francia

* Periódico francés, fundado en 1862, que se publicaba en México.

** Se refiere a María Antonieta, que forma parte de los *Cuentos románticos* de Sierra. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

su alianza con el Austria, simbolizada en María Antonieta; contemos los millones en que el sudor del pueblo se ha convertido para la Polignac y sus favoritos, registremos el tesoro exhausto de Calonne y las orgías inmensas de la corte, busquemos en el fondo de esas cifras y encontraremos la agonía del pueblo.

Y después, cuando el país recobra la conciencia de su fuerza, cuando la corte se declara impotente con la despedida de Turgot, incorregible con la expulsión de Necker, cuando el pueblo se decide a salvarse a sí mismo y comienza a pensar con la cabeza de Sieyès, a tronar con la palabra de Mirabeau, a luchar con la espada de Lafayette, veamos la resistencia, la ligereza, la conspiración sorda pero evidente en Versalles y la contrarrevolución convertida en un dogma religioso.

¿No es esto bastante? Pues mirad la coalición de los reyes avanzando sobre París, la Revolución amenazada de asfixia en su cuna, el extranjero entregando al incendio los campos de la patria, las familias desmembradas; el hijo, el padre, el hermano marchando a la frontera; el hogar sin fuego y la traición hirviendo en el corazón de la República... y todo eso hecho por el sobrino de la austriaca, provocado por la emigración, esperando en el extranjero... bebamos el soplo eléctrico de la ira popular... y... digamos ante Dios y ante los hombres, ¿no hubiéramos sentenciado a muerte a la reina?

La guillotina es injustificable, es indisculpable, pero se explica... se explica, a pesar de la repugnancia con que pronunciamos esta palabra. No renegaremos, pues, de nuestros padres, y si algo constituye la gloria de la gran Revolución, es la de tener el mundo moderno el derecho de llamarse hijo suyo.

Y esto, a pesar de la guillotina, a pesar de nuestras lágrimas. Al par de la obra de muerte se operaba entonces la obra de eterna vida, la obra de la renovación de las sociedades.

No es fácil juzgar esta época, porque corre uno el riesgo de apasionarse o de querer aplicar teorías absolutas a tiempos críticos y tempestuosos. La Estatua de la Libertad no puede mancharse, no se

LIBROSMÉXICO.MX

ha manchado nunca, con la sangre vertida en el cadalso; siquiera sea la sangre de una madre infortunada; la libertad sobrevive a todos los extravíos que se cometen en su nombre. Y allí estaba, querido amigo, allí estaba en la plaza de la Revolución. De los alrededores de ese cadalso partían, cantando la "Carmañola", los hombres que habían de derramar por el mundo la savia inagotable de la libertad humana.

LIBROSMÉXICO.MX

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS REYES CATÓLICOS.[1]* (LA LOCURA DE LA REINA DOÑA JUANA DE CASTILLA, SEGÚN NUEVOS DOCUMENTOS)

La perseverancia de un sabio alemán, G.A. Bergenroth, llegó a hacerse franquear las puertas del archivo secreto de Simancas, y otra de las leyendas relativas a los reyes católicos ha venido por tierra dejando en su lugar una verdad horrible, pero imposible de refutar. Juana, reina legítima de Castilla, no debe llamarse ya Juana la Loca, sino la Mártir. En lugar de una novela sentimental ha quedado un mudo y espantoso drama de 49 años; en lugar de la supuesta locura de amor, documentos fehacientes han revelado un crimen, un crimen inaudito de medio siglo, un crimen fraguado por el padre, aprobado por el esposo y llevado a cabo por el hijo, con una inflexibilidad capaz de trastornar la razón. El padre se llamaba Fernando el Católico; Felipe el Hermoso el marido, y el hijo, Carlos V de Alemania y I de España.

He aquí la leyenda:

Juana, hija de Fernando e Isabel, reyes católicos de España, se casó a los 17 años de edad con Felipe de Borgoña, apellidado el Hermoso, y que era en realidad uno de los más gentiles caballeros de su tiempo. Juana concibió por su esposo una pasión sin límite, y

[1] Hildebraud. *Revue des Deux Mondes*.

* *El Renacimiento*, t. I, México, 28 de agosto de 1869, pp. 503-505. *El Federalista*, México, 30 de septiembre de 1875.

LIBROSMÉXICO.MX

como Felipe era muy disipado, la joven reina se volvió casi loca de celos. Cuando el rey murió a los 28 años de edad, Juana resintió tan profundo pesar, que jamás quiso separarse del cadáver de su esposo, a quien creía dormido, hasta que, cuando se hubo apagado hasta el último vislumbre de razón en la noche de aquel dolor inmenso, la reina de Castilla fue encerrada para siempre en el palacio de Tordesillas, en donde murió a los 75 años de edad y a los 49 de haber perdido la razón.

Veamos ahora la historia. No necesitaremos hacer grandes apreciaciones; los lectores las harán muy más cumplidas que nosotros. Hechos como el que vamos a relatar no necesitan comentarios.

Doña Juana tuvo una juventud bastante apenada a causa del fanatismo religioso de su ilustre madre Isabel. Su recto corazón y su natural buen sentido sublevaban a la joven contra los atentados de la Inquisición. Este modo de pensar, tan conforme entonces con el de muchos españoles, le atrajo severos castigos por parte de su madre. He aquí lo que el marqués de Denia escribía a Carlos V el 25 de enero de 1522, desde Tordesillas, prisión de la infeliz reina:

> Si vuestra majestad quisiera emplear contra ella (doña Juana) la tortura, eso sería por muchas consideraciones hacer un servicio a Dios, y al mismo tiempo una buena obra para con la misma reina. Las personas de sus disposiciones necesitan de ello, y vuestra abuela (Isabel) castigaba de la misma manera a su hija, la reina nuestra señora.

El mayor enemigo de Juana, cosa que ella ignoró toda la vida, era su propio padre don Fernando. Este digno bisabuelo de Felipe II cuidó de fomentar el natural desafecto que por los motivos indicados nació entre doña Isabel y su hija, pues ésta, después de casada, llegó en materias religiosas hasta el grado de rehusar la confesión, según las relaciones de fray Tomás de Matienzo, monje enviado por la reina de Castilla a Bruselas, residencia de Felipe el Hermoso, con el objeto de procurar la salvación del alma de doña Juana.

LIBROSMÉXICO.MX

¿Qué objeto se proponía con esa intriga don Fernando? Helo aquí: el rey de Aragón tenía, como tantos otros reyes en diversos países, dos ideas fijas: el engrandecimiento y la concentración absoluta de la monarquía. Como profundo político, conocía que era preciso aprovecharse de la reciente victoria, de la autoridad real sobre la nobleza, para asentar definitivamente la monarquía española sobre bases inquebrantables, aprovechándose de los grandes humillados para maniatar al pueblo, el antiguo aliado de los reyes, y buscando, sin pararse en los medios, el ensanche del reino español, para rodear el trono de imperecedero prestigio. De entonces data el encadenamiento de ese noble pueblo de España, que apenas ayer ha roto, definitivamente, esperamos en Dios, sus terribles cadenas.

Para la obra gigantesca que Fernando se proponía llevar a cabo, era preciso separar de la sucesión del trono a su hija doña Juana, que no sólo hubiera relegado a Fernando a su antiguo reino de Aragón, sino que por sus tendencias heterodoxas habría dado un golpe mortal a la Santa Inquisición, tan útil a los reyes como odiosa para los pueblos. El primer resultado de esta intriga sombría fue un proyecto de regencia presentado a las cortes de Toledo y confirmado poco después por la Santa Sede, proyecto por el cual Isabel, en vista de la grande experiencia de su esposo, lo nombraba regente vitalicio de Castilla, en el caso en que Juana estuviese ausente, poco dispuesta o "inepta". Esta palabra, esta singular previsión que no se funda en nada, indica claramente que Fernando se había fijado en el modo de alejar a su hija de la corona: la locura.

Lo que es también incontestable es sin duda el profundo amor que Juana profesaba a su esposo, amor que dio lugar a algunos lances romancescos en la época de su viaje a España y nacimiento del infante don Fernando.

Muerta la reina de Castilla, el rey de Aragón toma posesión de la regencia en Medina del Campo y luego ante las cortes reunidas en Toro. El rumor de la locura de doña Juana, venido de los labios de don Fernando, había cundido por todas partes. Felipe el Hermoso

LIBROSMÉXICO.MX

protestó contra aquel absurdo y penetró en España en demanda de la Corona de Castilla, acompañado de su mujer y seguido de un ejército al que muy pronto se reunieron numerosos partidarios. El astuto Fernando tomó en el acto un partido: ir en busca de su yerno para cederle todos sus derechos.

La entrevista de los dos soberanos duró dos horas. Cuando Felipe salió de la iglesia en que había tenido lugar, estaba convencido, real o aparentemente, de que su mujer, de cuya razón no había dudado un momento en 10 años que había vivido con ella, estaba loca de atar, o mejor dicho, era víctima de una enfermedad "que consideraciones de decencia y de dignidad impedían indicar a las claras". ¡Pobre doña Juana, cuyo amor inmenso por el hombre brutal que había llegado a golpearla, era calificado de delirio sexual!

El hermoso Felipe había caído en el lazo que su suegro le tendió. Según las piezas encontradas en el archivo de Simancas, inmediatamente después de la entrevista, doña Juana fue encerrada como loca. Entonces don Fernando hizo una protesta, publicada más tarde, en que declaraba que quería ayudar a su hija Juana, "injustamente aprisionada por su esposo". Como se ve, el maquiavélico monarca, como diríamos ahora, se había valido de su yerno para desembarazarse de su hija. Al salir de España encargó a mosén Luis Ferrer que cuidara mucho de sus hijos queridos. En efecto, Felipe murió poco tiempo después, envenenado, según la opinión de todo el mundo, pues aunque los médicos declararon lo contrario, tuvieron cuidado de enterrar sin examinar las entrañas del duque.

Ninguno de los historiadores contemporáneos hace mención del extravío mental de doña Juana, en el momento de la muerte de Felipe, ni aun Maquereau, oficial de la casa de Flandes, que da largos detalles sobre la muerte de su amo. Sólo en la historia de Carlos V, por Sandoval, escrita a principios del siglo XVII, aparece por primera vez una mención categórica del hecho, pero no sin poner antes estas dos palabras: "pues dicen". Es de recordar que cuando murió Felipe, doña Juana estaba ya encerrada como loca; que antes

LIBROSMÉXICO.MX

su marido la había también maltratado y encerrado, a consecuencia de un enredo amoroso que la reina había sorprendido en Bruselas, y que es sin duda el que ha aprovechado para la trama de su *Locura de amor* el eminente dramaturgo español don Manuel Tamayo y Baus.

La viuda de Felipe tuvo numerosos pretendientes, y el rey don Fernando, para evitar un matrimonio, escribió a todas las cortes, cartas en que manifestaba su profundo dolor por la muerte de su yerno y la locura de su hija. Éste es, dice con razón Bergenroth, el origen de toda la leyenda.

En cuanto a la tradición que supone a doña Juana viajando con el cadáver de su esposo, del cual no se quería separar, ella no indica que la infeliz viuda hubiera perdido la razón; era sólo un exceso de amor, semejante a los de su hermana Isabel cuando la muerte de su esposo don Alonso. Pero evidentemente la reina no fue la que inventó ese viaje, sino don Fernando, para herir las imaginaciones populares, haciendo parecer cierta la locura de su hija. He aquí una prueba; llegada de Burgos a Tordesillas aquella fúnebre comitiva, se depositó el cadáver de don Felipe en la iglesia de Santa Clara, mientras se concluía el sepulcro que le estaba destinado en Granada, y durante 25 años doña Juana no puso un pie en dicha iglesia, separada de su habitación por un centenar de pasos; en sus conversaciones con su carcelero, conversaciones que existen relatadas fielmente en el archivo de Simancas, habla de Felipe muy sencillamente y como de una persona muerta.

Pero lo que sobre todo indica que aquellos viajes fúnebres eran combinados con un objeto especial es una carta del mismo marqués de Denia, gobernador de Tordesillas, en la cual se ordena que la reina sea conducida de noche, por la fuerza y en una litera, y al mismo tiempo se hace marchar a su lado el carro fúnebre de Felipe. Estos espectáculos debían convencer a los leales castellanos de la locura de doña Juana y por consiguiente de la legitimidad de la regencia en 1507 y de la de Carlos V en 1518, 1522 y 1527.

LIBROSMÉXICO.MX

La cautividad de doña Juana en Tordesillas fue horrible, ya lo hemos dicho. Se la había secuestrado en una cámara que no tenía un solo intersticio por donde la luz penetrara, y que se alumbraba día y noche con una sola lámpara. De allí no salía nunca, y su hija doña Catalina escribía a su hermano (19 de agosto de 1521) "que por el amor de Dios permitiese que la reina su soberana pudiese pasearse en el corredor a lo largo del río, o en aquel en que se guardaban los tapices, y que no se le impidiese refrescarse en el salón".

Carlos hizo a su madre dos visitas, absolutamente ineficaces para aliviar su reclusión. Don Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, nombrado, como hemos dicho, gobernador de Tordesillas, con poderes discrecionales, mantenía con el rey, además de una correspondencia oficial para ser leída en el consejo privado del rey, una particular que sólo Carlos V leía y que se ha encontrado en Simancas.

El emperador aprobaba la absoluta reclusión de su madre. "Es preciso —escribía a Denia— que en lo que a Su Alteza concierna, no escribáis a nadie más que a mí, y que enviéis las cartas con un mensajero seguro, pues que el asunto es para mí tan delicado." Denia respondía jurando "que nadie sabría nada del verdadero estado de la reina"; y hablando del infante don Fernando, hermano de Carlos, "aun cuando —dice— permaneciera 100 años en este país, no le comunicaría nada de lo que aquí pasa".

> Es necesario —repetía en otra carta, hablando de ciertas indiscreciones de las damas de la reina—, es necesario no emplear en el palacio mujeres casadas, sobre todo cuando son esposas de los consejeros privados, porque es indispensable que lo que aquí pasa quede ignorado del mundo entero, y particularmente de los consejeros privados,

y pide "órdenes severas porque sin ellas el secreto no podría guardarse".

LIBROSMÉXICO.MX

Era tan difícil el que se permitiera a los hombres entrar en la prisión, que en 1519, cuando Juana se vio seriamente enferma, su carcelero escribía a Carlos V: "Su Alteza ha tenido durante diez días una fiebre violenta, y deseaba que se llamase un médico; pero como la fiebre ha disminuido, no le he llamado".

¡A los 10 días!

Cuando Juana se quejaba o se mostraba fría en materias religiosas, se le aplicaba "la cuerda", tormento que consistía en colgarla por los brazos de una cuerda, hasta que sus huesos quedaban casi desarticulados. He aquí un fragmento de la correspondencia mencionada, que data del 11 de octubre de 1527: "Si Vuestra Majestad ordena que Su Alteza sea tratada con consideraciones, Vuestra Majestad obrará como buen hijo. Debe, empero, quedar convencido de que yo, en mi calidad de vasallo, haré lo que crea útil a Su Alteza". Ya hemos visto antes lo que Denia creía útil a la infeliz viuda.

¿Y qué objeto tenía esta horrible persecución? Uno muy simple. Obtener de aquella mujer indomable, en medio de los más crueles dolores, su "abdicación". Mientras esto no sucediese, el reinado de Carlos sería siempre precario, y el día que se supiese el verdadero estado de la reina, toda la Castilla se levantaría como un solo hombre para arrojar al usurpador y a sus cómplices los extranjeros.

¿Cuáles son, entretanto, las señales de locura de la reina? Irregularidad en las comidas, largas estancias en el lecho, un tocado desarreglado. ¡Esto se reprochaba a una mujer encerrada para toda la vida en una tumba! En 49 años, aquella santa sólo tuvo un arrebato de violencia contra una criada.

Pero un acto de aquella vida apenada debía venir a aclarar más aún aquel crimen para la historia: la conducta de Juana durante la rebelión de los comuneros.

En primer lugar, he aquí la opinión de los heroicos compañeros de Padilla, expresada por el flamenco Adriano, futuro papa, en una de sus cartas al emperador:

LIBROSMÉXICO.MX

> Casi todos los servidores y oficiales de la reina, declaran que Su Alteza ha sido tratada injustamente, y que ha sido retenida por la fuerza durante 14 años en esta fortaleza, bajo pretexto de que su razón está turbada, mientras que en realidad ha sido siempre tan razonable y de buen sentido como al principio de su matrimonio.

En las transacciones celebradas con sus libertadores, se mostró siempre llena de prudencia y de tino, y tanto que los rebeldes invitaron al ministro de Carlos V, al astuto Adriano, a que viniera a Tordesillas a convencerse. Con todo, la reina, después de multitud de consejos de templanza y moderación, rehusó su firma a los rebeldes, diciendo que nadie la podría disgustar con su hijo, y que él tendría cuidado del bien del reino.

La pobre mujer esperaba verse libre. Después de Villalar, los nobles vencedores se decidieron en su favor; pero la llegada de Carlos desbarató todos sus deseos.

La segunda cautividad de Juana fue doblemente rigurosa. Denia, irritado con los insultos de los comuneros, redobló sus crueldades. La reina se vio separada hasta de su propia hija, que fue a ser reina de Portugal. Entonces la razón de la infeliz prisionera empezó de veras a alterarse; pero aun en medio de sus extravíos, siempre rehusó firmar todo lo que se le presentaba; lo cual indica que se le había querido hacer firmar algo imposible para aquella grande alma: la abdicación.

Por fin, si la inteligencia, a pesar de sus frecuentes alucinaciones, permanecía firme y lúcida, el cuerpo estaba quebrantado. Después de horribles enfermedades, la reina murió el 12 de abril de 1525.

Que otros ensayen la defensa de Carlos V, por sus ideas políticas que lo arrastraron a un atentado que no le sirvió para nada. Yo creo que el que de tal modo desconoce los sentimientos naturales no merece la defensa de ningún hombre honrado, y que el genio del monarca que decía que los reyes debían sacrificar su conciencia quedará siempre a discusión junto al crimen que someramente hemos

LIBROSMÉXICO.MX

pintado, resumiendo un interesante estudio, hecho por un escritor que ha comprobado los documentos uno por uno.

19 de agosto de 1869.

Nuestro estimado colega se ocupa en su número de anteayer* de refutar un artículo que hace seis años publicamos en *El Renacimiento* sobre la locura de doña Juana, madre del emperador Carlos V. *La Colonia* asegura que los datos publicados en la *Revue des Deux Mondes* son apócrifos, y como el señor Llanos Alcaraz asegura que él conoce perfectamente el archivo de Simancas, de donde, según Bergenroth, han sido tomados los documentos en cuestión, aplazamos nuestro juicio, no porque dudemos del aserto del señor Llanos, sino porque el carácter del periódico que las ha publicado nos obliga a investigar concienzudamente si del lado del autor alemán hay superchería, u olvido de parte del escritor español.

La tesis que se propuso demostrar Bergenroth no ha sido la que incidentalmente tocó el autor de las "Efemérides" de *El Federalista*; era esta otra que el señor Llanos sabe perfectamente que permanece envuelta en la oscuridad en la historia de España: Juana no estuvo loca.

Nosotros, al extractar el estudio de la *Revue*, cedimos a un movimiento de profunda piedad hacia aquella mártir de la ambición y de la política, nunca a un sentimiento de malevolencia por la nación que hemos venerado en la memoria de nuestros abuelos y amado en la elocuencia de sus tribunos, en el caballeresco recuerdo de sus capitanes y en el corazón inmenso de sus hombres libres.

Y francamente, entre un flamenco cuyo genio no desconocemos, pero a quien jamás podríamos estimar, y la pobre mujer española

* Este artículo tiene por título el nombre del periódico a que se refiere: *La Colonia Española* [N. del ed.]. *El Federalista*, México, 6 de octubre de 1875.

LIBROSMÉXICO.MX

sacrificada, estábamos de parte de la española y sentíamos un orgullo indecible en pensar, apoyados en la verdad histórica, lo que habían pensado los heroicos comuneros de Padilla y de Bravo.

Por lo demás, nos proponemos seguir el consejo del señor Llanos y escribir a España para salir de dudas en un asunto que, como todos los de su especie, excita extraordinariamente nuestra curiosidad. Nos alegraríamos de habernos equivocado, porque el hecho atribuido a Carlos V, a su padre y a su abuelo, por el historiador alemán, es un padrón de oprobio para la especie humana.

LIBROSMÉXICO.MX

MÉXICO SOCIAL Y POLÍTICO. APUNTES PARA UN LIBRO*

CAPÍTULO PRIMERO. ETNOGRAFÍA Y DEMOGRAFÍA

La unidad original de las diversas familias que componen el grupo americano es uno de los más considerables problemas etnológicos. Con él va aparejado otro de lejanísima, valdría decir, de imposible solución: el de la procedencia del grupo primitivo. ¿Fue la América en el periodo de transición de la edad terciaria a la cuaternaria un centro de creación? ¿Las familias americanas constituyen una especie humana en el género o una variedad de alguna gran raza asiática, o hay datos para creer que, en nuestro continente, a un grupo terrígena se ha mezclado otro exótico, asiático o atlántico? Preciso es confesar que entre los mexicanistas tienen más séquito las doctrinas que consideran como emigradas del Asia, si no las familias, sí las civilizaciones americanas. Cierto, graves dificultades suscita esta hipótesis; mas acaso no tantas como las que acarrearía la necesidad de compadecer la doctrina de la unidad primordial con la innegable variedad de tipos que ya los conquistadores observaban entre los distintos grupos sociales que representaban las sendas civilizaciones americanas.

* *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, t. I, 1889, pp. 13, 170, 213, 328 y 371.

LIBROSMÉXICO.MX

Concretándonos a México, esta variedad consiste en la diversidad de caracteres antropológicos, lingüísticos, etcétera, que se manifiesta entre los maya-zapotecas, verbi gratia, y los nahoas; entre estos pueblos de idioma casi flexivo, y los monosilábicos otomíes y quizá los chichimecas, reputados por algunos como grupos vueltos a la barbarie después de atravesar, en los valles americanos de más allá del trópico de Cáncer, el periodo de cultura de los *mound builders*.

La conquista y la dominación española, si no acabaron con las lenguas y la fisonomía de los pueblos sometidos, sí los nivelaron por medio de una política que oscilaba indefinidamente entre la opresión y la tutela, entre la explotación del indígena como animal y su protección como menor perpetuo, y que los sumergió en pasividad incurable, en donde aún en nuestra época viven, sin horizonte, sin ninguna comunidad de aspiraciones con los hombres de otras procedencias, conservando tenazmente, como en todas las razas primitivas sucede, los hábitos, las creencias y las inclinaciones de sus progenitores étnicos. Suele alguna individualidad poderosa surgir de improviso de esta inactiva y uniforme masa social, como para demostrar de qué vigor en los resortes morales es capaz todavía; pero esa individualidad vive y progresa en otro medio: el mundo indígena permanece quieto, monótono, mudo.

Los misioneros y los reyes de España que procuraron que la raza indígena no desapareciera, sustrayéndola a la esclavitud a que querían reducirla los conquistadores, y cercándola con una tutela patriarcal, hicieron bien sin embargo, y redundará en eterno honor de España la comparación de esta conducta con la destrucción sistemática de las tribus en las colonias inglesas.

No que la gran familia americana no haya disminuido en México desde la Conquista; la guerra, aun en la época posterior a nuestra emancipación; el maltrato, ese terrible maltrato con que el español del siglo XVI despobló las Antillas; las epidemias asoladoras en los siglos coloniales; cierta declinación general de la vitalidad en toda la población indígena de América, la han mermado considerablemente.

LIBROSMÉXICO.MX

Pero el indígena americano no practica el maltusianismo; es incapaz de poner voluntariamente un límite al crecimiento de su familia, y ésta es una virtud. Más tarde quizá sea un bien en todos sentidos.

I

El problema social para la raza indígena es un problema de nutrición y educación; su pasividad ilimitada la hace muy duradera; y el cambio que se marca en el modo de ser del país, la transformación de sus condiciones económicas, tienen que ser la piedra de toque del porvenir de los indígenas, que aún son tres millones poco más o menos. Concentrada en la Mesa Central y en los peldaños que suben a ella, dominando la zona caliente de las costas, la familia indígena vive sumergida en un medio debilitante: la atmósfera de las alturas, insuficientemente pesada para las necesidades normales de la economía animal. No son raros entre los indios los casos de longevidad, gracias a la antiquísima apropiación de sus organismos al medio de las alturas; pero, en cambio, la mortalidad de la infancia es extraordinaria; así es que ascienden difícilmente los primeros escalones de la vida, pero una vez a media pendiente, marchan mejor y en mayor número.

El indígena se alimenta con maíz, chile y algunas frutas; bebe cuando puede y cuanto puede: en algunos distritos de la Mesa Central, el pulque, que en cierto límite ayuda a su nutrición, y que frecuentemente aniquila, por la embriaguez, todas sus energías morales; y en otros distritos, diversos aguardientes extraídos del maguey.

Con esta alimentación puede el indio ser un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca más al animal doméstico; pero jamás un iniciador, es decir, un agente activo de civilización. Copia y se asimila a la cultura ambiente (ya los primeros misioneros admiraban su aptitud para imitar), mas no procura mejorarla: el pueblo terrígena es un pueblo sentado; hay que ponerlo en pie.

LIBROSMÉXICO.MX

Lo repetimos, el problema es fisiológico y pedagógico: que coman más carne y menos chile, que aprendan los resultados útiles y prácticos de la ciencia, y los indios se transformarán; he aquí toda la cuestión.

II

Se han transformado en nosotros, en los mestizos. La familia mestiza ha ido creciendo incesantemente: los elementos del cruzamiento han sido el español (que pertenece a una raza mezclada en grado superlativo de elementos arianos y africanos) y el indio, de sangre mucho menos mezclada; en las costas el elemento negro puro, importado directamente de África, representa un papel importante; después vienen los cruzamientos secundarios y terciarios; hoy, la mestiza constituye la familia mexicana, propiamente dicha, con un tipo especial y general a un tiempo, cada día más marcado; la población mestiza confina por un extremo con los indígenas, cuyas costumbres y hábitos conserva, y por otro con los elementos exóticos, blancos sobre todo.

En el día, la absorción de las otras razas por la mestiza es tal, que pudiera calcularse el tiempo no muy lejano en que el mexicano (en el sentido social de la palabra) formará la casi totalidad de los habitantes.

He aquí las proporciones de las distintas fracciones de la población a principios del siglo (1810):

1 097 998 europeos y criollos.
3 676 281 indígenas.
1 338 706 mestizos (datos Noriega-Humboldt).

He aquí las actuales (1885):

1 985 117 europeos y criollos.

LIBROSMÉXICO.MX

3 970 234 indígenas.
4 492 633 mestizos (datos García Cubas).

Mucho se ha dicho en pro y en contra de las familias mezcladas o mestizas. Ha tiempo que los sabios extranjeros nos han acostumbrado a declaraciones dogmáticas respecto de los antecedentes y consecuentes de nuestro estado político y social, y esas sentencias son por tal modo desconsoladoras, que si ellas fueran conclusiones realmente científicas, desesperaríamos de nosotros mismos; las energías para el bien que en nosotros sentimos nos parecerían facticias, y de aquí el pesimismo nacional, que es un síntoma precursor de la agonía de los pueblos. Pero no; apoyándonos en el mismo método que pretenden seguir los condenadores infalibles de nuestro porvenir, protestamos contra sus inducciones, que no son científicas porque dimanan de observaciones deficientes de los hechos; que no son legítimas porque de nuestra corta vida nacional no puede inferirse a manera de ley sociológica la profecía de nuestra incurable impotencia.

Uno de los etnologistas que cometen este pecado lógico, el doctor Gustavo Le Bon, autor de libros, uno bastante hiperbólico y otro abundante en lagunas considerables (*La Civilisation des Arabes* y *Les Civilisations de l'Indé*), ha formulado así su opinión sobre la familia mestiza en un flamante estudio intitulado *La influencia de la raza en la historia* (*Revue Scientifique*, abril de 1888):

> Los mestizos —dice— jamás han hecho progresar una sociedad; el solo papel que pueden hacer es degradar, abajándolas a su nivel, las civilizaciones de que los hizo herederos el azar. De esto tenemos un ejemplo que dura todavía en las actuales poblaciones hispanoamericanas. La mezcla de la ardiente raza española del siglo XVI con razas inferiores ha dado origen a poblaciones bastardas, sin energía, sin porvenir, y completamente incapaces de contribuir con el más débil contingente al progreso de la civilización.

LIBROSMÉXICO.MX

La inferencia tiene por fundamento una observación incompleta, lo dijimos ya; toda ella puede resumirse en este hecho general: los países hispanoamericanos viven en medio de incesantes convulsiones políticas; luego, están mortalmente enfermos, no tienen porvenir, perecerán. ¿Es legítimo este razonamiento? ¿Puede probarse que esas convulsiones son síntoma de incurable enfermedad, a manera de epilepsia social? El epiléptico cesa pronto en su salud física y mental, en su desarrollo: ¿puede decirse esto de nosotros?, ¿puede alguno que no nos haya estudiado desde el fondo de Arabia o de la India, o recorriendo de prisa las gacetas para tomar apuntes etnológicos, negar que esta república nuestra haya andado con pasos de gigante, en relación con su edad y los obstáculos acumulados en su camino, la senda del progreso material e intelectual? Hace 20 años había 8 600 escuelas primarias; hoy pueden calcularse 13 000, en datos bajos. Hace 20 años había 280 kilómetros de ferrocarriles, y hoy 8 000 kilómetros, y más de 31 000 de telégrafos.

Doce años de paz han sido la causa determinante de este estado social. Cierto, no hemos logrado aclimatar aquí la libertad política por completo, aunque gozamos de gran libertad social, por el contrario de los norteamericanos; pero ¿lo habían logrado hasta hace 20 años los franceses? ¿La conciliación de la libertad y el orden no es el gran problema político de nuestro tiempo?, ¿no es el problema por excelencia del mundo latino, enamorado de igualdad y oscilando, en sus periódicas crisis, entre la dictadura y la anarquía? Si se estudiase nuestra historia, se vería que su explicación no consiste sólo en el carácter de las mayorías mestizas, sino en nuestra educación colonial. Si se estudiase nuestra historia se vería que la Independencia y la Reforma no son más que actos de inmensa energía de la "raza bastarda" de México. El hombre más enérgico que haya aparecido en nuestros breves y trágicos anales es José María Morelos, el gran mestizo.

Los descendientes de los colonos españoles, conocidos antes de la Independencia con el nombre de criollos, hicieron un papel

LIBROSMÉXICO.MX

interesante en la iniciación del levantamiento de 1810. El grupo de hombres ilustrados que habían recibido una educación literaria (la del tiempo, por todo extremo deficiente), es decir, los clérigos y los abogados, siguió de cerca o de lejos, en un sentido o en otro, el movimiento revolucionario, y luego ha continuado (dirigiendo a veces, dirigido las más) figurando en los episodios de nuestras revueltas interiores. Preferentemente ha hecho su papel en las filas del partido conservador. Los criollos ricos, con marcadas excepciones, apenas educados intelectualmente, criados en el despego del trabajo, encontrando en todos los vicios que facilita el servilismo, desde tiempo inmemorial establecido en las haciendas, con diversos nombres, una satisfacción suficiente para su vida animal, y en las prácticas minuciosas del culto católico el ideal de sus aspiraciones morales, los criollos ricos han constituido una clase pasiva, en donde el dogma político ha sido la incapacidad radical del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo y la necesidad de una intervención, y en donde el amor por la patria mexicana es, cuando existe, un sentimiento de vanidad, no un afecto activo y profundo. Esta clase contribuyó a mantener a la indígena en esa especie de servidumbre de la gleba, que es aún hoy el estado social de la mayoría de nuestras poblaciones rurales, y que, el día que se transforme, traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habrá ascendido entonces a la civilización. Esta clase fue el obstáculo (no el contrapeso) de las tendencias innovadoras, que perturbaban su quietud y la amagaban con el terrible amago de hacerla pensar y discernir en materias religiosas. Hoy, disminuida por la mezcla, desmembrada por las nuevas necesidades sociales, remplazada por elementos blancos de otra procedencia y de otras aspiraciones, alejada ya del agio, de la usura practicada en una escala colosal con los gobiernos en perpetua bancarrota desde la Independencia hasta ayer; alejada, decimos, por temor y por antipatía hacia los gobiernos definitivamente democráticos, constituye una pseudoaristocracia sin raíces en el pasado, sin tradición, sin historia, sin sangre, sin

LIBROSMÉXICO.MX

porvenir, y se va aclimatando en los grandes centros de placer en Europa; allí, aumentando el valor de sus bienes a consecuencia del adelantamiento social del país, en que ninguna parte ha tomado, gasta sus rentas en tierra extraña, sin que, con respetables excepciones, le deba su país ni una sola grande obra de utilidad común, ni una institución benéfica, ni un edificio siquiera que contribuya al ornato de una ciudad.

La familia mestiza, llamada a absorber en su seno a los elementos que la engendraron, a pesar de errores y vicios que su juventud y su falta de educación explican de sobra, ha constituido el factor dinámico en nuestra historia; ella, revolucionando unas veces y organizando otras, ha movido o comenzado a mover las riquezas estancadas en nuestro suelo; ha quebrantado el poder de castas privilegiadas, como el clero, que se obstinaba en impedir la constitución de nuestra nacionalidad sobre la base de las ideas nuevas, hoy comunes a la sociedad civilizada; ha cambiado en parte, por medio de la desamortización, el ser económico de nuestro país. Ella ha opuesto una barrera a las intentonas de aclimatar en México gobiernos monárquicos; ella ha facilitado por medio de la paz el advenimiento del capital extranjero y las colosales mejoras del orden material que en estos últimos tiempos se han realizado; ella, propagando las escuelas y la enseñanza obligatoria, fecunda los gérmenes de nuestro progreso intelectual; ella ha fundado en la ley, y a vuelta de una generación habrá fundado, en los hechos, la libertad política. Por ella, la nacionalidad mexicana *farà da se*, como dijo de su patria recién nacida a la unificación, el gran estadista italiano.*

* Justo Sierra se refiere a Camilo Cavour, pero la frase "Italia hará por sí misma" también se le atribuye a Carlos Alberto de Saboya. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

CAPÍTULO SEGUNDO. GEOGRAFÍA, ECONOMÍA, EDUCACIÓN Y COLONIZACIÓN

Las ciencias naturales —y la de la sociedad es de ellas, y con la de la sociedad las que hacia ella gravitan, como la historia, la economía política, etcétera— resultan cada vez más sobrias en generalizaciones. El periodo juvenil y brillante de las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados, ha desaparecido, y sólo de vez en cuando algún rezagado adorador de los procedimientos añejos publica su sistema histórico y social, especie de cosmos, sin más valor que el literario; obra de arte, que no de ciencia, en suma. A ese que llamaríamos el periodo romántico de las ciencias sociales, ha sucedido el realista, si vale decirlo así; el positivo, para darle su nombre legítimo. De aquí la creciente importancia de la estadística, que proporciona el indispensable material para estudiar en concreto el desenvolvimiento social, para pasar de una en otra inducción hasta uno de esos hechos suficientemente generales que llamamos leyes. Muy en moda está entre nosotros preconizar la importancia de la estadística; muy en mantillas se encuentra en realidad, por la sorda y tradicional resistencia de la masa social a toda injerencia de la autoridad en estos recuentos y clasificaciones, que hasta ayer sólo han aparecido frente a los habitantes de nuestro país con el siniestro séquito de la contribución de sangre o del impuesto.

La demografía, rama principal, a no dudarlo, de la estadística, se halla en estado tan incipiente, que las diferencias de censo probable entre nuestros flamantes geógrafos, suelen subir a uno o dos millones.

Sin embargo, en el ejercicio de esta capital función administrativa, algo se ha avanzado, y sobre todo, se avanza ya con método, que es la mejor garantía de acierto. Muchas, pues, de nuestras afirmaciones, tienen que ser provisionales, y poco nos ayudará lo exiguo de nuestros datos para salir del campo de lo probable.

LIBROSMÉXICO.MX

I

Parece un hecho comprobado que la familia propiamente mexicana, es decir, la mezclada, ha aumentado, en lo que del siglo va corrido, en cerca de dos millones de individuos. Nos ocupamos ya en las respectivas aptitudes de los grandes grupos que forman nuestra heterogénea sociedad; ahora nos toca exponer someramente el estado social y moral de la fracción mayor de la población nacional y de las que con ella confinan.

Los blancos, criollos puros o descendientes sin mezcla de los españoles coloniales (cada vez menos numerosos, cada vez más confundidos con la población mestiza), y los inmigrantes (que por regla general forman familias mexicanas, en que la mezcla es evidente), pertenecen en su inmensa mayoría a la explotación agrícola; y, como no sea en los escasos núcleos de la colonización oficial, los trabajadores o peones del campo no se reclutan entre ellos.

Los indígenas, que hacia las extremidades del país (Sonora y Yucatán) están en parte sustraídos al orden social y en parte sometidos por la fuerza, forman la mayoría de la población rural en la Mesa Central y en sus vertientes occidentales, meridionales y orientales, teniendo por límite a su expansión en las graderías orientales de la Mesa, el principio de la zona climatérica conocida con la denominación de tierra caliente. La mayoría de esta población indígena rural es de procedencia azteca; los zapotecos (Oaxaca, Guerrero, Veracruz); los tarascos (Michoacán, Guerrero, Jalisco); los mayas (península yucateca), y los otomíes (Hidalgo, Querétaro), constituyen las fracciones en importancia numérica descendente que concurren a la formación de la familia indígena agrícola.

La población mezclada constituye la mayoría absoluta de la población rural en las costas, en la tierra caliente oriental sobre todo. Sólo en la península yucateca los indígenas (y eso que van disminuyendo paulatinamente en proporción del avance de los elementos mezclados) forman la sustancia de la masa agrícola, a pesar del clima

LIBROSMÉXICO.MX

tórrido. Tomando esta distribución en su conjunto, puede asegurarse que los descendientes de las antiguas castas, que el mundo mestizo, que el grupo nacional que llamaremos neomexicano, está en minoría en la población cultivadora del campo, y constituye, en cambio, la mayoría de la urbana e industrial, más ilustrada, más activa y más transformable que la rural; y en esta clasificación queda comprendida la población minera, que forma, a su vez, la mayoría de la población industrial de la república.

II

El estado moral y social de los grandes grupos humanos depende de su estado económico. Verdad es esta que no requiere ya demostración. Conocida la constitución etnológica en determinada fracción nacional, el modo y la intensidad de acción de los tres factores económicos por excelencia, la naturaleza, el trabajo, el capital; las relaciones sociales entre el propietario y el trabajador; la proporción entre el salario real y la productividad de trabajo del obrero o jornalero, se tendrá un conjunto de datos de donde podrá inferirse con plena seguridad cuál es la fisonomía neta de un pueblo bajo la máscara de sus instituciones, generalmente copiadas, y de sus derechos escritos; cuál el valor de los elementos de sociabilidad, es decir, de civilización, que en él existen; qué grado de firmeza tienen sus instituciones domésticas; cuál es su coeficiente de actividad individual, es decir, de libertad, base de la responsabilidad y sustancia de la moral.

En Europa y en parte en los estados norteamericanos, la densidad de la población, el aumento de las necesidades del trabajador, la viciosa organización de la propiedad territorial y la combatividad de grupos cada vez mayores de la población asalariada, agravan por extremo el problema social. Lejos estamos aún en México de este estado de cosas, quizá no tanto como gustamos de imaginario; pero

LIBROSMÉXICO.MX

nuestro problema social, no por tener elementos distintos, es de menos difícil, de menos temerosa solución.

Ya lo dijimos, los factores que resumen las múltiples actividades que concurren a determinar un estado económico son, según las enseñanzas de la escuela economista liberal, la naturaleza, el trabajo y el capital. Analicemos brevemente las condiciones de su acción sobre nuestra sociedad.

La naturaleza ha hecho tanto y tan poco por nuestro país, ha compensado por tal suerte las ventajas con los inconvenientes, que todo ello acaba por parecer al pensador una ironía del Creador. Su situación geográfica es admirable; es una vasta región ístmica, cuya doble línea de costas toca a los dos principales mares del globo. Un espléndido Mediterráneo al oriente, entrecerrado por un archipiélago de primera clase, cuyas islas acompañan en distintas direcciones con sus hospitalarias escalas marítimas a las naves que van o vienen por el Atlántico; al norte del Golfo, el delta del primer río del mundo, que merma al mar con sus perpetuos aluviones, y cuya arteria gigantesca sirve de corriente central a la vida del pueblo más activo de la tierra; otro río marítimo, el Gulf Stream, que introduce al seno mexicano sus aguas calentadas en la inmensa caldera ecuatorial, y de él las saca en dirección de las costas boreales de Europa, trazando en pleno océano la ruta y el vínculo de forzosa unión entre el Nuevo y el Viejo Continente; tales son en esbozo las ventajas de nuestra geografía oriental. Gracias a ella, la civilización toca sin cesar a nuestras puertas; por ellas ha entrado en forma de conquista o de idea; pero no de corriente normal de inmigración de hombres o capitales, sino trabajosamente, porque nuestros puertos apenas lo son; las radas están erizadas de arrecifes y las entradas fluviales cerradas con barras movibles. Detrás de estos puertos vela la fiebre amarilla, el dragón de las hespérides mexicanas.

Nuestros puertos están al occidente; poco nos sirven allí por su lejanía del Asia; están destinados a complicar terriblemente en lo porvenir nuestro problema nacional. Pensamos, al decir esto, en las

LIBROSMÉXICO.MX

reservas inagotables de hombres, por herencia de remotísimo origen dotados del instinto industrial; centenares de millones de trabajadores establecidos entre el mar Índico y el mar de Corea, que antes de un cuarto de siglo estarán plenamente provistos de todos los útiles, máquinas y capitales que posee la moderna industria. Ellos trabajan sin fatiga 12 horas diarias, mientras el obrero europeo y americano se resiste a trabajar más de ocho; por eso de sus centros de producción indefinida partirán forzosamente corrientes de artefactos y emigrantes hacia nuestros litorales del Pacífico, que sumergirán entre las olas de una raza, cuyos hábitos y cuyos ideales son profundamente antipáticos a los que nuestro temperamento y nuestra historia nos han dado, pero que tiene inquietantes afinidades con nuestra raza terrígena, que queremos y debemos transformar a todo trance y a toda costa.

Entre los dos océanos se alzan dos murallas de montañas que suben de la playa en gigantesca gradería hacia la región de las nieves eternas, revelada en el azul profundo de los cielos de Anáhuac por los vértices de cristal del Popocatépetl, el Orizaba y el Iztaccíhuatl. Mas ese doble muro que parte divergiendo del intrincado nudo orográfico de Oaxaca no encierra un abismo, sino que está colmado por depósitos geológicos, que forman vastísima altiplanicie, en que acá y allá se levantan circos volcánicos espléndidos como el valle de México, pero, cuyo plano general se desarrolla en un área inmensa que viaja lentamente hacia el norte hasta morir en las sabanas desiertas de la zona ultratropical. Poetas y viajeros han descrito maravillados los paisajes de nuestras serranías, en que la realidad está por encima del ensueño, y las metáforas más audaces y pintorescas son incoloras traducciones de los aspectos de la naturaleza. Las zonas climatéricas se acopian, condensan y compenetran invertidas, pues gracias a las alturas, toman la dirección de los meridianos en vez de la de los paralelos. Esto hace de nuestro país un breve y admirable cosmos terráqueo, en donde a todos los grados del clima siguen por las escalinatas de nuestras cordilleras,

LIBROSMÉXICO.MX

todos los matices de la producción. A pocas horas de distancia, la palmera y la conífera; entre ellas tiende su manto de infinitos colores toda la flora del globo. ¡Riqueza incomparable! Para explotarla, para darle movimiento y valor, tenemos en la región tórrida una población mermada por las fiebres, debilitada por el calor, y cuyo coeficiente de actividad productora está a enorme distancia de la cantidad de trabajo humano que la organización de la yacente exuberancia natural exige. Sería necesario renovar y aumentar esta población; ¿cómo? La fiebre aleja al indígena y al europeo. Sólo el africano, sólo la planta negra prospera vigorosa allí. He aquí una solución, que es más bien una complicación; el negro oscurece toda cuestión social.

Al extremo oriente, en Tabasco, las tierras bajas y feraces cruzadas por una red fluvial magnífica son difícilmente habitables; más allá, la península yucateca presenta un fenómeno económico bastante singular; un suelo calcáreo y sin agua superficial, de donde la prosperidad ha brotado en forma de henequén (textil precioso que sirve de materia prima a la cordelería norteamericana), y en donde esta riqueza ha podido ser explotada gracias al ingenio, al vigor nervioso más bien que muscular de la nueva familia yucateca, y a la aptitud del maya indígena para trabajar bajo una temperatura abrasadora. Sin embargo, allí mismo, a pesar del alza constante del salario, termómetro seguro de actividad y fortuna, el problema de la población es cada vez más difícil.

Arriba, en la Mesa Central, la facultad productora del suelo es limitada; las condiciones meteorológicas no le son propicias; la irregularidad pasmosa de su régimen pluvial, la ausencia en sus extensas llanadas de nieves invernales que tan favorables son en California y Rusia a la producción del trigo rico; la esterilización sistemática, por un desmonte secular de comarcas enteras, parecerían condenar la altiplanicie mexicana a la vida pastoril, a la explotación de la ganadería, si esta regresión no tuviera inconvenientes de gravedad suma para nuestro progreso económico. Hay más, por desgracia.

LIBROSMÉXICO.MX

El más interesante de los agentes de la producción natural, el hombre, sujeto al nivel del mar a la acción malsana del clima, diseminado en grupos relativamente pequeños de población rural en la región templada, gracias a la intrincada orografía de las pendientes de nuestras cordilleras, que distribuye en mil fragmentos difícilmente comunicables entre sí las tierras de cultivo, es en la Mesa Central un ser cuya actividad está irremediablemente limitada por la anemia barométrica, el empobrecimiento de la sangre por la falta de oxigenación suficiente en las alturas, que está en relación directa con la presión atmosférica; el esfuerzo, el trabajo fisiológico es mayor para el organismo y el gasto de fuerza que es como uno al nivel del mar es en la altiplanicie mexicana doble, quizá, para la misma tarea.

A todas estas causas de pobreza general, hay que sumar una trascendental por extremo: la falta de vías de comunicación naturales entre las diversas zonas productoras de nuestro país, aquellas que por la diversidad de sus frutos parecerían obligar al trueque constante, al comercio. La espléndida red fluvial, encerrada entre la más importante zona lacustre del planeta, por la colosal corriente del Mississippi y por el Atlántico, explica la prosperidad de la república norteamericana, que de esa base admirable para el establecimiento de su riqueza agrícola, industrial y mercantil, partió a la conquista del territorio que hoy ocupa, enviando en pos del *squatter* al colono, y con el colono el capital. La naturaleza, negándonos ríos navegables, nos ha sentenciado a gravar un larguísimo periodo de nuestro porvenir económico para compensar lentamente, secularmente tal vez, esta condición de pobreza y de inferioridad, que puede modificarse, no eliminarse.

Proverbial es la riqueza del subsuelo mexicano, poco explorado y menos explotado todavía; excusaremos repetir aquí las ya triviales citaciones clásicas respecto de los rendimientos de nuestros grandes centros mineros en la época colonial. Puede asegurarse que aún es México, por la extensión de sus yacimientos metálicos y por la diversidad de sus productos en este género, diversidad que crece en

LIBROSMÉXICO.MX

relación con el adelantamiento de las exploraciones, el país más característicamente minero del globo. Pero el costo de la producción por falta de motores naturales, de combustible, de vías de comunicación baratas, de población, y el progresivo descenso del valor de la plata, artículo principal de nuestra producción minera (descenso que podrán los legisladores detener mayor o menor tiempo con paliativos, pero que acercará más cada día el valor de la plata al del cobre, a no ser que una gran invención industrial encuentre un empleo ventajoso para el metal depreciado), resulta una compensación tan grave de esa natural riqueza, que si no la neutraliza, sí la reduce considerablemente; pudiera asegurarse que teniendo todo esto en cuenta, la fracción de nuestra república que está entre el istmo de Tehuantepec y el paralelo 32° es un vasto mineral de tercer orden, abundante en metales pobres.

Se ve, pues, que la naturaleza ha hecho en suma poco por nosotros, y que sobre el particular, salvo los ignorantes o los que creen incompatible el patriotismo con la verdad, que es una categoría más perjudicial de ignorantes, no nos hacemos ilusiones los mexicanos. Cada día tratamos, al contrario, de darnos cuenta más exacta de los hechos; prueba de virilidad que deberá computarse en nuestro activo moral.

III

En las condiciones naturales antes apuntadas, el factor trabajo tiene que ser aún muy débil en su acción.

¿Pueden los rendimientos de un mineral de tercera clase, por la baratura del jornal y por otras circunstancias, constituir un empleo del dinero algo más lucrativo que el que encuentra en Europa? El favor si no extraordinario, sí creciente, de que goza hoy en los mercados de capitales la explotación de las minas mexicanas, es la respuesta mejor a esta cuestión. Las industrias extractivas (explo-

LIBROSMÉXICO.MX

tación de minas, canteras, etcétera) van pues, a la sombra de la paz, reentrando en un periodo progresivo; la transformación que las explotaciones mineras han sufrido en su organización económica, que tiende a alejar, en lo posible, de esta clase de negociaciones el elemento aleatorio, da un carácter más normal, más definitivo a ese progreso. El jornal del trabajador de las minas es el más alto que existe en la república; y como por un fenómeno curioso la depreciación de la plata apenas ha influido en el valor de los artículos de primera necesidad, resulta ésta la más seria economía para las empresas en el país. Pero esta condición limita y mantiene en un estado inferior estas necesidades, lo que es un mal considerable; desde el momento en que crezcan las necesidades del jornalero, necesidades de vestido, de habitación, de alimentación, sobre todo, y tal será el verdadero, el forzoso signo de nuestra ascensión social, el problema quedará planteado en toda su siniestra precisión; el trabajador, para satisfacer esas necesidades, se pondrá al alcance de la depreciación de la moneda nacional, y el alza del salario deberá verificarse sobre un tipo en que la diferencia entre el valor local y el general de nuestra unidad monetaria quede computada, y el interés del capital invertido pueda abatirse de un golpe. Por fortuna antes de que esto sea una realidad, otros hechos habrán de atenuar para nosotros los resultados de una inmensa bancarrota minera, y la agricultura, "puissante mamelle de l'État",* como decía Sully, corrigiendo los defectos de la baratura de la plata, multiplicando la materia exportable, nos salvará en la crisis.

No es este el momento de hacer la historia de nuestra propiedad rural; pero es evidente que ella ha influido directamente en el estado de la industria agrícola mexicana. Su primitiva constitución feudal y religiosa (repartimientos, encomiendas) emanada de la Conquista y del supremo dominio del rey de España, su consecuencia inmediata, hacen de ella un hecho puramente social. Este origen será

* La "ubre fuerte del Estado". [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

disputable en abstracto o en concreto, por lo que a otros países toca; aquí, en Nueva España, no. Extinguida la propiedad feudal desde fines del siglo XVII, resultó constituida la propiedad absoluta, o por las mercedes del rey, o por las adquisiciones de los ricos mineros, sobre todo, que invertían los productos de la industria extractiva en haciendas inmensas semiexplotadas apenas, verdaderos *latifundia*, hechos adrede para perder a las provincias, según la famosa expresión de Plinio. La venta de baldíos (realengos) por la Corona fue otro de los orígenes de la propiedad territorial, que pasó rápidamente en buena parte, por medio de los legados piadosos, a las "manos muertas".[1] Las antiguas propiedades de los indígenas, entre quienes la evolución de la propiedad había alcanzado la forma del derecho individual sobre la tierra, naufragaron casi en esta total liquidación y distribución de la Conquista.

El bracero (entonces la máquina por excelencia) disputado a la rapacidad del encomendero, que había comenzado reduciéndolo a la esclavitud, por el celo religioso del fraile, que lo mantuvo para libertarlo en una absoluta tutela, en una minoría perpetua, con todo el poder de la ley que se puso de su lado, fue un ser mutilado, emasculado de toda aspiración hacia el progreso, y muy pronto explotado y exprimido por el mismo que lo había protegido y salvado probablemente de la desaparición, al día siguiente de la Conquista: por el fraile. Resultó, de hecho, un siervo del terruño: lo es todavía; lo miserable del jornal (25 centavos es el promedio, según cálculo del señor Bulnes), mermado por mil artificios, hacen de él un verdadero *nexus*, obligado perpetuamente al amo por una deuda sin fin. Es verdad, la Constitución lo protege; ya legalmente no es el "menor" creado por la legislación de Indias; es un ciudadano, no uno de esos

[1] Véase, sin embargo, lo que respecto de la inmovilidad de la propiedad territorial de "manos muertas" dice el obispo Abad y Queipo, que afirma que la mayor parte de la riqueza eclesiástica en América consistía en capitales que, en calidad de depósito irregular, circulaban en manos de seculares, fomentando la riqueza y el comercio. *Representación sobre la inmunidad del clero* (1799).

LIBROSMÉXICO.MX

orangutanes pobladores de las Américas, como llamaba a los indios el Tribunal del Consulado de México, en su célebre informe de mayo de 1811, documento tan odioso e injusto, como notablemente bien escrito. Pero los neomexicanos, los antiguos "castas", que en la época colonial padecimos como los indios; más que ellos, porque teníamos más conciencia de nuestros sufrimientos, y que ahora gobernamos el país, poco hemos hecho por nuestros hermanos de infortunio de hace un siglo. Los hemos emancipado por grupos, trasladándolos de la choza al cuartel, y del cuartel al campo de batalla por medio de la leva; pero la leva ha apagado millares, muchos millares de hogares, y ha roto y dispersado y disuelto innumerables familias indígenas. Los hemos emancipado por individuos, interponiendo entre ellos y sus explotadores el amparo de la ley; pero el indio amparado y libre no puede volver a formar parte de la familia rural; o queda excomulgado, o se somete a la servidumbre.

El mal es tan grave, influye por tan terrible modo en todos nuestros desalientos y nuestras desesperanzas, cuando convencidos de la necesidad suprema y urgente de ser fuertes dirigimos una mirada ansiosa a lo porvenir, que los remedios extremos se vienen a las mientes. Las clases directoras, como dicen los franceses, están a bordo del gran *steamer* del moderno progreso; pero la máquina calentada a alta presión puede mover al bajel: una masa inmensa lo tiene anclado en el mar de lo pasado; cortar las amarras, imposible; subir a bordo aquella inmensa mole y convertirla en actividad, en combustible, he aquí el problema. El gran prelado español Abad y Queipo proponía en el siglo pasado distribuir entre los castas e indígenas los terrenos realengos (baldíos) y permitirles abrir y cultivar los terrenos eriazos de las haciendas, obligando a los propietarios a contratos especiales. Esto sería muy grave. ¿Sería una injusticia? La teoría de Ricardo sobre renta territorial, tan combatida por la escuela francesa, y entre nosotros por el jefe venerable de la escuela economista mexicana, don Guillermo Prieto, contiene una parte de verdad cuando se trata de propiedad rústica en México, por lo menos el alza de

LIBROSMÉXICO.MX

la renta, sin esfuerzo ninguno del propietario, en virtud de hechos sociales como las vías férreas, etcétera, que han decuplicado el valor de la tierra; este fenómeno, que hace tamaño papel en las teorías de Stuart Mill sobre la propiedad, es aquí una verdad innegable. Y ante esta verdad, cesan de ser máximas incondicionales respecto de nuestro país, las que se fundan en el de hacer y dejar pasar, de los doctrinarios de Manchester; cesa de ser axioma el spenceriano de la inacción benévola del Estado.

Más aplicables las creeríamos tratándose de la industria manufacturera, eminentemente artificial, que progresa lentamente a la sombra de las tarifas proteccionistas, que cuenta con muy poca materia prima y que, dueña casi del consumo de ciertos artículos (mantas, estampados, papel), no acierta a progresar en regla, ni a vivir una vida vigorosa y grande, a pesar de lo seguro de la demanda y de la baratura comparativa de la mano de obra.[2]

Los empresarios en la industria manufacturera son en su casi totalidad extranjeros; la población fabril está formada en su casi totalidad por mestizos. Su estado es inferior al de la fabril europea o norteamericana, porque disfruta de menor salario aun relacionándolo con el precio de los artículos de primera necesidad; pero en cambio es más sobria; el pauperismo, es decir, la miseria creciente en proporción directa con el aumento de la maquinaria y de la prole, aún no llaga y exaspera y enloquece al organismo obrero. Sus tendencias son levantadas, busca la escuela y la esfera superior para el hijo: multiplica sus asociaciones, marcha.

La pequeña industria, esencialmente nacional, recorre una grande escala, desde la alfarería, a que se dedican numerosos grupos de indígenas, y que es hoy lo que fue al siguiente día de la Conquista, hasta la sostenida en las ciudades por los neomexicanos, que imi-

[2] Véase sobre el alza supuesta de salarios, gracias a los derechos protectores, el admirable catecismo del profesor Graham Sumner, del Yale College (Estados Unidos), sobre proteccionismo.

LIBROSMÉXICO.MX

tan a maravilla el artefacto europeo, o producen el consagrado de abolengo por nuestras costumbres, como el equipo del ranchero, y en diversos centros, el objeto de arte en cera, en barro, en trapo. La facultad de imitar, el esmero industrioso y paciente en la reproducción de la muestra europea, y aun cierto gusto artístico, desgraciadamente no educado, caracterizan la pequeña industria en México. Hay ciudades completamente formadas por esta reunión de innumerables industrias aisladas y microscópicas, como León, que tiene más de 100 mil habitantes. Pero la carestía de la materia prima, la usura y los hábitos poco económicos del artesano mexicano, la mantienen en un estado precario, y al menor asomo de competencia extranjera periclita y amenaza extinguirse. Aquí, como en todas partes, la pequeña industria está destinada a ser absorbida o dominada por la grande: el artesano está destinado a ser obrero.

La industria de transportes, de primera importancia ya, está en manos de extranjeros, y lo estará cada vez más; su personal, relativamente limitado, en comparación con los enormes capitales en ella empleados, no se recluta sino en una pequeña parte entre los mexicanos.

Otra industria productiva, a no dudarlo, el comercio, sigue los pasos de la industria fabril con la que tan estrecha conexión tiene. El comercio mínimo está casi en su totalidad en poder de mexicanos, ya indígenas que son industriales y mercaderes a un tiempo, ya neomexicanos que se dedican en crecido número al tráfico de objetos, por regla general importados, de valor ínfimo. El pequeño comercio está distribuido entre mexicanos y extranjeros; el grande está en poder de extranjeros, y, como todo, en realidad, depende de él, se puede decir que los extranjeros gobiernan el comercio entero del país; sin embargo, el mexicano posee en su ingenio y en su palabra tales aptitudes mercantiles que todo deberá ser provecho para él en la competencia que va a establecerse, que está establecida ya entre el artefacto norteamericano y el europeo en los mercados nacionales. Yucatán, que es, gracias a su industria agrícola, el estado que

LIBROSMÉXICO.MX

realiza con su tráfico mayor ganancia entre todos los de la república, debe, a cualidades excepcionales de industriosidad y de instinto mercantil, tener su comercio en manos de sus hijos.

Mas la gran industria, la industria mexicana, por excelencia, es la que se designa con una palabra definitivamente aclimatada en los vocabularios hispanoamericanos: la burocracia. Era este, hasta cierto punto, un mal latino; es hoy un mal universal, democrático.

La industrial república norteamericana adolece de él tanto como nosotros. Pero allí otras formas de trabajo solicitan y emplean con mayor lucro al ciudadano; aquí, no, todavía. El derecho a los empleos fue el gran estímulo de nuestros padres los criollos para promover la Independencia; el monopolio industrial, la pobreza de la agricultura, la carencia casi completa de empresas mexicanas, han hecho de la administración la industria más productiva para las clases medias, como suele decirse en nuestro país. Cierto, es una industria productora la burocracia, produce el orden y regulariza la marcha social; pero crea hábitos pasivos dañosos y priva de una enorme cantidad de inteligencia y actividad al trabajo nacional creador y progresivo. Es este un mal que tendrá que disminuir como han disminuido todos los males mexicanos; porque hemos sabido darnos cuenta de ellos, y porque hemos sabido querer remediarlos; el resultado va siendo palpable. Él indicará que este pueblo juzgado incurablemente inmoral, por incapaz de voluntad alguna, y que siempre ha demostrado una tenaz voluntad pasiva,[3] sube a grandes pasos hacia la plena conciencia de sus actos, hacia la voluntad y la libertad, en el sentido social y práctico de la palabra.

[3] Cuantos conocen nuestra historia saben a qué atenerse respecto de ciertos notables actos de resistencia moral, invencible y unánime del pueblo mexicano, que han hecho fracasar algunas empresas de los gobiernos y de los partidos. La explicación del fenómeno está en los elementos indígenas de nuestra sangre, y por ende, de nuestro temperamento nacional.

LIBROSMÉXICO.MX

IV

¿En qué forma concurre el capital a la determinación de nuestro estado económico? Es innegable que la inmigración de capitales, necesidad suprema de los países nuevos, tiende a acelerarse. El abastecimiento de útiles e instrumentos destinados a la producción industrial es más considerable hoy; ayer era raquítico y mezquino; es de presumirse, en vista del crecimiento de nuestras necesidades, de la plétora de la industria de maquinaria entre nuestros vecinos y de la áspera competencia que se inicia entre ella y la europea en los mercados hispanoamericanos, que este abastecimiento superará mañana a nuestras aptitudes productoras cuyo aumento tiene que ser más lento.

Asciende a algunos millones de esterlinas el capital extranjero en las industrias de transporte invertido. La falta de vías naturales de comunicación es causa de la importancia capitalísima que tiene en nuestro territorio esta industria, con cuyo establecimiento soñaron cerca de medio siglo nuestros gobiernos: es el eje de todo el progreso material mexicano.[4]

Después de los que alimentan las industrias extractivas y de transporte, son los más considerables, entre los capitales importados, los que han provocado el nacimiento y sostienen la industria fabril, a la sombra de tarifas proteccionistas. Cierto, creemos que este sistema

[4] Parecía un problema insoluble el establecimiento de una red férrea que ligara las zonas productoras mexicanas, entre sí y con las regiones a la vez productoras y consumidoras de la nación vecina. La audacia y las apremiantes necesidades de la industria norteamericana lo han resuelto (valiéndose de capitales europeos). Mas todo habría sido inútil sin el programa de orden enérgicamente desarrollado por las últimas administraciones nacionales y secundado con admirable instinto por la sociedad entera. En un país aún despoblado y pobre, medianísimamente productor todavía, sin combustible, y sembrado de dificultades topográficas, el capital empleado en la industria transportiva arriesgaba permanecer estéril largo tiempo. Para atenuar el mal, el erario mexicano se ha impuesto graves sacrificios. Este precio del rescate de nuestro atraso material ha sido, por fortuna, tan hábilmente distribuido y graduado, que en parte será compensado con el aumento de las rentas públicas que el tráfico trae consigo, en parte por las generaciones futuras, que justísimo es que paguen una obra toda de porvenir.

LIBROSMÉXICO.MX

fue un mal; creemos que las industrias minera y agrícola, sumadas hoy con la de vías férreas, moviéndose más libre y rápidamente bajo el régimen de un arancel puramente fiscal, habrían llegado tiempo hace a crear condiciones favorables a la aparición de industrias fabriles más naturales, cuya materia prima estuviera dentro de nuestro territorio en abundancia. No fue así por desgracia. Como era natural, algunos capitales han contribuido a la creación de estas industrias aún hoy precarias, pero destinadas unas a ser más vigorosas con el tiempo, como las de los tejidos, y otras, como la del papel, a ser siempre artificiales, siempre opresoras, siempre privilegiadas.

El capital nacional, el extraído de los negocios de agio (con pocas excepciones), ha buscado en estas industrias una remuneración superior que la que nuestra rutinera o malsana agricultura podría procionarle, y ahora forma una barrera insuperable contra toda tentativa de reforma liberal en las tarifas. La administración, posponiendo las teorías librecambistas a intereses por el momento mayores, ha hecho bien. Ni puede nunca dar buenos resultados una transformación violenta del régimen actual al librecambista relativo, ni hay buena política económica que proceda sino por una serie de transiciones estudiadas, ni en este tiempo en que aun los tratados de reciprocidad mercantil van desapareciendo y las naciones se encastillan en sus murallas de China aduanales, una innovación radical y repentina sería otra cosa que un trastorno, una catástrofe hacendaria quizás. Encaminarse hacia un ideal de libertad económica interior y exterior, con estaciones, pero no con regresiones, es la sabia política adoptada por las administraciones nacionales en estos últimos tiempos: es la única prudente y provechosa.

¿Y el pueblo, en general, capitaliza? ¿Es un pueblo de ahorro como el francés? ¿Es previsor como el inglés? Dice Taine, en sus notas eminentemente sugestivas sobre Inglaterra, que el francés ahorra y el inglés se asegura; nosotros agregaríamos que el español toma un número en la lotería. Esta negligencia ante lo porvenir, esta confianza en el azar, en la fatalidad, característica de los islamitas, es

LIBROSMÉXICO.MX

la que de los moros heredaron los españoles del mediodía, y que nos transmitieron, por ser ellos, los andaluces, sobre todo, quienes dejaron, en las colonias americanas de España, huellas más hondas. El indígena, lo mismo que el criollo rico, atesoraban, forma improductiva del ahorro improductivo, que no es por cierto la que da origen al capital. Hoy los dineros del mexicano rico obedecen lentamente a la atracción de los grandes negocios industriales, pero buscando condiciones en que el riesgo sea mínimo o colocándose en negocios segurísimos como los de fincas urbanas en las grandes capitales. El indígena no atesora ya; el salario no le permitiría ahorro alguno; tan mezquino así es, tan inferior a las necesidades rudimentarias de una vida fuerte e higiénica. Sin embargo, ésta es la condición suprema de su transformación: alimentarse bien, y esa condición, que depende del alza del jornal y de la educación por el contacto con los grupos mejor alimentados de otras razas, va realizándose aunque con demasiada lentitud. Porque entretanto el indio merma de su exiguo sustento una parte que consagra a sus dos goces supremos, en que todavía se condensan sus aspiraciones materiales y espirituales: la embriaguez y el culto. El pulque, los aguardientes extraídos del maguey y los cirios para los santos, he aquí lo que tiene encadenado al indígena y aun al mestizo rural a un estado de inferioridad desesperante; en la población industrial existen hábitos análogos, pero tienden a mezclarse ya con otras ideas, con otras aspiraciones; una levadura nueva empieza a hacer fermentar la masa social.

Nadie podrá tacharnos de poco respetuosos con las creencias; nos juzgamos suficientemente emancipados para que no sólo no nos cueste trabajo aceptar este deber, sino para encontrar en su cumplimiento un exquisito placer moral. Tratándose del cristianismo, que ha prestado servicios incomparables a la civilización humana; y del catolicismo, a quien debe la vida la familia indígena —aun prescindiendo de otras consideraciones exclusivamente personales y que caen bajo la jurisdicción del sentimiento y la conciencia—, ese respeto se convierte en devoción filial. Por consiguiente, al afirmar que

LIBROSMÉXICO.MX

la primera consecuencia sacada por el monaquismo en México de sus deberes religiosos de protección hacia el indígena, que fue la de considerarlo un "menor" perpetuo, sobre quien de derecho ejercía la Iglesia una tutela eterna, fue funesta en alto grado; y al afirmar que los medios elegidos para mantener esa minoría y sostener esa tutela, medios que en resumen consistieron y consisten, por desgracia, en fomentar una idolatría ciega, capaz de cerrar todo horizonte moral para el espíritu humano, han sido la causa de nuestra triste inferioridad social, formulamos, ante todo criterio desapasionado y justo, una simple e indiscutible verdad histórica.

Suponemos que donde ha estado el mal, puede estar el remedio; y tal vez la Iglesia católica, que tamaños bienes hizo antaño a la sociedad colonial, que tan graves y trascendentales daños ha podido causar después, tiene en sus manos la redención de nuestras clases rurales, si comprende sus intereses, si se desprende de hábitos y preocupaciones inveteradas: aún necesita el misionero arrancar de cuajo las supersticiones idolátricas de la raza indígena, que no ha sido, que en rigor no es cristiana. Un Martín Valencia, un Gante encontrarían el campo virgen todavía. La religión es la sola palanca capaz de remover los hábitos, porque se apoya en lo más profundo del alma humana; ¿el siglo próximo la verá consagrada a esta obra redentora en América?

Otra forma de capitalización es la educación; es convertir los capitales intelectuales inertes en las manos muertas de la ignorancia, en capitales activos y productores. ¿Cuál es el estado de esta movilización del capital intelectual en México? No diremos que se ha hecho todo lo que se podía hacer en materia de educación pública; no afirmaremos que se han establecido cuantas escuelas era posible establecer, ni que en las establecidas se haya generalizado la adopción del método educativo, único verdaderamente fecundo, con el empeño que la importancia de tamaña innovación requería. Todo capital implica el sacrificio de una parte de satisfacciones presentes en consideración de lo porvenir; este carácter resalta en

LIBROSMÉXICO.MX

la educación, y hablando en puridad, los gobiernos y la sociedad mexicana no han osado levantar los ojos de las premiosas necesidades del momento actual, y con la conciencia del enorme gasto de energía y de recursos que el presente demandaba, no se han atrevido a gastar una parte considerable de su fuerza en aras de las generaciones venideras. Pero las condiciones han cambiado; la paz y la actividad social son hechos que ya no retrocederán; habrá momentos de alto, no los habrá de vuelta, y la educación pública entra en una nueva era, teniendo como punto de partida una innovación constitucional que hace obligatoria en toda la república la instrucción primaria. Y nótese que no negamos que haya habido progresos de consideración en la escolaridad nacional; afirmamos, por el contrario, que estos progresos han sido continuos, como en nuestro primer capítulo lo indicamos; pero en este punto no podemos conformarnos con poco, ni con mucho; "todo" es lo necesario, es lo indispensable.

No creemos que se trate de una panacea ni social ni moral. Los vicios que se achacan al mexicano, como la indolencia y la inclinación al robo, ambos bastantes conexos, están sujetos a modificarse y a desaparecer no sólo por la acción de la escuela —ésta sería ineficaz funcionando aisladamente—, sino por la transformación coincidente de las condiciones del trabajo nacional. Consideramos, pues, a la instrucción como un factor de mejoramiento, no de perfección, no de transformación absoluta; debe por tanto estar condicionado por otros factores que con ella concurran a formar no un pueblo feliz —ésta es una lastimosa utopía—, sino mejor armado para la lucha por la vida, y dichoso o desventurado, con plena conciencia de su estado social, que es lo que para nosotros quiere decir un pueblo libre.

LIBROSMÉXICO.MX

V

Por respeto a nuestro país y a nuestra propia dignidad nos hemos creído obligados a ser sinceros, a no ocultar nada, a no engañar a nadie. Por otra parte, con la civilización misma se han puesto tan de resalto los vicios y resabios de los pueblos reputados con justicia como los primeros entre los cultos, y esos defectos aparecen tan arraigados, tan hondos, que la comparación puede resultarnos favorable acaso.

Mas no nos hacemos ilusiones; nuestro estado económico es grave, se resume en una serie de problemas de laboriosísima solución, en el orden natural y humano. De él depende nuestra constitución social y moral que, lo confesamos paladinamente, es inferior. La ascensión se verifica por grupos sociales cada vez más numerosos, a medida que las condiciones económicas cambian; pero es mucho, pero es inmenso lo que queda por hacer.

El remedio radical no es nuevo, ni podía serio; ha sido la esperanza instintiva del pueblo mexicano, la eterna pesadilla de nuestros estadistas; es un tópico, pero una verdad: la colonización. Quiere decir que, puesto que el fenómeno social de la formación de una familia mexicana, derivada de las razas que han poblado el país, ha llegado a la nacionalidad, a la paz y al progreso, todo nuestro porvenir estriba en fomentar el crecimiento de esa familia, en activar la mezcla, en crear un pueblo. El único medio es la aclimatación de elementos de procedencia europea más o menos directa entre nosotros: es la colonización.

El perspicaz obispo de Michoacán, cuyas opiniones hemos citado ya, refería el profundo malestar de la sociedad mexicana en los tiempos finales de la época colonial debido a la repartición de la riqueza. Había un grupo de empleados españoles, ávido, explotador y odiado mortalmente por los criollos; otro grupo lo poseía todo, decía Abad y Queipo; el tercero no poseía nada. Faltaba un grupo intermediario, el de la clase de pequeños propietarios, esta clase

LIBROSMÉXICO.MX

"columna del Estado", según una frase clásica, que se recluta en la inferior y que toca a la superior, con la que se confunde lentamente por uno de sus extremos. Pues bien, esta diferencia es, precisamente, la que va reparando paulatinamente el grupo mezclado, esta la que colmará definitivamente la inmigración colonizadora.

Es dolorosa la historia de los ensayos de colonización en México; pero fecunda en enseñanza. Hubo tiempo en que se creyó que un solo artículo constitucional (el de la tolerancia de cultos) iba a ser el imán de las corrientes de población europea que confluían en las regiones norteamericanas, y que desviaríamos como por arte mágica, en nuestro provecho. A fuerza de leyes, de facilidades de todo género, hemos solicitado después la inmigración; hemos hecho más, la hemos ido a buscar a Europa y conducido a nuestro suelo, a nuestras expensas. Todo ha sido inútil; si la afluencia de capital, en forma de dinero, se va pronunciando en dirección de nuestro inexplorado suelo, la afluencia de capital en forma de población no está en relación directa con el primer movimiento; pero lo uno arrastrará a lo otro en pos suya.

No somos de los que desearíamos que la colonización se produjera en México en las proporciones gigantescas y en la forma casi súbita que se verifica en los Estados Unidos; la desearíamos en constante y paulatino crecimiento, para evitarnos el obligado séquito del pauperismo europeo con sus apetitos insaciables, con sus masas enfermas de deseo y de fiebre, que delira con soluciones violentas y medios trágicos; esto, dado nuestro estado social, sería una plaga. Lo es para organismos 10 veces más robustos que el nuestro, como el norteamericano. Afortunadamente nuestro territorio nunca consentirá aglomeraciones excesivas de población en centros determinados, ni podrá adecuarse a aumentos enormes de brazos, de productores y de consumidores; México llegará en el siglo próximo a 25 millones de habitantes; no necesita más para ser fuerte y próspero, sin aspirar a ser el país más próspero y más fuerte del globo. Bastantes amarguras y humillaciones nos han proporcionado las decepciones involuntarias

LIBROSMÉXICO.MX

del patriotismo de nuestros abuelos, que soñaron con un México incomparable por su riqueza latente y su poder.

Cuando la paz se presentó con caracteres definitivos, menudearon las soluciones del problema de la inmigración. Para realizarlos tropezábase con una dificultad magna, para muchos insuperable. En los países americanos en donde ya la colonización es un gran hecho práctico, en los estados norteamericanos, sobre todo, el tesoro público ha contribuido directamente y en escala vastísima al establecimiento de colonos, proporcionándoles una parte extensísima del fondo público. En México era la opinión común que no existían terrenos de propiedad nacional. Ni hay baldíos, se repetía, ni es posible privar a los poseedores del terreno que casi todos han usurpado, porque esta medida agraria traería, como indeclinable consecuencia, una conmoción social.

Una administración* sobre la que ha caído una montaña de reproches, y que siempre podrá alegar en su abono —cuando el día del juicio histórico llegue, que no ha llegado, para ella— su ardimiento en trasladar al terreno de los hechos prácticos el salvador programa de progreso material trazado durante el primer periodo presidencial del señor Díaz, se apercibió a abordar el problema con resolución y acierto, encomendándolo al interés individual. Se trataba de encontrar terrenos de propiedad nacional, de deslindarlos y de recuperar los usurpados o legalizar, en condiciones por extremo equitativas, su posesión. En algunos años esta obra continúa, no sin grandes dificultades, no sin graves abusos, pero avanzando, a pesar de todo, y teniendo por resultado de incalculable trascendencia el proporcionar una base normal a la solución del problema a que está ligado, el destino de la república. No es hiperbólico afirmar que el movimiento de fijación de la propiedad territorial que desde hace ocho años se realiza en México es el de mayores consecuencias que en nuestra moderna historia se ha verificado, después del de desa-

* La del general don Manuel González, en el periodo 1880-1884. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

mortización de bienes eclesiásticos. Algunas cifras pondrán al cabo, a nuestros lectores, de la importancia del hecho. Se han deslindado 33 811 524 hectáreas de terrenos; de ellas han pasado a ser propiedad particular más de 23 millones, y el resto (10 132 671) son de propiedad nacional todavía.

O nunca, u hoy, por este medio, la colonización entrará en su periodo de realización práctica. El desarrollo de las vías de comunicación, el sostenimiento de la paz, son las circunstancias coadyuvantes. En buena parte, dependen ya de nuestra voluntad; ellas serán la piedra de toque de la aptitud para vivir de la nueva familia mexicana. Sería un crimen para los mexicanos dudar del resultado final; no lo será menos el no procurar aunar todas nuestras fuerzas, imprimiéndoles esa dirección. Amamantados con la desoladora doctrina de la maldición sobre la labor humana, el porvenir nos guarda, de seguro, la demostración de esta otra, de un poeta pagano: "El cielo nos vende todos los bienes al precio del trabajo".

CAPÍTULO TERCERO.
GOBIERNO E HISTORIA POLÍTICA

Todos los pueblos de civilización europea se desenvuelven en el sentido de la democracia. ¿Es un mal? Un bien indiscutido sería si las democracias fuesen organismos políticos cuya función consistiera en operar la selección en los organismos sociales. Así las consideraba, en su estado ideal, el filósofo estagirita (*Política*); así las resume en su célebre definición Littré: "aristocracias abiertas". Ante el inquietante espectáculo que ofrecen las democracias modernas, a medida que van siendo más concisas y más activas, es difícil acertar con la solución del problema; baste consignar el hecho: el mundo civilizado se democratiza irremisiblemente; los países hispanoamericanos no constituyen una excepción, sino una comprobación de esa verdad. Un gran jurista, un gran pensador, Sumner Maine, en su

LIBROSMÉXICO.MX

obra postrera *El gobierno popular*, tomaba a los pueblos de la América española como tipo de la inestabilidad esencial, y por ende de lo poco duradero de la forma democrática, dando esta inestabilidad por cierta (y cada vez va siéndolo menos), la inferencia es ilegítima; primero, porque la historia demuestra que puede un gobierno ser inestable y duradero (por ejemplo, el imperio bizantino); segundo, porque esa inestabilidad prolongada demuestra precisamente la acción constante de la corriente democrática. Lejos de poder servir los anales de nuestra América Latina, como quiere el sabio inglés, para comprobar lo pasajero del establecimiento democrático en este continente, sirven para enseñar cómo las democracias transitan lentamente del estado precario al estado normal.

He aquí una objeción más concreta y más seria:

> La clase indígena será un obstáculo perpetuo a la normalización de la democracia, porque sus tendencias hereditarias y sus tradiciones la condenan a vivir bajo un régimen oligárquico y patriarcal a un tiempo, único medio político que les permite vivir en paz, único que existe bajo el disfraz de los principios constitucionales y liberales, único que aspiran a conservar y al que vuelven siempre y a la larga, cuando de él han salido; en suma, el instinto igualitario, base de la forma democrática, poderoso en el neomexicano, es nulo en el indígena.

No negamos ni la verdad relativa, ni la fuerza de la observación; pero hay que convenir en que si todo progreso puede definirse: un esfuerzo hecho por el hombre para modificar y adaptar el medio a sus necesidades, el medio moral que resulta del heredismo y de la tradición es en mayor grado modificable todavía; el gran agente modificador deberá ser, en este caso, la escuela, no ya por la enseñanza de tal o cual principio constitucional, enseñanza de acción lenta por extremo, sino por el contacto del indígena con individuos en quienes el progreso se realiza plenamente. En estos individuos, que forman el grupo mayor, creciente y absorbente en nuestra patria, es

LIBROSMÉXICO.MX

rasgo característico la indisciplina, que con la sangre española corre por nuestras venas; y con el espíritu de indisciplina, el orgullo nativo, enemigo capital del respeto. No discutiremos si éste es un bien o un mal; de ambas cosas tiene un poco; apuntamos simplemente el resultado de la psicología del neomexicano, considerándolo como elemento propicio al desarrollo por contacto de la democracia entre los indígenas, aún hoy sometidos a una serie infinita de cacicazgos, como antes de la Conquista. Pudo decir verdad el orador que en el cuerpo legislativo francés, en tiempo del Imperio, pintaba a los indígenas adorando y bendiciendo al joven austriaco de mirada azul y flotante barba rubia, como un nuevo Quetzalcóatl; pero en el vericueto de la próxima montaña, espiaba, con el rifle listo, el guerrillero: éste era el mestizo; para éste, Maximiliano nunca fue una divinidad, sino el enemigo.

I

Los hados adversos, como decir solían los poetas antiguos en elegías menos melancólicas que nuestra historia, nos negaron la buena fortuna de ser educados en las prácticas vigorizantes de la libertad (como lo fueron nuestros vecinos) por el pueblo, que al iniciar la organización de la América conquistada, perdía a manos de la casa de Austria los restos últimos de sus privilegios comunales, de sus añejos fueros y, a poco, hasta de sus hábitos representativos, consecuencia fatal de la unificación española y del papel que por ella pudo hacer España en la sombría y magnífica tragedia del siglo XVI. El catolicismo religioso y político de Carlos y Felipe, empujando y obedeciendo el aventurerismo desalmado y fanático de los soldados que hacía cinco siglos, cruzados contra el Islam, seguían siéndolo contra la Reforma, no dejaba lugar en la tierra clásica de los enérgicos y bravíos autonomismos locales sino para concentraciones violentas, despiadadas, engendradoras indefectibles de inquisiciones y

LIBROSMÉXICO.MX

despotismos. Otra época, otra generación, otras circunstancias: el siglo XV en su plenitud, en vez del XVI en su aurora de incendio y de sangre, y la organización municipal esbozada en América por los conquistadores, con sus amplias (por vagas) atribuciones administrativas y sociales, con sus periódicos parlamentos comunales, habría vivido; habríase multiplicado y cambiado quizás el destino de la Nueva España, a trueque, es cierto, de que la acción del misionero no hubiera podido vencer, como lo pudo, auxiliada por el rey absoluto, la resistencia del colono, y de que, por ende, la raza indígena, que pudo vegetar en la tutela monástica, hubiese perecido en la esclavitud, bajo el dolor de la marca y del azote, como en la América insular.

El marqués de Croix sintetizaba enérgicamente toda la Constitución política de Nueva España en aquella frase memorable: "Obedecer y callar es el deber del vasallo" (1776). Y cuenta con que el virrey decía esto a raíz de la expulsión de los jesuitas, que pudo influir al cabo en la emancipación de los espíritus; pero que no fue en su época, por cierto, una muestra de devoción de Carlos III y sus ministros por las ideas liberales, que apenas empezaban a emigrar de Inglaterra a los cerebros de algunos publicistas del continente, sino un acto de franco despotismo regalista, de supremacía absoluta del Estado, que era doctrina identificada de abolengo con la política de la casa de Borbón.

El amor por la libertad y la igualdad son, en su fuente, una sola cosa; divergen y se diferencian, y hasta se contraponen en la práctica política. Amor por la libertad no faltaba a nuestros abuelos; sus reclamaciones incesantes contra la injerencia exclusiva de los españoles en la administración colonial era la forma que tomaba ese espíritu. Los acontecimientos de 1808 revelaron súbitamente cuán sorda, pero obstinadamente se habían aclimatado en las aspiraciones criollas las abstractas teorías de las flamantes escuelas liberales de ultramar. Deseo inmenso de libertad, sí; pero experiencia, pero instinto práctico, pero procedimientos positivos y observación justa

LIBROSMÉXICO.MX

de nuestras necesidades para traducir lenta y normalmente los principios en hechos, de esto nada; nada aquí y nada tampoco en España.

Las masas, sumidas en inverosímil ignorancia, tenían algunos desiderata, más bien locales que nacionales; tenían odios, sobre todo, que es la pasión de los oprimidos: el mestizo o casta aborrecía al amo criollo o peninsular; el indio odiaba silenciosamente a todos, pero especialmente al hacendado, que le había usurpado su tierra, mermado su agua, y con quien tres siglos había pleiteado ante los jueces coloniales sin obtener casi nunca justicia; humilde, pero impasible y tenaz. La Independencia fue una conflagración social; lo que explotó Hidalgo, principalmente, fue el odio de las multitudes, para darles una conciencia nacional y separarlas de España, por incolmable abismo. Esto fue la insurrección para las masas; para las clases superiores, para el criollo, para el mestizo, clérigo o abogado, fue la puerta abierta al empleo, al gobierno, a la igualdad. Estos elementos caracterizan la expresión genuina y espontánea de nuestra nacionalidad al nacer.

Entre un tumulto de teorías, de dogmas arrancados a jirones de las constituciones casi metafísicas que la Revolución francesa había puesto en moda, todo ello sumado con hábitos, preocupaciones y supersticiones coloniales y con vagas nociones de derecho constitucional inglés o norteamericano, hervían ambiciones nobles o viles, pero desapoderadas casi todas. Los ambiciosos, en los grandes centros y en la capital de la nueva nación, formaron, al siguiente día del triunfo de Iturbide, dos o tres núcleos de superior importancia: unos querían rehacer la unión con España, no por odio a la Independencia, sentimiento inconfesable ya, sino por apego a las formas constitucionales que predominaban pasajeramente en la metrópoli (1821) y por incurable escepticismo respecto de la vitalidad de la nueva patria; el medio preconizado por éstos tenía en su favor el ejemplo del Imperio del Brasil, y había sido consagrado en el Plan de Iguala: el advenimiento de un Borbón al trono mexicano; este grupo se llamó borbonista. Otros veían en esto un peligro magno

LIBROSMÉXICO.MX

para la Independencia, se indicaba de malos patriotas a los borbonistas, y si pretendían mantener los antiguos elementos de gobierno de la Colonia, era con total exclusión de la injerencia dinástica o política de España; éstos formaron el partido imperialista o iturbidista; la mayoría de los neoinsurgentes estaba afiliada en él. Los más conspicuos de los insurgentes, restos de la primera época, estaban designados por la opinión como jefes naturales del partido de los descontentos, apenas organizado, con un vago e indeterminado programa que se formó gracias a la lucha entre los otros dos, y que se llamaba republicano. El contraste entre un deplorable estado financiero y una corte fastuosa y ridícula, como lo es toda aristocracia de advenedizos, desconcertó a la opinión monarquista de la mayoría del país, obligó a Iturbide a precipitarse de uno en otro desacierto, abrió ancho campo a las intrigas borbonistas (que el solemne repudio de los tratados de Córdoba por las cortes españolas había totalmente desautorizado, pero no desesperanzado) y permitió salir a luz a los elementos nuevos, que sin orientación la víspera se encontraron de repente organizados por las necesidades de una revolución militar.

La República fue en 1823 un hecho consumado; el fracaso del borbonismo y la ejecución de Iturbide, las necesidades de defensa de la nueva nacionalidad contra España, que no renunciaba a sus derechos históricos, extinguieron rápidamente a los partidos monárquicos, y sus elementos se distribuyeron en la masa nacional definitivamente republicana. Estos elementos reforzaron, al confundirse en el partido nuevo, los gérmenes de división que en él tenían forzosamente que aparecer, a raíz misma del triunfo.

II

Un partido conservador, dotado de bastante sentido histórico para aceptar serenamente las ideas que informan la sociedad moderna,

LIBROSMÉXICO.MX

emancipado suficientemente de las aspiraciones teocráticas del clero para obrar como grupo político plenamente dueño de sí mismo y no como grupo católico subordinado, aunque sus miembros todos o en gran mayoría profesasen el catolicismo;[5] un partido conservador que, profesando sistemático respeto a las tradiciones y creencias, se propusiera aclimatar en un país las instituciones libres, producto de toda la civilización, transformando normalmente las instituciones históricas, es, sin duda, un factor de progreso eminentemente benéfico; personificaría la doctrina que considera al progreso como la evolución del orden, y estaría más autorizado por la ciencia que el partido de los innovadores a todo trance, que parten teórica y prácticamente de la destrucción de todo lo existente, y profesan que en sociología debe prevalecer la doctrina de las revoluciones sucesivas, expulsada definitivamente de las ciencias naturales. Pero este partido conservador ideal es totalmente distinto del que, o por interés o por error, enamorado de lo pasado, niega toda bondad a las ideas nuevas, o subordina su acción política a las necesidades de la Iglesia, convirtiéndose en agente de regresiones imposibles, complicando los intereses religiosos y los laicales, y poniéndose en el caso, para prestar o resistir a lo que llama la revolución, de apelar a la contrarrevolución, que es la violencia en sentido contrario a la corriente. Entonces se trata (por buena fe y patriotismo que se suponga en los caudillos, y estas cualidades no siempre les han faltado) de una facción reactora, de un elemento perturbador, de esos que las sociedades eliminan en su marcha, indefectiblemente.

[5] A los hombres de la generación naciente parecerá un anacronismo lo de las aspiraciones teocráticas del clero; el anacronismo no está, sin embargo, de nuestra parte; aun después del fracaso de la grandiosa tentativa teocrática de la Edad Media, el programa eclesiástico es el mismo, lo decimos no en tono de censura, sino con el fin de testificar un hecho; la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil es una idea que yace en el fondo de la lucha entre el clero y el Estado todavía en nuestra época; esto puede comprobarse absolutamente con la historia nacional. (Véase la notabilísima introducción al volumen V de *México a través de los siglos*, del señor Vigil.) Hasta en la última alocución del venerable León XIII se puede observar que libertad de la Iglesia y dominio de la Iglesia sobre la sociedad civil son sinónimos.

LIBROSMÉXICO.MX

Las líneas que anteceden resumen, en sentir nuestro, toda la filosofía de la historia del partido reaccionario en general, y del reaccionario mexicano en particular.

La arraigadísima fe católica de nuestros padres, su intransigencia con todo aquello que de las ideas liberales trascendía a heterodoxia o disidencia religiosa,[6] hubieran colocado al partido liberal mexicano en un estado de prolongada inferioridad respecto del que tenían en su favor la tradición y la Iglesia, si un elemento nuevo no lo hubiese separado, en el terreno netamente político, de los principios sostenidos por los reactores. Hubo un grupo de liberales en quienes, por hijos de la filosofía del siglo pasado, dominaba cierto sentido práctico y el amor a los programas claros: en primer término figuraba, entre ellos, el eminente repúblico yucateco don Lorenzo Zavala, hombre al que tanto la energía de sus pasiones políticas como cierto estado de espíritu proveniente de la dificultad con que se precisaba en las conciencias la idea de una patria superior a los fines de los partidos condujeron, hacia el fin de su vida, hasta la infidencia. Aclimatar la Constitución americana entre nosotros fue el ideal de este grupo, de donde tomó su origen el partido que luego se llamó "puro"; el innovador. Muchos intereses, facticios la mayor parte, pero tenaces ya, favorecían en diversas fracciones del país esta tendencia. Lo que se prefería de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, poco bien comprendida, fuera de lo más saliente de su régimen gubernamental, era el sistema de federación. Poco tiempo después de la caída de Iturbide, resultó (gracias al eclipse del poder central que se había verificado en el último trastorno) que los grupos provinciales se juzgaron bastante fuertes para imponer su voluntad, y que los políticos probos se creyeron obligados a favorecer esta tendencia en vista del éxito admirable de la Constitución

[6] Tal fue el tipo de liberalismo que resultó del odio a los excesos de la Revolución francesa y al despotismo imperial, combinado con el renacimiento sentimental del espíritu religioso, de que fue portavoz el autor del *Genio del cristianismo*. Este partido liberal es el verdadero organizador del parlamentarismo en la Europa continental.

LIBROSMÉXICO.MX

norteamericana; de todo ello resultó la irresistible corriente de que fluyó la Constitución de 1824. Desde entonces conservatismo y centralismo quedaron contrapuestos a liberalismo y federalismo.

El ensayo de federación fue sincero; mas eran demasiado graves sus deficiencias para que tuviera el éxito que se esperaba. Las revueltas sucedieron a las revueltas; los días de paz parecían, según la expresiva frase de Holtzendorff, intervalos entre dos terremotos, y a la sombra de la federación misma florecieron gobiernos puramente militares, como el de Bustamante.

Como era natural, los federalistas querían una realización positiva del sistema; los centralistas querían ver francamente realizado el suyo, para acabar con los despotismos militares, dando al país el gobierno que sus tradiciones y sus necesidades de concentración exigían, sobre todo desde la aparición de la invasión americana en nuestro horizonte, detrás de la bandera de emancipación de los tejanos. Los innovadores pretendían cambiar las condiciones económicas del país, creyendo acertadamente que ésta era la condición sine qua non de su fuerza; pero esto hería tal cúmulo de privilegios y de abusos, y amenazaba tantas creencias y preocupaciones, que determinó la coalición formidable de intereses militares y clericales, que sumados al elemento centralista, acarrearon, en horas bien tristes para la república, la ruina de la Constitución federalista.

Las amenazas exteriores, el peligro inminente y cada vez más claro en que se hallaba nuestra integridad nacional, imprimían un carácter de insensatez siniestra a nuestras luchas civiles. En realidad todo era confusión de ideas, de intereses, de ambiciones; contra el sistema centralista luchaba el federalista, acusándolo del desmembramiento que nuestro territorio sufría en sus extremos (Texas y Yucatán); contra el poder establecido (constituciones centralistas) luchaban los elementos de perturbación, que tendían al entronizamiento de las dictaduras militares, únicas francamente favorables a los privilegiados. Legiones de militares y empleados servían a estas ambiciones encontradas, indiferentemente; unos para vivir del abuso,

LIBROSMÉXICO.MX

otros del presupuesto; parasitismo inmenso que extraía toda la vitalidad del país.

La guerra americana clasificó mejor a los partidos, deslindándolos definitivamente; el partido innovador dejó de marchar entre los bagajes del federalismo y tomó resueltamente su dirección. Instruir al pueblo con absoluta independencia de la Iglesia; colonizar el país rompiendo las barreras de la intolerancia religiosa; desestancando toda la propiedad raíz, en su mayor parte amortizada por el clero; tal era su programa. Se proponía así poner en circulación una masa de riqueza que permitiera al gobierno vivir normalmente y ejercer la policía social, por tal suerte, que la seguridad y el respeto a las garantías atrajera al inmigrante y al capital europeo, condiciones primordiales de nuestro futuro progreso. Este programa fue acertado, aun cuando mucho influyeran en él los apetitos y las ambiciones de los eternos explotadores de las ideas. Tal fue (haciendo a un lado medios y detalles) la base proporcionada, con perfecta intuición de las necesidades mexicanas, a nuestra regeneración social.

Fiar a nuestro desenvolvimiento interior nuestra futura fuerza; encargar a él la producción de una conciencia nacional, que había parecido ausente durante la guerra con los Estados Unidos, en una enorme fracción de nuestra sociedad, compuesta de individuos sin apego por la tierra en que eran semisiervos, sin comunicación con sus compatriotas, ni material, por falta de caminos, ni intelectual, por falta de instrucción, esto era lo bueno, lo verdadero y lo justo. Por un lamentable error, el patriotismo de los grupos privilegiados (mal aconsejado por el temor y el odio a las innovaciones que ellos debieran haber realizado y normalizado) creyó que todo consistía, para salvar la nacionalidad, en reforzar el sentimiento religioso como factor de unificación interior y en fiar nuestra salvación material al apoyo de los europeos; apoyo militar y político, es decir, a una intervención, cuyo precio forzoso era el cambio de nuestras instituciones republicanas por las monárquicas. Así a la vez se obtenía la restauración de la religión y de elementos que a ese fin concurrían

LIBROSMÉXICO.MX

(propiedades eclesiásticas, intolerancia, etcétera), la concentración vigorosa del gobierno en manos de un emperador, y el respeto profundo de los americanos, cuando entre ellos y nosotros se levantasen dos o tres monarquías europeas.

La coincidencia de la guerra civil en los Estados Unidos y de la bancarrota del gobierno liberal triunfante en 1861 presentó la oportunidad a los reactores para realizar estos fines. El trágico fracaso de la Intervención francesa quitó al partido malamente llamado conservador toda probabilidad de disputar el poder al reformista, que la guerra extranjera había definitivamente convertido en nacional.

III

Era evidente consecuencia de toda nuestra historia política que el partido contrarrevolucionario necesitaba someterse a las condiciones del vencedor y reconocer: primero, que debía renunciar por siempre a todo auxilio exterior para adueñarse del poder o para compartirlo, y por consiguiente, a todo cambio fundamental en las instituciones; mexicano y republicano son ya, históricamente, vocablos sinónimos; puede asegurarse que tal renuncia es ya irrevocable por forzosa e ineludible; con excepción de uno que otro insensato o farsante, el grupo reaccionario es republicano; sin reservas. Segundo, que debía tener por definitiva la situación legal del país producida por el movimiento reformista; esto también ha sucedido. La obra capital de la Reforma, la desamortización de los bienes eclesiásticos, ha recibido una indirecta pero eficacísima sanción con el sistema de composiciones pecuniarias entre los adjudicatarios y la Iglesia. La política prudentemente iniciada por el Primado de la Iglesia mexicana ha contribuido no poco a la pacificación social en este país católico, pero en cuyos grupos principales existe gran devoción por las ideas liberales. Es verdad que no quedaba otro camino, no sólo por el triunfo del partido reformista en los campos de batalla,

LIBROSMÉXICO.MX

sino por la severa lección que a los reactores había dado el Imperio, obra suya, respetando la legislación reformista como adecuada a intereses y necesidades sociales de suprema importancia. Pero poniendo de acuerdo con la conciencia católica estos intereses mundanos, la Iglesia ha mostrado una vez más lo que, por otra parte, revela su historia entera: que la firmeza inconmovible de los dogmas y principios morales se compadece sin grave esfuerzo con una ilimitada flexibilidad en las transacciones con el poder civil y con las opiniones que han mostrado su vitalidad sobreviviendo a los anatemas de la Iglesia misma. Basta comparar la conducta que su conciencia y su deber dictaron al arzobispo Garza ante la Reforma en sus comienzos, y la que el deber y la conciencia imponen al arzobispo actual, para comprender cuánta elasticidad encierra la institución eclesiástica bajo su aparente rigidez. Lejos de nuestra mente está reprochar este proceder: al contrario.

Si el partido que un día se llamó conservador se bate aún sobre puntos secundarios de las Leyes de Reforma, como los referentes al culto público, al traje sacerdotal, a las comunidades religiosas, nótese que se apoya este combate en los principios de la Constitución de 57, en los dogmas liberales. El histórico blanco de sus iras es hoy su escudo; la bandera constelada por todas las excomuniones de la Iglesia es hoy su lábaro; así debía suceder.

En suma, el antiguo bando reaccionario ha aceptado el nuevo régimen, y para una agrupación política tales sumisiones equivalen al suicidio. Casi todos sus antiguos hombres de acción supervivientes subsisten del presupuesto, y considerado colectivamente reconocen la Constitución como ley suprema, y como hecho consumado la Reforma. Ha quedado, pues, extinguido como grupo político; no existe. Es este uno de esos aniquilamientos totales que suelen registrarse en la marcha de las ideas modernas, a cuyo paso han desaparecido capítulos enteros de los programas conservadores, al grado de parecer a los pocos años como separados por siglos de lo presente; así la supresión de los derechos feudales en Francia hace 100 años, la

LIBROSMÉXICO.MX

emancipación católica en el Reino Unido al nacer el siglo actual, la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, etcétera.

Por desgracia existen, fuera del terreno político del combate o la negación de los principios fundamentales de la Constitución, una prensa y ciertas entidades sociales que, en la censura violentísima de los puntos del programa reformista que antes indicamos, apuran la diatriba contra las personas con esa monótona persistencia que convence a todo observador sagaz de que se carece de otros recursos polémicos. Nada más propio para encender los ánimos, para provocar represalias implacables, para dar todo el aspecto de una lucha sin tregua posible, a lo que mantenido en la esfera del puro interés o conveniencia social, pudiera ser motivo de estudios serenos que forzosamente atenuarían lo que hay en las leyes reformistas de opuesto a las libertades que la escuela metafísica, dueña todavía de la opinión, considera como absolutas. Nada más peligroso que trasladar al campo religioso, para defenderlo acaloradamente en la batalla apasionada del periodismo diario, un conjunto de derechos, si se quiere, pero no de dogmas o artículos de fe. Ese conjunto de derechos suprimidos con perfecta razón y con plena justicia desde el punto de vista sociológico, pero con enorme inconsecuencia desde el punto de vista filosófico, de que emanaron los derechos del hombre, está sujeto a renacer más tarde: no se trata de una extinción, sino de una suspensión, destinada a desaparecer cuando las causas complejas que la motivaron hayan desaparecido. Tratar de obtener esta reaparición del derecho, en nombre de la libertad de asociarse, para la comunidad religiosa; en nombre de la libertad de transitar, para los hábitos sacerdotales; en nombre de la libertad de conciencia, para las manifestaciones del culto; en nombre del mismo credo liberal, en suma, era lo hábil. Combatir las supresiones haciéndolas inútiles a fuerza de respetarlas sin reticencias, porque son la ley; ampliar, a fuerza de abrir las almas al espíritu de concordia, una corriente perenne de tolerancia, a que por benevolencia o por escepticismo se inclinan tan fácilmente los grupos ilustrados

LIBROSMÉXICO.MX

en nuestro siglo, era, sin duda, el plan de conducta bueno y patriótico para el partido católico militante.

Verdad es que liberalismo y catolicismo resultan antagónicos por las declaraciones de la Iglesia misma; pero a pesar de esto han encontrado el modo de vivir en paz en los Estados Unidos, por ejemplo; este modus vivendi (y todo es en las modernas sociedades una transacción para vivir, un modus vivendi) concluirá acaso en el próximo siglo, en que a las inmensas crisis sociales se mezclarán probablemente grandes luchas religiosas. Pero aquí sería un acto de patriotismo evitarlas, hacerlas imposibles quizás en lo porvenir, si los grupos católicos supieran someterse al yugo impersonal de la ley, aun cuando procurasen ganar terreno en las escuelas, simplemente reforzando y propagando la enseñanza religiosa; en ello los liberales no verían tentativas de formar enemistades irreconciliables entre los mexicanos futuros, sino la creación saludable de centros de instrucción y de fe religiosa, sólo temibles para la impiedad desalmada y brutal, nunca para el pensamiento libre o para las creencias de la minoría. Esto hubiera obligado al Estado a competir en la enseñanza con la Iglesia, mejorando sin cesar sus planteles, sus métodos, sus maestros, y condición sería de la educación el respeto profundo a la religión en general y a la religión de la mayoría en particular. De todo esto pudiera resultar a la vuelta de dos generaciones un pueblo, un gran pueblo quizás.

Pero este ideal superior yace oculto en unos cuantos espíritus verdaderamente religiosos. El hecho es que el combate aquí, como en Europa, y por espíritu de imitación, cuando no por odio o por interés personal y hasta ingenuamente financiero, ha tomado por bien agrios derroteros. Sabemos que de la Cátedra de Pedro es de donde bajará algún día la palabra de paz y la fórmula de concordia; pero esa palabra se hará esperar, pasarán algunas generaciones antes de que resuene, se oirá en medio de alguna de las espantosas convulsiones sociales que lo porvenir nos guarda, cuando el catolicismo se limite a su papel de elemento supremo de conservación

LIBROSMÉXICO.MX

social; entretanto, todo es error, todo es lucha y conflicto. Y conflicto y lucha sin salida y sin solución; porque si es verdad que el sentimiento religioso es imperecedero en la humanidad, es verdad también que tendrá que amoldarse a todo aquello que constituye una de esas ideas fundamentales que han informado al mundo moderno; cuando se ataca en nombre de la religión, por ejemplo, la legítima e independiente intervención del Estado en la formación de la familia, se propone a las almas religiosas un problema insoluble, se pretende hacer retroceder a su fuente el río de la civilización social, se quiere un imposible.

Pero este que tiene la apariencia de un gravísimo mal, no lo es en realidad para el partido triunfante: los ataques al matrimonio civil, a la escuela laical, al respeto a la ley, impedirán de hoy en más que a la sombra de una bandera religiosa se rehaga el antiguo bando reactor; porque al renacer como entidad política se hallaría encadenado a un programa por tal extremo irrealizable ya, que llevaría en su esencia misma una irremediable contradicción entre los principios de orden, que sólo podrían autorizarlo, y las tendencias al trastorno más radical, que sería su único fin práctico; esto bastaría, esto ha bastado para hacerlo imposible. En pos de la muerte ha sobrevenido la disolución. Por enérgica que se suponga la acción de los factores religiosos, no bastará entre nosotros para restaurar una entidad política radicalmente distinta de la liberal; puede crear accidentes, obstáculos, hasta revoluciones, pero un partido, nunca.

IV

El partido liberal innovador no había adquirido plena conciencia de sí mismo, sino en la guerra; no había llegado al triunfo, sino por medio de la revolución. Se encontró dueño del poder sin conocer prácticamente otros procedimientos de gobierno que los revolucionarios; pero las grandes guerras populares no son más que anar-

LIBROSMÉXICO.MX

quías contenidas por dictaduras intermitentes. La victoria pone de resalto la contraposición entre los procedimientos dictatoriales exigidos por la lucha y los principios de amplísima libertad que constituyen el dogma, el símbolo por que se ha combatido; y una de dos, o la dictadura cede y la anarquía latente reaparece al realizarse los principios, por la nulificación de los elementos de gobierno, o la dictadura se mantiene más o menos disimulada por las formas constitucionales, y entonces los elementos revolucionarios readquieren todo su vigor y se reorganizan con los mismos símbolos y la misma bandera que en la batalla de la víspera. Éste fue el problema que los jefes de la república trataron de resolver de un golpe por la célebre Convocatoria del año de 67. Dar vida a los elementos conservadores, extinguiendo las resistencias religiosas con el voto pasivo del clero; enfrenar las tendencias a la absorción del poder por una asamblea única, creando un senado; reforzar el Poder Ejecutivo por medio del veto, tales fueron los elementos de solución; la reforma de la Constitución era la forma legítima de tal programa; el medio de llegar a ello prontamente fue el plebiscito.

El ensayo era, si no desacertado como pensamiento, sí completamente erróneo en el procedimiento eminentemente revolucionario. La Convocatoria fue entonces abandonada y los jefes de la república se propusieron convertir al partido innovador en un partido de gobierno, constitucionalizando la Reforma, allegando por medio del interés político (creación de un partido personal del jefe del Estado, el señor Juárez), o social (reapertura de las fuentes de riqueza del país cegadas en la lucha), o patriótico (necesidad de demostrar al mundo que podíamos gobernarnos a nosotros mismos), o simplemente personal (empleados, contratistas, adjudicatarios), allegando, decíamos, una buena parte de la sociedad en derredor del gobierno de la república y organizándolo como un partido conservador, es decir, adicto al orden nuevo y capaz de realizar las instituciones libres por medios normales, frente a frente del partido revolucionario.

LIBROSMÉXICO.MX

No haremos la historia de este conflicto que llegó a tomar grandiosas proporciones. Derivada de máximas absolutas, elaboradas en un periodo en que privaba la escuela liberal metafísica, la Constitución, su espíritu cuando menos, autorizaba todo lo que consistiera en romper una regla, en debelar una barrera legal, en nulificar una condición creada a la realización de los principios, que siempre podía presentarse como restricción; del principio del sufragio popular, presentado como derecho absoluto, podía derivarse la desobediencia obligatoria a toda ley que emanase de un poder no genuinamente derivado del sufragio: como el gobernador N., como el Senado (cuerpo antipopular que debía suprimirse), como el Congreso entero, como el presidente reelecto, etcétera, etcétera; toda consecuencia rectamente derivada de un principio metafísico de libertad es lícita, aun cuando sea perjudicial a la evolución social: éste es el gran axioma revolucionario.

Su victoria podía ser una catástrofe nacional, y presentábase tan clara perspectiva de despotismo y anarquía alternativos, que un sentimiento de patriótica angustia, sumado con una idea superior del deber, determinaron la política de los ciudadanos que, agrupados en derredor del jefe de la justicia federal en 1876,* pretendieron hallar en la ley misma una solución que mantuviera viva e inviolada la transmisión constitucional del poder y diese satisfacción a las justas exigencias de la opinión, que habían hecho toda la fuerza de la revolución.

Afortunadamente para el país, cuando triunfó ésta, sus directores, hombres de civismo y de real instinto político, repudiaron de un golpe todo lo que había de anárquico en el programa revolucionario, se consideraron como representando las exigencias de tolerancia, de reformas económicas y de mejoras materiales que eran el supremo voto nacional, y continuaron la misma política de conservación, de orden, autoritaria, en una palabra, iniciada por Juárez.

* Se refiere a José María Iglesias Inzurruaga. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Esto era lo justo y, el resultado lo comprueba, esto era lo práctico.

> Si queréis tener un ejército bien organizado —dice Spencer en sus *Ensayos políticos*—, si queréis tener servicios de salubridad, de educación y de beneficencia administrados concienzudamente; si es vuestro ideal una sociedad activamente dirigida por Estados-mayores de funcionarios, escoged entonces por cuantos medios tengáis a vuestro alcance ese sistema de centralización completa que llamáis despotismo.

La argumentación del eminente sociólogo, que profesa la teoría de la reducción al mínimum de la acción del Estado, se encamina a demostrar que el sistema representativo sólo es apto para ejercer las simples funciones de justicia social que tocan al Estado, pero enteramente inhábil para todas aquellas que el Estado usurpa habitualmente sobre la acción individual: educación, beneficencia, higiene, etcétera. El error de esta teoría se demuestra con hechos, con la impotencia de las monarquías absolutas, despotismos típicos, para realizar las inmensas mejoras sociales que han llevado a cabo los gobiernos libres en Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, etcétera. Compárese lo que pasa en estos países representativos con lo que pasa en Turquía. Pero esto no significa que sea posible negar que los gobiernos representativos hayan concentrado, para dar cima a tamañas empresas, una suma proporcional de autoridad que, creciendo en razón directa de las cada vez más complejas atribuciones del Estado, suelen sobrepujar a las del soberano en el régimen absolutista. Se ha dicho, no sin razón, que el presidente de la república norteamericana, en unos casos, en otros el senado, y las comisiones de la cámara en otros, suelen asumir un poder de mayor importancia que el del zar de Rusia. Puede demostrarse científicamente la necesidad de este fenómeno en la nación vecina: en los países nuevos, en donde todo elemento de representación es embrionario o no ha llegado normalmente a la existencia, en donde faltan la educación

LIBROSMÉXICO.MX

política y la instrucción escolar; de territorio vasto, de población corta, animada de grandes, pero vagas aspiraciones al bienestar, la institución del sufragio universal, que es un artificio constitucional aun en los países históricamente parlamentarios, se convierte forzosamente en mera fórmula por la abstención completa del cuerpo electoral, por la necesidad de concentración del poder encargado de hacer la paz y el progreso material; una asamblea en este caso, más que el voto popular, representa la conciencia nacional difusa en la sociedad entera y es su manifestación suprema la voluntad de cooperar a cuanto tienda a conservar la paz del momento y a fomentar la paz futura por medio de la creación del crédito nacional, de la transformación de las condiciones económicas debida al progreso material. Tal ha sido el papel de las asambleas mexicanas en los últimos 15 años, atribuido a pequeñísimos móviles cuya existencia no negamos, por supuesto, pero que no han excluido el superior y patriótico de dejar expedita la acción del poder administrativo para conducir a buen término la obra gigantesca que había acometido, con la condición de vigilarla y con la de preparar por este camino y por el de la organización universal y obligatoria de la instrucción primera, el medio vital del futuro *self-government*.

El resultado innegable ha sido uno de esos males que siempre compensan los bienes en este mundo: la depresión de la vida parlamentaria, la fe popular en que la acción de un poder administrativo bien organizado y enérgicamente dirigido como el actual, bastaría para el progreso nacional, y la inanición de los grupos políticos. Así ha sucedido siempre en los países que han atravesado las mismas crisis convulsivas que el nuestro y que se han encontrado, repentinamente, en la necesidad premiosa de resolver rápidamente dos o tres problemas capitales, como condiciones sine qua non del problema supremo de la nacionalidad.

LIBROSMÉXICO.MX

V

Una generación heroica fundó en México las instituciones libres; otra ha fundado la paz sin la que esas instituciones no eran viables. ¿La que nos ha de suceder encontrará un pueblo definitivamente familiarizado con una sana alimentación del cuerpo y el espíritu, y ésa organizará la práctica de la libertad en un medio ya difícilmente accesible a la influencia duradera de una revolución militar? El camino de esta generación es el que precisa preparar; para ello el partido liberal, su fracción adicta a la conservación social, por lo menos, necesita llegar a un acuerdo sobre un programa, si cree, como nosotros creemos, que es necesario fundar la política sobre la ciencia social; si cree, como nosotros creemos, que la libertad política es la condición precisa de todo derecho racional y de toda actividad normal.

Hay que partir de esta base: en pueblos de tan incoherente estado social, de tan peligrosa situación geográfica, de tan dividida organización constitucional como el nuestro, el poder administrativo, es decir, el órgano esencialmente activo del Estado, necesita, a trueque de convertirse en puramente pasivo e invertir su función y perecer, de una suma de facultades superiores a las que la Constitución le otorga: de aquí proviene que la necesidad de vivir lo condena a disponer de los parlamentos y a procurarse delegaciones constantes de facultades legislativas. Es necesario, si queremos que el gobierno parlamentario sea un hecho, aumentar las atribuciones legales del Ejecutivo en la Constitución, para que no las busque en la práctica, aun fuera de la Constitución. Pero es preciso pensar en que este gobierno legalmente fuerte no se cambie en tiranía, y en que encuetre límites infranqueables. Uno de ellos debe ser el Poder Legislativo, si es éste un producto cada vez más genuino del sufragio: grandes medidas hay que tomar para ello; una de las más eficaces es, en nuestro concepto, la sanción penal que falta en el Pacto Federativo a la fracción III del artículo 36, a la obligación de votar que

LIBROSMÉXICO.MX

tienen los ciudadanos. La instrucción obligatoria y el voto obligatorio son dos necesidades magnas de las democracias hispanoamericanas: todo adulto debe saber leer y escribir, todo ciudadano que sepa leer y escribir debe votar.

Si creemos radicalmente falsa la teoría de las autonomías de los tres poderes, tal como las formula, en términos absolutos, nuestra Constitución, siguiendo a la Constitución norteamericana que se inspiró en Montesquieu; si tenemos por evidentemente justa esta reflexión de Holtzendorff:

> Si se entiende la teoría de los tres poderes en el sentido de que cada uno de ellos es independiente de los otros, está al abrigo de toda injerencia de los otros dos y en la imposibilidad de encargarse de un acto fuera de su competencia propia, no sólo se rompe la unidad ideal del Estado, sino que se crea teóricamente la base de un conflicto de Estado en permanencia;[7]

si sociológicamente hablando, esta división debe ser puramente relativa, y si, aunque parezca inconsecuencia, tiene este carácter aun en las constituciones de México y los Estados Unidos (véase Vallarta, *Cuestiones constitucionales*, y Boutmy, *Études de droit constitutionnel*), es innegable que en esta esfera relativa la acción de cada poder es independiente. El Poder Judicial debe tener este carácter para llenar su fin de garantir el derecho social o individual, de definirlo, de realizarlo. Mientras el organismo judicial dependa del cuerpo electoral y no sea inamovible, ese fin, y no hay otro que le sea superior, no se podrá cumplir. La inamovilidad de los jueces y magistrados federales o comunes debe ser una cláusula obligatoria en el programa de un partido liberal de gobierno.

No hemos querido ni podido hacer aquí otra cosa que un esbozo tenue de las consideraciones en que un plan de conducta conserva-

[7] *La Política*, por F. Holtzendorff, eminente profesor en la Universidad de Múnich.

LIBROSMÉXICO.MX

dor, para hacer práctica la política liberal, se funda. Adivinamos que cuando un partido con tal base se organice (y alguna vez se organizará, o la vitalidad de la democracia mexicana habrá sido un mito), tendrá enfrente una fracción radical que, probablemente de buena fe y para realizar los artículos igualitarios del credo democrático, pretendería la omnipotencia absoluta del Poder Legislativo, a riesgo de contentarse con una sombra; la movilidad absoluta del Poder Judicial y su dependencia del sufragio, a riesgo de hacer de la justicia un sueño y, sobre todo —que extremando, con un espíritu de completa intolerancia las prohibiciones de la legislación reformista, y olvidando esta máxima fundamental y sapientísima de la política de los partidos en la nación vecina: nunca se debe apurar el derecho—, trataría de convertir la ley en un instrumento de persecución religiosa. En esta obra el radicalismo será secundado con idéntico espíritu, aunque con dogmas distintos, por el clericalismo revolucionario que injuria, fanatiza y maldice.

Estas luchas informan a los partidos de gobierno; depuran los programas científicos de libertad y de justicia. Ellas demostrarán en lo porvenir que el partido liberal no ha abdicado, sino que ha esperado, colaborando en la consolidación de la paz, en la plenitud de la conciencia de su obra y de su responsabilidad.

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

Literarios

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

LA LITERATURA EN MÉXICO Y OTRAS COSAS*

El carácter distintivo de nuestra época es la crítica. Los sistemas políticos, los filosóficos, los literarios y hasta las partes en que los sistemas científicos se adelantan por la vía nebulosa de las hipótesis, todo se pretende sujetar a la fría disección del analista.

Las tendencias positivistas han dado margen al inmenso desarrollo del espíritu de examen; nadie se contenta con conocer un resultado; espontáneamente buscamos el porqué de todo afecto, y de causa en causa llegamos a la terrible incógnita que forma por dondequiera inabordable horizonte al mundo real de la ciencia.

En la aplicación constante de esta ansiedad nativa en nuestro ser de investigarlo todo, de darnos la razón de la existencia física o moral, real o ideal de cuanto se relaciona con nosotros a nuestro paso por el mundo; en esa sed inextinguible de ciencia, anatematizada torpemente por la autoridad teocrática, entra por mucho el espectáculo de tanto absurdo pulverizado, de tanta creencia desvanecida, de tantas preocupaciones que habían acabado por atrofiar el cerebro humano, comprimiéndolo con el lento depósito de los siglos, y reducidos a humo bajo la acción de la ciencia y de la filosofía, como la yesca bajo el doble influjo de los espejos conjugados.

* *El Mensajero*, México, 28 de enero de 1871, p. 2.

LIBROSMÉXICO.MX

Locura sería, pues, el querer negar la razón de ser de la crítica; sería esto tanto, casi, como negar el progreso; y aunque somos de los destinados a soportar de continuo las severidades de la diosa, ni nos quejamos, ni tenemos la necia pretensión de creernos fuera de su alcance.

Vamos todavía más lejos: hemos deseado ardientemente la censura para nuestras obras y las de los demás, ejercida en nombre de las reglas eternas que presiden lo bueno y lo bello, y teniendo en cuenta el carácter esencialmente libre y novador de nuestro siglo.

En el terreno literario se han hecho notabilísimos ensayos de crítica, durante el periodo transcurrido desde el triunfo de la nación hasta la fecha. Los estudios publicados por el señor Altamirano en *El Siglo XIX*, en donde campean la penetración luminosa y el incomparable vigor de colorido que caracterizan sus producciones, y los juicios irreprochables del señor Peredo, publicados en *El Semanario Ilustrado* y en *El Renacimiento*, juicios que sólo puede calificar de bien hablados y nada más la candidez afectada de un malqueriente, pues pocas veces hemos tenido ocasión de ver fuera del gran siglo de la literatura española, tan acertadas razones y tan exquisita perspicacia, engarzadas en estilo más límpido y elegante.

Después de un largo silencio, la musa (porque también es una musa) que inspirara a los Janin y a los Fígaro, ha tenido su veleidad de vida, eligiendo para un preludio de desperezamiento, las columnas viriles y austeras de *El Mensajero*. Sea enhorabuena.

Y no extrañará el autor del artículo titulado: "Nuestros teatros y otras cosas", en el que, bueno es anticiparlo, no escasean ni sensatas ideas, ni una forma llena de graciosa ironía, que nosotros ensayemos, en algunos puntos, criticar su crítica; porque por mucho en que lo tengamos, no podríamos sin faltar a nuestras convicciones, otorgarle una infalibilidad incompatible con la humana naturaleza.

Hagamos a un lado la ocurrencia de hacerse pasar por un humilde labriego, para citarnos luego a Horacio y a Uhland; inofensivo maquiavelismo que debió hacer muy buen efecto en otro tiempo, cuan-

LIBROSMÉXICO.MX

do Dios quería; pero que ya por viejo y por trivial, estaba relegado al museo de recursos literarios oxidados, y de donde extrañamos que el inteligente articulista le haya exhumado. Pero qué hacer, cuando hasta el sol tiene manchas... Entraremos, pues, en materia.

Y para ello sigamos al articulista en el análisis de las causas de decadencia en que se encuentran nuestros teatros, no sin concederle razón en lo que toca a los ataques vehementes que hace tiempo sufren los actores dramáticos, no porque lo que es malo, a pesar de la buena voluntad del mencionado crítico, pueda llamarse de otra manera, sino porque cumple a escritores mexicanos tener en cuenta los obstáculos que existen en nuestro país para el perfeccionamiento del arte.

El teatro, dice, como primer elemento de vida y de prosperidad necesita de público, es decir, de dinero; y es sabido que habiendo lo uno habrá lo otro; como segundo elemento necesita literatura dramática; como tercero, actores, y como cuarto, al fin, buena y concienzuda crítica.

No es nuestro ánimo defender aquí el incalificable abandono con que el gobierno y la municipalidad ven el desarrollo y conservación de nuestros teatros, cuando bien dirigidos e inteligentemente alentados, forman uno de los grandes agentes de la educación del pueblo; y respecto a las palabras de que el escritor se sirve sobre las dificultades que oponen a las empresas los dueños de los teatros y sus innumerables dependientes, las encontramos en alto grado justas y bien dichas.

Pero llegamos aquí a un punto capital. No existe entre nosotros una literatura dramática. ¿Por qué no existe?

¿Cuál es el elemento esencial para la formación de una literatura dramática mexicana? El estímulo. ¿Y a quién le toca estimular? Al público ante todo, después al gobierno. Vamos a explicarnos.

No me meteré a investigar por qué motivos el público mexicano no estimula ni con sus aplausos, ni con su presencia siquiera, los ensayos que se han hecho en la materia. Dicen que en otro tiempo no era así. Tal vez el articulista, que se nos antoja ha suspirado también

LIBROSMÉXICO.MX

a orillas de la fuente o en el rincón de una alcoba idilios llorosos y melancólicos, pueda decirnos algo sobre ello. El hecho es que en el día, nadie, nadie hace caso de la literatura nacional bajo ningún aspecto. Y con razón los directores de compañías dramáticas, exceptuando quizás a Eduardo González,* esquivan el dar a la escena piezas de autores mexicanos. No le gustan al público. ¿Pero qué quiere entonces esta caprichosa entidad? ¿Quiere de jóvenes que ensayan sus fuerzas en ese género prodigiosamente difícil, sin esperar retribución, sino simplemente un poco de aliento, quiere exigir de sus primeros pasos, dramas gigantescos como *Hamlet*, o cuadros inmortales como *La vida es sueño*?

¿Y dónde estaría la lógica del escritor que reprochase a seis u ocho aficionados a las bellas letras el no dedicarse con *amore* al género dramático? ¿Cree el articulista, nuestro adversario, que la Belaval y el inteligentísimo Muñoz se rehusaron a representar piezas nacionales por un capricho suyo? Error. Ellos creyeron halagar así al público mexicano. Verdad tristísima, pero verdad.

¿Queréis que pongamos, señor escritor, la primera piedra de nuestra literatura dramática? Pobre y humilde está puesta ya. Desdéñela enhorabuena nuestro adversario. Nosotros la respetamos, porque en esa primera piedra está grabado el nombre del poeta más generoso que haya pisado el suelo de dolor de nuestra patria, Rodríguez Galván, y los nombres no menos gloriosos de Calderón, Gorostiza y otros. Y como no creemos que en materia de dramaturgia nacional debemos concretarnos a la capital de la república, mencionaremos a los Vigil, a Isabel Prieto, la cantora del hogar sereno y de la conciencia pura, entre otras joyas literarias de Jalisco. En nuestra tierra natal, los dramas sobrios y profundos de Cisneros, los poéticos y ardientes ensayos de Aldana, entre una gran cantidad de nobles tentativas, marcan muy alto el nivel que ha alcanzado en Yucatán

* Actor y director español. Representó, entre otras piezas de autores mexicanos, *Piedad* de Justo Sierra, en 1870. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

la corriente literaria, cuya fuente se identifica con una memoria por nosotros adorada, y que aún hoy y por entre innumerables obstáculos marcha más imponente a cada instante, bajo el decidido amparo de un gobierno lleno de inteligencia y de ardor juvenil por el bien y prosperidad del estado. Y lo que decimos de Jalisco y Yucatán, puede repetirse de la mayor parte de los otros estados.

Evidentemente se equivoca el escritor. No sólo existe la primera piedra, sino otra y otras, sino una columna que señala una etapa recorrida ya por la literatura dramática.

Pero si es del presente periodo del que quiere hablar nuestro adversario, dígnese recordar algunos esfuerzos, mezquinos por cierto, pero hechos con *amore*, por los señores Peredo, Cuéllar, Olavarría, Torroella, Gostkowski, y el que escribe estas líneas, y aun algunas tentativas para aclimatar entre nosotros la escuela realista, hija legítima de nuestro siglo, por medio de traducciones hechas por los señores Gonzaga Ortiz, Peredo y Baz M.

Todo ha sido infructuoso, se nos contestará. Búsquese entonces la causa, no en la apatía de los que el articulista llama bohemios, sino en la suprema indiferencia del público, confesada terminantemente en el escrito que contestamos; y luego, ¿quién ha dicho que en una capital en donde hay tanta ilustración, en donde a cada instante se nos regala con los desahogos anónimos de una censura acerba, que cinco o seis amigos amantes de lo bello, hemos de ser críticos, bardos antiguos, sacerdotes eslavos, Tirteos y Teócritos, dramaturgos, público, dinero, gobierno y quién sabe qué cosas más? Eso sería impertinente si no fuera risible. ¿Cuándo nos hemos creído el único círculo literario de la república? Otros muchos hay; ¿por qué el crítico no se dirige a ellos? Por la buena voluntad de herir constantemente, ya no digo reputaciones literarias que en tal materia lo que nosotros dijéramos al crítico le convencería tanto como a nosotros lo que él nos contestase, sino herir algo que a nadie atañe, con alusiones muy sencillotas, es decir, pero poco caballerosas, y que nos callamos por respeto al público y a nosotros mismos.

LIBROSMÉXICO.MX

Y díganos también nuestro entendido contrincante: ¿tiene noticia de que alguno de nosotros viva de sus rentas, para podernos entregar en cuerpo y alma a las musas? ¿Piensa el articulista señalar una pensión a los dramaturgos? ¿O ignora por ventura que el cultivo de las bellas letras tiene que ser en México asunto de ratos desocupados? Si no fuera así, extrañaríamos mucho que un hombre de innegable talento como lo es él, que posee un gran conocimiento de lenguas vivas y muertas, y que es susceptible de épico entusiasmo, no nos hubiera regalado un drama social por el estilo de *Paul Forestier*, o una tragedia como la *Francesca* de Pellico.

El drama, dice el autor de *Aurora Leigh* (Elizabeth Barrett), es como un trono en que se sientan por turno los reyes del corazón humano; en México los tales tronos, cuando no están vacíos están aislados; por toda guardia de honor tienen a los músicos de la orquesta.

Si es un drama social, como no hay suficiente depravación en las costumbres, pálidos reflejos aun de las europeas, el autor necesita recurrir a la hipérbole; tiene que exagerar el colorido de sus cuadros, de donde brotan episodios por el estilo de los de una *Piedad** que por ahí anda, en donde domina lo que el autor llama: el lirismo del vicio; si es una comedia, tiene que imitar precisamente las españolas; o si se quiere mezclar a ellas un poco de salsa del país, ¡cuidado con el público de las noches! Decidíos, por último, a contar en dramas la epopeya de nuestros abuelos, de los heroicos aborígenes (?) de nuestras montañas, nuestros bosques y nuestros vergeles. Devanaos los sesos para hacer de cada indígena un Garcerán;** haced, a riesgo de parecer inverosímiles hasta no más, haced hablar y moverse a esa noble raza envilecida por la servidumbre y por la ignorancia, que ha visto pasar ante ella 12 generaciones de opresores, silenciosa e inmóvil; dad el color local a vuestras composiciones... y el teatro, estallando

* Título de un drama escrito por Justo Sierra, presentado en 1875.

** Nuño Garcerán, personaje de la obra del Duque de Rivas, *La azucena milagrosa*.

LIBROSMÉXICO.MX

en una carcajada homérica, os mandará a todos los diablos, a vosotros y a los heroicos aborígenes de nuestras montañas.

Todo lo que hemos dicho puede reasumirse en pocas palabras. ¿El teatro tiene público suficiente? No. La corta cantidad de personas que a él asiste, ¿gusta de las producciones nacionales?, ¿las alienta siquiera? No, sino al contrario, bosteza con las comedias, se indigna con los dramas, y... ¡oh!, Patria, atranca tus oídos... se ríe de los dramas tomados a nuestra grandiosa epopeya nacional.

Agréguese la incuria irremediable del gobierno, cuya intervención nos repugna en casi todo, pero que en materia de artes irrecompensables en México, tiene la obligación de hacerlo; y se tendrá este total: estímulo, ninguno.

Y preguntad ahora por qué no existe una literatura dramática nacional.

Pasando a otras cosas, y a riesgo de cansar a nuestros lectores, se nos permitirá hacer algunas reflexiones sobre el resto del artículo que contestamos.

Divágase el autor en meras personalidades, asestando sus dardos envenenados, ya contra las deliciosas "Humoradas" del señor Gostkowski, sobre las que el público ha pronunciado su veredicto acogiéndolas con avidez; ya contra el señor Olavarría, desconociendo el carácter de su estudio sobre *Álgebra del corazón*, en el que toma esta muy débil comedia, como un simple motivo para la exposición y desarrollo de sus ideas sobre la materia, y que nosotros hemos tenido el honor de combatir en las columnas de *El Siglo XIX*; deslízase en todo esto no sé qué vapor impuro de malevolencia personal, quién sabe qué recuerdo de rencillas individuales, que apenas se disfrazan bajo una afectada frialdad; recordamos involuntariamente, al leer estos párrafos, ciertas palabras de que se sirve nuestro crítico: cosas hay que no debían ser pronunciadas, por temor de que el que las dice se mordiese la lengua.

Ocúpase luego de la señorita María Servín, figura inmaculada en los anales de la escena mexicana, a quien como actriz aplaudirán

LIBROSMÉXICO.MX

siempre los amantes del talento, y como mujer, seguirá por dondequiera el profundo respeto de las personas honradas; y a continuación (a propósito de la decadencia de nuestra literatura, y hablando de sus causas) estampa estas líneas: "Por una parte nuestra pereza tropical, y por otra nuestra ligereza, y por fin, la política, ¡la política!, vorágine terrible que ha devorado ya a más de dos de nuestros genios y de nuestras esperanzas".

¿Qué entenderá por política nuestro adversario? Si con esa palabra quiere significar el deseo de medrar arrastrándose por el fango movedizo de la intriga; el ponerse del lado de quien tenga el poder, no por convicción, sino porque el porvenir tome así un dorado aspecto, porque se entrevea, verbi gratia, en lontananza, una curul coronada por una bolsa de oro y se desee subir a ella aun cuando los escalones sean la dignidad y la conciencia... entonces el articulista es un impostor. Porque esta política está muy por debajo de nuestro orgullo y de nuestro desprecio; el fango no sube, preciso es bajarse a él, y todavía somos jóvenes para que no nos cueste trabajo inclinarnos. Llevamos los pobres bohemios nuestros errores y nuestras esperanzas con la frente altísima, al nivel de la de los hombres de bien.

¿O acaso entenderá por esa palabra que le horripila, los intereses sagrados de nuestra patria?

Entonces tiene mucha razón; tenemos la firme decisión de poner nuestro grano de arena en el arco de triunfo que marque en México la llegada definitiva del progreso y de la libertad. Y será o no será vorágine, nosotros nos dejaremos arrastrar a ella si con nuestros cuerpos podemos, colmando el abismo, allanar el camino a la santa idea de la regeneración social de la república. Y los que pudiendo no lo hicieren por el temor de la figura poética del articulista, ésos no cumplen con su deber.

No cumplen con su deber, si como prosadores no siembran en el virgen y hermoso campo de nuestra historia, la fecunda simiente de la libertad; si como poetas, no cantan, no ya la magnífica epopeya de los heroicos aborígenes de nuestras montañas, que ni el articulista

LIBROSMÉXICO.MX

ni nosotros sabemos quiénes fueron, sino las tradiciones inmortales de nuestras luchas, de la guerra de la insurgencia, de la santa contienda civil que produjo la Reforma, de ese épico ayer que se llama la segunda independencia. Cantad, poetas, no la danza habanera, ni en versos más o menos armoniosos, los viles refinamientos de una lascivia platónica, de que se hace alarde nada más que por el prurito de pasar por libertino; cantad al amor, pero al amor sublime del alma; y cantad la historia política de nuestra patria, aun cuando vuestros himnos os marquen un puesto en uno de los partidos en que se divide nuestra sociedad. Dejad que estalle vuestro corazón, sin cuidaros de imitar, al contar al pueblo las sagradas leyendas de su nacimiento y desarrollo, ni la cobardía franca de Horacio, ni la servil dulzura de Virgilio, ni las miedosas adulaciones del cantor de Reinaldo; no, imitad, aun cuando os digan que ésa es literatura extranjera, a Quintana, ese Tirteo de la España de 1810; a Olmedo, el cantor de la libertad americana; a Hugo, el poeta redentor de las injusticias sociales; así formaréis, así estáis formando bellas páginas a la literatura nacional.

Y como lo poco o lo mucho que sepáis debéis compartirlo con los que ignoran, llevad vuestra lira, es decir, vuestra alma, adondequiera que el pueblo os reclame, adondequiera que la libertad peligre; así seréis dignos de esta patria que enamora por sus desgracias a los corazones juveniles, y que necesita no sólo himnos de admiración, sino del trabajo y de la abnegación de todos los que la amen. Esto es lo que nosotros diríamos a los escritores; nosotros que esperamos en Dios no haremos desdecir nuestras acciones, de esta vieja divisa adoptada por nosotros: "Habenti parum, egenti cuncta".*

* "Para el rico poco, para el pobre todo." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

LITERATURA EXTRANJERA CONTEMPORÁNEA*

I

Siguiendo el señor don Juan de Valera sus conferencias sobre el tema del epígrafe, en la Institución Libre de Enseñanza en Madrid, dijo: que momentos antes de la gran revolución de 1789, tenía ya la Francia una poesía lírica bastantemente grande para confundir a quienes opinan que nuestra época es prosaica. Con efecto, la poesía lírica alcanzó por entonces tal alteza, que sólo la Grecia antigua puede proporcionar ejemplos de elevación tamaña.

Cuando madura en el mundo una idea o un sentimiento, es siempre un solo hombre el que sirve para dar a luz aquella concepción de la humanidad de su tiempo. Así es como apareció en la Francia André Chénier, el hombre que llevaba en su mano poderosa la antorcha de la lírica moderna.

El influjo público sobre esta aparición, la causa principal de ella, fue el amor al estudio de los grandes poetas griegos y latinos; especie de renacimiento clásico, origen del moderno romanticismo. Salvo Descartes, el poeta de que se trata tuvo un espíritu más filosófico que todos los grandes hombres del siglo de Luis XIV.

* *La Libertad*, México, 14 de junio de 1878, p. 2.

LIBROSMÉXICO.MX

Buffon y Rousseau fueron elocuentísimos, y llevaron muy adelante la cultura del sentimiento; especialmente Buffon, tan poseído del sentimiento de la naturaleza. Volvieron a florecer, por entonces, los estudios helénicos, si bien a través de un vidrio que los desnaturalizaba, de manera que el alumno de nuestras universidades actuales, incapaz todavía de hacer una correcta traducción del griego, comprende el espíritu de aquella literatura mejor que lo comprendían los eruditos de la última mitad del siglo pasado. A Chénier es a quien se debe este admirable renacimiento del sentir clásico, retratado en la poesía lírica contemporánea, de que él fue precursor, a puro interpretar lo íntimo del espíritu de su tiempo, en el cual el amor a la libertad llevaba a buscar los grandes modelos griegos y romanos, como el odio hacia el catolicismo conducía al examen de las antiguas religiones.

Wolf, Schlegel y Madame Staël se adelantaron, en materia de clásicos griegos, a los críticos de la época, y echaron las bases de su mejor conocimiento, que halló favor en la guerra que, a la sazón, surgió entre Turquía y Grecia; pues que esta última vio despertar con tal motivo en su seno un nuevo amor de los hombres doctos hacia sus grandes antepasados, a la vez que obtenía las simpatías de todas las naciones cultas; todo lo cual hubo de contribuir poderosamente al estudio de los antiguos autores helenos, que se puso, por decirlo así, a la moda.

Entre todos los libros inspirados por este renacimiento clásico, merece especial mención el *Viaje de Anacarsis a la Grecia*, de Barthélemy, que vio la luz al estallar la Revolución francesa, resultó forzosamente olvidado durante toda ella, y perdió con ello parte de su oportunidad; por cuanto habían cambiado no poco las ideas generales sobre literatura antigua y moderna, cuando hubo lugar para conocer esta obra distinguida.

Las gentes que tienen por superficial el carácter de la nación francesa se admirarían y saldrían de error si examinasen atentamente los profundos estudios que por entonces se llevaron a cabo en

LIBROSMÉXICO.MX

ella, acerca de las obras maestras griegas y romanas. Bien pudieron cometerse errores, como es propio de la flaqueza de los hombres, pero la condición aquella rayó en lo sorprendente. De otro modo, ni Barthélemy, La Harpe, ni tantos otros, se hubieran ganado la inmortalidad.

La llegada de ciertos libros a Francia, tales como los de Winckelmann, contribuyó también muchísimo a propagar en ella el gusto clásico.

Mas, por encima de todo esto, y como su elocuente recapitulación, descuella André Chénier, creador de la lírica moderna.

Hijo de padre francés y madre griega, también excelente escritora, André Chénier se comparaba con los fundidores de campanas, que mezclan para ellas variados metales, como él tenía que hacer para fundir en uno los espíritus griego y francés que hallaba dentro de sí mismo. Habiendo de hacerse esto al fuego de la inspiración, no es de extrañar que Chénier, a quien sobraba esa llama irresistible, lograra su propósito de una manera que no es dable ponderar. Así fue como salió de un erudito el primer lírico de nuestros días; cosa reconocida hasta por los archirrománticos más soberbios, cual Victor Hugo, por ejemplo, el cual en su composición *El pegaso*, en la que se finge arrebatado fuera del mundo por el mitológico caballo que le lleva a descansar y componer idilios a unas praderas insoñables, dice que el primer palafrenero del Pegaso fue Orfeo y el último André Chénier; bien que este mismo hizo una comparación análoga.

Buscar, como Chénier, las bellezas ocultas de los clásicos, para saborearlas y vulgarizarlas, exige tal suma de genio, que muy bien puede la obra del inspirado erudito valer tanto o más que los originales, si lleva consigo el sello primoroso que Chénier impuso a las suyas. No es otro que éste, el mérito principal de Garcilaso.

A decir verdad, se necesitaba grande confianza en sí mismo para dedicarse a la poesía pastoral en la Francia de últimos del siglo pasado. Marmontel y Florian, como entre nosotros Jorge Montemayor, habían cultivado este género antes que Chénier le ilustrase con

LIBROSMÉXICO.MX

su asombrosa inspiración. *Pablo y Virginia*, este idilio tan conocido como maravilloso, precedió también a Chénier, que pudo ser influido por todo este movimiento literario, pero que lo fue mucho más, seguramente, por Longo, cuyas candorosas y delicadas pastorales imitó.

S.

II*

La conferencia dada por el señor Valera, la noche del 22 de abril, en la Institución Libre de Enseñanza, ha sido una de las más interesantes sobre este bello tema. A propósito de la tentativa de poema didáctico que André Chénier hizo en su *Hermes*, dijo el señor Valera que ni el número ni la calidad de nuestros conocimientos caben hoy en género alguno de poema. La Antigüedad pudo cultivarle, porque apenas si tuvo ciencias experimentales y de observación. Casi todos los conocimientos eran entonces especulativos. Hoy por el contrario.

Luis XVI había subido al trono. Hombre benigno, pero lleno de preocupaciones y con pocos alcances, vivía fuera de la realidad de las cosas, al extremo de que, como llevase un diario de su vida, el día en que no cazaba o realizaba alguna otra de sus aficiones, tan importante como ésta, escribía en su cuaderno la palabra *rien* (nada). No es, pues, de extrañar que también escribiese *rien*, como lo hizo, el día célebre en que fue tomada por el pueblo la Bastilla. Tal fue el rey que sucedió en Francia a Luis XIV, aquel cuya omnipotencia justifica su dicho: "El Estado soy yo", y a Luis XV, que con mayor desenfado y menor grandeza, dijo aquella otra famosa y profética frase: "Después de mí, el diluvio".

* *La Libertad*, México, 30 de junio de 1878, p. 2.

LIBROSMÉXICO.MX

Al aparecer Luis XVI estaba ya pronta la Revolución. En España, donde por el hecho mismo de la incesante guerra, sobre todo la sostenida con los moros durante tantos siglos, se habían aproximado unas a otras las varias clases de la sociedad; aquí, donde el espíritu democrático había sido lo bastante poderoso para llevar en todo tiempo a los puestos más altos los hombres de más humilde origen, no es fácil juzgar de la soberbia de la aristocracia francesa, que se tenía por descendiente de los antiguos francos o señores del país, y tomaba por vencidos galos a los plebeyos. En Francia eran aristócratas hasta los hombres de ley. Mas el espíritu democrático hervía ya a la sazón en las masas despertadas por los filósofos, que a la vez eran mimados también en los palacios.

La famosa novela *El compadre Mateo* apareció en la época cercana a la Revolución, despidiendo los primeros destellos del tremebundo espíritu de tan grande acontecimiento. El personaje que lleva en esa novela el nombre de tío Juan, es el mismo Danton en profecía. Y a todo esto, la nobleza había perdido mucho de su antiguo carácter belicoso y se había hecho inmoral, y en la corte había dos tendencias, una de ellas intransigente, la otra no, como inspirada que estaba en filosofía. Tantas debilidades envalentonaron a la clase media y a la plebe, indignadas por los abusos y bajezas de los nobles.

Esto mismo se ve por entonces en los sainetes de nuestro don Ramón de la Cruz, en los que la aristocracia hace el gasto, y mayormente en las *Sátiras* de más alto coturno de Jovellanos, en las cuales puede señalarse con el dedo a la reina y altas señoras de la corte. De mil variados modos, y por los más distintos respiraderos, ocurría otro tanto en Francia. Entonces apareció en ella un hombre extraordinario, especie de Proteo, Beaumarchais, que sabía mucho de todo y para todo servía maravillosamente. Compuso *Las bodas de Fígaro*, donde el burlado no es ya el hombre sencillo de las clases más inferiores, sino un noble, y escribió también *El barbero de Sevilla*, obra que, no obstante prevalecer en ella el tipo del plebeyo y haber

LIBROSMÉXICO.MX

sido prohibida y perseguido su autor, fue luego ejecutada en palacio, desempeñando la misma reina María Antonieta el papel de Almaviva, y de Fígaro el que luego había de llamarse Carlos X.

La llegada de Voltaire a París contribuyó a dar mayor gravedad a aquella peligrosa situación, porque todos pudieron penetrarse de la debilidad de una corte que, después de regatear al anciano pensador el permiso de realizar su viaje y prohibirle la entrada en palacio, quedó desairada por la mayoría de las gentes, aun las más valiosas, que llenaban la residencia de Voltaire y dejaban a palacio en la más negra soledad.

Por entonces suponía Condillac que la ciencia era un idioma, el de la naturaleza, y que la clasificación de los conocimientos constituía la interpretación de las palabras reveladoras de la verdad natural. Esta tendencia contó con sabios y extraordinarios, tales como Linneo y Lavoisier, y su espíritu de "mecanismo" es contrario al "dualismo" de Descartes. La otra tendencia tuvo por jefe a Leibniz. No renegaban de la experiencia sus sectarios, pero la posponían a la intuición, por lo cual entendían que las clasificaciones eran la muerte de la ciencia; negaban los deslindes entre lo vivo y lo muerto, entre lo orgánico e inorgánico, las especies y las razas; sentaban que nada hay dividido, que todo está en el seno de la vida universal, y marchaban hacia el transformismo de nuestra época.

Otro Proteo, otro hombre extraordinario, Diderot, agarró esta bandera y la implantó en la nación vecina. A su lado aparecen Buffon, criticando a Linneo por sus clasificaciones, y Bichat, el célebre anatómico. Mas estas dos escuelas tienen un punto de contacto que es cierta común irreligiosidad, un deísmo mitigado por una cierta especie de ateísmo. Pues bien, todo esto y mucho más, que constituye el mundo psíquico de nuestros días, no cabe en un poema, aparte de que falta una máquina de lo sobrenatural, a no admitir como buena la manejada por los Mesmer, los Cagliostro y otros iluminados de vuelo bajo.

Lo que salva y glorifica al siglo pasado, con todos sus errores, es

LIBROSMÉXICO.MX

el sentimiento filantrópico, su fe en el progreso humano y su amor a la libertad, como medio de realizarle. Esta doctrina del progreso vino entonces a sustituir a la, por demás triste y pesimista, de que el mundo envejecía como cualquier organismo individual, e implicó la competencia absoluta de la humanidad para juzgar las doctrinas, siempre perfectibles, nunca avasalladoras a nombres de una inmutable perfección de que carecen.

Mas ¿cómo ha de entenderse el tal progreso si no es variando de esencia las cosas, si no es convirtiéndose en consciente lo inconsciente? Y si no es esto, ¿qué progreso es? ¿Puede esto ser? ¿Acaso se crean incesantemente nuevos átomos de naturaleza distinta? Entonces ¿no hay la personalidad eterna e inmutable de Dios, pues que la creación cambia de esencia de uno en otro momento? Y si es que no cambia, ¿cómo es que progresa? Si la eternidad está en el átomo, ¿cómo ha de ser destruido y creado? Y si no es destruido ni creado, ¿cómo admitir la mudanza del progreso?

André Chénier quiso, en vano, resumir todo esto en un poema, para lo cual le dividió en tres cantos, el primero de los cuales dedicó a la historia y descripción de la Tierra; el segundo al hombre, y el tercero a la humanidad. Sólo se conocen fragmentos de este ímprobo trabajo, cuya forma es bellísima; pero ni André Chénier, ni nadie, puede ser a la vez eminente poeta, filósofo y naturalista como sería preciso para realizar propósito tamaño, que tropieza con la imposibilidad que le oponen a un tiempo el tecnicismo, la variedad de los sistemas y la riqueza de datos amontonados por la división del trabajo en el inagotable campo de la ciencia.

Goethe fracasó en su poema cósmico *Fausto*, no obstante sus dotes de poeta y de filósofo y la universalidad de sus conocimientos científicos. No fueron más afortunados Byron y Espronceda. ¿Quién puede intentar aventajarles?

Humboldt acometió en prosa la empresa que Chénier quiso realizar en verso; ¿pero es esto un poema? ¿Acaso la poesía es la pintura? Allí están los materiales, pero no el edificio poético.

LIBROSMÉXICO.MX

En concepto del señor Valera, si algo posee el siglo XIX comparable a un poema, está en las concepciones agigantadas de Hegel, consideradas estéticamente y aun cuando no se crea una palabra de ellas.

S.

LIBROSMÉXICO.MX

*LAS RUINAS DE UXMAL**

Con este título acaba de publicar la *Revue des Deux Mondes* una novela firmada por un M.C. de Varigny, cuya lectura empezó por causarnos un poco de ira, a fuer de yucatecos, ira bien pronto desvanecida en accesos de hilaridad incontenibles. Jamás hemos visto un tejido de absurdos de tan grotesca confección; un romanticismo tan francamente tonto, en estrecha alianza con una de esas ignorancias gigantescas a que desgraciadamente nos tienen tan habituados los novelistas de ultramar, cuando de las comarcas hispanoamericanas les place ocuparse. Evidentemente, la inexperiencia de M. Buloz, hijo, el nuevo gerente de la *Revue*, ha sido sorprendida por un mentecato. Como la parte puramente novelesca de la obra de M. Varigny es tan insignificante, tan vulgar y tan inferior a las encantadoras producciones que estamos acostumbrados a leer en un periódico que nos es particularmente predilecto —como que en él hemos hecho buena parte de nuestra educación literaria—, es probable que semejante trabajo sólo fuera admitido en gracia de sus descripciones de las ruinas de Uxmal. Cuál es el valor de estas descripciones es punto que van a tocar nuestros lectores, si nos siguen con un poco de paciencia.

* *La Libertad*, México, 19 de enero de 1879, p. 2.

LIBROSMÉXICO.MX

Dos jóvenes americanos llegan a Sisal, con el objeto de visitar en el interior de la península unos vastos terrenos poseídos por uno de ellos. Llegan a la capital y se alojan en casa de doña Micaela, que es, después del cura, el personaje más importante de Mérida. Desde que se lee esta entrada en escena, se viene en cuenta que el autor hojeó la estimable obra de Stephens, *Incidents of Travel in Yucatan*; no la comprendió, no se fijó en lo que decía, y con un alegre *sans façon* se puso a enredar cuanta chabacana ocurrencia se le vino a las mientes. Así es como doña Micaela, la célebre dueña de una casa de huéspedes de Mérida, figura más de 20 años después de que la conoció Stephens, pues la novela de M. de Varigny pasa en 1868.

El cura y doña Micaela convidan a los viajeros a un baile en San Cristóbal, en un suburbio de Mérida. Naturalmente es un baile de mestizas presidido por el alcalde, el cura y doña Micaela. Los meridanos tendrán que renunciar a sus gobernadores y a sus obispos, a sus damas elegantes, a sus bellos saraos tropicales, en donde las cadencias de la danza reinan con los susurros armónicos de la brisa de los naranjos y en los platanares; en Mérida, según M. Varigny, no hay más que mestizas y no se usan más que sombrillas rojas, con las que los "charros" resguardan del sol a las señoritas vestidas de *hepil* y *fustan*. El autor describe una de las "vaquerías" que vio Stephens en los pueblos del interior, y en ella nuestros viajeros conocen a la bella Mercedes, la reina de las mujeres de Yucatán, mestiza, por supuesto, y que habita con su hermana Carmen en las ruinas de Uxmal.

Tras este cómico preámbulo entra la parte monumental de la noche. Uxmal, según M. de Varigny, está a algunas millas de Mérida; ¡el cura Carrillo va a las ruinas y vuelve a su curato en una tarde, entre la siesta y el ángelus! (Nuestros lectores saben que hay día y medio de camino de Mérida a Uxmal.) Desde las ruinas, habitadas por doña Mercedes, más allá de los bosques, se ve el mar. ¿El mar? ¿Y por qué no la isla de Cuba? Hasta aquí, la geografía del ilustre M. de Varigny corre parejas con la del no menos ilustre Pérez Escrich,

LIBROSMÉXICO.MX

cuyos personajes desembarcan en la Puebla de los Ángeles. Pero qué mucho: según el novelista francés, la bella Mercedes, que resulta americana, hace en una fragata el viaje de México a Charleston...

Mas veamos si es tan burlesca la arqueología como la geografía de Varigny. El hombre ha tenido a Stephens bajo los dedos, esto se conoce aquí y allí: probablemente ha visto de paso las planchas de Catherwood,* pero ni ha sabido leer al primero, ni ha mirado cosa que valga la pena con el segundo. Ni os habla, en efecto, de terrazas, de paredes lisas hasta cierta altura, desde donde se elevan zonas cargadas de bajorrelieves y de hieroglifos; de las plantas enormes que crecen en las cornisas, y del aspecto semiegipcio de las ruinas, según el viajero americano; mas el ignorante francés exagera la nota y habla muy formal de los ibis sagrados dormidos en pie sobre los muros hieráticos de los templos uxmaltecas. Todos los que han visitado a Uxmal saben que una de las cosas que allí sorprenden es la aglomeración de montículos entre los cuales descuella, como un obelisco enorme con su manto de yerba y su corona mural, la Casa del Adivino. M. de Varigny, mofándose de la topografía, coloca a la susodicha casa a una milla del Palacio del Gobernador, ese edificio tan simplemente majestuoso y tan triste, erguido aún con su gárrulo penacho de árboles, sobre tres órdenes de terrazas visibles aun entre el derrumbe y la vegetación. ¡Y la Casa de las Monjas, el gineceo de los reyes pontífices de Uxmal, el del gran patio rodeado de relieves gigantescos que ponen espanto en el ánimo y que M. de Varigny sitúa a una legua de la casa del adivino!

Todo está desquiciado aquí y todo bárbaramente transformado. ¡El extraño templecillo del adivino tiene grandes patios interiores porque se ha transformado en un enorme palacio, erigido en el vértice de un montículo! ¡Y qué decir del Palacio del Gobernador, en donde vive Mercedes rodeada de todo el lujo moderno, entre

* Se trata de Federico Catherwood, ilustrador inglés. Ilustró los *Incidentes de viaje en Yucatán* de Stephens. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

magníficos jardines que tapizan las laderas del montículo! ¡Las de la estatua del Enano y de la joven maya Itzá, vagando por los bosques, feroz y melancólica, con el indispensable mastín rojo que acompaña en las novelas a las vagabundas de las selvas europeas!

Todo esto es estúpido, y a la misma altura está la trama romántica. Mercedes es hija del oficial americano Francis Warde que, encargado de una comisión delicadísima por los sitiados de Charleston, rompe el bloqueo y desaparece. Recaen sobre él horribles sospechas, se le cree traidor, sus hijas se refugian en Uxmal y allí esconden su deshonra hasta que los jóvenes viajeros americanos descubren, en un subterráneo de la Casa del Adivino, las pruebas fehacientes de la inocencia de Francis Warde. Entonces uno de ellos, por supuesto de origen francés, se casa con Mercedes y se va a pasar la luna de miel a orillas del lago de Como, en donde poco tiempo después se celebran las bodas de la hija menor de Warde con el otro viajero, mientras Itzá, enamorada del marido de Mercedes, suspira herida en el corazón al pie de la estatua del Enano en Uxmal.

Ésta es una *hourde*, como los franceses dicen, es un melodrama de la Porte Saint-Martin, escrito en sandio con decoraciones de brocha gorda. Por alta que esté colocada la reputación de la *Revue des Deux Mondes*, semejante tontería la desdora.

¡Qué profanación! Todo ese colorido falso, tomado por Varigny de las novelas indias de Méry, está a 100 leguas de la verdad, en Uxmal. Guardaré toda la vida en mis recuerdos, la impresión de desolación y de tristeza infinitas que me causó el aspecto de Uxmal. Después de escudriñarlo todo con impaciencia febril, de observar largamente los relieves, de penetrar en los escondites de las ruinas, de palpar el estuco de algunas paredes, de arrancar algunas astillas del zapote de los dinteles, de trepar agarrándome de las matas a la Casa del Adivino, de palpar las huellas de la mano roja, de buscar entre la vegetación seca y polvosa los bordes derruidos de las cisternas, subí a las terrazas del Palacio del Gobernador, recosteme en la yerba, y sin más compañía que un indio que tenía en un

LIBROSMÉXICO.MX

calabazo el agua que debía aplacar mi sed, estimulada por la brisa caliente de la sabana, dejé estallar a grandes sacudidas mi emoción inmensa.

La leyenda del adivino que vaga de noche en las ruinas; la tradición del *timkul* (teponaxtle) de plata que sonó para anunciar la caída de Noh-Pat; la historia de la cesta de cocoyotes quebrantados sobre la cabeza del adivino sin causarle daño; la usurpación del trono de Uxmal; la introducción de un nuevo culto, el de los dioses de arcilla; la estatua que hablaba; las orgías sacerdotales de la Casa de las Monjas; las danzas delirantes al compás de los sagrados ritmos, entre el humo aromático del copal, en aquellas noches calientes y lánguidas de Yucatán, a la luz de las antorchas, apenas subía a iluminar los relieves en que ondulan las tremendas serpientes de piedra, y luego la caída y la muerte, como una fantasmagoría por mi cerebro. Poco a poco me sentí lentamente penetrado por la solemne calma fúnebre de aquel paisaje, grande, extenso, monótono, gris como el mar. No; allí en Uxmal es inútil buscar lo pintoresco; allí no hay para colorear los primeros términos del cuadro, ni el mar como en Grecia, ni el Nilo como en Egipto, ni el Éufrates como en Caldea, ni el Ganges como en la India, ni el cielo risueño y puro de las alturas de la mesa de Anáhuac.

Allí —eran los últimos días de octubre de 1873— el sol se ponía y yo estaba abrigado de sus agujas de fuego por la larga sombra que proyectaba el Palacio del Gobernador; la planicie, de un verde opaco, se extendía hasta el horizonte esfuminado por la calina; las ondulaciones de la yerba marcaban los accidentes del terreno o, cuando el pliegue se acusaba mucho, la existencia de un montículo; a mi izquierda la Casa del Adivino, las Monjas, mostrando por extensas brechas las altas paredes de su patio interior; por todas partes piedras esculpidas que el tiempo ha ido arrancando de los edificios, para tapizar la llanura. El tono dominante era un gris terroso y como calcinado. Un silencio sin límites; no se oía ni el ruido del viento en las matas; aquella naturaleza, aquellas ruinas son el sarcó-

LIBROSMÉXICO.MX

fago de un pueblo entero; si una raza se quisiera dar un sepulcro, escogería a Uxmal. Esto pasaba, en esto se resumía mi impresión.

Por eso Uxmal tiene no sé qué de simbólico para los yucatecos; esa tierra es un vasto cementerio, con huesos humanos se han hecho las capas que la cubren, y su historia es la de la formación de una gran necrópolis, en donde han amontonado sus reliquias el tiempo, la guerra de castas, la guerra civil...

Algunos versículos de la Biblia, de Job, de Ezequiel, de los Proverbios, me han hecho la misma impresión que las ruinas de Uxmal. Allí la tristeza acaba por matar la curiosidad; es una tristeza que gravita sobre el espíritu, como la lápida de una tumba, que nos impregna de no sé qué magnetismo frío, que entra a la médula del alma y provoca las lágrimas primero, y después una sed inextinguible de reposo eterno... Austeridad serena y augusta como la de la verdad, como la de esa suprema verdad que se llama la muerte.

LIBROSMÉXICO.MX

PRÓLOGO A LAS POESÍAS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA*

El compromiso fue contraído sobre la tumba del poeta. No creo poder cumplirlo; mis fuerzas, de suyo escasas para tamaña empresa, están como enervadas por la proximidad casi material de nuestro amigo,** porque la catástrofe, inesperada no, por desdicha, pero sí súbita, nos ha desconcertado moralmente a quienes lo quisimos como él enseñaba a querer; porque lo sentimos junto a nosotros caliente todavía de juventud y de cariño; su alma sollozante y afligida vaga en la atmósfera que respiramos. Como impregnan los átomos de oro de sus versos nuestro ambiente poético, al grado de modificar, esfumándolas, todas las líneas de nuestro horizonte espiritual, así los ecos despertados por sus sordos y suavísimos lamentos se dilatan de corazón en corazón y entran, desde hoy, en los componentes de nuestra ecuación personal y se reflejan en todos los aspectos del dolor, de la pasión humana, cuando tenemos la serenidad de contemplarlos. Ese carácter de sugestión es el sello de la obra poética de Manuel Gutiérrez Nájera, y sería necesario alejarse bien de ella para poder juzgarla. Hoy no, porque estamos

* Prólogo a Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras. Poesía*, México, Establecimiento Tipográfico de la Oficina Impresora del Timbre, 1896, pp. III-XVII.

** Manuel Gutiérrez Nájera murió en la ciudad de México el 3 de febrero de 1895. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

bajo el sortilegio de sus cantos. Perdurará esa influencia mágica, y probablemente quienes lo conocimos y lo amamos no estaremos en aptitud de juzgar nunca a este maravilloso difundidor de sentimiento y de música en las últimas horas de nuestro expirante siglo.

Un día estábamos al frente de una publicación literaria, hace siete, u ocho años; hablamos Manuel y yo de sus versos y creo que también de los míos.

—No —le decía—, no haré un prólogo, pero sí desearía bosquejar una psicología de usted; no acertaré, pero allí quedará dicho cuanto de usted pienso y siento, y por qué le admiramos tanto, y por qué le queremos más.

Los pactos celebrados así, entre dos versos y dos risas, en cualquier rincón de la vida, de improviso surgen de una tumba, solemnes y graves. Entonces hay que acatarlos, precisa cumplirlos... ¿Podré?

Acabo de leer sus versos uno a uno. Tornaré a leerlos, los leeré siempre. Haré de ellos una selección, me compondré mi florilegio; con voluptuosa devoción paladearé las exquisitas gotas de alma derramadas en esos vasos de cristal etéreo, y viviré así en larga, en perenne comunión con él.

Analizar esta emoción será, lo presiento, una tarea casi imposible para mí. Guardan las poesías de mi amigo la forma de su cadáver que cubren todavía como una mortaja; de lejos parecen cinceladas en pleno mármol virgíneo, nítido, pero de cerca, ¡viven y sufren tanto! ¿No es verdad que bajo su inmaculada blancura corre y bulle en imperceptible red de venas palpitantes, la pálida y rítmica sangre del dolor y de las lágrimas? ¿Cómo proceder así a un estudio que sería casi una vivisección? Dejémosle envuelto en la túnica sutil y vaporosa de sus versos alegres; revistámosle con el tisú de oro de sus versos tristes, y cubierto con el manto de la gloria, que es la púrpura regia de los poetas, guardémosle, respetemos su sueño, y que sus despojos

LIBROSMÉXICO.MX

custodì la Chimera
ne la purpurea sera,*

como d'Annunzio dice.

Me contentaré con darme el espectáculo, soberbio por variado, por romancesco, del viaje de esta alma, pura y flébil como un aliento de niño, como la *animula vagula blandula*** del poeta imperial, a través de silenciosas borrascas subjetivas, más terribles que las que estrellan a los albatros contra las rocas y rompen las alas de las águilas.

Su vida es un idilio trágico del que sólo conocemos la música: los versos del poeta. Resulta un poema con notas alegres, humorísticas, satíricas, y a pesar de eso, y por eso quizás, inefablemente triste. Hay que seguirlo paso a paso y estudiar la metamorfosis de este espíritu de elección. Como en todos los poetas que han tenido una madre muy dulce, muy amante y muy piadosa, el alma de Manuel en sus primeros gorjeos no es más que una prolongación del alma materna; son versos de nido los primeros versos suyos, mas de nido colgado en la alta ventana de colores de la iglesia. Los místicos suspiros de su madre pasan a través de su arpa ("La cruz", "María", "Dios", "La fe de mi infancia").[1]

Estos fervores de creyente, más aun, de devoto, muy sinceros, aunque algo convencionales, y en los que, a vuelta de una que otra estrofa gallarda y rica, se advierte el afán de conformarse a los modelos venerados de la poesía sagrada con visos de erótica y romántica, que fue el encanto de la generación del segundo tercio de este siglo; estos arrebatos de adoración católica apenas indican la futura personalidad poética de Gutiérrez Nájera, el más delicadamente

* Custodien "la Quimera en la noche púrpura". [N. del ed].

** Se refiere a Adriano: "pequeña alma, errante, blanda..." [N. del ed.]

[1] Estas poesías aparecieron con las fechas 1876-1877-1878; estamos seguros de que otras muchas del mismo género escribió Manuel antes de las publicadas aquí; pero éstas, si no se distinguen por la absoluta espontaneidad de la inspiración, sí nos revelan al versista ya casi dueño de su arte.

LIBROSMÉXICO.MX

sensual y elegante de nuestros líricos; pero ya entusiasmaba, ya suscitaba fe y nuevos anhelos. Y por cierto no sólo en los jóvenes; don Anselmo de la Portilla —el eximio escritor hispanomexicano, osaré decir, que tanto identificó el fervor ingenuo de su corazón español con todas las esperanzas y aspiraciones de nuestra literatura vernácula— lo presentó al mundo de las letras mexicanas como un precocísimo poeta de estro y de porvenir.

Debió de ser esto, en la casa de Manuel, motivo de gratísima satisfacción y orgullo; cuántos besos y cuántas bendiciones habrán llovido sobre aquella cabeza de 15 años, dorada aún. Porque si su madre era un alma vibrante siempre de emoción religiosa y de ternura (y las madres así, tienen siempre hijos poetas), su padre tenía la pasión literaria, el culto de los buenos versos, y también los componía y dedicaba sus ocios a piezas dramáticas que, al fin de su vida, sometía al impecable buen gusto de su hijo, quien las oía conmovido e influía tal vez, con tacto exquisito y respetuoso, en que no pasaran, de la lectura entre íntimos, a la escena.

Si hubo un poeta de raza y de medio, fue Gutiérrez Nájera seguramente; tenía en la sangre el germen y respiraba la atmósfera apropiada a su desarrollo precoz. La sociedad católica en México que, muertos Carpio y Pesado, no veía despuntar ningún sucesor de aquellos grandes salmistas en su horizonte, porque Arango y Segura eran acrisolados versificadores más bien como resultado de una cultura literaria selecta y superior, que por temperamento y genio; la sociedad católica que atravesaba una crisis aguda de descomposición y recompensación a consecuencia del triunfo definitivo del liberalismo, miró en Gutiérrez Nájera a su niño sublime, como dijo Chateaubriand de Hugo, y esperó verle tremolar, al son de incomparables himnos, los *vexilla regis* de la religión y del arte.

Dos cosas debieron de inquietarle: el erotismo y el francesismo que, en forma de tendencia, aún no de afición decidida, denunciaba en sus composiciones el flamante versista. ¿Pero hay algo más sensual que la prosa de Chateaubriand, que por su sola música produce una

LIBROSMÉXICO.MX

sensación material de deleite, y por su espíritu convierte al genio del cristianismo en la fuente misma del arte en lo más humano, es decir, en lo más pagano de su acepción; y no era él el último Padre de la Iglesia, en opinión de muchos poetas ortodoxos? Gutiérrez Nájera, en su erotismo balbuciente e indistinto todavía, de imitación con frecuencia, que era el acento genuino y daba el tono a sus composiciones, no se mostraba rebelde a la tradición cristiana. Pero ese erotismo debe, de rigor, vestir el ropaje clásico y ser más o menos latinizante o helenizante, para no ser un pecado; es decir, debe, tratándose del sentimiento humano más hondo, y de donde brota en raudal inagotable la savia misma de la poesía eterna, debe, decimos, procurar hacerse pasar a los ojos del lector como un juego armonioso, como una imitación sin sustancia de los antiguos; debe, en suma, disimularse y ponerse el rótulo clásico. Lo inquietante era que en las estrofas de Gutiérrez Nájera resonaban a veces notas de pasión muy penetrante y dulce, si real y voluptuosa como ninguna, y no había en ellas ni actitud clásica, ni decoración mitológica.

¡Y el francesismo! En un estudio, demasiado rápido e incompleto, por insuficientemente informado, de nuestra literatura nacional en los tres primeros cuartos de este siglo, pero así y todo, el más acertado y de mayor alcance de cuantos sobre el mismo tema se ha escrito, el señor Menéndez y Pelayo reprocha a los novísimos poetas mexicanos su devoción, que él llama hiperbólicamente superstición, por la literatura francesa del cuño más reciente.[2] Puede ser justo el reproche, aunque lo merecemos todos acá y allá. El espíritu francés en literatura, por el asombroso poder de irradiación del genio de ese pueblo; por la similabilidad, permítaseme la palabra, de sus creaciones y transformaciones; por su ligereza misma; por el carácter de su gusto estético; qué sé yo; por idéntica causa a la que hace que sus modas se avengan mejor a todos los tipos humanos, y su cocina a todos los estómagos; el alma francesa, que es el traje de

[2] Prólogo del primer tomo de la *Antología de poetas hispanoamericanos*.

LIBROSMÉXICO.MX

la humanidad latina desde hace dos siglos, traje que viste el señor Menéndez, como su cuerpo las levitas francesas, aunque parezca no darse cuenta de ello, esa literatura, repetimos, ha sido el jugo nutritivo de las letras españolas en los últimos tiempos. Lo extraño es que el insigne escritor no se haya explicado el fenómeno y no lo haya comprendido inevitable.

Ningún pueblo, engendrado por otro en la plenitud de su cultura, y a quien se haya transmitido la herencia forzosa de la lengua, las costumbres y la religión, ha podido crearse a la par de su personalidad política, una personalidad intelectual o literaria; esto ha sido, cuando ha sido, obra lenta del tiempo y de las circunstancias. Decirnos, irónicamente, a los hijos americanos de España, que nuestra literatura nacional no aparece todavía, no es ni de buenos críticos. ¿Opina el ilustre académico que la historia de nuestra literatura no revela la evolución hacia cierta forma característica y que marque distintamente al grupo mexicano entre los de habla española? Sí, sí ha habido evolución, y para ello la asimilación ha sido necesaria; imitar sin escoger, casi sin conocer, primero; imitar escogiendo, reproducir el modelo, después, esto es lo que se llama asimilarse un elemento literario o artístico, esto hemos hecho. ¿Y a quién podíamos imitar? ¿Al seudoclasicismo español de principios del siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación francesa. Y los imitamos, sin embargo: Quintana y Gallego, el Duque de Rivas y García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, han sido los maestros de nuestros padres.

Pero después la imitación ha sido más directa. Como aprendemos francés al mismo tiempo que el castellano; como en francés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no en español, al francés fuimos más derechamente. Y eso es lo que puede encontrarse en el estado actual de nuestro desenvolvimiento intelectual. Gutiérrez Nájera fue de los que más pronto acudieron a

LIBROSMÉXICO.MX

esas fuentes, sin paciencia para esperar el delgado escurrimiento del acueducto español. Pero había en ello un peligro, hubo un mal. El habla española, el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente, no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del admirable poeta que aquí rememoramos fue poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba al conocimiento íntimo de la reina de las literaturas latinas en nuestra época, y defender la lengua de España, como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo. Pensamientos franceses en versos españoles, he aquí su divisa literaria, podríamos decir, transformando la de André Chénier. Y algo logró andando los años; su propósito no abortó; el lenguaje castellano, no acicalado ni lamido, pero sí castizo y rico, tomó con él, principalmente, carta de naturalización en nuestra literatura: los poetas de los últimos barcos, que dice Daudet, tuvieron a honor expresarse en el mejor castellano que les fue posible, por imitarlo, por imitar, no ya sus versos, sino su prosa, por desdicha inimitable, en donde expresaba con un colorido y una gracia maravillosos todos los sentimientos, todos los anhelos y hasta los caprichos y las veleidades del alma moderna, en un idioma generalmente puro y sano.

Justo es decir que en esta tarea Gutiérrez Nájera halló colaboradores de primer orden: Pérez Galdós y Alarcón, leídos y releídos, lo mismo ayer que hoy, el primero, sobre todo, renovaba el lenguaje y el estilo de nuestros noveladores y las aficiones de los lectores; Valera, gracias a la milagrosa facultad de vencer fácilmente todas las dificultades de la lengua, se dejaba paladear con fruición íntima por todas las personas de buen gusto y por cuantos dudaban que pudiera aclimatarse en el español, enfático y preciso de suyo, el etéreo *esprit* francés. (Lo cierto es que, sólo Valera allá, y Gutiérrez Nájera acá, lo han logrado, aunque por maneras distintas.) El mismo señor Menéndez y Pelayo, pasmo de los doctos y encanto del público ilustrado, que le perdona sus aberraciones de sectario, en gracia de

LIBROSMÉXICO.MX

su buena fe infantil casi, de su esfuerzo, inusitado entre los polemistas neocatólicos, por ser imparcial y justo, y, sobre todo, de su talento en perpetua y sorprendente ascensión, contribuía a poner de moda entre nosotros el gusto por el castellano de buena cepa, tan distinto del relamido, solemne y estrecho de los clásicos de principios de siglo, y del desatinado y galicista de los románticos que les sucedieron.

Con estos conspicuos escritores, y ante ellos y por encima de ellos, compartían nuestra admiración casi absoluta (no sé por qué apunto esta reticencia), Castelar en prosa y Bécquer, Campoamor, Echegaray y Núñez de Arce en verso. El primero, el único que en la historia literaria de nuestro siglo puede ser comparado con Victor Hugo, no por el estilo ni por la obra, sino por la opulencia infinita de la elocución y por el don de pensar exclusivamente en imágenes, ése podía influir en nuestro espíritu, fascinarlo o hipnotizarlo (y de hecho Castelar ha tenido a la América Latina pendiente de su prodigioso verbo durante más de un cuarto de siglo), pero no influía en nuestra lengua, desafiaba su elocuencia toda imitación que resultaba ridícula y fría. Los otros eran poetas, y los poetas, con su vocabulario reducido y sus artificios retóricos, influyen en la dirección general del alma poética de una sociedad, se reflejan en el estilo de los poetas coetáneos suyos, pero no acrisolan el idioma; ésa es obra de los prosistas. Mas ese reinado de los poetas fue la preparación del cambio benéfico que en nuestra literatura, que antes alardeaba de incorrecta y desdeñaba la gramática, se va acentuando desde hace algún tiempo.

Reinado dijimos, y lo fue, lo es en cierto modo todavía. Bécquer nos retuvo largo tiempo bajo la magia semigermánica de sus estrofas casi sin contorno, pero medidas por el ritmo de una música interior indefiniblemente melancólica y que parecía más adecuada al doloroso idealismo de la lírica moderna; Echegaray, otro gran poeta lírico, al través de los trágicos casos de conciencia de sus violentos dramas paradójicos y soberbios, fue también admirado, aplaudido, como que sus versos aceleraban las palpitaciones del

LIBROSMÉXICO.MX

corazón y enfermaban de emoción y de lágrimas; Núñez de Arce era y es el más estimado, el más amado; la nívea probidad del alma de este gran representante del parnasismo español se transparentaba en el fondo de la clarísima corriente de su elocuencia poética, corriendo por las canales de mármol blanco de un verso indeficientemente sonoro y puro. A él se levantaron todas las almas, se tendieron todas las manos, se ofrecieron todas las coronas; aún tiene entre nosotros templos escondidos, en que se adora el arte y en que el autor de *Raimundo Lulio* y de *La pesca* ocupa el mismo lugar que dos o tres libros supremos de la humanidad, y es el breviario estético de mujeres muy elegantes, en la más noble acepción de la palabra, y de alma superior. Y, con todo, Campoamor es quizá más delicado, más psicológico, más trascendental; menos serio, pero así, risueño e irónico, su sonda baja más y trae más nuevos ejemplares de pasión y de dolor del fondo del alma humana. Sí, estos inspirados fueron reyes, fueron soles; satélites suyos habrían sido la mayor parte de nuestros poetas, si la atracción de la literatura francesa y las otras literaturas exóticas que a través de la francesa conociamos, no nos hubiera marcado una órbita cuya curva no puede ser determinada todavía.

Puede afirmarse que los 10 o 12 primeros años de la vida literaria de Gutiérrez Nájera (1876-1888) fueron un viaje perpetuo por entre todas estas influencias, acercándose a todas, reflejándolas todas, nadando en las aguas de los autores nuevos, encantado, admirado, sumergido, y mostrando a veces en la superficie de las olas, como el escualo de Heredia, su aleta relampagueante de esmeralda y oro.

En aquel decenio se reveló prosista singularísimo, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctílucas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino, saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora, que parecía tocar en lo amanerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto.

LIBROSMÉXICO.MX

En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos, que su deber de cronista le obligaba a narrar, fue en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó a la plena conciencia de su fuerza y de su arte. Entonces se hizo popular entre la sociedad inteligente y la sociedad de los salones, el seudónimo del Duque Job, que iba tan bien a su modestia y a su nobleza literaria, y que concertaba tanto con la conciencia que había en los dos grupos sociales, que él unía con inimitable donaire, de que aquel joven escritor era realmente un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda, figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño.

Pero dejemos al prosista a un lado: ¿nos será dado estudiarlo un día? Sin ese estudio, tal vez lo dijimos antes, la figura en pie del Duque no puede colocarse sobre el pedestal. Sigamos brevemente al poeta; sus versos, menos frecuentes que al principio, más artísticos, obra de quien conoce y penetra los más recónditos secretos de la técnica, emergen de su prosa periodística y abren en los remansos de la precipitada corriente, como los nelumbios del Nilo, sus grandes flores, a manera de estrellas vivas engarzadas en cristal. Flores, eso eran sus versos, sí; y su obra poética, en conjunto, es la flor más bella, la más perfumada, la flor de otoño del romanticismo mexicano. En los elementos de su savia, en el jugo que la colora, se pueden encontrar elementos selectos de todas las producciones poéticas que, aquí y allende el mar, le eran anteriores de cerca, y en la poesía de toda la generación que a Gutiérrez Nájera sucede, está deshojada como en una copa de vino generoso la corola de esa flor.

Flor de romanticismo dijimos, y es verdad. Es verdad, primero, que toda nuestra literatura poética, desde 1830, es romántica. La forma de las obras realistas es la que ha influido sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, o muy poco; románticos hemos sido y seremos largo tiempo a pesar de las transformaciones que sufren las

LIBROSMÉXICO.MX

escuelas de nuestros maestros de ultramar. No hemos logrado nunca hacer poesía puramente objetiva; en cada uno de nuestros versos vaciamos todo nuestro sentimiento, toda nuestra personalidad; no hemos hecho más que poesía subjetiva. Tarde han venido algunas tentativas heroicas, pudiéramos decir, dado nuestro temperamento, para salir del antiguo cauce e impersonalizar la emoción; para hacer, en suma, un poco de realismo indiferente en verso (pienso en los "Poemas crueles"). Es dudoso que se haya logrado producir otra cosa que espléndidos ejemplares de poesía psicopatológica. La flamante poesía descriptiva de Pagaza, Othón, Delgado, Valenzuela y de un grupo de jóvenes refinados artistas, resulta semiobjetiva apenas, por sus fines, o religiosos, o eróticos, o morales. Véase la regia silva de Gutiérrez Nájera: "Tristissima nox"; allí se tiene una muestra de poesía objetiva; allí hay sorprendentes adivinaciones de la naturaleza, y, sin embargo, ¡cuánto de su alma femenina y dolorosa hay esparcido en esa sombra; cuánto lirismo espolvorea de oro las alas de esa gran mariposa negra!

La poesía individualista, en que predomina no el lirismo, como se ha dicho (porque el lirismo, según mi profesor de literatura francesa, no es un género, es un estado del ánimo que puede ser común a diversos géneros de poesía), sino lo que caracteriza más al individuo, aquello por lo que puede su personalidad distinguirse más de las otras, en suma, la sensibilidad, más bien que la inteligencia, es lo que llamamos romanticismo. Esta poesía de la sensibilidad o, en términos de poetas, el sentimentalismo, es la de Gutiérrez Nájera. Su lirismo sentimental, hasta cuando retoza y ríe, es por esencia elegiaco; tómese un centenar de las composiciones aquí publicadas, y con la mayor parte de ellas se puede formar un ramillete de elegías, blancas, perfumadas y tristes como las últimas flores de un jardín que va a morir. Tal florilegio podría intitularse "Amor y lágrimas", y este solo nombre sería una reminiscencia del apogeo romántico.

Mas la elegía de Manuel, verdadero canto de flauta (eso fue la primitiva elegía helénica) por su doliente y sutil dulzura, no por ser

LIBROSMÉXICO.MX

la revelación en rimas musicales de un alma, deja de ser de su tiempo y de indicar la indeterminable transición entre el romanticismo y el realismo puro, que hoy el misticismo de las escuelas nuevas irisa con los colores espectrales en que se descompone la luz que viene del sol de ultratumba. Canto de amor o de dolor o de ambas cosas, como suele, es muelle hasta la languidez, sensual hasta la delectación, como los de su maestro Musset; pero alguna vez va más allá, y desde el vértice de su tristeza, contempla nuestro poeta el fragmento de mundo, de vida universal que nos es dado conocer, como un sector de sombra y desesperanza que corta y mide las dos líneas de espíritu y materia que forman el ángulo de nuestra existencia, y entonces Manuel es pesimista, y su poesía expresa tan acertadamente el tormento de muchos, sí, de muchos, que se impersonaliza casi y deja de ser romántica para ser eterna.

Riamos del pesimismo con los Dumas, con los Nordau; riamos, la vida es buena; la prueba es que nos asimos a ella furiosamente, ¡ay!, sí. Pero porque o es un instinto, es decir, por lo menos intelectual que hay en nosotros, o por el deber, por la vida de los demás. "¡El pesimismo de los jóvenes poetas es una actitud, no es un sentimiento!", dicen los flamantes espirituales discípulos de Pangloss.* ¡Así pues, la pérdida del rumbo en pleno océano (porque la ciencia sólo sirve, y admirablemente, eso sí, para la navegación costanera por los litorales de lo conocido), la intuición invencible de la inmensidad de lo desconocido, la ocultación de la antiquísima estrella polar que se llamaba la religión, el enloquecimiento de la aguja de marear que se llamaba la conciencia libre, no son motivo de suprema angustia, no son capaces de trascender a toda nuestra sensibilidad y de enlutar la lira, como asombran el alma con la más densa de las sombras! ¡Y eso no es digno de ser llorado y clamado en sollozos y gritos inmortales! ¡Ah!, si todo esto es una actitud, es la actitud en que nos ha colocado la civili-

* Personaje de *Cándido* de Voltaire. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

zación, la actitud de Laocoonte entre los anillos de las serpientes apolíneas.

El sublime elegista mexicano tenía un hilo de oro atado al pie, y apenas aleteaba en la noche del pesimismo ("To be", "El monólogo del incrédulo", "Ondas muertas", "Almas huérfanas"), volvía a su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores, y desde allí seguía entonando inefables melodías lacrimosas y divinas. Divinas, sí ("Pax animæ", "Non omnis moriar", "A Cecilia", etcétera, etcétera), divinas sin hipérbole, porque del levantamiento volcánico producido en su corazón por el dolor y el desencanto ("Mis enlutadas", "Castigadas", "Mariposas", "La serenata", "Después"), de la lava petrificada y decorada de cácteas espinosas floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy níveas; en esas cimas en que los antiguos colocaban a los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurantes las estrellas.

Un poeta atormentado por el deseo de la felicidad y la sed de la verdad es una tragedia que pasa cantando por la mascarada humana; eso era Manuel, eso era esa alma enferma de ideal, que, como alguno dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera, encontrado por casualidad. En la felicidad llegó a creer al fin de su vida, al calor del hogar, y hay en sus versos algo como un eco de la inmortal súplica de Fausto al Tiempo, al fugitivo instante: "¡Oh, detente, eres tan hermoso!..." Mas la ansiedad por comprenderlo todo (el ensueño de Goethe) tornaba a inquietarlo, a impulsarlo, y de antemano se sentía vencido, y la Musa murmuraba a su oído las palabras de Shelley (a quien Manuel adoraba):

> Duerme, duerme; olvida tu pena; mi mano posa sobre tu frente, mi espíritu sobre tu cerebro, mi piedad sobre tu corazón, pobre amigo... Duerme, y con ese sueño que es igual al de la muerte, al de la nada, olvida tu vida y el amor, olvida que debes despertar para siem-

LIBROSMÉXICO.MX

> pre, olvida la salud perdida y los divinos sentimientos que murieron durante la breve mañana de tu juventud y... olvídame, porque no podré jamás ser tuya.

¡Oh!, no, la Musa, el arquetipo de belleza y de bien que pugnamos por realizar en la vida, es como esas mujeres que se dan, pero no se entregan; es la deliciosa vida de nuestra aurora rosada y azul que, al fin, en plena vida, se torna pura sombra, absoluta

> sombra, la sombra sin orillas, esa,
> esa que no ve, que no acaba,
> la sombra en que se ahogan los luceros,
> esa es la que busco para mi alma.

La sombra que el poeta buscaba es la eterna, es la de la tumba. Parémonos en su umbral; está muy alto. Del otro crepúsculo, ¡ay!, no tan lejano (¡la vida del Duque fue tan breve, en la brevedad normal de la vida!), del crepúsculo místico, de la penumbra del templo, emerge el astro y podemos seguir su curva de luz; Bécquer, Campoamor, luego todos los poetas franceses de la moderna, de la nueva y la novísima generación, desde los de la carabela romántica hasta los del último barco, desde Hugo, Lamartine y Musset hasta Richepin, Rollinat y Verlaine, pasando por Gautier, Baudelaire y Coppée, todos han ido marcando, como constelaciones, el trazo de la órbita del astro; de estas constelaciones, las que han brillado más en el cielo de Gutiérrez Nájera han sido Campoamor y Musset; como en su prosa, se reflejan el estilo de Gautier y Paul de Saint-Victor y el frasco limpio y cristalino de don Juan Valera que, de cuando en cuando, tiene un delicioso dejo arcaico, como la canción del rey de Thulé, en el *Fausto* de Gounod.

En los últimos seis u ocho años, dueño ya por completo de sí mismo, no con el estilo de sus maestros, pero sí con uno que sus maestros no habrían repudiado y que era único en nuestra literatura,

LIBROSMÉXICO.MX

el poeta, el Duque Job, había logrado realizar en sus escritos lo que había soñado: amalgamar el espíritu francés y la forma española. En plena marcha hacia el ideal, por el imperio adquirido ya de su genio y de su expresión, vino el impío y súbito truncamiento de la muerte.

Como se calcula y define la revolución de un cometa por los elementos de su curva, así pudiéramos figurarnos lo que Gutiérrez Nájera iba a ser; se presiente lo que iba a decir, lo que iba a cantar. Y yo creo que iba a ser el gran poeta religioso de la aurora del siglo latinoamericano; digo religioso y quiero decir cristiano; no, cierto, un cristiano a la manera de los Pesados y los Carpios, ni a semejanza de nuestro pindárico Prieto que es más bien deísta que cristiano y que adora en Cristo al pueblo divinizado, sino un cristiano sereno y delicado, profundamente piadoso al sentirse en contacto con la miseria y el dolor social, y con la duda y la desesperanza individual; un cristianismo sin secta; éste habría sido el fondo de sus poemas postrimeros. Y habría ganado muchas almas, no por la sublimidad trágica de sus "De profundis" y sus "Dies iræ", sino por la tierna y balsámica unción de sus "Ave Maris Stella" y de sus "Te Deum". Verdad es que el carácter elegante y exquisito de sus versos no le habría dado influencia sobre las masas, y nunca hubiera sido popular, pero sí habría hecho vibrar como cuerdas de lira las fibras de corazones agonizantes en la aristocracia de los intelectuales, y éstos son los que necesitan una fe y un ideal, no el pueblo que los tiene sencillos, absurdos y divinos.

Pero no; todo concluyó en pleno día y en pleno esfuerzo; la obra de Gutiérrez Nájera continúa, pero en la de los otros que vinieron después que él y reflejan y refractan a la vez su influencia luminosa. Porque puede decirse que él fue un gran suscitador de vocaciones poéticas, y puede agregarse que el enjambre de cantores (hablo de los verdaderos) que pueblan hoy los aires con sus notas, aquí y acaso en toda la América española, despertó en su nido y voló, gracias al mágico prestigio de la voz de Manuel.

LIBROSMÉXICO.MX

¿Y qué había en el fondo de esa alma selecta, cuál era su facultad ingénita, la que sirve de clave a su elegancia, a su ternura, a su amorosa y melancólica inspiración? Una muy difícil de explicar, imposible de definir y concretar, pero que todos comprendemos al nombrarla: la gracia; especie de sonrisa del alma, que comunica a toda producción no sé qué ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable, como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida a la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna delectación y encanto. Este don de la gracia en nuestro poeta se transparenta a través de todos los temas de sus admirables composiciones en prosa o verso; o lúgubre, o serio, o humorístico, o clásico, o satírico, o tierno, todo trabajo suyo es, por efecto de la gracia, diáfano, aéreo, imponderable; su risa, sus lágrimas, sus acentos patrióticos, su crítica de arte, sus cuentos regocijados o tristes, hasta sus artículos políticos, todo, desde la crónica de un salón hasta su estudio sobre *Hamlet*, desde los versos de espuma de champaña a la Duquesita, hasta los trinos de infinita suavidad del "Non omnis moriar", todo deja ver esa irradiación particular de las personalidades del poeta; son como los rayos X de Roentgen que, a través de un muro, hacen florecer la placa fotográfica.

La distinción, el primor, la elegancia del estilo, no son más que manifestaciones de la gracia nativa del hombre, que es la cualidad que mejor prepara a la educación del gusto, esa otra facultad indefinible compuesta de equilibrio, de proporción y de armonía. El buen gusto del Duque era supremo; sus "Odas breves", verdaderas ánforas del Cerámico, lo demuestran bien; cuantos conocimos a Manuel sabemos que podía producir indefinidamente esos ejemplares de arte inmaculado; esas joyas, dignas algunas de la antología, eran juegos para él.

Y la facultad soberana, que da toda su variedad y movimiento a la obra artística de Gutiérrez Nájera, constituye también su unidad; la imaginación ponderada como la de un ateniense, la delicadeza del

LIBROSMÉXICO.MX

sentimiento, la ternura del corazón, son sin duda las condiciones psicológicas y morales que permiten emplear de un modo fecundo este don de los dioses. Ésos eran los signos distintivos del carácter de Manuel.

O yo o algún otro se encargará más tarde de trazar la biografía psicológica de nuestro amigo. La perfecta imantación de su alma, que ejercía sobre cuantos lo trataban el magnetismo irresistible de la bondad y de la pureza de sentimiento, redimidas, intactas, de una juventud arrojada en flor a todas las sensaciones y expuesta al contacto de todos los fangos, éste será un problema. Será el otro, el porqué de la conservación de la viripotencia mental y estética de un intelecto exprimido hasta el martirio en una labor perenne que duró 10 o 12 años en que un hombre, maravillosamente acondicionado para soñar y cantar, se convirtió en el forzado del periodismo y dio en pasto a la prensa, en series indefinidamente renovadas, ya estudios de literatura superior, ya esmaltes, y camafeos, y orfebrerías poéticas en que apuraba su pericia artística, sin agotar ni mermar siquiera la savia de su instinto estético, que quedaba impoluta y virgen después de los derroches de fuerza y de luz del incansable escritor, ya artículos serios de polémicas políticas y juguetes cotidianos impregnados de ática ironía y regocijado humorismo. ¿Cómo pudo ser esto? He ahí el secreto de una vida y una muerte.

¡Pobre Manuel! Nunca le fue dado vivir consigo, realizar el *secum esse secumque vivere** de Marco Tulio; nunca. Y por eso sentía, por momentos, una infinita lasitud instantáneamente combatida con enérgicos y traidores estimulantes. Y este hombre, que había vivido 100 vidas por la intensidad de sus cerebraciones y de sus sentimientos, encontró incólumes su corazón y su fe para formar un hogar, para coronar de flores inmortales la frente de la amada, y para lograr, a fuerza de cariño, que su alma angélica transmigrase al alma de su pequeña Cecilia, un serafín a quien nuestro infortunado Martí

* "... estar y vivir consigo", *De senectute*, de Cicerón. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

consagró su última adorable canción. Yo he visto esa alma palpitar, en el fondo de los dulces y claros ojuelos de la niña, el día de la muerte de su padre.

Dilucidaremos esos problemas dolorosos; volveremos así, o por otro camino, hacia nuestro amigo; volveremos siempre. Para decirle aquí adiós, pediré a Shakespeare, el poeta que todo lo supo y todo lo sintió, las palabras de Horacio ante el cadáver de Hamlet (también nuestro Duque era un príncipe del arte): "Buenas noches, dulcísimo príncipe mío; que los ángeles arrullen tu sueño con sus cantos".

LIBROSMÉXICO.MX

PRÓLOGO A *PEREGRINACIONES* DE RUBÉN DARÍO*

He aquí un poeta discutido: es indiscutible. Sin reserva alguna es un poeta, y sólo eso es quizá, pero lo es en toda la fuerza connotativa del término. ¿Un gran poeta? No hay grandes poetas: hay poetas, astros de luz propia, y hay los otros, los de luz reflejada; somos los más, somos los planetas; Rubén tiene su luz en sí mismo.

Sí, lo dijo ya el mundo hispanoamericano y todo latino comienza a saberlo ya: Rubén es un poeta. Una de estas noches atroces, de frío, de bruma, de agua, en que parece que llueve barro sobre las calles de París y que son, sin embargo, muy oficial y muy astronómicamente "noches de primavera", leía yo, paladeándolas con delectación morosa, como diría un teólogo, las composiciones que por un capricho, un poco enigmático o un poco infantil, llama el autor *Prosas profanas*. Las tales prosas son poesía pura, arte puro, copas de Bohemia, tazas de Sèvres, cálices de oro y gemas de los tesoros de las iglesias italianas; anforinas del Cerámico, en las cuales ha vertido Rubén esencia de su alma, formada con los instintos que suben al alma del fondo de nuestro organismo y la rebotan y la hacen opaca como la sangre; formada con el dolor que comunica a la nuestra todo contacto con

* Prólogo a Rubén Darío, *Peregrinaciones*, París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1901, pp. 1-19. *El Mundo Ilustrado*, t. I, núms. 20 y 21, México, 19 y 26 de mayo de 1901.

LIBROSMÉXICO.MX

otras almas y tornan su esencia transparente como las lágrimas; formada con lo que recoge nuestra alma de átomos emanados de un sol oculto (en poesía es evidente la teoría de las emanaciones), de imágenes sin contorno, proyectadas por un mundo no visto, por el universo que empieza allí donde el universo acaba y que transmutan la sombra en misteriosa e infinita claridad; son ellas las que ponen en lo interior de nuestra vida una lámpara de altar que parece a veces apagada, cuando repentinamente nos inunda de eso que llama deliciosamente el poeta, "una dulzura de luz".

Pero, dice una crítica, si de esos elementos de sensualismo y misticismo que efectivamente suelen ir juntos, al grado de que el segundo no es más que el erotismo imantado hacia Dios, si de eso se compone la inspiración de Rubén Darío, ¿por qué hablarnos de ánforas de Atenas, de cálices de Cellini y de cristales de Baccarat? ¿Es bella la forma de esa inspiración? ¿Son bellos esos versos? Tienen, respondo, una gran música extraña, que sorprende primero, que parece un reto a todas las reglas de la métrica y la prosodia, pero que leída atentamente, se filtra en el alma gota a gota de miel y la anestesia y subyuga.

En primer lugar, es suyo el instrumento poético, enteramente suyo. Quiero decir que Rubén lo domina al grado que parece su creador, que parece el inventor de su modo de hacer versos; y ese instrumento es un orquestrión: clarín, flauta, címbalo, arpa, violín y lira, todo lo pulsa por igual. No sé si alguno haya dudado jamás de que este poeta fuese capaz de cincelar su estrofa en mármol clásico como Leconte de Lisle y Núñez de Arce, o en bronce como Hugo y Díaz Mirón, o en arcilla de Tanagra como Campoamor y Banville; muestras de su destreza de escultor ha dado, no para olvidarlas; pero es músico y es músico wagneriano. El doctor Max Nordau, que lo admira (hemos conversado mucho con él), debe de aborrecerlo por este capítulo, y Rubén, que es un retador soberbio y silencioso —su silencio suele tener sabor de desdén—, se ha resignado a figurar en la próxima edición de *Dégénérescence* al lado de Verlaine y Maurice

LIBROSMÉXICO.MX

Maeterlinck. ¡Asustado debe estar con tamaña compañía!... Y, sin embargo, el doctor Nordau tendrá razón en clasificarlo entre los tipos de la familia de los degenerescentes, que pudo muy bien llamar regenerescentes, porque inútil es negar que si Wagner y Verlaine no han creado una forma nueva del arte eterno, sí han estado a punto de hallarla, y el primero la ha hallado tal vez. Y yo no sé si es cierto que el verso de nuestro poeta es en realidad el del ancestro Gonzalo de Berceo, engastado en joyas *modern style*, o como con elegante donaire dice:

> Y yo procuro que en la luz resalte
> tu antiguo verso cuyas alas doro
> y hago brillar con mi moderno esmalte.

Esto es para sabiamente dilucidado entre quienes como Rodó, en el juicio admirable sobre *Prosas profanas*, estudian al microscopio el talento de Darío, y al telescopio sus poesías, que son estrellas. Yo sólo veo en mi interior las reliquias que allí han dejado esos cuerpos celestes al pasar por mi atmósfera mental. Lo que es evidente es que ha entrevisto, y ha hecho entrever, un color más en la poesía castellana, un ultravioleta que no conocíamos; que nos ha hecho sentir un sonido más no percibido antes de él; y repito que es músico wagneriano en verso español, no sólo por la prodigiosa variedad de su métrica, que cierto va más allá del metro de los primitivos algunas veces, sino por el ritmo apropiado por tal modo al tema, que es probable que un oído fino, aun cuando fuese el de un ignaro en lengua española, pudiera inferir, por ejemplo, de la "Marcha triunfal", por sólo su resonancia, que se trataba de algo heroico y bélico, y de la composición que se intitula "Era un aire suave", verdadero *menuet* oral, que trataba de algo del antepasado siglo, que pasó, efectivamente, "entre los sollozos de los violoncelos".

Nadie ignora cuánto se ha discutido en América su técnica, sus procedimientos métricos, y cómo han caído sobre sus hombros

LIBROSMÉXICO.MX

desdeñosos, confeti y serpentinas de parodias y censuras. Rubén ha sacudido impávidamente su túnica apolínea, con la secreta amargura del que quisiera ser respetado y comprendido en la dolorosa labor y exquisita de... Así dice:

> Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
> botón de pensamiento que busca ser la rosa
> [...]
> Y no hallo sino la palabra que huye
> la iniciación melódica que de la flauta fluye
> y la barca del sueño que en el espacio boga.

De mí sé afirmar que, sin que arrastre siempre mi asentimiento en sus ensayos, me encantan siempre y suelen convencerme. Pero sería mejor prescindir del verso antes que desarticularlo así y hacer bella prosa, dice una crítica. ¡Ah! Lo bello es abrir a la estrofa su dorada jaula clásica, dejarla volar y perderse en el horizonte y hacerla volver al reclamo. Y es de ver, en las osadías métricas de nuestro liróforo, cómo los acentos se multiplican, las cesuras se complican, y la frase métrica se disgrega y salva el límite del largo alejandrino monorrimo primitivo sin llegar a duplicarse, a hacer de un verso dos yuxtapuestos, sino manteniendo unidad misteriosa en el alma misma de la estructura. La teoría de la melodía ideal, que ha formulado el poeta en un preámbulo que va a desencadenar una tempestad literaria, no me convence, porque no define nada, puesto que esa melodía puede encontrarse tanto en el verso de Heine como en la prosa de Loti, y de lo impreciso de esa teoría ha resultado el ensayo, no digno de aplauso, de mezclar a la prosa el verso en combinación íntima. No, no es porque cada palabra tenga un alma, por lo que el verso de Rubén será verso, sino porque siempre conserva el tema y se agrupa y se cristaliza en una unidad musical; éste es un arte consumado y, aquí puede decirse, no aprendido.

LIBROSMÉXICO.MX

Sugerido sí, sugerido por el medio poético a que ha apropiado mejor el alma rítmica de Rubén Darío. Toda, o casi toda la nueva generación literaria en Francia y en todo el grupo latino, pugna por hallar un mundo nuevo en la métrica; está encinta la musa decadente, y nada más interesante que este trabajo de gestación; pero no será un mesías lírico el que nacerá, será solamente un Benjamín. Después de Victor Hugo, que apuró cuanto había de color, de música y de plasticidad en la lengua poética francesa; Leconte de Lisle y los parnasianos, para renovar, sin romperlos, los moldes eternos del alejandrino, lo hicieron sonar o con mayor dulzura o con mayor fuerza, pero siempre acomodándolo a la expresión de ideas cada vez más objetivas y concretas, verdadero realismo lírico que se acercaba sin cesar a un arquetipo de música oral que tradujese fónicamente la imagen, y que el día que sea alcanzado por el poeta, en vez de palabras, escribirá notas. El parnasismo desde Leconte de Lisle hasta M. de Heredia ha sido dominado por ese afán, y todos sabemos cuán venturosos han sido sus hallazgos, y cómo ha dotado a la lírica y la épica francesas de una maravillosa colección de medallas y bajorrelieves imperecederos. Pero el empeño de encontrar a la poesía una forma elementalmente distinta de la prosa continuó inextinguible, y las palabras llegaron a tener, para la generación de poetas posparnasianos, un valor de sonido en el verso, casi independiente de su significado, y el verso resultó indeterminado, lo que lo convirtió en una especie de ensueño verbal que en los grandes poetas decadentistas tiene un encanto extraño y responde a lo que la noción de poesía representa de vago, de inexpresable, de misterioso. Entonces las palabras cuya acepción se esfumaba en no sé qué onda musical adquirieron valor simbólico, y la frase poética fue una alegoría apenas penetrable a otro que no fuera su autor, y la poesía fue esotérica, sólo inteligible para los iniciados. Esto la sentenciaba a muerte; perdido el contacto con el medio social, se desoxigenó y murió entre Verlaine y Mallarmé, pero dejando como reliquia un verso capaz de emanciparse de la métrica antigua, capaz

LIBROSMÉXICO.MX

de expansiones y retracciones imprevistas, sin perder la unidad rítmica que lo constituye; dejando a Henri de Régnier, a Verhaeren, a Rubén Darío...

Nuestro poeta ha sido, en el mundo de habla española, el más conspicuo representante de esta gran tentativa de hacer hablar a la poesía un verso nuevo, y no puede decirse que no lo haya realizado. Lo singular es que, profundamente sugerido por toda la poesía francesa de la última generación, ha sabido robustecerse con la asimilación y ser original, como se debe ser, no empeñándose en decir lo que otros no han dicho nunca, sino esforzándose en ser una personalidad cada vez de mayor relieve.

El idioma español, con sus palabras precisas hasta la rigidez, se defendió de los forzadores, pero la verdad es que ha adquirido su métrica matices nuevos, como dijimos ya, y afirmábamos que el hijo flamante era un Benjamín y no un mesías porque si España ha agregado una cuerda a su lira no ha suprimido las otras. Núñez de Arce seguirá haciendo admirables versos, y Rubén, como suele también, los hará admirables; la poética decadentista no es, en mi concepto, una renovación, sino una innovación.

Al servicio de esta causa ha puesto el poeta sudamericano un alma en que la sensibilidad artística es una hiperestesia, un temperamento prodigiosamente voluptuoso que convierte en una especie de agonía el amor por la fortuna, y un don de reducir cuanto le dictan la sensibilidad y temperamento a fórmulas selectísimas, que comunican la emoción del poeta y la prolongan en la vibración de las almas.

Frente a algunos aspectos de la civilización humana, un poeta así dotado debe ser un caso interesantísimo, me decía yo, al comenzar la lectura de los apuntes de Rubén en su viaje por Italia y París; y me dispuse, no a viajar con el poeta, sino a viajar por dentro de las impresiones del poeta.

Al volver de un viaje a Italia, conocí una buena parte de estas peregrinaciones que va el lector a conocer, que conoce ya, porque no le

LIBROSMÉXICO.MX

supongo el mal gusto de comenzar este libro por el prólogo, y la verdad es que todo prólogo debía ser un epílogo y ser colocado al fin, porque ése es el orden racional, puesto que nace, después de la lectura de la obra, en la mente del prologuista, y el orden habitual; porque nadie va al introductor sino al autor cuando se trata de literatos de alta talla.

Rubén no sólo es alto intelectual y sensitivamente, sino físicamente; es el suyo un cuerpo que, a punto de ser atlético, se detuvo negligente y perezoso y escondió una resistencia férrea a todos los *surmenages* bajo una piel pálida patinada de bronce, y un alma de artista afinada hasta el dolor, en un cráneo que revela su cúpula mística bajo la cabellera oscura cuidadosamente peinada, y detrás de unas pupilas color de tabaco, frías y silenciosas mientras no afocan uno cualquiera de los infinitos aspectos de lo bello, que entonces brilla en ellos una llama concentrada de pasión y de goce. Así atraviesa el poeta hispanoamericano la Europa de la civilización, grande, lento, siempre bien pergeñado y elegante, como quien *flâne* por un inmenso *boulevard*.

¿Quién no cae en la tonta tentación de escribir sus impresiones de viaje en general y de viaje a Italia en particular? Rubén Darío se ha visto forzado a hacerlo así; a eso vino, enviado por un periódico de Buenos Aires, ¡hay periódicos inteligentes en este mundo, digo, en el otro mundo! Y forzado, es la palabra, ¡cuánto se conoce en los comienzos de algunos de sus trabajos el esfuerzo atormentador del poeta por exteriorizar su impresión en lenguaje de viajero, por precisarla cuando es imprecisa, por recortarla cuando es vaga, por darle forma cuando no tiene contornos, por reducir a unas gotas de agua clara que ha de beber cualquiera, el celaje sutil que *flâne* por nuestro cielo! Pero mientras murmura sus primeras líneas, pasa una metáfora ante la playa de su Mediterráneo (mar interior), una trirreme de marfil o ébano, purpúrea la vela triangular, y tripulada por oceánidas desnudas dentro de su gasa de oro, y nuestro autor se embarca y sigue el hilo de cristal de su sensación y de su ensueño.

LIBROSMÉXICO.MX

Las primeras hojas del libro son manchas de París, como los pintores dicen, totales de la última exposición, "gloria de los ojos", como dice el poeta: artículos panorámicos a través de cuyas líneas se entrevé la mar de ángulos y curvas de pirámides y hemisferios, de grises y oros, de sombra difusa estriada de luz que constituye el aspecto de este París que hace indefinido, que hace infinito su perpetuo cerco de bruma. Cuando el viajero desciende de la torre de Eiffel (el penacho de Cyrano de París), es para buscar detalles de arte, para meterse en un sumario dorado y elegante de la evolución artística de Italia, para medir a un escultor del tamaño de Rodin, grande hasta en sus errores, haciendo por cierto, con exquisiteces de criterio incapaz de pedantería, el más acertado juicio que del insigne y oscuro autor del bloque de Balzac se ha hecho hasta hoy.

Y como no hay cosa que seduzca más a estos adoradores de la gracia que son los poetas que la fuerza (que cuando está en el servicio de la inteligencia es también una belleza y también es una gracia), nuestro peregrino se mete entre los anglosajones de América y todo lo encuentra digno de alabanza, y casi todo digno de admiración; y puede que razón tenga, y la tiene de seguro, y no sé por qué se desearía que no la tuviera tanto.

Las líneas consagradas a Oscar Wilde, el poeta estigmatizado sobre quien hizo llover la sociedad fuego de vilipendio e ignominia, como el que cayó del cielo bíblico sobre Sodoma, son magníficas de piedad y severa tristeza. Tiene en él frases Darío que muestran cómo su fantasía, a pesar de sus gigantescas alas condorinas, no sale de la atmósfera de la razón y de la realidad, y que no es cierto que la genial idea poética, el estro, que los académicos dicen, sea una enfermedad de la mente, una vesania, sino una afirmación extraordinaria de la facultad de percibir lo bello. Tiene, en este juicio, pensamientos supremamente hermosos como éste, que será lo único del libro que cite yo, puesto que, reducido a fragmentos, lo haría entrar todo en este prólogo: "Wilde no comprendió sino muy tarde, que los dones sagrados de lo invisible son depósitos que hay que saber

LIBROSMÉXICO.MX

guardar, fortunas que hay que saber emplear, altas misiones que hay que saber cumplir".

Y así vive París Rubén Darío, y París vive así: de la Exposición a Krüger, de Swedenborg a Sada Yacco, de la Ópera a *La boîte à Fury*, de *Lohengrin* a *Los trabajos de Hércules*, del abate Estourneau a la *belle* Otero, de un sermón de Bossuet exclamado por Mounet Sully a una *complainte* funeropornográfica del *Cabaret du néant*. Y todo esto se refleja no con precisión fotográfica, sino con verdad de vida y de poesía, en el libro del poeta que a fuerza de ver, risueño y *charmé*, a este París que lo ha fascinado y hecho suyo, que lo ha hecho su mosca de oro en una telaraña maravillosamente irisada por la luz de este sol que parece el lustro que alumbra la escena de eterna comedia, se ha vuelto pesimista; y suavemente y con la *nonchalance* de un *dilettante*, pone en su honda esta piedra:

> Como hago muy poca vida social, tengo todavía el mal gusto de creer en Dios, un Dios que no está en San Sulpicio ni en la Magdalena, y creo que ciertos sucedidos como el del Bazar de Caridad y la singular muerte de Félix Faure, son vagas señas que hacen los guardatrenes invisibles de esta locomotora que va con una presión de todos los diablos a estrellarse en no sé qué paredón de la historia, y a caer en no sé qué abismo de la eternidad.

¿Será que nuestro poeta encuentra que lo que liga y aprieta en un haz de placer y de gusto todas esas disímbolas manifestaciones del París que tanto ama, sin embargo, es un signo misterioso que reside en la sombra y en el mal y que un *mané*, *thecel*, *pharés*, relampaguea invisible en las noches de la moderna Babilonia? Lo cierto es que de improviso desertó del París de la exposición, una cosa monstruosamente admirable y loca, como un laberinto de gemas que fulguraran, rieran y cantaran, y al mismo tiempo ordenada y armoniosa como una sinfonía de Beethoven, y huyó a Italia. Tuvo razón. A Italia se debe huir siempre; Italia es el refugio divino de toda alma

LIBROSMÉXICO.MX

en peregrinación; todo hombre que tenga el estigma del amor a lo bello en su frente debe ir allí, debe abandonarlo todo por ir allí, debe ir a oír lo que Italia le dice, pegando todo el espíritu, todo el sentimiento al corazón de la diosa, y auscultarla devotamente, y sentir el ritmo sorprendente de esa vida en que la naturaleza y el arte riman en un poema sin fin... ¡Oh! Italia, Italia, madre de toda poesía, desposada de todo ensueño, visión de amor y de belleza apenas estrechada cuando desvanecida entre los brazos...

Rubén Darío entró a Italia como se debe entrar, con la devoción ingenuamente pagana de un católico, dispuesto a arrodillarse en los Calvarios convertidos en Tabores, ante los Cristos-Apolos, ante las Madonnas-lirios de Angélico, nardos de Botticelli, rosas de ternura de Rafael, de dolor de Dolci, de vida de Andrea del Sarto y de cielo de Bellini. Así lo hizo; el arte de Italia, veranlo mis lectores, le fue como un diamante bebido faceta a faceta, luz a luz.

Empezó a rezar su rosario de poeta por Génova, Pisa, Roma, Nápoles..., allí lo dejé yo a través de este libro magnífico; las cuentas de oro le pasan, lentamente acariciadas, por los dedos. En todas partes dice algo, después de tantos y tantos, que se oirá siempre, porque deja hablar a su alma... Qué bien transmitida al lector la maravillosa tristeza y silencio de Pisa, el gran camposanto de mármol cuyas tumbas son la torre inclinada, el Bautisterio, el Duomo y el mismo campo santo en que parece que oye uno por delante los pasos del Dante y por detrás los de Dios... ¡Oh, con qué piedad se adora allí, en aquella tremenda tranquilidad, la desnudez y la pobreza de aquel sitio decorado de sombras de frescos de Gozzoli y de Orcagna, de reliquias de sepulcros y de un mundo de historia y poesía!

¡Y en Roma! La Roma de Rubén Darío es la Roma del pontífice, es la Roma de que toma posesión Pedro en el Circo de Nerón de *Quo vadis?*, allí mismo quizá donde hoy se levanta la Basílica tiarada con la gigantesca cúpula de Miguel Ángel... Las protestas, las reservas, las negaciones ante ese divinismo hierático que forma bloque

LIBROSMÉXICO.MX

con las miserias y las flaquezas más tristes de la humanidad, se disiparon cuando tocó con sus labios reverentes el anillo del pescador. Tiene palabras encantadoras para León XIII, de admiración, de amor; tanta gallardía de inteligencia y de vida dentro del transparente fanal de aquel cuerpo que parece una lámpara de altar en un santuario oro todo, arte todo, todo Rafael, todo Miguel Ángel, todo Pinturicchio, todo Canova, lo seduce, lo atrae, lo arrodilla. Tiene razón: el espectáculo es soberbio; estos hombres de ideal, en lucha con un mundo, son la obra de arte de Dios; ¡cómo besa las manos del pontífice, manos fluidas, bendecidoras y trémulas, manos hechas de alma y de bondad, cuya blancura inmaculada se continúa y se completa en la mística blancura de la hostia...!

En Nápoles, a orillas del golfo de luz, en cuyo fondo de zafiro viene y emerge ante los ojos arrobados la flor del arte antiguo, del arte eterno, la flor de amor, entre la tumba de Virgilio y la tumba de Tiberio, entre los oráculos de la Sibila y las tarantelas de Carmelina, yo he dejado al peregrino... Y ¡oh espectáculo incomparable, el de un poeta que transmite al mundo en vibraciones la perenne sugestión de esas cosas en que el hombre y Dios han rivalizado casi en crear belleza! Mas no creáis que Rubén cabalga siempre en Pegaso; fue a tierra y con la rienda de su corcel lírico al brazo, "il mène Pégase au vert", como decía el ancestro Hugo. Este *vert* es aquí el campo de la observación realista, penetrante, exacta, del medio social que el viajero atraviesa. Dice lo que ve, todo lo que ve, y en su retina nada se deforma, unas cosas toman mayor relieve que otras y eso es todo...

Rubén sigue peregrinando, seguirá por mucho tiempo; ahora va de *boulevard* en *boulevard*, exquisitamente divertido por el fantástico desfile del París crepuscular y nocturno ante los *bocks*; cada vicio cascabeleante de audacia y de locura, cada virtud alegremente disfrazada de vicio lo sorprende, lo retiene, lo conmueve...

¿Por qué dicen que no sois un poeta de América, mi querido gran poeta, cordial y bueno bajo la pálida máscara, por qué? Pues

LIBROSMÉXICO.MX

no sois de Francia, porque aunque vuestro verso habla, no la lengua, pero sí el verbo francés, encendéis sobre él esas constelaciones nuevas que ven "los conquistadores" de José María de Heredia al pasar el Ecuador; no español, porque tenéis el estro demasiado crepuscular y compuesto de demasiado complicados matices para que pueda ser su medio natural el de los colores francos y altos que ama la musa española, y que tienen el don de irritar a nuestro eximio amigo Santiago Rusiñol, a cuyos pies todos los días pone, sin embargo, el Mediterráneo su copa de oro blanco y de azul enceso.

Sí, sois americano, panamericano, porque en vuestros versos, cuando se les escucha atentamente, suenan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne, que es vuestro pájaro heráldico, boga sin cesar en vuestros lagos helénicos en busca de Leda, el cóndor suele bajar a grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia tropical de vuestro temperamento, al través del cual sentís lo bello; y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra...

Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en *Prosas profanas* son un "alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil", que aprietan el corazón. Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués; a América, nuestra madre, a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspasia y de Pericles. Los poetas deben servirse de su lira para civilizar, para dominar monstruos, para llevarlos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el Ideal.

París, abril de 1901.

LIBROSMÉXICO.MX

LOS VERSOS DE GUILLERMO PRIETO*

Hace poco tiempo que se terminó la publicación del hermoso *Viaje a los Estados Unidos*, libro que, a precio no muy alto por cierto, se halla de venta en la librería de Aguilar y Ortiz y en las casas de los corresponsales de éste; y tan luego como esa publicación terminó, diose principio a la de los versos de Fidel,** nuestro poeta popular, sin disputa alguna el representante de la poesía mexicana en la actualidad, el príncipe de nuestros poetas. Van ya publicadas buen número de esas poesías, inimitables algunas, y apenas si han llamado la atención a un círculo limitadísimo de amantes de lo bello, y apenas si la prensa les ha consagrado la atención que se merecen.

Disculpa, aunque leve, es para esto el estado de agitación, de fiebre casi, que las cosas políticas producen en el ánimo; que lo conturban, que le ponen una venda para todo aquello que no sea el interés del momento, el mezquino interés que se liga al triunfo de esta o aquella personalidad; pocas veces al triunfo de esta o aquella idea.

También somos culpables, en parte, de ese pecado; pero contritos ya, entonamos un humildísimo mea culpa y desde hoy nos prometemos volver al buen camino; y volvemos, escribiendo estas

* *La Libertad*, México, 22 de junio de 1879, p. 2.

** *Versos inéditos*, México, Imprenta del Comercio, de Dublán y Chávez, 1879. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

líneas, y publicando hoy una de las más bellas poesías que en esa colección se contienen, poesía que a cualquiera le conquistaría el título de gran poeta.

Y a fe que pocos lo merecerán como Fidel. Hay versos que fatigan: estos versos cautivan; cansa a veces la miel, aun cuando sea miel hiblea: no cansa jamás el sentimiento, la poesía verdadera, la poesía que respiran las páginas que van publicadas de los versos de Fidel.

Hay que abandonar un libro de versos, cuando no mueva en el lector idea de pena, de grandeza, de amor, de aquello que está encendiendo la inspiración del poeta; hay que volverlo a leer cuando mueve el corazón, y no dos ni tres veces se leen las poesías de Fidel, se querría estarlas leyendo perpetuamente.

Feliz quien, como él, ha pensado tantas cosas bellas, y como él ha amado a una mujer, y ha servido como él a la patria, y ha escrito libros como él; y ahora, cuando sus injustos contemporáneos casi le olvidan, él se venga de sus contemporáneos regalándoles con su inspiración; haciéndoles recordar, con la memoria de sus dichas, las dichas propias, haciéndoles volver los ojos a lo bello, con la presencia de las bellezas que en su espíritu se han anidado como celestes viajeras; teniendo siempre besos para las ternuras, y lágrimas siempre para los enamorados corazones.

De Fidel la inspiración no ha huido con los años; por el contrario, ellos le han traído la plenitud de la poesía como le han traído la plenitud de la vida.

Lean, lean todos los que amen lo bello y lo tierno esas poesías; el ánimo se alegra de encontrar en tan artística forma encerrados los nobles arranques, los delicados sentimientos, las risueñas fantasías, los sublimes ideales de la humanidad.

LIBROSMÉXICO.MX

CRÍTICA LITERARIA*

El señor Caravantes publicó ayer, en *El Correo del Comercio*, una poesía en que se lee la siguiente delicada estrofa:

Mira que aquí pasaron
tus cariñosos padres, aquí vieron
tus juegos, celebraron
tus gracias, te besaron,
y en sus brazos dormida te mecieron.

Pero a los pocos renglones, ¡zas!, oíd:

Y se extasió escuchando
tierna oración que arcángeles socorre,
tus ojos, signo, cuando
vieron, al cielo, alzando,
de redención brillar en la alta torre.

Ese "signo" dislocado, metídose donde la sintaxis no había menester de su régimen que ser debía el verbo, regido ahora de un

* *El Federalista*, México, 5, 8 y 13 de marzo de 1872.

LIBROSMÉXICO.MX

adverbio de tiempo, en la transposición que buen gusto y sindéresis rechazan por la oscuridad completa y del sentido enigmática significación...

Hablando seriamente, nosotros desearíamos que el señor Caravantes fuera menos afecto al hipérbaton, pues quien, como él, ha escrito la primera estrofa, puede, a nuestro juicio, cultivar con éxito el género clásico. Duélenos encontrar muy a menudo en las poesías del señor Caravantes un giro digno de fray Luis de León, pero que pierde todo su mérito flagelándose en transposiciones que no sólo no dan belleza al estilo, sino que lo oscurecen completamente.

Gustosos aceptamos la honrosa controversia a que nos invita el señor Caravantes, con tanta más decisión, cuanto que sentimos no estar conformes en nada de lo que dicho señor se sirve decirnos en su carta.

El pensamiento general que domina en ella nos parece falso: laméntase el señor Caravantes de que nosotros le tengamos a mal el uso del hipérbaton, y a fe que si tal fuera nuestra acusación, razón de sobra tendría para lamentarse nuestro digno adversario.

Nosotros no pretendemos que el señor Caravantes deje de ser afecto a esa figura, sino que lo sea menos: en una palabra, que use de ella con la parsimonia que los buenos autores aconsejan. Si bien es cierto que, como todas las de sintaxis, embellece el sentido que no puede tener en poesía la austeridad de la oración cuyas partes se colocan con riguroso orden gramatical, es una verdad no menos reconocida que la misma condición de las figuras exige que de ellas se haga el menor y más delicado empleo.

En esta frase: "camas para matrimonios de bronce", se comete el hipérbaton, y sin embargo no puede ser de peor gusto.

Cree el señor Caravantes necesario el hipérbaton para la onomatopeya (armonía iniciativa); en cuanto a nosotros, nos parece que esa y las otras figuras necesarias son en poesía, ya se trate de onomatopeya, de imprecación o cualquier otro giro retórico.

LIBROSMÉXICO.MX

Por lo que hace a la armonía imitativa, conocemos algunas poesías de magníficos autores, ricas en onomatopeya, y en las que el hipérbaton se hace notar muy poco.

Fray Luis de León dice:

> [...] la bandera
> que al aire desplegada va ligera.

¿Hay algo en literatura que mejor copie la ondulación del lienzo entregado al aire? Y sin embargo, ¿dónde está el hipérbaton?

Otro gran poeta español ha dicho:

> Serenas tiende y rompe el Ponto en Chío.

Admirable verso que casi hace saltar del papel las espumas de las olas, y donde tampoco se nota la transposición.

En toda la elegía de Jorge Manrique, donde hay caudal inagotable de esa armonía imitativa, y la más difícil, la que reduce a palabras el amargo sentimiento del dolor, tampoco se encuentra usado ilimitadamente el hipérbaton.

Lope de Vega flageló esa costumbre, muy común en los poetas de su tiempo, cuando en su inmortal *Gatomaquia* dejó aquel:

> En una de fregar cayó caldera,
> transposición se llama esta figura.

Hemos dicho todo esto, porque el señor Caravantes cree que para pintar la suspensión de la brisa puede emplear el hipérbaton, en gracia de la armonía imitativa, como lo hace en la estrofa cuya coordinación hemos atacado y que nos parece muy vulnerable, aun después de que el autor la ha reducido a prosa en la carta anterior, de la manera siguiente:

LIBROSMÉXICO.MX

Y cuando alzando tus ojos al cielo vieron
brillar el signo..., etcétera, etcétera...

Empezamos por no estar conformes en la concordancia gramatical; en nuestro humilde juicio, el verbo "ver" debiera estar empleado en singular, porque el sujeto de la oración, callado por elipsis, es el pronombre "tú".

Y haciendo abstracción de esta silepsis inadmisible, tampoco creemos que quede al arbitrio del autor colocar las palabras donde mejor le convenga para la medida del verso. Eso equivaldría a dividir en trozos el cuerpo de un hombre, y articular después las piernas donde estuvieron los brazos.

¿Admitiría el señor Caravantes un giro en que —en gracia del hipérbaton— se pospusiera el artículo al nombre, como éste: "hombre el creación es rey de la"? Seguramente que no. Porque el hipérbaton tiene sus límites, y cuando indistintamente se emplea para atender, bien a las cadencias, bien a la medida, se hace un caos de lo que hubiera podido ser un astro.

Por otra parte: no consideramos la repetida figura de gran necesidad en la armonía imitativa, que, más que en otro precepto, consiste en la reunión de letras labiales y guturales para expresar sentimientos delicados, y de letras linguales o dentales para dar expresión a los de ira, entusiasmo o ruido atronador.

El señor Caravantes nos ha citado a Herrera, a Herrera el divino, el gran clásico del siglo XVI, el inmortal autor de *La batalla de Lepanto*.

Siempre hemos reconocido en nuestro contrincante un venerable respeto hacia los clásicos españoles, y, aun en sus giros más triviales, hemos sorprendido siempre ese sabor que no es incompatible con el buen gusto, como el señor Caravantes parece asentar al principio de su párrafo segundo.

Precisamente, los clásicos son tales por el buen gusto que respiran sus obras; y el buen gusto en literatura reconoce por causa la observancia de los preceptos del arte.

LIBROSMÉXICO.MX

Volviendo a Herrera, permítanos el señor Caravantes que le excitemos a imitarle en su sencilla elevación, en su claridad, en sus giros deliciosamente naturales. Las frases que elogia Quintana en Fernando de Herrera, y que trae el señor Caravantes en su propia defensa, son éstas:

> Prevaleciendo en vanidad y en ira,
> [...]
> Que sus aras afea en su victoria.
> [...]
> Y de sus pinos ir el mar desnudo.

Y otras muchas tan elegantes como valientes; pero en ninguna de las cuales hay transposición violenta ni giros incomprensibles.

Sea el señor Caravantes notable por la claridad, renuncie a ese desorden de colocación que no significa nada, ajústese, en cuanto pueda, a los preceptos gramaticales, y como hoy le excitamos a ello, batiremos mañana palmas en su triunfo.

El señor Caravantes ha confundido nuestras humildes observaciones con una crítica de esas que hacen burla de todo sin poner en claro nada. Cree que al citar dos o tres muestras de hipérbaton forzado hemos querido decirle que él comete iguales licencias. Nada de eso: al estampar nuestra modesta pluma aquellas desfiguradas figuras, osó poner a la vista del señor Caravantes lo resbaladizo que es el hipérbaton y la oscuridad a que suele llevarnos en su vuelo, si no es que lo medimos y guiamos cautelosamente.

Asienta nuestro contrario que no nos ha invitado a controversia ninguna: sea enhorabuena y pasemos ante al público por visionarios; que ya con la carga encima, y habiendo andado algo del camino, fuerza será llegar al término aunque lo hagamos a grandes saltos, porque otra cosa no nos permiten ni el tamaño de nuestro periódico ni la paciencia de sus lectores.

No se da cuenta el señor Caravantes de que, conviniendo en el

LIBROSMÉXICO.MX

conocimiento que tiene de los clásicos españoles, creamos posible que haga a veces mal uso de las figuras gramaticales; y antójasenos que no son incompatibles ambas creencias, pues bien se puede ser adorador de fray Luis de León y, en el mismo deseo de imitarlo, cometer algunas alambicaciones de estilo que son transparentes para el que lee y casi nunca para el que escribe.

El famoso Góngora, llamado El Culto, no sólo estudió los clásicos, sino que en alguna de sus composiciones compite en belleza, majestad y corrección con los grandes autores del siglo XVI, y sin embargo, por su estilo a veces ampuloso, a veces incomprensible, fue llamado después el Ángel de las Tinieblas, y aun Rojas, en la jornada tercera de su comedia *Sin honor no hay amistad*, se permitió estas grotescas alusiones al más delicado de los cancioneros españoles:

> Está hecho un Góngora el cielo,
> más oscuro que su libro.

No es que estemos conformes con semejantes diatribas ni que dejemos de ser, como el que más, admiradores de Góngora; hemos pretendido únicamente consignar dos verdades:

Primera. El conocimiento de los clásicos no implica en sus imitadores el mismo discernimiento del modelo.

Segunda. Es tan peligroso innovar, que el mismo Góngora con su fogosa imaginación, su exquisita delicadeza y sus reconocidas dotes poéticas, no ha podido legar y hacer admirar de la posteridad otras obras suyas que aquellas altamente sencillas y sencillamente elevadas.

Trae de nuevo el señor Caravantes en su apoyo a Fernando de Herrera, cuya galanura de estilo aceptamos como él; pero en cuyo modo de decir, repetimos, nunca hemos hallado violentas transposiciones. De este gran poeta dice Quintana: "Estas dotes que tienen

LIBROSMÉXICO.MX

los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que más conservan el carácter pintoresco y ameno que les dio el poeta".

Puede ser que nos engañemos; pero hemos querido descubrir en el anterior juicio un elogio a la delicadeza de la frase, a la pompa del estilo, al vigor de la expresión, que no pierden nada de su belleza poética, aun reducidos a prosa; transformación que deja desfigurados completamente los versos en que ha habido una construcción dislocada.

No está, sin embargo, muy de acuerdo Quintana con esa exuberancia de Herrera en el género erótico.

Oigámosle:

> Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distantes de la verdad y la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de cuando en cuando se deja notar en Herrera, se añade que su dicción es demasiado estudiada y esmerada, peca casi siempre por afectación, y no pocas veces por oscuridad. El estilo y lenguaje del amor quieren ir más desarrollados y ligeros para ser más graciosos y delicados.

El señor Caravantes no ha podido menos de ser consecuente: admirador ciego de Herrera, ha incurrido en sus mismos defectos, que no por haberlos cometido un gran poeta dejan de serlo, ni menos de merecer la corrección que la época señala a todos los legados de edades pasadas.

Ya ve nuestro adversario que no hemos sido ligeros: descubierta la fuente, se justifica el raudal. Un poco menos de pasión por el autor de *La batalla de Lepanto*, más razón fría para descubrir y huir de sus defectos... y nada más.

LIBROSMÉXICO.MX

A ti libre ya debe
del recelo saturnio que el profano
linaje, que se atreve,
a alzar la osada mano
sienta su bravo orgullo salir vano;

ésta es la décimatercia estancia de la oda de *Don Juan de Austria*, de Herrera, entre cuyos versos desea el señor Caravantes establecer un paralelo con los de su estancia de los *Fantaseos*, que así dicen:

Tus ojos, signo, cuando,
vieron al cielo, alzando,
de redención... etcétera

Examinémosla:

En la primera estrofa encontramos únicamente dos elipsis y un hipérbaton, si bien de una oración entera, y que por lo mismo no exige larga recomposición de las palabras fraccionadas.

He aquí la estrofa: "A ti (Marte) libre ya (Júpiter) debe 'del recelo saturnio' que el profano linaje que se atreve a alzar la mano osada, sienta salir vano su bravo orgullo".

Hemos conservado de intento la estructura de la estancia en la poesía, para que se vea cómo la ausencia de los nombres "Marte" y "Júpiter", y la mala colocación de las palabras "recelo saturnio", son los únicos óbices a la claridad completa del pensamiento. Y nótese que posponiéndose el verbo "debe" a "saturnio", se vencería gran parte de la dificultad en el verso mismo.

Veamos la del señor Caravantes.

Tus ojos, signo, cuando
vieron al cielo, alzando
de redención... etcétera.

LIBROSMÉXICO.MX

¿Sucede lo mismo que con la anterior? Ella (elipsis, sujeto): cuando alzando tus ojos al cielo (oración condicional accesoria) vieron (verbo) signo (término) de redención (régimen indirecto).

Esto dando de barato que siendo "ella" el sujeto, pueda el verbo estar en la tercera persona del plural del pretérito perfecto. El señor Caravantes nos dice: "'Vieron' concierta con 'ojos', los ojos vieron la 'torre' cuando 'ella' los alzaba al 'cielo' y rezaba, y si 'ella' era quien alzaba los ojos, era 'ella' el sujeto y no los ojos, que eran los alzados, y entonces el verbo principal debe concordar únicamente con 'ella'". Bien que nosotros seguimos creyendo que el sujeto es "tú", porque el posesivo "tus" nos hace creer que debe ser segunda persona el agente.

Dejemos la cuestión gramatical y fijémonos en la puramente retórica. ¿Sería posible reducir a prosa la estrofa del señor Caravantes con la misma facilidad que la de Herrera? ¿Son iguales las transposiciones? ¿Se pinta en la última la suspensión de la brisa que hubiera podido ofrecerse en este solo verso:

> Leda la brisa suspendió su vuelo,

sin necesidad de dislocar el periodo? ¿Dónde está la palabra onomatópica que nos recuerda la brisa suspensa?, ¿cuál es? No; volvemos a decirlo: la onomatopeya no consiste en romper la frase para arrastrarla; consiste en combinarla hábilmente para que la estructura de sus sílabas y las letras que las formen den idea aproximada de la rapidez, lentitud y clase de movimiento.

> Subo con tanto peso quebrantado
> por esta alta, empinada, aguda sierra,
> [que aún no llego a la cumbre cuando yerra
> el pie y trabuco al fondo despeñado.]

LIBROSMÉXICO.MX

Del golpe...
Del golpe y de la carga maltratado,
me alzo a pena...

¿Se quiere un ejemplo donde más se arrastre la acción? Pues éste es de Herrera, y a fe que es bastante sencillo en su construcción.

Meléndez dice:

Desaparece
cual relámpago súbito brillante.

La rapidez está perfectamente imitada.

Otro de Virgilio y sin el hipérbaton, que es alma de la poesía latina:

Apparent rari nantes in gurgite vasto...*

¿Hay algo que mejor pinte el abismo? "¡*Gurgite vasto*!" ¿Quién se atrevería a traducirlo?

Y este otro de Racine, en que se oye, por la "sucesión" de las "eses", el silbido de las serpientes:

Pour qui sont ces serpents qui sifflent sur vos têtes?**

¿Se oye o no el silbido del reptil? Ésa es la verdadera onomatopeya. Véase, pues, si no es fácil cultivarla y hablar lo más llanamente posible.

* "Se ven nadando algunos náufragos por entre el vasto abismo." En la *Eneida*, canto I, 118. [N. del ed.]

** "Pues son serpientes que silban sobre vuestras cabezas." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

En la carta que tenemos la honra de contestar, se citan igualmente unos versos de Francisco de la Torre que, así aislados, parecen confusos; pero que son en extremo claros como todos los del autor.

El poeta habla a una cierva cuyo compañero ha sido herido, y cuando éste va a morir, le recuerda sus días pasados diciéndole:

Cuando las horas tristes,
ausentes y queridos,
con mil mustios bramidos
ensordecisteis la ribera umbrosa
del claro Tajo...

¿No se comprende, sin necesidad de violencia alguna, que cuando se hallaban ausentes ambos ciervos bramaban mustiamente ensordeciendo las riberas del Tajo? ¿Se quiere más sencillez en la rima?

Vamos a concluir:

El señor Caravantes cree que blasonamos de pedagogos; nosotros, por nuestra parte, hemos querido dar a estas líneas el carácter de una conferencia literaria, celebrada a la sombra del árbol de la consideración.

Bajo su copa tendremos el placer de platicar con nuestro digno contrincante, cuantas veces lo desee y a bien tenga honrarnos con ello; pero por lo mismo que nosotros medimos nuestras palabras, quisiéramos que el señor Caravantes usara, si hemos de continuar nuestras conferencias, el mismo lenguaje deferente que hasta hoy ha venido empleando, si bien un poco agresivo al principio de su última carta.

Esto que nada cuesta hace mutuamente respetuosos a los combatientes y da lustre a la prensa nacional.

LIBROSMÉXICO.MX

LAMARTINE*

Onorate l'altissimo poeta.

Dante

Una gran esterilidad literaria es el carácter distintivo en Francia, de la generación que ha sucedido a aquella que en otra época hacía estremecer al mundo con las estrofas sublimes de Hugo, llorar con los melancólicos cantares de Lamartine y reír de placer con los versos alegres y voluptuosos de Musset, el Béranger del gran mundo.

Todos aquellos hombres, aquellos poetas han desaparecido, en la tumba algunos, otros en el destierro adonde los ha arrojado su bien amada Francia, que no tiene el derecho de llamarlos suyos desde el punto en que, cerrándoles las puertas de su hogar, los obligará a pedir una patria al universo.

En la resurrección, quizá tardía, pero seguramente inevitable, del genio de ese pueblo, la Providencia ha querido dejar todo el trabajo y toda la gloria a una nueva prole, y como en los cielos, a la proximidad del día apáganse las estrellas, van así apagándose en el cielo

* *El Renacimiento*, t. I, México, 12 y 19 de junio, y 3 y 17 de julio de 1869, pp. 333-335, 343-346, 376-380 y 408-411.

LIBROSMÉXICO.MX

de la Francia los astros de esa magnífica constelación que otro tiempo derramara sobre el mundo civilizado torrentes de luz, con una prodigalidad de que no hay ejemplo en la historia del pensamiento humano.

La literatura europea está en una época de transición. Parece que el francés no encuentra ya inspiración en su amor a la gloria y a los combates, en su pasión por la mujer y el vino, en la historia de su pasado de martirio por una idea, de heroicos sufrimientos para adquirir una efímera grandeza; que el español perdió ya el arpa en que cantara sus Pelayos y sus Cides, sus góticos feudos y los cármenes de sus vegas, sembradas aún de los maravillosos despojos de la civilización mahometana, los ojos de fuego de sus señoras y el caballeresco amor de sus hidalgos, y que no hay ya para el italiano maravillosa armonía en los espacios, luz inefable en los horizontes, recuerdos gigantescos en sus anales, escritos aún en esos incompletos libros de piedra que se llaman ruinas.

Como otra vez al frente del generoso movimiento iniciado en la época en que concluyó el despotismo de hierro del primer Bonaparte, hoy también la Francia se ha puesto a la cabeza de esa literatura malsana que se manifiesta en versos de *boudoir* y en novelas de mancebía; que pregonan el olvido de toda virtud en medio del placer y el maleamiento de todo arte en medio del refinamiento. Si se descubre una que otra intención recta, alguna preocupación sinceramente artística, es en la escuela de esos jóvenes cirujanos de la sociedad, que analizan los hombres y las cosas de su época con cierta elegante crueldad, no exenta desgraciadamente de impudor y crudeza. Al frente de esa secta literaria, que acaso encierre algunos de los elementos precursores de la literatura por venir, debe colocarse a Alejandro Dumas (hijo), delicioso autor de dramas y novelas implacables, que son en el fondo lecciones de clínica social, vivificadas por la más rica imaginación y profesadas en el más fascinador de los lenguajes.

Fuera de esta escuela, en pro de la cual hay mucho y muy bueno que decir para osar calificarla desfavorablemente, la literatura, lo

LIBROSMÉXICO.MX

mismo que la pintura, que la música, se expresa por medio de un diluvio de composiciones venenosas, en que se disfraza con cierto gracioso amaneramiento el cínico halago de todo lo que es sensual e impúdico en la naturaleza humana. Éstos son inequívocos signos de decadencia.

Por desgracia, el pueblo francés, que desde hace siglos desempeña en la historia el papel del médium de los espiritistas, haciendo con su lenguaje, que parece creado para la propaganda, propiedad del género humano lo que fuera una inspiración de pocos; el pueblo vulgarizador por excelencia, como diría Dumas, ha generalizado en todas las naciones cultas ese género, tanto más terrible cuanto que, preconizando una perezosa indiferencia, enseña a reír de la duda misma, de la duda que imprimió a la última época de la literatura francesa, ese carácter ardiente y apasionado en donde pueden palparse las huellas de una noble lucha, henchida de arranques admirables y de elocuentes protestas.

Nosotros, que creemos en el progreso porque somos cristianos, tenemos la convicción profunda de que estamos en un periodo de transición.

Mañana quizá deba inaugurarse esa gran civilización que dará una sola alma a la humanidad. La abolición de la geografía política por medio del aerostato obediente al hombre; la fusión progresiva de todas las leyes primordiales de la naturaleza en una sola; el completo aniquilamiento de las monarquías y la augusta universalización del racionalismo cristiano, he aquí para nosotros los elementos que compondrán la clave de ese arco triunfal por bajo el cual pasará algún día el género humano en su perpetua peregrinación hacia el ideal, hacia Dios.

Resucitarán entonces, en el corazón de las generaciones, los recuerdos de esos hombres que tenían el privilegio de hablar el idioma del cielo; cuyos sueños eran visiones del futuro, para cada uno de los cuales había habido una pentecostés, en que el espíritu de Dios, descendiendo en lenguas de fuego sobre su cabeza, hacía temblar las

LIBROSMÉXICO.MX

cuerdas de su lira, que en acordes divinos enseñara a los mortales las más puras expresiones del culto de lo eterno y de lo único, del amor.

En la inmensa poesía de su destino comprenderá la humanidad la historia de lágrimas, de dolor y desaliento de esos sacerdotes de lo bello, viviendo en medio de extraños en su propio hogar; de esas aves cantoras que venían por el rumbo del cielo dejando en su paso por la tierra una estela de armonía dulce y pura como la primera oración de un niño, o airada y sublime como la voz de los antiguos profetas.

Para el recuerdo de esos hombres habrá altares, y en medio del ágape sagrado vendrá de las alturas el "Surgite, mortui", que tornará la vida a esas arpas hundidas en el polvo del sepulcro, cuya vida fue un himno y cuyo premio fue el dolor, a quienes la Antigüedad llamó vates, a quienes nosotros llamamos poetas.

En ese llamamiento a la resurrección del espíritu, el ángel de las tiernas melodías, de la inspiración casta y melancólica, pronunciará el nombre del poeta cuya vida conocen todos los que han recorrido las páginas de oro de sus obras, pero cuyos rasgos culminantes estudiaremos aquí con el profundo respeto que merece una de las más bellas existencias de nuestro siglo, cuya muerte, que habríamos querido ver indefinidamente aplazada en la mente del Señor, ha llenado de duelo y consternación al mundo.

> El ideal de una existencia humana siempre ha sido para mí la poesía del amor y de la felicidad al principio de la vida; el trabajo, la guerra, la filosofía, la política, toda la parte activa que requiere lucha, sudor, sangre, abnegación, valor, en la medianía de ella; y por la tarde, en fin, cuando baja el día, cuando el ruido se extingue, cuando descienden las sombras, cuando el reposo se avecina y la labor ha terminado, entonces otro género de poesía, la poesía religiosa, la que desprendiéndose enteramente de la tierra aspira únicamente a Dios, como el canto de la alondra por sobre las nubes. No comprendo, pues, al poeta sino en dos edades y bajo dos aspectos: a los veinte años en

LIBROSMÉXICO.MX

> forma de un hermoso joven que ama, que sueña y que llora, en espera de la vida activa; a los ochenta años bajo la figura de un anciano que en sus soles postreros se arrima a la pared del templo y envía como precursores al Dios de su esperanza, los éxtasis de resignación, de confianza y de adoración que sus dilatados días hicieran rebosar de sus labios.

He aquí lo que escribía, próximo ya al último tercio de su vida, en el encantador prefacio de sus *Meditaciones*, el gran poeta que acaba de entregar su alma al Dios de su esperanza.

Ignoramos si cuando el año de 1848, al día siguiente de un gran cataclismo político y social en cuyas febriles evoluciones el poeta representó un gran papel; ignoramos, decíamos, si cuando trazó en ese prefacio inmortal las líneas que hemos traducido, hacía constar las aspiraciones, los sueños y las esperanzas de sus años juveniles; o si al describirnos lo que para él era el ideal de una existencia humana, las reminiscencias de un reciente pasado brotaban bajo su pluma cuando tan cerca estaba de la edad en que las sombras descienden y en que la faena ha terminado.

Nos proponemos investigar hasta dónde fue conforme con ese tipo sublime la vida del hombre con quien mejor hemos sentido, con quien tanto hemos soñado.

I

Alphonse Prat de Lamartine nació en Mâcon el 21 de octubre de 1791.*

Nadie ha hablado de su infancia y de su juventud con la gracia, con la abundancia de colorido poético que él mismo. En los libros que con tanta razón ha llamado sus *Confidencias*, encontramos a cada

* Debió escribir 1790. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

paso alusiones a sus primeros años, a su familia, a su país natal; ¡risueños cuadros trazados con el lenguaje más bello que haya salido de humanos labios, y en los cuales se ostenta la eflorescencia de todos los recuerdos, la expansión de todas las armonías en derredor de un templo, su casa de Milly, en presencia de un tabernáculo, la memoria de su madre!

La familia de M. de Lamartine era de noble alcurnia. Su padre, viejo gentilhombre de provincia, ex mayor de un regimiento de caballería de Luis XVI, legitimista austero cuyas creencias habíanse convertido en una especie de culto al través de la Revolución francesa, que había herido a la familia real con desgracias sólo comparables en grandeza a los acontecimientos que daban en Europa la supremacía moral a la Francia de Mirabeau y de los girondinos, la supremacía militar a la Francia del Corso, para quien la fortuna había forjado una prodigiosa corona en Marengo y Austerlitz.

El noble anciano se ocupaba del cultivo de sus tierras y de hacer una crítica constante, y por lo general justa, del soldado advenedizo que trastornaba a su antojo el mapa del mundo, para quien era ligero el cetro de Carlomagno, que tenía en poco la ambición de César, pero que hacía pesar sobre su imperio el más ruinoso de todos los despotismos, el de la gloria.

En el corazón de su madre, a quien el poeta ha dedicado inmortales páginas, tenían mayor cabida los sentimientos generosos que germinaban en el fondo de las singulares catástrofes que se habían sucedido en la época de la Revolución. Y esto tiene una explicación fácil. Mme. de Lamartine, hija de una subpreceptora de los hijos de Felipe de Orleans, había recibido en aquella casa, célebre ya por su afecto a los principales filósofos, una educación conforme en mucho con la que recibían los príncipes, y las doctrinas que con tan tierna elocuencia propagaba J.J. Rousseau, debían hacer profunda mella en aquella alma naturalmente poética y cristiana.

A cada paso, y desgraciadamente con una complacencia que podría justificar ciertas críticas, si no se transparentara bajo un velo un

LIBROSMÉXICO.MX

tanto mundanal la adoración sin límites del poeta por su madre, M. de Lamartine nos la retrata con rasgos imperecederos.

> Se encuentra en ella —dice— esa sonrisa interior de la vida, esa ternura inagotable del alma y de la mirada, y sobre todo, ese rayo de luz tan lleno de la serenidad de la razón, tan impregnado de sensibilidad, que corre como una caricia eterna de sus ojos, un tanto profundos y velados, como si no quisiese derramar toda la claridad, todo el amor que guarda en ellos.

Otra vez nos la pinta a las puertas del templo, de este modo:

> Tenía mi madre, en la elevación y elegancia de su talle, en la flexibilidad del cuello, en la posición de la cabeza, en la finura de su piel, que se ruborizaba con las miradas como a los quince años, en la pureza de sus facciones, en la sedosa suavidad de su cabellera negra derramándose bajo su sombrero, y sobre todo en la irradiación de la mirada, de los labios, de la sonrisa, ese invencible atractivo que es a un tiempo el misterio y el complemento de la verdadera belleza.

Un eminente escritor francés, hablando de los retratos que Lamartine nos ha dejado de su madre, y después de citar uno de ellos, dice que la piedad casta, santa, verdaderamente filial, no analiza así.[1] ¿Negaréis acaso el amor del hijo, expresado en sus obras con una elocuencia que sólo puede venir de la verdad? Pues dejad que haya manifestado su adoración en rasgos arrebatadores; Dios le dio el don del lenguaje maravilloso.

La primera educación del joven

> estaba toda en los ojos más o menos serenos y en la sonrisa más o menos franca de su madre. Sólo le pedía ser bueno y sincero. Él no

[1] M. de Sainte-Beuve, *Causeries du lundi.*

LIBROSMÉXICO.MX

> tenía ninguna dificultad en serlo. Su alma, que no respiraba sino la bondad, no podía producir otra cosa. Nunca tuvo que luchar ni consigo mismo ni con los otros. Todo le atraía, nada le obligaba.

Él mismo ha contado que las primeras nociones del arte divino se fueron depositando en su corazón escuchando leer a su padre las tragedias de Voltaire, mientras su madre adormecía a la menor de sus hijas y él fabricaba flautillas de saúco, para tocar al día siguiente con sus compañeros. Además, la poesía llena de unción sublime de los salmos de David, que su madre le recitaba con su voz dulcísima, la cadencia del verso, en fin, que parece corresponder a un ritmo que canta en nuestra alma; todo esto encendía en su corazón el crepúsculo de la irradiación espléndida que había de hacer del niño mimado de su familia el niño mimado de la Francia.

Cuando concluyó sus estudios de latinidad, en medio de los cuales su estro poético pareció abandonarle, el joven Lamartine comenzó una vida de montañés a la que desde pequeño estaba acostumbrado, y que le llevaba de los bordes de los lagos suizos a las sonoras playas de la Italia. Entonces leía mucho al Tasso y a Ossian, el Homero de sus primeros años, según él dice.

En medio de aquellas peregrinaciones, la melancolía del cantor de Malvina, las aspiraciones, los sueños, la necesidad de amar, la contemplación de la naturaleza, iban revelando al poeta en el bello adolescente que recorría los Alpes, "épris d'ombre et d'azur",* como ha dicho Victor Hugo.

En los largos inviernos pasados en la habitación de su padre, a fuerza de leer versos, Lamartine quiso imitarlos. Escribió así cinco o seis tragedias, bosquejó cuatro o seis poemas épicos y uno o dos volúmenes de elegías amorosas en el género de las de Tibulo y de Parny.

* "... prendado de sombra y de azur." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Por entonces hizo el joven poeta un viaje a Nápoles. El maravilloso esplendor de ese cielo italiano, la belleza, la música, el colorido de aquel país de bendición, impresionaron profundamente al joven. Ese periodo de fabricantes de versos que tienen todos los poetas, pasaba para él a los primeros latidos de su corazón. Llegó a Nápoles y conoció a Graziella. El poeta había nacido.

Había mirado por fin esa gran maravilla que se llama la naturaleza, había por fin escuchado esa gran lira que se llama el corazón. Lamartine amaba. El amor por la linda coralista de Prócida fue el preludio del poema, lleno de inspiración y de dolor, que acaba de cerrarse en el cementerio de Saint-Point.

Lamartine ha conservado en su lenguaje y en su imaginación toda la luz de los horizontes de Italia. En sus estrofas hay la música de los lagos saboyanos, los gemidos de los pinos alpestres, la poderosa aspiración al ideal que hace melancólico el pensamiento del hombre que mira los cielos serenos y profundos, y esa solemnidad que da la contemplación de las ruinas de pasadas grandezas.

En las mejores poesías de Lamartine se descubre un rayo del sol que todos los días alumbra la tumba de Virgilio. "El lago", "El crucifijo", "El canto de amor", para nosotros las tres perlas de las *Meditaciones*, que son la perla entre las obras del gran poeta, y *Graziella* y *Raphaël*, que son los más poéticos episodios que tiene la literatura moderna, llevan la huella de Italia, del país de la melodía, del genio, de la inspiración. El nombre de Lamartine va mejor al par de los del Petrarca, del Tasso y Manzoni, que de los de Racine, Corneille y Béranger.

Cuando se sintió transfigurado por el fuego de las pasiones reales, lo primero que hizo fue arrojar sus versos al fuego, convencido de que lo que hay de más divino en el corazón del hombre nunca sale de él, falto de lenguaje para ser articulado en la tierra. El alma es infinita, y los idiomas no son sino un pequeño número de signos arreglados por el uso para las necesidades del vulgar de los hombres. Son instrumentos de 24 cuerdas para resonar con millares de

LIBROSMÉXICO.MX

notas que la pasión, el pensamiento, los ensueños, el amor, la oración, la naturaleza y Dios, hacen oír en el alma humana.[2]

Renunció entonces a cantar, "no porque le faltaran melodías interiores, sino voz y notas para expresarlas".

Pasados los solemnes momentos de la Revolución francesa, en que la "Marsellesa", *Los girondinos* y el *Chant du départ* expresaban en estrofas sublimes los sueños de libertad y los gritos de angustia de la patria, cuando Napoleón se ciñó la corona imperial, la poesía resintiose en extremo del genio de la época, y se volvió toda incienso para aquel semidiós, mientras un paganismo de convención inundaba con sus ideas galantes y rastreras, con su amable escepticismo, el cerebro de los que entonces se creían poetas, y cuyos nombres, ya anunciados bajo el reinado de Voltaire, resucitaron en la época imperial. Estas exhumaciones de un pasado muerto para siempre, se llamaban Delille, Fontanes, Chénier (J.), gente toda que venía en línea recta del siglo XVIII, y que se apasionaba por la forma y el colorido, nunca por el alma ni por el ideal.

El mismo compositor de *Atala*, ese divino preludio de la poesía moderna, no dejaba de haberse inficionado un tanto, como puede observarse, en eso que nosotros llamaríamos diletantismo cristiano y que en lugar de hacer de *El genio del cristianismo* un gran poema religioso, lo convirtió en un bellísimo tratado de estética de la religión.

La Francia estaba fatigada de la poesía sensual. La catástrofe de 1814 hízola al fin respirar libremente, al mismo tiempo que esa asombrosa sucesión de acontecimientos dejaba en el alma de la sociedad europea una hondísima impresión que le hacía buscar la mano de Dios, allí de donde antes se había creído ausente.

El espectáculo de tanta grandeza y de tanto infortunio, únicos en la historia del mundo, hizo volver los corazones hacia Dios, las mujeres al templo y las lágrimas de piedad a los ojos de aquella sociedad que renacía a la vida, después de 20 años en que el despo-

[2] *Méditations poétiques*, "Préface".

LIBROSMÉXICO.MX

tismo de la libertad y el de la fuerza se sucedían en monstruoso encadenamiento.

Los que han leído *Raphaël* saben la completa transfiguración que se operaba entonces en el corazón de Lamartine. La Beatriz de su juventud había aparecido como una visión celeste a los ojos de su alma, y la pasión que nos ha contado en su inmortal libro, purificaba sus labios, como los del profeta hebreo, dejándolos dignos de cantar las glorias del Señor.

Durante aquel año de éxtasis y de dolor compuso muchas de sus meditaciones. A su vuelta de Saboya, en donde había conocido a Julia, fijó el poeta su residencia en París. Muy conocida es la historia del último diamante que poseía Mme. de Lamartine y que dio a su hijo para que pudiera vivir en la gran capital, pues su padre no había podido señalarle más de 200 francos mensuales, dice E. de Mirecourt.*

Cuando hace ocho años leímos por primera vez el *Raphaël*, no le encontramos defecto alguno, y cuando después hemos conocido severas críticas de ese poema maravilloso, las hemos rechazado con disgusto, como si sintiéramos que toda la lógica del mundo no puede tener razón frente a tanta poesía, a tanto amor, a tanta felicidad. El instrumento de 24 cuerdas ha hecho en ese libro los prodigios que le pedía el poeta. No hay párrafo, íbamos a decir estrofa, en esas páginas de los 20 años, que no evoque un sueño, que no despierte un recuerdo, que no atraiga un suspiro o provoque una lágrima. ¡Cuánto se puede amar, Dios mío! ¡Qué acopio de felicidad guardas en la tierra para el que une sus miradas a las miradas de una mujer, haciéndolas subir a ti en esa doble plegaria del alma! ¿Conque existe el amor? ¿Conque es cierto que el alma infinita del poeta es una cuerda del arpa de tus alabanzas, ¡oh Señor!, que tendida de un punto a otro del cielo, vibra en la tierra con el aliento de la mujer?

* En su obra *Lamartine*, París, 1855. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Todo esto nos decíamos mientras nos deleitábamos con el lirismo apasionado de ese *Raphaël*, en cuya primera página debía escribirse *El lago*, y a cuyos últimos suspiros debía mezclarse esa lágrima de los cielos que se llama *El crucifijo*; todo esto nos decíamos leyendo aquella revelación espléndida de Dios, y poniendo una flor en cada hoja, escribiendo un verso en cada margen, deseábamos al cerrar el libro, casi aprendido de memoria, que la humanidad entera no tuviese sino un solo regazo para dormir sobre él nuestros primeros sueños de poeta.

Por eso hemos rechazado las críticas, por eso hemos bendecido tanto a ese "inmortal", y se lo hemos perdonado todo, por eso guardamos el *Raphaël* junto con los manuscritos de nuestro padre, cerca de los recuerdos de una madre que fue también la felicidad de nuestra infancia, y que es el culto de nuestra juventud.

Béranger hablaba a la cólera y a los sentidos del pueblo el año de 1820, y reinaba en el olimpo francés. Lamartine tenía que luchar contra ese rival, y llegó por fin a vencerle.

En la época de su pasión por la mujer que ha celebrado en sus versos con el nombre de Elvira, Lamartine había ido a ver a M. Firmin Didot para suplicarle se hiciese cargo de la edición de sus *Meditaciones*: Didot había rehusado, y el joven poeta, lleno de desaliento, no volvió a pensar en su humilde colección.

Las instancias de sus amigos triunfaron por fin, y en 1820 aparecían en un modesto volumen. En poco tiempo se consumieron 45 mil ejemplares, y el editor Nicole hizo su fortuna.

El corazón de la Francia, dice Jules Janin, latió doblemente al nombre de Dios y al nombre de Elvira. "El poeta fue derecho al corazón, y tuvo suspiros por ecos y lágrimas por aplausos."

La impresión que el celebérrimo folletinista del *Journal des Débats* resintió al leer las primeras poesías de Lamartine puede explicar la que resintió la sociedad francesa. Oigamos lo que dijo hablando de las *Meditaciones* en su idioma de oro:

LIBROSMÉXICO.MX

> Mis ojos ofuscados como mi corazón, descubrieron ese nuevo mundo poético. ¡Conque por fin en un mismo libro están reunidos todos los sentimientos del alma y todas las pasiones del corazón, todas las felicidades de la tierra y todos los éxtasis del cielo, todas las esperanzas del tiempo presente y todas las inquietudes del porvenir!... ¡Conque he ahí un poeta cristiano que no copia ni la Biblia, ni Lefranc de Pompignan, ni Jean-Baptiste Rousseau! ¡Y antes al contrario, ora como se canta, se aproxima sin miedo al Dios terrible... habla del cielo como es preciso hablar a las inteligencias de la tierra; se acerca al mismo tiempo a nuestra alma y a nuestros sentidos, y para que lleguemos más fácilmente a la patria celeste, pone en nuestras manos la palma de oro! Y este mismo cristiano, tan confiado y tan apacible a los pies del Creador, se arrodilla ante la creatura, y entonces también encuentra adoraciones sin fin, arrobamientos castos, y se transporta hasta más allá de las nubes, hasta más alla del cielo adonde fue San Pablo... Fue un instante feliz de calma, de reposo y de serenidad para el pueblo de Francia, aquel en que descubrió, en fin, en un orden de ideas más elevadas, lejos, muy lejos de la cólera, de la venganza, de la orgía y de toda especie de maldiciones, esa casta y murmurante poesía que sólo hablaba del cielo o de los más inocentes amores de la tierra... A un tiempo habían sido derrotados Delille y la escuela descriptiva, Parny y la escuela sensualista, Voltaire y la ironía, Lebrun y el epigrama... El hombre no ha sido creado para una canción eterna de duda y de amor. Tú le has dado, Dios mío, otro fin más lejano y más difícil de alcanzar. El hombre ha sido creado para la esperanza y el amor puro.

Las *Meditaciones* de M. de Lamartine fueron, pues, el triunfo y la expiación de la poesía.

Poco tiempo después de la aparición de sus primeros versos, el poeta contrajo enlace con una bella señora inglesa,* compañera fiel

* Elisa Birch. [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

de su vida, muerta hace cinco años, y a la que pertenece este pensamiento inmortal grabado al pie de su estatua esculpida por A. Salomón: "Es mejor acompañar a los grandes hombres en el dolor que en la prosperidad".

Después de las primeras *Meditaciones* aparecieron las segundas, con "Sapho", el "Poeta moribundo", El "crucifijo" y el "Último canto de la peregrinación de Childe Harold", en donde resalta toda la ternura y afición que el poeta resentía por Lord Byron, con cuyo estro melancólico tenía tantos puntos de contacto, y a quien ya había dedicado unos versos magníficos que intituló "El hombre".

En seguida publicó las *Armonías poéticas*, bellísima obra en que resaltan las tendencias al ideal del poeta cristiano, y en que la influencia de Byron se resiente menos. Esta colección, que tuvo un éxito brillante, fue escrita en Italia, adonde hacía algún tiempo había sido enviado nuestro poeta en calidad de secretario de embajada.

Poco después pasó a Florencia, en donde a consecuencia de ciertas palabras atribuidas a Byron al abandonar la Italia, en el canto de Childe Harold, Lamartine tuvo un duelo con el patriota general Pepe, en el cual recibió una fuerte estocada, obteniendo, a pesar de eso, el perdón del general italiano, de su amigo el gran duque de Toscana. Este asunto nos ha sido contado detalladamente por el poeta en *Fior d'Aliza*.

Acababa de ser nombrado Lamartine embajador en Grecia, cuando estalló la revolución de julio de 1830. Legitimista de corazón, aunque muy afecto a las ideas liberales, el ilustre poeta, después de acompañar con sus piadosos votos a aquella desgraciada familia de los Borbones, sobre la que parecía pesar la ira de Dios, rechazó noblemente la oferta que el nuevo gobierno le hizo de conservarle el nombramiento, y jamás se le vio acercarse a la familia de Orleans, a la cual, sin embargo, estaba ligado por su madre.

M. de Lamartine no desistió por eso de hacer un viaje al maravilloso Oriente; poética y santa peregrinación con la que había soñado desde niño. Disponiendo entonces de una brillante fortuna,

LIBROSMÉXICO.MX

pudo comprar un buque, a bordo del cual se embarcó en Marsella con su esposa y su adorable hija Julia, que no debía volver a las playas francesas, y cuya muerte había de causar el dolor que ha dejado una huella más profunda en el alma del poeta.

Notable coincidencia; los dos más grandes poetas del siglo, Victor Hugo y Lamartine, el águila y el cisne, como dice Cormenin, debían hallar los más conmovedores acentos de su lira cantando la temprana muerte de sus dos hijas.

El poeta hizo su viaje ocupándose de los hermosos caballos, las bellas mujeres y los sonoros versos, mientras no moría su hija; triste y desolado después, atravesó el Asia Menor, en cuyas montañas descendía el Señor, a cuyas desiertos venían los ángeles para mostrar a Agar el manantial oculto donde reanimó a su pobre hijo proscrito y muriéndose de sed, cuyos ríos salen del Paraíso terrestre, en cuyo cielo se veía a los ángeles subiendo y bajando por la escala de Jacob. Un viaje a Oriente era para el poeta como un gran acto de su vida interior, y construía eternamente en su pensamiento una vasta epopeya, cuya escena principal serían esos hermosos lugares. Le parecía que las dudas del espíritu, las vacilaciones religiosas, debían encontrar allí su solución y su apaciguamiento.[3]

En Jerusalén recibió el poeta la noticia de su elección en los distritos de Bergues y Mâcon simultáneamente, y se dispuso a regresar a París.

La primera época de su vida literaria concluyó con su *Viaje a Oriente*, libro soberbio, en donde al lado de notables contradicciones y de teorías extrañas y opuestas frecuentemente, brilla un lenguaje digno del Oriente por el colorido, las contemplaciones sublimes, los rasgos de poesía profunda y soñadora, y los pensamientos que cuadran, por su elevación y su solemnidad, a los maravillosos espectáculos que desarrolla a la vista del peregrino, ese país que ha sido dos veces la cuna de la humanidad.

[3] *Voyage en Orient.*

LIBROSMÉXICO.MX

El hombre que había dado todo su corazón a la poesía iba a dar toda su inteligencia a la patria. La lucha, el trabajo, el valor, la abnegación, la política, lo esperaban. El poeta del corazón se había eclipsado. El poeta de la tribuna iba a comenzar.

II

Tiempo hacía que Lamartine deseaba entrar de lleno en la carrera política. Antes de su viaje a Oriente, escribía estas notables palabras que mal disimulan el pensamiento del autor: "El pasado es un sueño: ¿a qué llorar inútilmente?, ¿a qué compartir una falta que no hemos cometido? Es preciso entrar de nuevo en las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, combatir con la familia de las familias, con el país".

Frases son estas que tienen una significación especial, si se atiende a las circunstancias que rodeaban al poeta. No pretendemos que el solitario de Saint-Point hiciese en ellas un homenaje al poder, como otros han pretendido. En la noble alma de Lamartine había una profunda antipatía hacia esa especie de traición de Luis Felipe a la rama primogénita, que durante la restauración no había cesado de intrigar por el destronamiento de sus reales parientes, a pesar de sus calurosas protestas de adhesión.

El poeta lírico de la Francia debía vengar con su elocuencia, y en un momento supremo, a aquella familia que desde niño había venerado y que la revolución de 1830 expulsara del trono de sus abuelos, para colocar en él al rey positivista y amigo del dinero, que era entonces el ideal del monarca por quien suspiraba la *bourgeoisie* francesa.

Mal debía avenirse el cantor de Elvira con aquella familia de mercaderes reales, a quien desde luego consagró una especie de odio exento de vilezas, pero no por eso menos implacable. Luis Felipe y sus ministros sonreían de la posición que el poeta había tomado respecto de la corte: si hubieran podido leer en el porvenir, ¡cuánto

LIBROSMÉXICO.MX

no habrían temblado al conocer la fatal influencia que aquel iluso iba a ejercer sobre sus destinos!

Las palabras precitadas de Lamartine eran una declaración al país, que no dejó de escucharlas con gran extrañeza; y creyendo sin duda que no eran sino una veleidad de poeta, negole sus votos en los departamentos electorales de Dunkerque y Tolón el año de 1831.

Aquella derrota decidió al poeta a realizar su viaje. Los electores de Dunkerque merecieron un voto de gracias, pues habían proporcionado a la literatura moderna uno de sus más bellos libros.

Durante su viaje, el poeta, al decir de algunos biógrafos, no dejó de estar en correspondencia con sus derrotados electores. En las elecciones generales de 1837, el partido legitimista le dio sus votos, y Lamartine entró a formar parte de los poderes nacionales.

No sin inquietud vio la Francia tomar parte en la lucha política a su gran poeta, y esta inquietud se prolongó durante algún tiempo.

Como orador, los primeros pasos del nuevo representante fueron bastante insignificantes; por lo menos, no era ese estilo más bien abrillantado que brillante, como dice Timon, de equívoco colorido, falto de sencillez, sentencioso, ilógico, metafísico, y por consiguiente vago en extremo, el que esperaban todos del poeta de las incomparables dulzuras, de la profunda y pura inspiración. Lamartine era frío, compasado y elegante; su modo de decir parecido al de los doctrinarios de la escuela de M. Guizot, sin las tendencias eminentemente positivistas, sin las serias convicciones que daban y que darán aún tanta fuerza a esos hombres que yo llamaría los matemáticos de la política.

Como político, nuestro poeta colocose desde luego en una posición en la que se afirmó cada vez más durante el reinado de Luis Felipe, y que si hacía concebir esperanzas a las opiniones que se dividían la Cámara, disgustó sobremanera a sus comitentes legitimistas.

Esto equivale a decir que Lamartine se aisló de todos los partidos. Su amor a lo grande, a lo bello, a lo generoso, empezó a hacer dócil su alma a las inspiraciones del espíritu democrático, y lo que al

LIBROSMÉXICO.MX

principio era una vaga fórmula política, fue tomando paulatinamente las proporciones de un programa.

En aquel aislamiento había algo de orgullo, quizá mucho, una cierta desconfianza de sí mismo y de su conciencia política, una especie de transacción entre los principios adonde su alma de poeta lo arrastraba, y las rancias y caballerescas tradiciones de su familia realista.

El poeta quiso conservar su fe política como en una balanza perfectamente nivelada. ¡Imposible!, no son las tempestades políticas ni las encontradas corrientes que arrastran en su seno quienes pueden respetar este equilibrio artificial, más de una vez tentado por los hombres de Estado y nunca con éxito. M. de Lamartine hacía entonces en su interior lo que más tarde debía pretender hacer con la Francia, para desgracia de entrambos.

Cuando el platillo de la balanza comenzó a inclinarse del lado de la democracia, fue cuando se reveló el grande orador. Sus fórmulas conservaban aún cierto sello de vaguedad y abstracción, indicios ciertos de debilidad política. Así es que en su programa encontrábanse formuladas de este modo sus creencias: "Lo que yo quiero es la constitución orgánica y progresiva de la democracia entera, el principio expansivo de la caridad mutua y de la fraternidad social, organizada y aplicada para satisfacer los intereses de las masas".

Esto es oscuro en extremo; pero de todas maneras no eran esos los principios que profesaba el poder, ni mucho menos los legitimistas.

El programa político publicado en octubre de 1843, no sólo lo colocó en las filas de los más obstinados enemigos del sistema encarnado en Luis Felipe, sino en las del partido radical y socialista. La popularidad de M. de Lamartine empezaba a tomar grandes proporciones. Sus discursos sobre la traslación de las cenizas de Napoleón, sobre las fortificaciones de París, sobre la abolición de la esclavitud, el libre cambio, los caminos de fierro, el derecho de visita, etcétera, provocaron entusiastas aplausos de la democracia francesa, y sobre

LIBROSMÉXICO.MX

todo, de *l'extreme gauche* de la Cámara, a la cual íbase inclinando el orador.

En verdad, a pesar de sus liberales doctrinas, muchas veces se escapaba de manos del diputado un voto favorable al poder, aun cuando el orador hubiese hablado en contra; pero estas extrañas veleidades se le perdonaban en gracia del mal que su melodiosa elocuencia ocasionaba al gobierno.

Desde entonces la figura parlamentaria de Lamartine creció hasta adquirir proporciones colosales. Al principio iba a la Cámara con sus discursos sabidos de memoria; después fue el improvisador más prodigioso de que puede gloriarse la Francia. Aquella lengua de oro vertía torrentes de armonía en la expresión, en el pensamiento, en el sonido. La inmensa seguridad que había adquirido en la tribuna le daba una noble sencillez que lo llevaba derecho a su objeto, sin desdeñar por eso una pompa de imágenes que fascinaba, y arrastrando tras de sí a su auditorio. La cuestión más árida, la que menos roce podía tener con los altos pensamientos del alma y con los bellos sentimientos del corazón, adquiría, en cuanto el poeta la tocaba con su palabra mágica, una elevación, una serenidad, por explicarme así, de que jamás había habido ejemplo. El "último gran señor", como lo llama Cormenin, imprimía a las cuestiones que trataba, siquiera fuesen del más prosaico interés, una majestad extraordinaria, atrayéndolas hasta la altura prodigiosa en que se cernía su inteligencia, iluminándolas con los reflejos de su incomparable fantasía, vivificándolas con los destellos de grandiosos pensamientos, empapándolas de armonía con el colorido de su palabra, con la música de su voz, y el pobre harapo recogido por la tierra, trocábase en el cielo del poeta, en el manto de seda recamado de oro con que el demócrata arropaba la augusta figura de la Libertad, de la Fraternidad, del género humano.

Cuando aquel hombre hablaba en la tribuna nacional de la tolerancia, de la caridad, de la humanidad, la Europa, el mundo entero escuchaba palpitante de entusiasmo y aplaudía con lágrimas de

LIBROSMÉXICO.MX

admiración aquellas revelaciones sublimes del espíritu democrático, aquella fusión de la poesía y del porvenir, como en los mejores días de las *Meditaciones* y de las *Armonías poéticas*.

Un no sé qué de inspirado había en la frente de aquel apóstol de las nuevas ideas, una unción dulce y profunda en sus labios, una delicadeza nobilísima en sus maneras. La figura parlamentaria de Lamartine es del todo excepcional, y el célebre autor del *Libro de los oradores* escribía a principios del 47: "Si Lamartine llega a desaparecer de la Cámara, su lugar quedará vacío para siempre; parece que con él saldría la soberbia elocuencia de las imágenes, la poesía de los negocios, la viva defensa de las tesis sociales, la generosidad de las teorías populares y lo caballeresco de los grandes sentimientos".

Ya hemos dicho que en sus discursos el orador se inclinaba cada vez más del lado del partido republicano y aun del socialista. Sin duda entonces era cuando M. Guizot, la figura más austera en la historia de la tribuna y del pensamiento en Francia, escribía en un libro de notas, olvidado el 24 de febrero sobre la mesa del despacho de Relaciones, estas o semejantes palabras: "Cada vez que oigo a M. de Lamartine, me siento más lejos de él".

Lejos, muy lejos debía encontrarse entonces el doctrinario severo y concienzudo, que hablaba en nombre de los intereses de la dinastía, a la que creía vinculada la suerte de su país, del florido y magnífico orador que empezaba a comprender que la caída de Luis Felipe influiría mucho en los destinos de la humanidad.

Lamartine ha dicho en el prefacio de sus *Meditaciones* que sólo comprendía al poeta en la juventud y en la edad madura. Ahí y en otras varias partes ha procurado inculcar en el ánimo de sus lectores la idea de que pasada la juventud, su lira se había roto, de que en su vida de poeta debía haber una gran solución de continuidad, en la cual empezaría y concluiría su vida política. Ambicioso como todos los hombres de corazón, Lamartine, profundamente preocupado sin duda por la opinión general de que un poeta jamás podrá ser hombre de Estado, opinión recientemente confirmada por la marcha

LIBROSMÉXICO.MX

política del ministerio Chateaubriand durante la restauración, se esforzaba en hacer comprender al país que la época de los versos había pasado para él; y en efecto, después de ese conmovedor poema en que se mezclan el drama y la novela, llamado por su autor *Jocelyn*; después de los *Recueillements poétiques*, publicados en Bruselas por Gosselin, la lira cuyas melodías habían encantado al mundo yacía muda y empolvada bajo los tilos hospitalarios de Saint-Point.

¡Vanos esfuerzos! Lamartine había nacido poeta, y en los lagos, en las montañas, en el mar, en el desierto, en la tribuna, en la historia, en la calle, en el poder, no debía hacer otra cosa que cantar. Sus tendencias republicanas, sus improvisaciones radicalistas, no eran hijas sino de su alma de poeta. Los hombres del lado izquierdo, cuya bandera había salido hecha pedazos del 19 brumario y de Waterloo; cuya historia empezaba por el drama y se continuaba por el martirio, que hablaban en nombre de todo lo que era bueno y de todo lo que sufría; cuyas miradas se reposaban con una fe inquebrantable en el porvenir de los pueblos, debían seducir el corazón apasionado y generoso del poeta, y cuando se hizo el intérprete de las santas aspiraciones de aquel partido, su instinto le hacía buscar en ellas el lado poético, y una vez en este terreno, su elocuencia brotando en raudales de su alma, marchaba serena y luminosa, como la nave que impelida por un viento favorable, surca majestuosa las olas de un mar tranquilo.

El dogma democrático, santificado por las persecuciones, poetizado por el heroísmo y por la gloria, debía hallar en él un sacerdote elocuente y convencido, y la causa de la República, que es el cristianismo político, debía elevarlo por un momento a la mayor altura que pueden alcanzar los hombres.

Tanto en la tribuna como en el templo, lo mismo sobre la tumba de Elvira que en la escalinata del Hôtel de Ville, Lamartine debía aparecer acompañado de una lira, porque esa lira era su mismo corazón.

Y preciso es confesarlo, nosotros nos hemos alegrado profundamente de que el poeta jamás haya dejado de serlo. ¡Cuánto hubiera

LIBROSMÉXICO.MX

perdido la literatura universal si el autor de *Jocelyn* se hubiese trocado en un Pitt o en un Talleyrand!

Entretanto, llegaba el año de 1857. Luis Felipe llevaba hasta el extremo, con el ministerio Guizot, la política de la resistencia. El país entero pedía las reformas electorales, y el buen rey, aconsejado por su ministro ciego de orgullo, se hacía el sordo. Olvidaba o fingía olvidar quién le había dado la Corona y cómo se la había dado. El partido republicano trabajaba sin descanso. El contingente que le llevó su nuevo adepto M. de Lamartine fue gigantesco, casi decisivo: *Los girondinos*.

En esta obra reaparecía por fin el poeta con todas sus brillantes cualidades. Descripciones bellísimas, cuadros inimitables palpitantes de sentimiento y de colorido, grandes pensamientos, rasgos inmortales, himnos de triunfo y de amor a la libertad; he aquí lo que más resalta en esa obra, que será perpetuamente leída. Su autor se dedica en ella a reivindicar ante la historia la memoria de aquellos hombres que aún no pueden verse sino al través de un terrible reflejo de sangre. La pasión que había en Francia entonces por estudiar la Revolución era verdaderamente extraordinaria. En *Los girondinos*, Lamartine enarbolaba francamente la bandera de la República junto a la tribuna de Vergniaud, en las ruinas del trono, en los campos de batalla, en el ministerio de Danton, y sobre la tumba de Robespierre y de Saint-Just depositaba como una piadosa oración un sublime llamamiento a la República y a la Libertad.

Si en ese libro célebre se tiene pocas veces en cuenta la verdad histórica, nosotros creemos que el espíritu de la gran Revolución se encuentra exactamente comprendido. ¡Acaso era necesaria el alma de un poeta para entrever el alma de aquella época asombrosa en que la Francia balbucía la primera estrofa de su libertad en medio de un delirio sangriento!

Algunos han reprochado a Lamartine el haber apelado a tan terribles recuerdos para hacer de ellos un arma de partido. Desde el punto en que se nos conceda lo que nadie ha negado hasta ahora,

LIBROSMÉXICO.MX

es decir, la sinceridad de las opiniones del grande hombre, no comprendemos por qué no había de usar franca y lealmente armas lícitas para derrocar al gobierno cada vez más ciego, cada vez más personal que pesaba sobre la Francia.

La nación respondió a *Los girondinos* con el canto de la "Marsellesa", y desde entonces, comprendiendo el gobierno que la revolución moral iba a consumarse, se preparó para hacer, en un momento dado, una resistencia tal que ahogara la insurrección en su cuna.

Durante el periodo de los banquetes reformistas, uno de los héroes de aquellas fiestas que debían provocar la caída de la monarquía de julio fue Lamartine. En una de esas reuniones pronunció aquellas memorables palabras que recorrieron la Francia de boca en boca, electrizando todos los corazones: "Si el gobierno no cumple su deber —decía—, la Francia, que ha tenido las revoluciones de la libertad y las contrarrevoluciones de la gloria, tendrá la revolución de la conciencia pública, 'la revolución del desprecio'".

El gabinete no cedía, y la oposición redoblaba sus ataques. Por fin, en febrero de 1848, un banquete reformista es suspendido, la población se agita, la oposición protesta; cunde la alarma en la capital. "Iré a ese banquete —decía Lamartine— aun cuando sólo me acompañe mi sombra." La agitación, calmada un momento con la caída del ministerio, crece de nuevo; "La marea sube, sube", decía en aquellos instantes M. Thiers. La marea subió y hundió el trono. Trabose la batalla en las calles de París. El rey, aconsejado por E. de Girardin y Montpensier, abdica en su nieto el conde de París, y huye. La Cámara, a una proposición de Lamartine y Ledru-Rollin, desconoce la regencia: un gobierno provisional se instala en el Hôtel de Ville, y la República es proclamada. Así había acabado, en un momento y sin dejar vestigios, aquella potente monarquía de 18 años que, con todo y haber sido mala, no deja de ser la mejor que haya habido en Francia.

Aquí comienza para Lamartine una vida de lucha sin tregua y de popularidad tan inmensa cuanto efímera.

LIBROSMÉXICO.MX

Todas las pasiones contenidas desbordaron; todas las utopías fueron bruscamente llevadas a la realidad; todas las heces sociales, todas las miserias, todas las aspiraciones, todos los odios se conmovieron y vinieron a flotar en la superficie de la vida pública. Lamartine se multiplicaba; comprendió que para la salvación de aquella República, a la que tenía ya un amor de padre, era preciso luchar, tal vez morir; nada le arredraba. El 25 de febrero una muchedumbre inmensa se presenta ante la casa municipal; agitada por las pasiones más tremendas, aquella multitud frenética, rugiente y espantosa, propone al gobierno provisional la adopción de la bandera roja, símbolo del comunismo: Lamartine se encarga de responder. En medio de los gritos, de las balas, de las amenazas de la turba delirante que le rodea, el ilustre poeta llega por fin a hacerse escuchar. "Esta bandera de sangre —clama con una voz vibrante y poderosa—, esta bandera de terror que rechazaré hasta la muerte, sólo ha dado la vuelta al Campo de Marte, arrastrada en la sangre del pueblo, en 91 y 93, y el estandarte tricolor ha dado la vuelta al mundo, con el nombre, la gloria y la libertad de la patria."

Un "hurra" inmenso acoge las palabras del orador, y la bandera del 10 de agosto y de Valmy flota entre los gritos del gentío electrizado.

Ese día Lamartine salvó a la Francia; era preciso conservar la República. Nombrado ministro del Exterior, lanzó un manifiesto a la Europa, en que asegurando a los gobiernos una política de paz, invitaba a los pueblos oprimidos a romper sus cadenas. La Europa entera se sacudió en las angustias de la libertad; los ejércitos de la República francesa permanecieron inactivos en vez de asegurar la existencia de la Francia republicana, ayudando a todas las insurrecciones liberales y procurando su triunfo, cosa no muy difícil entonces. La elección de los representantes diplomáticos y de los empleados de su ministerio fue tal vez más deplorable que la de ninguno de sus colegas. En el interior, él fue quien más contribuyó al aplazamiento de las elecciones, medida fatal que produjo una asamblea sin

LIBROSMÉXICO.MX

confianza alguna en las nuevas instituciones. Cuando la famosa manifestación de la guardia nacional, el poeta-ministro no aprovechó aquella favorable coyuntura para imprimir una marcha firme y enérgica a la política del gobierno; en fin, tanto en el exterior como en el interior, Lamartine, por una política falsa que tan pronto lo ligaba con los más viles representantes de la demagogia como parecía alentar las esperanzas del partido conservador, llegó a minar del todo la prodigiosa popularidad que sus primeros pasos le habían adquirido. Desde entonces su estrella política declinó rápidamente. Al otro día del 24 de febrero, Lamartine habría sido presidente de la república; 10 meses después, Luis Bonaparte obtenía la presidencia por 5 434 226 votos, en tanto que el héroe de febrero sólo obtenía 7 910: severa lección para todos aquellos que sin la indispensable fuerza de convicción se aventuran por una vía en donde desde los primeros pasos se presentan dificultades prácticas que no siempre pueden salvarse con expedientes sentimentales.

La disolución de la asamblea del 2 de diciembre del 51, alejó a Lamartine para siempre de los negocios públicos.

Cuando dio en ellos el primer paso, pareció querer rechazar con cierta altanera impaciencia el dictado de poeta que sus inmortales cantos le había merecido; entonces no podía figurarse que cuando la posteridad lo llamase al tribunal de la Historia, sólo al poeta se perdonaría la triste influencia que tuvo el hombre público en los destinos de su país.

III

La vida de los hombres llamados a jugar un papel en las cosas de este mundo sólo una vez llega a su apogeo: pasado el instante supremo, lo que ayer fuera sol empieza a ser crepúsculo, lo que ayer irradiación, hoy niebla; no de otra manera esos misteriosos peregrinos de la inmensidad que llamamos cometas, al aproximarse al foco

LIBROSMÉXICO.MX

solar adquieren proporciones de astro, tienden su cauda en los cielos como un haz de fuego, y a poco van disminuyendo hasta perderse en la insondable noche del cosmos.

Quiso el destino hacer que Lamartine confundiera los instantes más luminosos de su gloria con esa hora sublime del pueblo francés en 1848. Los dos apogeos, el del poeta y el de la Francia, no perdieron nada al confundirse. Por el contrario, la revolución de febrero reflejó no sé qué rayo épico y grandioso sobre la frente del vate, que hizo a su vez de los primeros vagidos de la República, un canto tan bello, ¡ay!, como fugaz.

Cuando el águila fue de nuevo encerrada en su jaula de fierro, el poeta encontró primero una amarga decepción: la impopularidad, y luego una tristísima prosa: la miseria.

Su cuantiosa fortuna había desaparecido como por encanto, durante su participación en la vida política.

Desde entonces dos cosas le preocuparon constantemente: recuperar su popularidad, reparar su fortuna.

Su genio no le había abandonado; pero en las obras inmortales con que ha enriquecido al mundo se marcan fuertemente dos elementos casi extraños a las primeras, a las más bellas concepciones de su vida de poeta. Nótase en la mayor parte de los numerosos volúmenes que escribió, desde el año de 1848 hasta poco antes de su muerte, cierto cansancio en las ideas, que le ha obligado frecuentemente a desleír, digámoslo así, los pensamientos más notables de sus composiciones en larguísimas páginas, y el deseo perenne de presentar bajo las fases más hermosas su personalidad misma. ¡Triste espectáculo el de un grande hombre convertido en su propio panegirista!

Este deseo llegó a ser para él una obsesión. A cada paso se traiciona en sus escritos la necesidad incomprensible en su gran corazón de llamar la atención sobre su persona como hombre, como poeta, como político, como historiador, y este espíritu sube a tal grado, que llega a ser como inconsciente en él, y tanto, que hablan-

LIBROSMÉXICO.MX

do de los hombres grandes de otros tiempos les imprime un sello particular que de algún modo se los asimila.

Todos sus escritos, lo mismo en las *Confidencias* que en la *Historia de Turquía*, igualmente en el *Consejero del pueblo* que en el *Curso familiar de literatura*, que cierra con una constelación la vida comenzada en las *Meditaciones* con un rayo de sol, y no parecen sino el ropaje espléndido con que el poeta se afana en revestir la imagen de un dios: Lamartine.

A veces se nos figura que en el fondo de esta inmensa debilidad existe no sé qué ansiedad por el porvenir, no sé qué temor instintivo por el fallo de las generaciones. Como si el poeta, sintiendo pesar sobre sus hombros una tremenda responsabilidad, quisiera defenderse él mismo recordando en ese misterioso proceso todos sus méritos, realzando todas sus grandezas.

¡Qué dolorosa suerte la de verse obligado a recurrir, para llenar sus necesidades, a ese mezquino jornal de pensamiento: la de verse en la imprescindible necesidad de cambiar por un poco de oro la médula de su cerebro y la sangre de su corazón! Hay no sé qué martirio sordo y espantoso en la existencia de ese anciano, a cuya aureola inmortal de poeta se enlazaba la santa aureola de la desgracia, obligado a renovar sus heridas y a mostrarse desnudo en el teatro del mundo para poder pagar sus deudas, y partir con su noble compañera y con sus amigos los pobres, el amargo pan del duelo y de las lágrimas.

¡Él, cuya mano en tiempos felices había dejado llover sobre tantos el oro y la fortuna, verse obligado a un ímprobo trabajo en los días que había creído de reposo y de oración; en los años en que las sombras descienden y en que el trabajo enferma, años que consagraba en sus sueños de poeta a la adoración del Señor y a los serenos coloquios con lo infinito!

Es conmovedor, en verdad, el sacrificio de ese hombre agotando la poesía para subvenir a la prosa; haciendo el *Rafaël*, ese evangelio de amor, para comer durante un año; arrancando de su alma las *Confidencias* para no convertir en mercancía la santa casa de Milly.

LIBROSMÉXICO.MX

Mucho se ha reprochado al poeta el haber revelado al mundo aquellas páginas de su alma. Oigámosle:

> La escritura estaba sobre la mesa. Con una sola palabra iba yo a enajenar para siempre aquella porción de mis ojos (Milly). Temblaba mi mano, se turbaba mi vista, mi corazón desfallecía... Ponía de un lado de la balanza la tristeza de ver ojos indiferentes recorriendo las fibras palpitantes de mi corazón desnudo enfrente de miradas sin indulgencia, y del otro el laceramiento de ese corazón, del cual aquella escritura iba a arrancar un pedazo con mis propias manos. Era necesario hacer un sacrificio de amor propio, o un sacrificio de sentimiento. Puse la mano sobre mis ojos e hice la elección con mi corazón...

No bien se habían publicado las *Confidencias*, cuando la crítica empezó a cebarse encarnizadamente en él. A la cabeza de aquella falange estaba M. de Sainte-Beuve, cuyo poema *Volupté* no puede sin duda, y a pesar de su gran mérito, compararse al menos célebre de los fragmentos de Lamartine. M. de Sainte-Beuve parece que tomó a su cargo el justificar la previsión del poeta cuando éste se figuraba ver ojos indiferentes fijándose sin indulgencia en las fibras de su corazón. Poniendo en juego sus maravillosas facultades analíticas, como que se complacía en profanar aquel depósito sagrado. Entre los mil defectos que encontraba al autor de las *Meditaciones*, figuraba en primera línea lo que los sabios han dado en llamar "falta de sobriedad".

> ¿Qué es esto? —dice Victor Hugo, hablando del mismo reproche hecho a Shakespeare—, ¿una recomendación para un doméstico? No. Es un elogio para un escritor. Cierta escuela llamada "seria", ha enarbolado en nuestros días este programa de poesía: "sobriedad". Parece que toda la cuestión consiste en preservar la literatura de indigestiones. En otro tiempo se decía: fecundidad y potencia; hoy se dice: tisana.
>
> [...]

LIBROSMÉXICO.MX

El lirismo es espirituoso, lo bello emborracha, lo grande se sube a la cabeza, lo ideal produce vértigos: quien de él sale, no sabe ya lo que hace; cuando habéis caminado sobre los astros, osaréis rehusar una subprefectura; no tenéis ya sentido común; capaces sois de rehusar una curul en el senado de Domiciano:[4] no daréis al César lo que es del César, y llega a tal punto vuestra locura, que os atreveríais a no saludar al señor *Incitatus*, cónsul y caballo. He allí lo que os acontecería por haber bebido en esa mala parte el Empíreo. Os volvéis orgullosos, ambiciosos desinteresados. En consecuencia, sed sobrios. Está prohibido frecuentar la taberna de lo sublime.

La libertad es un libertinaje. Limitarse, bien; castrarse, mejor. Emplead vuestra vida en reteneros [...]

Preferimos lo que no es bastante a lo que es demasiado. En adelante, se obligará al rosal a contar sus rosas. Se invitará a la pradera a usar menos margaritas. Orden a la primavera de moderarse. Los nidos caen en el exceso. ¡Hola! florestas, no tantos gorriones, si os place. La vía láctea nos hará el favor de numerar sus estrellas, tiene muchas. Tomad ejemplo del gran *cierge serpentaire* del Jardín de plantas, que sólo florece cada cincuenta años. He ahí una flor recomendable.

Y poco después agrega:

El poeta, ya lo hemos dicho, es la naturaleza. Sutil, minucioso, tenue, microscópico como ella, inmenso. Ni es discreto, ni reservado, ni avaro. Es simplemente magnífico. Expliquemos esta palabra: simple.

La sobriedad en poesía es pobreza; la simplicidad, grandeza. Dar a cada cosa la cantidad de espacio que le conviene, ni más ni menos, he ahí la simplicidad. Toda la ley del gusto está en esto. Cada cosa puesta en su lugar y dicha con su palabra. Con sólo la condición de mantener cierto equilibrio latente y de conservar cierta misteriosa proporción, la complicación más prodigiosa, ya en el estilo, ya en el

[4] M. De Sainte-Beuve es senador del imperio francés.

LIBROSMÉXICO.MX

> conjunto, puede ser simplicidad. Éstos son los arcanos del gran arte. Solamente la alta crítica, la que tiene por punto de partida el entusiasmo, penetra y comprende tan sabias leyes. La opulencia, la profusión, la irradiación llameante, pueden ser simplicidad. El sol es simple.

Después de las *Confidencias*, las publicaciones de M. de Lamartine se sucedieron. Historia, biografía, poesía, cursos de literatura, nada era inabordable para el gran pensador que llevaba a todas las cuestiones la inefable luz de su genio y el encanto irresistible de su palabra.

El manso arroyuelo, en cuyas aguas consoladoras y puras había mitigado su sed de amor y de melancolía, el pueblo hijo de Voltaire, si había perdido en las tempestades algo de su limpieza primitiva, habíase, en cambio, trocado en un gran río que, enseñoreándose de todas las regiones, desaparecía tranquilo y majestuoso en el porvenir, en el océano.

¿Y qué importaba al noble poeta la crítica injusta, la mofa rastrera, si tenía en su favor a los jóvenes y a las mujeres, es decir, el principio de la posteridad?

Parecía que Dios había destinado a la fatiga los últimos días del hombre que lo había presentado a la humanidad, no entre los rayos y los truenos como Isaías, sino sobre un trono de flores, entre los dulces y balsámicos perfumes del alba.

Se equivocaba, pues, el poeta, cuando en el prefacio de sus *Meditaciones*, hablándonos del ideal de la vida, ideal que evidentemente había buscado, parecía prever para el último tercio de su existencia días de descanso y de paz.

En vano el sultán de Turquía le regaló el año de 51 bellísimas posesiones en el Asia Menor; inútilmente recurría a suscripciones en Francia y en Europa: nada bastaba para cubrir sus deudas, y aquel anciano a quien el continente debió haber construido un templo, consumía sus días y sus vigilias en un trabajo rudo, en verdad, pero que no bastaba a debilitar la llama de su genio.

LIBROSMÉXICO.MX

Este siglo, que ha visto tantas grandezas hundidas de súbito en la desgracia, debía presenciar la del sublime poeta, con sólo la diferencia de que las otras han sido hechas por los hombres, y la grandeza de Lamartine venía de Dios.

Preguntaos ahora de qué procedía esa repugnancia invencible hacia la vida, que se nota en sus últimos escritos. El poeta, con todo, vivía resignado en su lecho de dolor, y su alma parecía desprenderse poco a poco de su cuerpo para volar en las regiones serenas del Señor.

Su miseria no agotaba su caridad. Cuenta uno de sus biógrafos que había tal desorden pecuniario en casa del poeta, que una vez M. Dargaud, uno de sus íntimos amigos, marchó a instalarse en ella, pidió las llaves del *secretaire* en donde acostumbraba Mme. de Lamartine guardar el dinero, y una vez tomadas estas precauciones, salió a la calle por unos momentos.

No bien el excelente M. Dargaud había salido, cuando se presentó una de esas jóvenes que hacen la colecta para los pobres. El poeta y su esposa se vieron las caras, pues ninguno de los dos poseía un céntimo. De repente Mme. de Lamartine llama a uno de sus criados y le ordena que rompa la cerradura del *secretaire*; hecho esto, la angelical señora saca un billete de 300 francos, único resto de dinero que quedaba en la casa, y lo entrega a la joven. Lamartine entonces se acercó a su mujer, y sin decir una palabra cubrió sus manos de besos. En seguida se sentó a su escritorio, para tener qué comer al día siguiente.

Desde la muerte de aquella criatura celestial, que había sido su amiga inseparable y tierna, Lamartine sintió que le faltaban las fuerzas para vivir.

El 28 de febrero de este año, a los 21 años, día por día, de la inmortal escena del pabellón rojo en el Hôtel de Ville, el "altísimo poeta" expiró entre los brazos de sus sobrinas, que tanto lo habían amado.

Poco antes de morir, Lamartine exigió que no se celebrase en París ninguna ceremonia fúnebre en honor suyo. Había dicho: "No, en el

LIBROSMÉXICO.MX

momento en que la Eternidad, en que el Porvenir se revelarán, en fin, para mí, no quiero que se venga a turbar mi éxtasis por el rumor de vanas palabras y de mezquinos pensamientos del mundo".

Acatando su familia estos deseos, dispuso que su cuerpo se trasladase a Saint-Point, colocando dentro del ataúd y poniendo sobre el pecho del cadáver, en cuya frente resplandecía una calma celestial, un crucifijo de ébano, que Julia le había legado al morir, y al cual dedicara el poeta su inmortal elegía: "El crucifijo".

Desde Mâcon a Saint-Point, los habitantes de todas las aldeas vecinas venían por las montañas y los valles, con los curas a la cabeza, a arrodillarse al paso del féretro, trayendo como tributos al que tanto los había querido, flores y espigas de los campos, y lágrimas y plegarias de sus corazones.

Alejandro Dumas escribía por esos días esta carta:

> Uno de los más grandes hombres entre nosotros acaba de morir. ¡Lloremos!
>
> El poeta que cantó la sombra, el sol, los arroyuelos, los lagos, los bosques, el mar, acaba de cerrar los ojos a las maravillas de la creación.
>
> Esta vez al menos la naturaleza no ha sido ingrata: se ha velado; ha llorado.
>
> ¿Qué ha sido de esa alma, espejo de los cielos? ¿En qué estrella ha ido a brillar? ¿En qué noche habrá ido a apagarse? ¡Oh, poeta!, tú que viviente quisiste penetrar los misterios de la muerte, desde el fondo de la tumba ¿no podrás decirnos el gran secreto de la eternidad?
>
> ¿Morir, dormir, soñar, tal vez?
>
> Cuando dos hombres como tú y Shakespeare han interrogado a la muerte y ella no ha respondido, es porque es muda.
>
> Pero tú no fluctuabas como Hamlet, tú creías como Polyeucto; tu muerte ha sido dulce y llena de esperanza; has cerrado los ojos como cristiano y te has dicho:
>
> "Tendré la recompensa allá arriba, de los dolores que los hombres me han hecho padecer aquí abajo.

LIBROSMÉXICO.MX

”Les he dado mi alma y la han desconocido; les he dado mi cuerpo y lo han flagelado; les he dado el sangriento sudor de mi miseria y lo han insultado.

”Por un día de triunfo que sólo he debido a mi abnegación por ellos, los hombres me han proporcionado una agonía de diez años.

”He extendido la mano como Homero, no teniendo ni un hijo que lo hiciese por mí, y aquellos a quienes he salvado de la anarquía y del pillaje, me han dicho:

”—Tú has sido ministro seis meses, ¿por qué no te hiciste rico cuando estabas en el poder?

”Mas en vuestro seno, Dios mío, en vuestro celestial esplendor lo olvidaré todo; más aún, seré recompensado por todo.

”Gloria in excelsis Deo”

Y si te has engañado, orgulloso; si tú, ¡barro despreciable!, te has creído una fuente divina; si nuestra alma es efímera como nuestro cuerpo; si la muerte es la nada, si al cerrar los ojos has dejado de ver la luz para siempre, si con los latidos de tu corazón ha cesado todo recuerdo del pasado; si justificando, en fin, la palabra de Cristo: “polvo eres y en polvo te has de convertir”, poeta, ¿cuál será tu remuneración?; apóstol, ¿cuál será tu recompensa?; mártir, ¿cuál será tu premio?

Esa reacción que se opera en favor de los muertos, esa aureola que parece circundar sus sepulcros, esa victoria de la conciencia pública sobre la calumnia envidiosa, no la verás tú.

Ese ruido que, para los que todavía vivimos, continúa alrededor de los sepulcros, tampoco lo escucharás.

El que desciende a la fosa, baja entre dos imposibilidades.

Una imposibilidad física: “la inmortalidad del alma”.

Una imposibilidad moral: “la nada”.

Si el muerto es un hombre de genio, la cuestión no se aclara, se complica.

¿Hacia quién, o a qué tender las manos?

Hacia Dios. La razón pregunta: “¿Dónde está Dios?”

LIBROSMÉXICO.MX

Hacia el cielo: la ciencia dice que no hay tal cielo.

¡Bienaventurados los que han vivido en los tiempos benditos en que todavía se creía!

Felices aquellos que, al ver un cadáver envuelto en su mortaja, le dicen: "¡Hasta la vista!"

Pero desgraciados los que sólo dicen "adiós" al amigo, al colocarlo en su ataúd.

¡Ay!, yo soy de esos desesperados que dicen "adiós". Adiós, Lamartine. Adiós.

Nosotros, que pertenecemos a ese público de jóvenes que el poeta tenía de su lado, y que para él era el principio de la posteridad; nosotros, que nos extasiaremos siempre contemplando la huella de incomparable armonía que ha dejado esa lira al quebrarse; nosotros, que en nombre de muchos lo disculpamos; más aún: lo perdonamos; más aún: lo bendecimos, ante esa tumba sagrada, acariciando en nuestro corazón el recuerdo del poeta, hoy dormido en nuestras lágrimas, no diremos "adiós", sino "hasta la vista".

Julio de 1869.

LIBROSMÉXICO.MX

VICTOR HUGO*

... Et uniuscujusque opus quale sit,
*ignis probabit.***

Pablo, Primera Epístola a los Corintios, v. 13

No pretendemos hacer una biografía, que tendría que ser incompleta y que casi todos nuestros lectores conocen en sus principales rasgos por lo menos; ni un estudio especial sobre el papel que Victor Hugo ha desempeñado en medio de la literatura contemporánea, porque semejante tarea, además de exigir fuerzas de que carecemos, no traduciría más que una de las fases de esa personalidad llamada a figurar más entre la literatura de los siglos por venir que en la del presente; ni mucho menos hacer una crítica de sus obras, porque ni para ello nacimos, ni creemos que la crítica, no digo la que estamos acostumbrados a despreciar, sino la verdaderamente sabia y elevada, pueda soportar entre sus finas y laboriosas manos, el metro de bronce con que puede medirse ese gigante de 100 codos,

* *El Renacimiento*, t. I, México, 20 de noviembre y 4, 18, y 25 de diciembre de 1869, pp. 180-182, 214-215, 246-248 y 258-260.

** "... Y cual sea la obra de cada uno, el fuego lo probará". [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

que pasa sus escasos ratos de ocio jugando con sus hijos, los niños pobres de Guernsey.

Para hacer, pues, lo primero, nos falta material indispensable; para lo segundo nos falta aliento, y nos sobra cariño y admiración para pretender lo último.

Nuestro escrito no será sino un epítome de las impresiones que la vida y las obras de ese hombre han producido en nuestro corazón, donde hay quizá la pobre semilla de un poeta, y en nuestra inteligencia, en donde existe tal vez el germen humilde de un pensador.

Esta "negativa", como diría un fotógrafo, es lo que vamos a ofrecer a los lectores de *El Renacimiento*, y nuestra labor sería feliz, si al través de estos renglones pudiese vislumbrarse como un planeta en la indecisa coloración del crepúsculo; esa figura cuya frente pierde sus perfiles en la luz de las múltiples aureolas que la rodean, hasta tomar el tinte misterioso de lo que está más allá del hombre, en el dominio augusto del infinito; esa figura que como la de todos los precursores del sol tienen detrás de sí la aurora, y por eso la humanidad que la ve de frente, la ve llena de sombra; esa personalidad, en fin, triste y severa, herida en el corazón por la desgracia; pero siempre en pie sobre una roca del turbulento océano, el último amigo de todos los grandes desheredados de la historia.

Cuando casi en el fin de nuestra infancia acertó a caer en nuestras manos el primer libro de Hugo que hayamos leído (*Bug-Jargal*), lo primero que se nos ocurrió fue investigar quién era aquel escritor cuyo nombre había sonado frecuentemente en nuestros oídos, que escribía cuentos tan interesantes y de quien los otros escritores decían que era un gran poeta, mágica palabra que provocaba vagas y deliciosas aspiraciones en nuestra alma infantil.

Confesaremos un pecado de nuestra primera edad. Un poco de imaginación y una completa ignorancia de la historia habían acabado por hacernos grandes partidarios del actual emperador de los franceses. Su nombre resonaba en nuestros oídos de una manera particular, era el mismo que el del héroe prodigioso cuya leyenda

LIBROSMÉXICO.MX

había remplazado hacía medio siglo en los dos continentes, a todas las consejas de brujos y encantamientos que nos solazaron en la niñez. Aunque a la verdad, el actual Napoleón tenía una cara horrible y en nada semejante a aquella popular figura de su tío, cuyos ojos eran los más profundos y cuya sonrisa era la más encantadora que hubiera visto en rostro humano Mme. de Staël, llamada por Pelletan, "el único hombre" de aquella tropa de chambelanes, que formaba desde Arkángel hasta Cádiz la corte del vencedor de Friedland.

El vengador de Waterloo, el que se preparaba entonces a derrotar a un descendiente del pérfido Alejandro, era para mí una gran cosa.

Pregunté quién era Victor Hugo. Supe su historia, y yo, que siempre tuve el feliz instinto de abandonar la lectura de una batalla para escuchar un verso, sentí horror por aquel señor de los enormes mostachos engomados, y empecé a querer mucho al hombre que había salvado la vida de uno de sus semejantes con una sola cuarteta.

Victor Hugo, me dijeron, es el primer poeta de la Francia moderna: empezó cantando a los reyes de derecho divino, porque era hijo de una santa mujer, de una vendeana; entonces M. de Chateaubriand le llamaba "un niño sublime"; luego, revolviendo su cabeza de león hundida en el regazo maternal, aquella cabeza, hecha para erguirse en todas las inmensidades, sintió correr a sus pies la sangre de sus hermanos, husmeó los montones de cadáveres sobre los que había restaurado la Santa Alianza un trono imposible, y balbuceó un nombre inmenso con el cual se había de identificar por mucho, por demasiado tiempo, por desgracia: Napoleón.

> Toujours lui, lui partout! —ou brûlante ou glacée
> Son image sans cesse ébranle ma pensée.
> Il verse à mon esprit le souffle créateur.
> Je tremble, et dans ma bouche abondent les paroles

LIBROSMÉXICO.MX

Quand son nom gigantesque, entouré d'auréoles,
Se dresse dans mon vers de toute sa hauteur.*

Aquel joven apasionado de todo lo grande se había encontrado con la imagen de Napoleón en su marcha hacia la Revolución francesa; realidad del pasado, cuyos reflejos formarían siempre el miraje del porvenir.

En el libro tercero del quinto tomo de *Los miserables*, está pintada de una manera admirable entre aquellas admirables páginas, la transformación del poeta, de realista en bonapartista.

Pero llegó un día en que Victor Hugo, a fuerza de examinar aquel coloso, llegó a los pies y encontró el barro. Ya no era tiempo.

En vano incrustó su lira en el mármol de la tribuna y arrancó de ella palpitaciones febriles y tremendas; en vano hizo crecer la antorcha de su genio sacudiéndola en medio de todos los huracanes; en vano aquella inteligencia inmensamente trágica estalló de improviso en una carcajada de desprecio que hizo bambolear el poder: el semidiós reía; pero antes había cantado. Ya no era tiempo.

¿Qué había, pues, sucedido?

Una cosa muy sencilla. Hacía 25 años que la literatura francesa, acaudillada por Hugo, había restaurado pieza por pieza el trono derribado en Waterloo.

Victor Hugo se había ofuscado con el brillo de ese parto de los tiempos que supo poner en la espalda lacerada de la patria, la púrpura de la gloria, para presentarla al mundo montada a la grupa de su caballo blanco.

Mientras la victoria bordó con su fulgor solar aquel manto de reina, la Francia aplaudió; pero cuando la clámide roja quedó hecha jirones desde Moscú hasta el Berésina, desde el Berésina hasta

* "¡Él, siempre y en todas partes! —ya gélida o abrasadora, su imagen abate mi pensamiento. Vierte en mi espíritu el aliento creador. Tiemblo, y en mi boca abundan las palabras cuando su nombre gigantesco, rodeado de aureolas, se perfila en mi verso con toda su altura." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Leipzig, desde Leipzig hasta París; cuando después de una corta intermitencia, la compañera de César quedó desnuda y expirante bajo los cascos de los escuadrones de Blücher, entonces todo el mundo se apercibió de que aquella infeliz, hecha a la fuerza manceba del héroe de brumario, no era otra cosa que la Revolución francesa.

Entonces fue un grito de venganza general y de odio para aquellos reyes que habían pasado sobre tanta sangre francesa, y de conmiseración por aquel hombre que flotaba en los crepúsculos vespertinos del Occidente, como una sombra inmensa inclinada sobre los horizontes de la Europa, para medirla entera con su sombría mirada de águila.

Un día, aquella fantasma tomó un tinte negro y a poco se desvaneció en el espacio. El eco fúnebre de un doble llegó hasta los oídos de la Francia, que creyendo llorar a su antiguo amo, lloraba la opresión estúpida de los Borbones.

Tal situación era dramática, aquel recuerdo era eminentemente poético. Por eso la lira de la joven generación se uniformó en un diapasón único: el emperador y los poetas se dedicaron a convertir en un himno la historia de Napoleón. Aquello era vengar a Waterloo, es cierto; pero era también santificar el 18 de brumario.

Si después de ese concierto magnífico en alabanza del muerto en Santa Helena, era posible la revolución de 1830, también era segura la llegada de un 2 de diciembre. Consecuencia fatal y no prevista.

Dijimos todos los poetas, y debíamos haber exceptuado uno solo, Alphonse de Lamartine; honor a él, gloria a su nombre, mensajero por tanto tiempo de celestes armonías; que Dios bendiga su retiro de Saint-Point, del que ya nunca tornará a salir.

Cuando al grande ejército, muerto alrededor de Cambronne, sucedió el ejército sublime y vengador de la inteligencia, la Francia presentaba uno de esos espectáculos que rara vez se repiten en los siglos.

Aquella eflorescencia tenía por gérmenes inmediatos una gran cosa y tres grandes hombres.

LIBROSMÉXICO.MX

La gran cosa era la renovación radical hecha en la Francia decrépita por la Revolución francesa, renovación un momento desequilibrada por la espada de Napoleón, y que entonces reaparecía trayendo en su manto antiguo la libertad nueva.

Los grandes hombres se llamaban Voltaire, es decir, la burla; Byron, es decir, el dolor, y William Shakespeare, el pensamiento, el más moderno de los tres.

Aquellos tres granos simples produjeron una floresta; Voltaire abandonó un día su pluma oxidada por la hiel, y tomó la lira jónica, el instrumento de los fáciles cantares: entonces se llamó Béranger; Byron engendró con su escepticismo sensual y voluptuoso a Alfredo de Musset, el de las suaves y perfumadas canciones, el de la lira cincelada como una joya antigua y de la inspiración profundamente artística y juvenil; las composiciones de Musset son acordes arrancados al arpa durante un banquete, mientras se opera la fusión divina de nuestras miradas y de las miradas de una mujer, mientras marchitamos con las ardientes emanaciones de nuestra sien calenturienta, una guirnalda de flores escogidas, y sin despegar nunca los labios del borde de una taza de oro en donde se consume el líquido caro a todos los dioses, y dulce a todos los poetas.

Alguna vez aquellos ojos se empañaron con una lágrima, aquellos labios se crisparon como a impulsos de una sensación dolorosa. ¡Quién sabe cuántos secretos de dolor y de amargura encerraba ese corazón! Desgraciadamente en el fondo de cada goce hay una gota de acíbar, y el placer quema y mata. Musset, al arrojarse en los brazos de la voluptuosidad, podía repetir, pero con una terrible verdad, lo que decía jugando, a Julia, en una de sus más deliciosas composiciones:

Ouvre ta robe, Déjanire,
Que je monte sur mon bûcher.*

* "Abre tu puerta, Deyanira, que subo a mi hogera." [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

¡Duerma en paz!

La melancolía soñadora del Childe Harold, sus arranques sublimes, sus apóstrofes magníficos a lo desconocido, hicieron profunda impresión en el alma de un joven que de la playa al valle y del valle a la montaña, pisaba los melodiosos senderos de Italia, buscando una nota perdida entre aquellos enjambres de notas, que correspondiese a la lira de su alma.

Éste se llamaba Lamartine.

El otro, el tercero, Victor Hugo, había empuñado la trompa de bronce, y cuando la Francia quería sentirse arrebatada como Ganimedes por esa su joven águila, entregaba el alma a aquellos sonidos misteriosos arrancados a las cimas, a las simas, a la nube, a la tempestad, a las estrellas, al sol, a la flor, al rugido de los mares, al zumbido de la luciérnaga, ese fuego alado que recama de pedrería las tardes del estío.

Los otros venían de otros.

Éste venía de él mismo.

Si algún nombre podía escribirse sin temblar en la fe de bautismo de aquel gigante, era el de Shakespeare, ese hijo póstumo de Esquilo.

El autor de *Macbeth* y el autor de *Hernani* son idénticos en esta gran cualidad del genio: lo ilimitado. Nadie ha alcanzado como ellos a sorprender en los misterios del corazón humano, no sé qué fondo eterno de tragedia y de pasión que nunca se agota para ellos, y que por todos los poros de sus obras se revela súbitamente iluminado por fulgores sobrehumanos, y brotando en raudales hirvientes de sus cerebros, esos crisoles en donde hasta el barro se convierte en oro.

Los dos están acostumbrados a ver en estos dos abismos: el abismo profundidad y el abismo-altura; la inteligencia de ambos es nictálope. El uno es el mar, Hugo lo ha dicho; el otro es el sol. En uno hay el desbordamiento de la vida, en el otro la concentración de la luz. ¿Por qué, pues, tanta sombra en ellos? Es porque sin luz no habría sombra; mientras la luz es más abundante, la sombra resalta más. Y luego, aplicad al genio el axioma de Young, enunciado técnica-

LIBROSMÉXICO.MX

mente por Fresnel: la luz agregada a la luz puede producir oscuridad. Por eso un ilustre poeta me decía poco tiempo hace: "Hay capítulos de Victor Hugo que se parecen a la noche; muchas ideas, muchas estrellas, y detrás el fondo negro de lo desconocido".

A mí me causan grande risa todos esos apóstoles de la oficina del fiel contraste en literatura, que quieren aplicar sus medidas pequeñitas a lo que ha nacido con esta condición esencial: la libertad. Genio quiere decir libre. ¿Y lo bello?, diréis vosotros los temerosos de buena fe. Lo bello, preguntad a los misteriosos autores de la Biblia, preguntad a Homero, preguntad a Shakespeare. Ellos os dirían que la cualidad nativa del genio es presentar lo bello bajo todas sus fases. Lo bello, lo que es realmente tal, no es invención del hombre, es una revelación del genio. ¿Qué sería la pintura sin el pincel divino de Rafael; qué la escultura sin el milagroso buril de Miguel Ángel; qué la música sin la inspiración de Rossini? Ellos son los que han humanizado el ideal, y esta encarnación, digámoslo así, del pensamiento, es el punto de comparación para juzgar de lo bello en este mundo. "He ahí, pues, los modelos, he ahí lo que debéis eternamente imitar", dice la crítica. No, mil veces no. Esos hombres que parece que condensan en sí mismos la grandeza de las generaciones son como gigantescos arcos triunfales colocados en las etapas de la civilización, no para que nos estemos contemplándolos en éxtasis perpetuo, o hagamos una serie de copias en miniatura, imitando con barro modelos de granito, sino para que el genio guíe por debajo de ellos a la humanidad, a quien Dios hace marchar continuamente. Esos arcos de triunfo están todos a lo largo de la vía, ninguno al fin de ella. La meta del estadio está en lo desconocido. Esa meta no se percibe desde la tierra.

Los genios son como las abejas; ellos van a libar las flores de un mundo ideal, y vuelven aquí abajo para formar ese panal que se va depositando en el seno de los siglos. Cada vez que una abeja brota, todos vosotros os asustáis y gritáis: escándalo, anatema; nuestro rico panal será destruido; pero pasa el tiempo, ese gran oculista, y

LIBROSMÉXICO.MX

las miopías se curan y los críticos de hoy se burlan de los que ayer comparaban a Dante con Estacio, a Corneille con Claudiano y a Shakespeare con Góngora.

Todo en este mundo está sujeto a la ley del progreso; el hombre es uno de los corolarios del teorema: Adelante. Pero si en la ciencia es odiosa la opresión, en literatura los principios escolásticos son risibles. La literatura es la expresión pura del pensamiento, y el pensamiento y la regla son dos ideas contrarias.

Hubo una época en Francia, cuando todo resucitaba lleno de una vida nueva y distinta de la que hasta allí se había manifestado, en que se reconoció que todos los grandes maestros en literatura habían hecho algo muy grande, pero no todo lo grande; y la joven generación, para quien la Revolución francesa había abierto el sanctasanctórum de las ideas, se levantó, acaso sin mucho respeto para los muertos, pero con un ansia invencible de respirar en otros horizontes.

Por supuesto que toda esa gente que nace de espaldas al porvenir, y en donde la crítica recluta sus mejores soldados, clamó a los dioses y cubrió sus cabezas de ceniza. Esto no era nada para aquellos atletas de 20 años. Los gritos de la vejez sólo servían para hacer resaltar el himno de la juventud. La lucha fue obstinada y tremenda: hoy, de todo aquello sólo quedan inmensas reputaciones cimentadas y grandes ideas fecundas; el nombre de los críticos yace en el olvido, el de los otros está todos los días en los labios de 30 o 40 millones de europeos y americanos.

Aquel mar ascendente, en que cada idea era una ola y cada imagen un relámpago, tuvo un nombre: el romanticismo. Sobre ese océano marchaba Victor Hugo, como el Jesús de la leyenda evangélica por sobre las olas del Tiberíades.

El autor de *Marion Delorme* tiene la inteligencia más trágica del siglo. En esta línea particularmente cabe su filiación shakesperiana. Tiene Hugo en sus obras esta cualidad, cualidad admirable sobre el autor inglés: el estilo; y Shakespeare tiene sobre él esta ventaja: la ignorancia.

LIBROSMÉXICO.MX

La ignorancia suele servir; acaso no ha servido más que una vez, a los hombres extraordinarios. Shakespeare es el genio más espontáneo que haya habido, y esta espontaneidad hubiera disminuido en mucho con una gran sabiduría. Éste es un hecho que nosotros sólo registramos. Victor Hugo lo sabe todo: su cerebro es uno de los que han llegado a contener mayor cantidad de instrucción en nuestros tiempos. Victor Hugo sabe que para ser apóstol es preciso saber mucho en estos tiempos en que la ciencia está al alcance de todo el mundo, y con esa voluntad inflexible, que es uno de los caracteres dominantes de su alma, ha sabido acumular en torno suyo grandes tesoros de sabiduría, en donde templa sus armas para la lucha titánica que hace cerca de medio siglo viene sosteniendo.

Un día, era el año de 1830, el 26 de febrero, tuvo lugar la primera representación de *Hernani*. Este gran drama marcó una nueva faz del autor de las *Odas y baladas*, hijas de su amor filial e impregnadas de un candoroso monarquismo.

Hernani, dice Julio Janin, es un drama muy bello; pero no por Corneille, no era eso el *Cid*. Esto escribía el espiritual folletinista del *Diario de los Debates*, allá por los años de cuarenta y tantos. ¡Ah!, ¡cómo ha cambiado su opinión! En el momento en que escribimos estas líneas, recordamos haber leído, hace dos años, el folletín de *Los Debates*, en que daba cuenta de la *reprise* de *Hernani* en París. Qué página tan elocuente; qué estilo el de ese crítico que parece que hace con su pluma incrustaciones de perlas; con cuánta tristeza vuelve la vista hacia aquel desterrado sombrío a quien la calumnia ha hecho un pedestal gigantesco; y con cuánta ternura, con cuánta admiración envía al través del mar sus saludos de hermano hacia aquel contemplador del infinito que, con una mano sobre su corazón y otra en la mano de la humanidad, espera tranquilo la hora de la resurrección de los pueblos.

Hernani fue un desafío a la escuela clásica; desde Voltaire, tentados estábamos de decir, desde Racine, la musa del teatro francés no había arrancado de su seno trágico, tan vehementes, tan sublimes acentos; pero la tragedia nueva no llevaba el coturno antiguo, iba

LIBROSMÉXICO.MX

con el pie desnudo; las tragedias clásicas eran bajorrelieves en mármol, *Hernani* y las que le siguieron fueron grupos de carne y hueso. El secreto del romanticismo era el estudio, no de Sófocles, no de Corneille, sino del hombre. La famosa pintura del quinto acto de *Fedra* nos admira; el sonido de la trompa de Ruy Gómez de Silva nos estremece. He aquí toda la diferencia...

Vino después *Marion*, la divina *Marion Delorme*... Julio Janin, citaremos aún a este príncipe de la crítica, dice a propósito de este drama: "¡es la rehabilitación de la cortesana!"

Y bien...

¿Acaso se pretende hacer del teatro el eterno panegerista de Lucrecia, que en lugar de encontrar un puñal a la media noche, lo encontró al día siguiente? Enseñad enhorabuena la admiración por la virtud heroica, levantadle altares; yo me arrodillaré ante ellos; pero no cerréis las puertas a lo que es más humano, a lo que es más doloroso, al crimen que se arrepiente. ¡Rehabilitar a la cortesana...! ¿Y por qué no? ¿La historia de aquende el calvario es otra cosa que la rehabilitación de la mujer sumida en todas las miserias, vegetando en todas las corrupciones? Si el teatro es una cátedra, enseñad desde ella a esas infelices hijas del insomnio y del placer engangrenado: a esa procesión de autómatas, en la cual, cosa horrible, no se llora nunca; enseñadles que el vicio es inicuo, pero mostrándoles en el cieno la primera grada de la redención. Tomadlas de la mano, provocad sus lágrimas, las lágrimas lo borran todo; decidles que si hay en su pecho un destello de amor, ese destello puede convertirse en una aureola, y esa prostituta en Magdalena; y cuando al través de vuestros dramas, en donde la pasión hace las veces de apóstol, podáis hacer llegar al oído de esas miserables a quienes asfixia el desprecio, las santas palabras del Nazareno: "Mujer, yo te perdono, porque has amado mucho", dormid en paz, habréis hecho una buena acción.

Desde entonces, añade el crítico, las tendencias todas de la obra literaria de Victor Hugo se han dirigido a ensalzar lo feo. ¡Oh reproche eternamente repetido, y eternamente injusto y necio!

LIBROSMÉXICO.MX

Nadie ha comprendido, a nuestro entender, la belleza, tal como el creador de estos tipos inmortales: Esmeralda, Coseta, Deruchette y Dea. Y su ideal es tan puro, tan noble, tan celestial, que no se ha contentado con presentar sus reflejos al través del prisma de su imaginación en esos cuatro ángeles, sino que lo ha hecho brillar como una aureola de bendición sobre dos cabezas sublimes, Cuasimodo y Gwynplaine.

Yo no creo en la fealdad absoluta, como no creo en el mal absoluto: dos cosas que se confunden. El ideal de lo feo en los tiempos pasados se llamaba Satanás. Este nombre era una especie de espada de Damocles colgada sobre la conciencia humana. De ahí esa especie de constante opresión en el aparato respiratorio de la humanidad: apenas se abría para ella un horizonte nuevo; apenas vislumbraba, entre los intersticios de un cielo implacablemente pálido como el de los crepúsculos polares, un vago destello que le hablaba de libertad y de progreso. Se levantaban como un enjambre de espectros negros, allá el papado, acá la monarquía; allá la hoguera de Savonarola, acá el patíbulo de Lanuza; allá el pontífice ambicioso sucediendo al César, acá el monarca ávido sucediendo al burgrave.

La Edad Media es la verdadera cuna del diablo. Satanás es el hijo del sufrimiento y del miedo. De entonces viene esa protesta de la mujer que busca una aliada en la naturaleza contra aquel cúmulo de padecimientos, y que se hace "bruja". De entonces vienen esas pinturas cargadas de demonios; y en donde los ángeles parecen cadáveres; esas iglesias góticas cargadas de animales monstruosos y llenas por dentro de misteriosas sombras y de sepulcros lúgubres y tristes. Llegó un momento en que el viejo fantasma de la Grecia, espantado en Bizancio por las bombardas de Mahomet, se refugió en Occidente; los papas se enamoraron del Olimpo y los dioses volvieron. León X, ese Médicis a quien despertó Lutero de sus sueños de artista, habría de buen grado hecho grabar sobre el friso de la basílica de San Pedro: "Jovi Optimo Maximo". Entonces aparecieron las *Madonnas* de Rafael, y el ideal de lo bello tornó a ascender

LIBROSMÉXICO.MX

en la conciencia humana; pero era el ideal griego, no el ideal cristiano; era el ideal de los sentidos, no la visión sublime del alma.

El siglo XIX, esencialmente ecléctico, ha rehabilitado el elemento espiritual en el arte, sin disminuir en nada el tipo material del Renacimiento. Esto ya era un gran paso. Pero faltaba algo que hacer. Había una sentenciada a muerte en todos los siglos; en la Edad Media, porque era la imagen del diablo; en el Renacimiento, porque era hijo de aquella Grecia que perdonó a Frinea sus impiedades en gracia de sus formas divinas: esta anatematizada era la fealdad física.

Hubo quien comprendiera que aquella era la más horrible de todas las injusticias, porque en ella como que se complicaba la mano de Dios, parecía que la naturaleza era cómplice de un crimen. Y sin embargo, en el fondo de aquel cerebro podía arder un pensamiento, en el fondo de aquel corazón podía anidarse una pasión; y si dentro de aquella corteza satánica se encerraba una grande alma; si el monstruo por el cuerpo era un ángel por el espíritu, ¿quién podía tomar la medida de los sufrimientos de ese ente desgraciado, en choque constante con una sociedad que huía o que reía de él?

Hubo quien la tomara. Leed *Nuestra Señora de París*; leed *El rey se divierte*; leed *El hombre que ríe*. Nos reservamos hablar de la tercera de estas obras en un análisis especial que aquí o en otra parte verá la luz pública; en este trabajo sólo diremos brevemente lo que de las otras dos pensamos.

Sobre la primera página de Los trabajadores del mar, en febrero de 1866, escribía Victor Hugo estas palabras:

> La religión, la sociedad, la naturaleza, he aquí las tres luchas del hombre. Esas tres luchas son al mismo tiempo sus tres necesidades. Preciso es que crea, de ahí el templo; preciso es que cree, de ahí la ciudad; preciso es que viva, de ahí el arado y el navío. Pero estas tres soluciones contienen tres guerras. La misteriosa dificultad de la vida nace de esa trinidad. El hombre tropieza con el obstáculo bajo la

LIBROSMÉXICO.MX

> forma superstición, bajo la forma preocupación, bajo la forma elemento. Una triple *ananké* (fatalidad) pesa sobre nosotros; la *ananké* de los dogmas, la *ananké* de las leyes, la *ananké* de las cosas.

En *Nuestra Señora de París* el autor ha denunciado el primero; en *Los miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero.

"A estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, la *ananké* suprema, el corazón humano."

Nuestra Señora de París comienza al expirar la Edad Media. Constantinopla había caído hacía 30 años en poder de los turcos. La Biblia latina llevaba también 30 años de haber salido de los talleres de Gutenberg y de Faust, y el rey Luis XI hundía al pie del cadalso de Saint-Pol y de Jacques d'Armagnac las columnas más sólidas del feudalismo francés.

Sin embargo, en tal momento, y como para agregar al cuadro sombrío de esa edad la luz siniestra de un incendio inmenso, la Inquisición se cebaba sobre los relapsos de una manera espantosa. La satánica invención del predicador de la cruzada contra los albigenses aún tenía derecho de ciudadanía en Francia, y si nunca llegó a recibir allí la organización que en ese mismo año de 1482 le daban en España los reyes Fernando e Isabel, su papel era bastante importante para que en esa novela terrible se vea por todas partes su mano negra armada de un cadáver en cruz.

La erudición, el retrato de las costumbres del pueblo y de la corte, los golpes de vista por sobre aquella aglomeración de oscuridades, son admirables en ese libro; pero su parte filosófica se encierra en este germen inagotable de todos los grandes dramas de la humanidad: el amor imposible. De las ramas de ese árbol plantado en el infierno, cuelgan dos frutos de maldición: Claudio Frollo y Cuasimodo; un sacerdote y un monstruo.

La *ananké* suprema es el corazón; nosotros agregamos: la redención es el amor. Claudio Frollo, en su celda de Nuestra Señora, hablando con maese Chamolue, vio de repente que una mosca que

LIBROSMÉXICO.MX

buscaba alegremente un rayo del sol primaveral se enredó en una gran tela de araña. El asqueroso animal que ocupaba el centro de la tela se lanzó de improviso sobre su víctima y la atrapó con dos de sus horribles antenas.

Maese Charmolue extendió el brazo para salvar a la mosca.

—Dejadla, maese, dejad obrar a la fatalidad —gritó el archidiácono.

—Maese —hubiéramos dicho nosotros—, salvadla, dejad obrar vuestra bondad.

Sobre ese calvario, el corazón humano, está esa redención, el amor.

Si alguna cosa concluyó al pie de la cruz, fue el *fatum* que reinaba en el mundo antiguo; esto es lo que no ha comprendido la Edad Media flotando entre Aristóteles y Tertuliano: la libertad es esencialmente cristiana. El Evangelio es la mano del hijo del pueblo arrancando a la humanidad de las antenas de hierro del destino.

Hay algo superior a ese encadenamiento de sucesos que nos arroja por una vía implacable; ese algo superior es la libertad humana.

La libertad que apenas se abría paso por ese tremendo crepúsculo de la historia que se llama la Edad Media. Cuatro siglos habían de pasar antes de que la palabra *ananké*, escrita por un discípulo de Hermes, llegara a ser remplazada por la palabra "amor", escrita por los discípulos de Cristo.

La fatalidad que perseguía a Claudio Frollo era la fatalidad humana; no venía del Evangelio el celibato de los clérigos, venía de Roma.

Por el otro lado estaba Cuasimodo.

Cuasimodo era la deformidad sublime.

La pintura de aquella fealdad en el libro de que hablamos es verdaderamente un gran rasgo de inspiración.

El poeta presenta un tipo en ese monstruo. Cuasimodo es el parto de la Edad Media, que se había pasado muchos siglos pensando en el diablo, de aquí el hijo horrible y semejante a las visiones de la madre.

LIBROSMÉXICO.MX

El poeta lo presenta y luego lo hace sufrir, y luego lo hace morir. Allí si no hay redención posible en este mundo, ¿quién podía amar a aquel vestiglo?, diréis vosotros.

Otra vez veremos cómo el autor ha resuelto este problema en su última obra.

La abnegación sublime de Cuasimodo se cambia en una aureola. El sacristán de Nuestra Señora será eternamente horrible y eternamente simpático. Ésa ha sido una grande obra de caridad.

¿Y quién se atreverá a reprochársela al poeta?

Aquello es maravillosamente feo; qué complacencia en aglomerar sobre esa cabeza infernal todas las repulsiones; ¡qué fríamente calculada está aquella fealdad fantástica!

Sí, es cierto todo eso; pero pensad que ése no es un hombre, es la fealdad misma. Victor Hugo no la ensalza, pero le busca el alma, y si sorprende en ella una belleza interior, ilumina con sus poéticos rayos las facciones de aquel monstruo, y entonces todos nos compadecemos; todos habríamos querido una gota de felicidad para el heroico defensor de Esmeralda, y puesto que la fealdad existe sobre el mundo, bendecimos al poeta que la rehabilita en nombre de la belleza eterna, la belleza del alma; y bendecimos al novelista que amarra a la picota en la plaza pública al infeliz Cuasimodo, y cuando éste, sofocado por los insultos de la multitud, consumido por la sed, con los músculos hinchados y la lengua casi fuera de los labios de fuego, el desgraciado pide de beber, y el poeta hace subir por las escaleras del cadalso a un ángel que en medio de la multitud estupefacta presenta su cantarilla de agua a aquel moribundo, hemos sentido bajo aquellas frases palpitantes de emoción, latir la más bella de las ideas cristianas, la redención de todos los oprimidos, y la lágrima que rueda en ese instante por las mejillas del lector, equivale a la palma de mártir dada por los siglos al miserable sacristán de Nuestra Señora, y al pedestal de cariño y admiración levantado por todos los buenos corazones al autor de uno de los libros más bellos que se han escrito en este mundo.

LIBROSMÉXICO.MX

Hablemos ahora de *El rey se divierte*: nadie lo ha explicado mejor que su autor mismo, respondiendo al reproche de inmoralidad que se hacía al drama. He aquí lo que el autor escribía en noviembre de 1832:

> ¿La pieza es inmoral?, ¿ustedes creen? Es por el fondo. Helo aquí: Triboulet es deforme, Triboulet está enfermo, Triboulet es el bufón de la corte; triple miseria que le hace malvado. Triboulet odia al rey porque es el rey, odia a los nobles porque son los nobles, y a los hombres porque no tienen una joroba sobre la espalda... Deprava al rey, le corrompe, le embrutece. Le suelta al través de todas las familias de gentileshombres, mostrándole sin cesar con el dedo la mujer por seducir, la hermana por robar, la hija por deshonrar... Un día, en medio de una fiesta, en el momento mismo en que Triboulet impele al rey a robarse a la mujer de M. de Cossé, M. de Saint Vallier penetra hasta el rey y le reprocha el deshonor de Diana de Poitiers. Triboulet se burla e insulta aquel padre a quien el rey ha arrebatado. El padre levanta el brazo y maldice a Triboulet. De aquí viene toda la pieza. El verdadero argumento del drama es la maldición de M. de Saint Vallier. ¿Sobre quién ha caído esta maldición? ¿Sobre Triboulet, loco del rey? No. Sobre Triboulet que es hombre, que es padre, que tiene un corazón y que tiene una hija.

El autor continúa resumiendo en algunas líneas el terrible drama que nuestros lectores conocen. Victor Hugo, y éste es uno de los secretos de su grandeza, tiene una muy alta idea de su misión de poeta; por eso cuando en ella se ve atacado, se defiende con tanta elocuencia, porque siente que al defenderse él, defiende a la poesía moderna, a la poesía que ha hecho una de sus condiciones de vida, la libertad, que ha nacido del progreso, que marcha hacia el porvenir. La poesía encerrada en una jaula en donde había capiteles griegos y torres góticas y verde césped y sonora fuente y pájaros canoros y bellas ingratas, se extasiaba repitiendo en notas más o menos cadenciosas lo que ya desde Eurípides, Anacreonte, Píndaro y Homero sabía el

LIBROSMÉXICO.MX

mundo de memoria. Polimnia se había cambiado en la ninfa Eco; pero en el trastorno general del fin del siglo, mientras las ciencias y las artes, convertidas en águilas se lanzaban al cielo, ella se había quedado en su jaula. En Francia y en España sólo los cantos a la libertad y a la guerra se habían escapado de sus doradas prisiones; esos atrevidos viajeros del infinito se llaman en Francia la "Marsellesa", y en España las "divinas odas de Quintana". Por lo demás, en ambas naciones se saboreaban los fastidiosos versos de Delille, y en España los melifluos y empalagosos versos de Meléndez.

De repente un muchacho que venía de Italia se lanzó por una ventana del templo cristiano, y cantando a su Elvira huyó por los espacios; otro, cuyas alas eran tan grandes que la jaula no podía contenerle, se lanzó fuera de ella, y pronto una parvada de ruiseñores en libertad impregnó de armonías todos los horizontes de la Europa.

Esto se llama el romanticismo, es decir, la emancipación.

El rey se divierte es una de las obras que llevan impresa más hondamente la marca característica de la época. Las mismas grandes pasiones, el elemento trágico presentado de nuevo bajo uno de sus más terríficos aspectos, los mismos gritos del alma, e idéntico estremecimiento del estro poético.

En este drama hay también un tipo de execrable fealdad. Pero bajo la fea corteza hay también un corazón malvado. El autor, por eso, castiga en el padre al bufón. Y el castigo es tremendo.

En el fondo de las otras obras del autor domina la fatalidad. ¡En el de este drama, su mismo autor lo ha dicho, se ve la Providencia!

El teatro, durante la representación de los dramas de Hugo, era un inmenso campo de batalla en donde la victoria, mucho tiempo indecisa, quedaba casi siempre en manos de la juventud.

Y mientras el drama, saliendo de aquel cerebro de bronce como un río de lava, se precipitaba sobre los obstáculos y los fundía, siguiendo en medio de la admiración de la Europa su curso tempestuoso, el hombre de las terribles escenas, cuyo ceño olímpico producía al contraerse con la obsesión de la musa relámpagos y estrellas,

LIBROSMÉXICO.MX

el poeta, el hijo de la lira, recorría los bosques y las montañas, cantaba al mar y a la naturaleza toda, las más bellas estrofas de que puede enorgullecerse el genio humano, salvaba por una deliciosa cuarteta la vida de un hombre, y reía o lloraba de modo que hacía reír o llorar a toda la Francia. Sus dramas eran fantásticas reminiscencias de España, en donde el poeta había pasado algunos meses de su adolescencia. En aquella tierra legendaria, en donde la civilización gótica y la civilización morisca se habían confundido casi, a fuerza de hacerse la guerra, debía atraer muy particularmente esa imaginación, que colocada en la frontera de la poesía del norte, austera y melancólica, y de la poesía meridional, melodiosa y trágica, lo ha reflejado todo; nieves perpetuas y castillos sombríos, la bruja que se esconde en el bosque de pinos y el águila que cuelga su nido de la roca abrupta de la montaña, el viento que silba por entre los rombos de plomo viudos de sus vidrios en las casas feudales, y por entre los cuales pasa gimiendo la bruma de las noches de invierno, poblada de fantasmas y de sudarios flotantes; las pálidas estrellas del norte, su sol velado "que parece una luna", ha dicho el poeta, todo eso lo ha cantado Victor Hugo; ha hecho más, se ha remontado a los tiempos en que el dominio de las razas frías, digámoslo así, era aún general en la Europa, y la intuición de la Edad Media ha sido tan poderosa en aquella alma, que un mundo entero olvidado ya, resucitando a la evocación del poeta, volvió a la luz con sus ojivas y sus monstruos, y sus filigranas y sus encajes de piedra, lanzándose hacia el cielo con la majestad de las selvas germánicas entre las cuales domina el cono gigantesco del pino, como la flecha gótica domina la vieja catedral, perdiéndose frágil y soberbia en el cielo, en cuyo azul parece proyectarse indefinidamente; hizo más aún, resucitó no sólo al monumento, sino al pueblo que lo había concebido, y lo resucitó con sus mismas pasiones, con sus amores y sus odios, sus preocupaciones y su sabiduría, hija de Flamel, sus vagas aspiraciones y sus crueldades gigantescas, y aquel golpe de vara mágica produjo tan rudo sacudimiento en nuestra época, que muchos de aquellos

LIBROSMÉXICO.MX

colosos de piedra, sentenciados a muerte en Europa, en bien de la orientación de las ciudades, han permanecido en pie porque el poeta con su voz de trueno gritaba: "sacrilegio".

Ésta es una faz de aquella imaginación altísima, la que ve al norte; otra hay que mira a la región amada del sol y que no es por cierto la menos bella.

Allí aparece España, el país de los ojos negros y de los pies de hada; el país de la andaluza y de la Alhambra, una maravilla de Dios y otra del hombre; el país de los sueños y de los rosarios, de los gitanos y de las mandolinas, de las mantillas y de los azahares, de los balcones calados y de las escalas de seda; el país de la capa y de la espada, del honor (*Hernani*) y de la pasión (*Ruy Blas*); el país de la tertulia y del abanico, de los cármenes y de los romances, del Manzanares y de Cervantes, del Guadalquivir y de Murillo. Una tierra de poesía y de bendición. Victor Hugo no se contentó con españolizar su masa; hizo más: junto a los recuerdos mariscos de que está sembrado el suelo natal de Garcilaso se puso a soñar, a soñar en el Oriente. Ya conocéis ese maravilloso minarete arábigo desde el cual el cantor sublime estudia toda la pasión, todo el color, toda la pedrería del Oriente; se llama *Las orientales*: en medio de aquella región de la fábula, el poeta hizo resucitar a dos muertas, la Biblia y la Grecia, dos deidades, las dos madres del mundo moderno; de la una había nacido Jesús, de la otra Atenas.

Si el pensamiento de ese libro pudiera tomar una forma material, se convertiría en un joyero de nácar lleno de perlas y de rubíes.

Estas dos facetas del prisma que ha reflejado mejor los rayos de la poesía no estaban separadas por una arista inflexible; al contrario, se confunden constantemente al menor hervor de la inspiración. Esmeralda es una piedra preciosa arrojada en el fango de la Edad Media, llena de las reverberaciones del sol del mediodía. Carlos V, una de esas grandezas batalladoras, que asesinó a su madre en Tordecillas y asesinó a la España en Villalar, es en el drama de Hugo un sueño alemán cruzando por entre los limoneros; la poesía intitulada

LIBROSMÉXICO.MX

"Noviembre", en *Las orientales*, es otra prueba de esta mezcla constante de rayos poéticos dentro del crisol intelectual del maestro; no os asustéis por tal confusión; en ese crisol pueden fundirse todos los elementos y de él saldrán barras de oro puro.

El poeta "que lo sabe todo y lo canta todo", según la expresión de Méry, por los mágicos caminos de su fantasía nos ha llevado a todas las regiones de este mundo, y por su intuición maravillosa del "más allá", ha hecho de la humanidad un Ganimedes, y arrebatados por sus garras de águila, hemos tocado los límites de lo desconocido. La lira de Victor Hugo es inmensa, sobre ella corren todas las zonas; sus cuerdas, en donde nunca se pone el sol, están tendidas desde los pies del Hekla hasta el Himalaya, desde *Han de Islandia* hasta *Los pozos de la India*.

Aquel revolucionario omnipotente vivía entretanto feliz. Rodeado de la más encantadora de todas las familias, adorando a su mujer y a su hijos con una de esas pasiones celestes y que sólo resienten los hombres de nobles instintos y de conciencia honrada; simple y tranquilo en la intimidad del hogar, prefiriendo a los rayos del sol, que tanto amaba la sonrisa de un niño; viviendo entre murmullos y gorjeos y aromas, aspirando con toda la fuerza de su virilidad y de su salud las oleadas de armonía y de perfume que se disputaban por enviarle perennemente los niños, los pájaros y las flores, tres gracias que nadie debajo del sol ha cantado como él, algunas veces aquel inmortal, tan dulce entre los brazos de sus hijos que le rodeaban como una guirnalda de rosas cantantes, que le cubrían de besos y de caricias en cambio de versos y de cuentos, aquel león terrible en la lucha, que había sido el Lutero de la nueva iglesia literaria en cuyo friso podía escribirse, como en el decálogo de la República, "Libertad, Igualdad, Fraternidad" (frase sagrada detrás de la cual se alinea toda la historia, ante la cual se alumbra todo el porvenir), el hombre de la lucha y sobre todo del triunfo sentía de repente una vaga tristeza. ¿Por qué seré tan feliz, Dios mío? —murmuraba en todas sus plegarias aquel iluminado.

LIBROSMÉXICO.MX

El océano le guardaba en sus profundidades una *ananké*. Leopoldina Hugo era un ángel, era la hija de todos los poetas, de todos los artistas, de todos los jóvenes soñadores de la Europa. Todos la habían cantado, bendecido y acariciado. El mundo presentía que los mejores versos del gran poeta se los debería a la preciosa niña, y el mundo se los agradecía de antemano. Las poesías y las flores habían caído como una cascada de primavera sobre la cuna augusta de Leopoldina; todas las hadas se habían reunido en el hogar del poeta cuando nació su primera hija, todas le dejaron un don sobre sus pañales blancos, pero ninguna le dijo: cuídate del mar. Un día —ya la niña era mujer, y era esposa de ese heroico Carlos Vacquerie, que no quiso abandonarla en su tumba inmensa, y mezcló su agonía y su muerte con la agonía y con la muerte de su celestial esposa— el cielo estaba terso y limpio, y como el cielo, el mar de las costas normandas. El puerto del Havre estaba de fiesta; el rey Luis Felipe recibía en su castillo de Eu a la reina Victoria; nuestros dos desposados tomaron una barca para volver por mar a su casa, y en el camino una bocanada de viento hizo zozobrar el frágil esquife.

He aquí todo el drama. Leopoldina no pudo soltar la embarcación, a la que se había colgado con sus dos manecitas. Su marido, que era un excelente nadador, no quiso abandonarla, la abrazó dulcemente en el fondo del mar, y los dos expiraron.

El océano seguía silencioso; el primero que tuvo conocimiento del suceso fue Alfonso Karr, que estaba muy cerca de allí, y que ha consagrado a esta tragedia la página más bella que haya salido de su pluma original y triste.

Así murió la primera hija del poeta. Ese ángel al partir cerró para siempre la puerta de oro de la alegría en aquella casa feliz. Sólo quedó abierta la puerta de hierro por donde debían venir en lo de adelante muchas horas negras, muchas tristezas, muchas lágrimas.

Hay un libro en donde está sellado el dolor del poeta. Este libro es un prodigio de poesía y de llanto. Bajo las estrofas palpitantes se siente una agonía constante. ¡Oh!, cuán pocas veces ha sido dado a

LIBROSMÉXICO.MX

la humanidad contemplar este espectáculo: un poeta que llora a su hija. Desde entonces esta triste palabra: "sombra", hace parte de todos los versos de Victor Hugo. El dolor supremo del padre se desbordó en armonías no presentidas dentro de aquel pecho de titán, y de ahí vino esa Biblia del dolor paternal que se llama *Las contemplaciones*. El recuerdo de la pobre niña muerta tiene un altar en cada palabra, es el libro de las lágrimas. Un poeta, nuestro amigo, nunca lee sin llorar una de aquellas inmortales estrofas:

¡Oh! je fus comme fou dans le premier moment,
Hélas! et je pleurai trois jours amèrement.
Vous tous à qui Dieu prit votre chère espérance,
Pères, mères dont l'âme a souffert ma souffrance,
Tout ce que j'éprouvais, l'avez-vous éprouvé?
Je voulais me briser le front sur le pavé;
Puis je me révoltais, et par moments, terrible,
Je fixais mes regards sur cette chose horrible,
Et je n'y croyais pas et je m'écriais: Non!
—Est-ce que Dieu permet de ces malheurs sans nom
Qui font que dans le cœur le désespoir se lève?
Il me semblait que tout n'était qu'un affreux rêve
Qu'elle ne pouvait pas m'avoir ainsi quitté,
Que je l'entendais rire en la chambre a côté,
Que c'était impossible enfin qu'elle fût morte,
Et que j'allais la voir entrer par cette porte!*

* "¡Oh! Me volví loco en aquel momento, ay, y lloré tres días amargamente. Ustedes que confían a Dios su cara esperanza, padres, madres cuya alma padeció mi dolor, lo que sentí yo ¿lo sintieron ustedes? Quería romper mi frente en el pavimento; me desesperaba, y en ciertos momentos, sólo pensaba, terrible, en estas cosas horribles, y no lo creía y gritaba: ¡No! —¿Acaso Dios permite estas desgracias sin nombre que hacen que en el corazón aflore el desasosiego? Me parecía que todo era sólo un espantoso sueño, que no era posible que me abandonara así, que la escuchaba reír en el cuarto de al lado, que era imposible que estuviera muerta, y que la vería entrar por esa puerta!" [N. del ed.]

LIBROSMÉXICO.MX

Las contemplaciones son para nosotros sagradas. Lo que con ellas hemos sentido, lo que con ellas hemos pensado, no lo podemos decir ahora; acaso algún día. Algunas veces ha venido a nuestra mente la idea de traducir varias de aquellas composiciones. Nunca hemos podido. Para traducirlas se necesitaría ser un gran poeta y tener un hijo; acaso se necesita también ser madre, porque sólo ellas han podido comprender todo lo que hay de terrible y de santo en los vértigos del dolor. Y así es que quien mejor ha traducido a Victor Hugo en la lengua española es Isabel Prieto, un poeta delicioso por el talento, un poeta inmortal por el corazón, y una madre incomparable. Mucho tenemos que agradecer a nuestra ilustre amiga por sus magníficas versiones.

Leopoldina era muy bella: "¡Ah, cielos! —dice Julio Janin—, era una de esas castas y conmovedoras bellezas, de una gracia y de una pureza angélicas. Cuando andaba se le hacía paso, por admiración y por respeto". Una vez desaparecido ese rayo de sol, la frente del poeta se bañó de tinieblas; el poeta de la vida concluyó para dar lugar al cantor, al redentor con la palabra, de todas las esclavitudes. Pensó mucho el semidiós sobre la tumba de Villequier que contenía los dos cuerpos adorados. Allí comprendió que el mejor lenitivo que podía encontrar para su sufrimiento era el de consagrarse exclusivamente al sufrimiento de los demás, que la caridad ha sido siempre el bálsamo de nuestras propias heridas.

Victor Hugo comprendió la caridad de una manera inmensa. Hasta entonces sólo había socorrido a los pobres; entonces comprendió que era también preciso socorrer a los pueblos, esos sublimes indigentes. La levadura democrática entró definitivamente en la gigantesca composición de aquella alma.

Desde ese instante comenzó en el hombre una revolución inmensa, el poeta se hizo profeta ("vates"), el pensador se hizo republicano.

Cayó Luis Felipe, la transición hecha rey, según una expresión de *Los miserables*, y Victor Hugo, cuya palabra generosa había resonado

LIBROSMÉXICO.MX

con tanta elocuencia en la cámara de los pares en favor de la familia Bonaparte, se presentó ante el sufragio universal para representar al pueblo. El pueblo le envió a la asamblea. Allí se reveló el tribuno.

La cabeza asquerosa de la reacción, esa otra *ananké* que aún aguarda en el mundo un aplastamiento definitivo, apareció en el seno de la representación nacional. Victor Hugo no la aplastó, pero sí la mostró al mundo en toda su asquerosa fealdad. La lucha trabada con las viejas ideas y con las torpes aspiraciones fue inmensa. El corto espacio de que podemos disponer, así como la marcha necesariamente literaria de este estudio, nos impide examinar esos bosquejos de elocuencia volcánica en que el lirismo de Tirteo se hermanaba con el sarcasmo de Juvenal, para herir, para matar, ya que no en el dominio de los hechos, sí en la conciencia humana, aquel motín de pretorianos que amenazaba entronizarse en Francia y que se entronizó por fin en un día de borrachera. Victor Hugo luchó sin tregua hasta el último momento, y cuando todo estaba perdido, excepto la honra, el gran poeta abandonó el suelo de París empapado de sangre y tomó el camino del destierro. Dieciocho años hace...

Nuestro propósito de completar un estudio sobre el hombre de que hablamos, y sobre su influencia en el destino de la literatura universal, no puede concluir en esta publicación, por circunstancias independientes de nuestra voluntad.

En otra parte verá la luz pública un trabajo que titularemos "La labor del proscrito", y que servirá de complemento a este artículo. Victor Hugo necesita estudiarse con mucha atención en el destierro. Su figura ha ascendido, pero envuelta en una nube, como Jesús en las cristofanías evangélicas. Sin embargo, su acción se hace sentir cada vez más poderosa sobre la tierra. Los libros inmortales de Hugo nacieron en su patria, los libros divinos vienen del destierro. Acaso en esa su isla solitaria le guarda el cielo una tumba. Nosotros o nuestros hijos la regaremos con lágrimas, la arrullaremos con nuestros himnos; entonces la voz mezquina de la crítica se apagará,

LIBROSMÉXICO.MX

y la envidia seguirá formando un contraste negro a la más espléndida figura de nuestro siglo.

¡Maestro! ¡Recorre con tus miradas, que saben ser tan buenas para los pequeños, estos humildes renglones dedicados al poeta que se hizo apóstol, al apóstol que se hizo profeta, al profeta convertido en mártir! ¡Desde tu hogar, en cuyos cimientos duerme como un terrible guardián de tu grandeza el océano, recibe a la humilde golondrina americana, que para poder cruzar los espacios busca tu sonrisa de soñador, tu bendición de anciano.

LIBROSMÉXICO.MX

GUIZOT*

Victor Hugo ha dicho: Guizot es la fuerza. Meditemos un poco sobre la gran vida que acaba de apagarse, para comprender hasta dónde esa palabra, resumen de la historia de un hombre, es admirablemente exacta.

No queremos hacer su biografía, no lo podríamos tampoco: labor es esta, sin vanidad ni hipocresía, superior a nuestros alcances. Podemos decir lo que sobre este hombre pensamos, pero no podemos juzgarlo. Tienen que doblarse muchas hojas de la historia humana, tienen que pasar por el cauce eterno del tiempo muchas generaciones, para que el juicio de estos seres complejos que se llaman "los grandes hombres" llegue a pronunciarse en un tribunal inapelable. Tienen el privilegio de reservar su biografía, no a un escritor, sino a una época: figuras de semejante talla no son medidas sino por el porvenir.

A la manera de esas corrientes poderosas que entran en pleno océano sin torcer su ruta ni perder su composición, François Guizot ha entrado al océano tempestuoso de un tiempo que no era el suyo ya; ha visto su día siguiente sin desviarse del camino que se había trazado hacia su magnífico ideal político, la identificación de

* *El Federalista*, México, 24 de septiembre de 1874, pp. 1-2.

LIBROSMÉXICO.MX

la libertad y del orden, sin perder la indecible energía de su carácter, ni los viriles elementos de su genio.

Algunos hombres como éste dejó tras de sí la Revolución francesa; el espectáculo de tanto dolor amalgamado con tanta grandeza era propio para imprimir en las naturalezas concentradas y reflexivas un sello indeleble de seriedad austera. Como las armas olímpicas en la roja llama del Etna, así se templaban los corazones en aquel incendio gigantesco que no sólo ha dejado ideas, sino que también dejó almas.

Como político, M. Guizot murió en 1848, y tuvo el orgullo, a nadie dado aún, de llevar a su tumba de hombre público una faz entera de la historia de su país; murió con él la Francia representativa. M. Guizot ha sido más que un personaje histórico: ha sido la historia misma, y su biografía puede llevar por título: *Historia del gobierno parlamentario en Francia*.

Pero al hombre de Estado sobrevivió el pensador. Para aquél una revolución pudo ser un límite, pudo ser un sepulcro; para éste no significaba sino una transformación, quizá porque las grandes conmociones sociales sólo perturban un momento los horizontes serenos del espíritu humano; porque si el hombre es un ser limitado en el tiempo, el tiempo del genio es la eternidad.

"Otros —decía en las primeras palabras de sus Memorias M. Guizot—, otros marcarán algún día con justicia nuestro lugar en la historia de nuestro tiempo." Ese estudio será, sin duda, uno de los más fecundos en sólida enseñanza para el que sepa intentarlo.

De vuelta de Ginebra, adonde había ido a refugiarse su madre cuando la guillotina le hubo arrebatado a su esposo, el joven profesor calvinista permaneció en París retraído y silencioso, hasta que M. de Fontanes, que hacía no sin cierta gracia el papel de mecenas del nuevo César, le elevó a la altura de profesor de historia en la Sorbona. A los 25 años (1812) contrajo matrimonio con una mujer de 40, la célebre colaboradora de *El Publicista*, Paulina de Meulan.

LIBROSMÉXICO.MX

M. Guizot entonces se ocupaba de literatura, escribía algunos bellos artículos sobre *Los mártires* y se atraía el aprecio de Suard, de Mme. de Staël y de Chateaubriand. En aquel tiempo en que el tremendo despotismo de la gloria pesaba sobre el pueblo francés, el austero protestante se hacía notable ya por su discreción, por su ciencia, por la intachable severidad de su vida. La sociedad de entonces, encontrando vedado el campo de la política, llevaba todo su ardor por los anchos senderos de la filosofía, de la historia y de la literatura. No que sobre estos tres géneros de estudio dejase de pesar también la mano del déspota, sino que como en ellos tomaba un carácter de pura abstracción el sentimiento de la libertad, pasaba más desapercibido para aquel arrogante despreciador de los ideólogos.

Esta sociedad, que persistió y se ensanchó más bajo la restauración, que no se alteró sino bajo el reinado de Luis Felipe para ceder el puesto a nuevos elementos después de 1848, compuesta de monarquistas volterianos, de republicanos de ayer, príncipes hoy adoradores del orden, de antiguos nobles que o aceptaban los principios de la Revolución como una triste necesidad, o la rechazaban con santo horror con José de Maistre, de cristianos sentimentales, cuyo evangelio era *El genio del cristianismo*, esa hermosa epopeya del cristianismo plástico; formada, en fin, de elementos heterogéneos que se habían precipitado a un centro común, cuando la Revolución como una inmensa máquina neumática hubo hecho el vacío sobre toda la Francia; esta sociedad veía con extrañeza aquella figura juvenil que parecía sellada en la frente con un siglo de pensamientos; que cuando todos forjaban teorías, él exponía dogmas; que cuando con la gentil ligereza del genio francés, todo era excursiones por los ideales horizontes de la utopia, él se fijaba en una convicción, en una creencia, en una doctrina, que fue la de toda su vida: orden y libertad que, traducida a los hechos prácticos, quería decir: gobierno parlamentario como en Inglaterra.

Esta doctrina, cuyo símbolo de fe fue la carta de 1830, demasiado exclusiva y que tomaba el carácter de una revelación nueva,

LIBROSMÉXICO.MX

cuando descendía de los labios de M. Guizot, reconocía hasta cierto punto todos los principios de la Revolución; pero normando la práctica de estos principios por las necesidades del tiempo, arbitrariamente clasificadas, lo aplazaba todo, y gustaba hasta de usar en pro del principio de autoridad, de los medios represivos con tanto ardor reprochados al absolutismo. Tal fue la historia política del más notable representante del partido doctrinario.

Después del huracán revolucionario que echó por tierra el solio de los Borbones en 1830, M. Guizot, designado por la opinión, entró al poder. Fijos los ojos como en su ideal práctico en el pueblo inglés, el hijo de los hugonotes, cuya pasión era plegar las costumbres políticas de la Francia a las del país modelo, plegaba también, sin quererlo, la nacionalidad francesa a la política de ultra-Mancha. El orgullo francés fue el arma más terrible que esgrimió la oposición contra la nueva dinastía, y a este orgullo patriótico respondía el ministro de Luis Felipe con su orgullo personal: "Amontonad injurias sobre injurias y calumnias sobre calumnias; jamás llegaréis a la altura de mi desprecio", decía con su rigidez soberbia en la tribuna parlamentaria, dirigiéndose a la izquierda de la asamblea. Esto lo perdió, y perdió a la monarquía. Comprometido en este camino, fácil de prever era su término. Las medidas represivas del sufragio y de la libertad crecieron, y crecieron hasta que el cetro se rompió en las manos del sabio...

Después de 1848, todavía llevando sobre su cabeza el polvo de un trono en ruinas, M. Guizot hizo solemnemente su entrada en la sombra y en el reposo. Reanudó en el retiro sus estudios de historia y de filosofía y reapareció ante el mundo, grande como el pensamiento y dogmático como la fe, haciendo con las memorias de su vida la defensa soberana de su eterno principio: el orden y la libertad.

M. Guizot, convencido de que vivía en una época esencialmente revolucionaria, ha vinculado toda la autoridad de su palabra a la defensa del principio del orden: lo ha buscado en sus gérmenes filosóficos más elevados, lo ha encontrado en los dogmas del cristia-

LIBROSMÉXICO.MX

nismo y lo ha hecho preceder a toda sociedad, a toda historia, a toda creación; lo ha analizado en sus manantiales históricos más profundos, y ha descompuesto la sociedad europea en general, y la sociedad francesa en particular, en sus elementos primordiales, para mostrar, no sólo en las lecciones imperecederas de los acontecimientos históricos, sino en el modo de ser de la raza humana, en todas sus manifestaciones sociales, como única verdad, como única base de la historia y de la política, el principio de autoridad que él soñaba ver robustecido para siempre, por el libre concurso de todas las voluntades.

Por eso el monarquismo, para el autor de la *Historia de la civilización en Francia*, no es una fe apoyada en la tradición y en la revelación, no es tampoco una transacción entre el pasado y el porvenir, es un dogma racional, es una religión política, demostrada de un modo incontrastable por la filosofía y por la historia. Y no la monarquía como quiera, sino la monarquía constitucional, la autoridad real, apoyada en el concurso de la nación. Así, el sistema de M. Guizot trunca y mutila el progreso humano; así, señalando como ideal del gobierno político la monarquía, limita y nulifica un gran principio que él ha reconocido, y que se apoya como ninguno en la razón, que a M. Guizot ha servido para hacer esa teoría final de la historia, que él llama la monarquía constitucional; este principio es la voluntad nacional, es decir, el sufragio universal.

Nadie ha juzgado con más viva y noble simpatía las instituciones americanas y el carácter incomparable de su fundador que M. Guizot. ¿Cómo no encontraba allí una solución práctica del problema de las formas de gobierno el pensador ilustre? Él no profetizó a la Unión Americana el día de la destrucción, como su inmortal amigo Lord Macaulay. Entonces, ¿cómo lo que era absoluto en Europa, era en América relativo? Las sociedades nuevas, piensan los doctrinarios con M. Guizot, son las únicas que pueden ser republicanas. Pero ¿por qué se llaman nuevas estas sociedades? ¿Han llovido acaso del cielo? No; son los eternos componentes de la especie humana,

LIBROSMÉXICO.MX

renovados, vivificados por el aliento de una gran idea, de una gran pasión. Viejos como el mundo jafético eran los puritanos, fundadores de la sociedad americana, y sus hijos han sido los hombres de la democracia y de la libertad. Por eso es también nueva la actual sociedad europea; M. Guizot, que ha analizado, con un vigor que nadie como él ha tenido, las causas que produjeran la civilización contemporánea, ha debido ver todo lo que hay de definitivo, de final, en el carácter democrático de la época, en cuyos destinos tanto influyó con su genio y con su fe.

¡Perenne contradicción de la vida humana, reflejada en pequeño en el alma de los pequeños y en grande en el alma de los grandes! ¡Luchas y combates de la hora presente, que tienen por liza una sociedad o un corazón! ¿Quién ha estado exento de ellas? ¿No es el doloroso privilegio del genio hacer a un siglo entero cómplice de sus errores?

M. Guizot ha llevado al campo inmenso del saber humano, que su talento supo abrazar, las mismas cualidades, los propios errores. En religión, ha sido el jefe del calvinismo ortodoxo, que también pone un límite autoritativo al principio fundamental del protestantismo: la libertad de conciencia; en filosofía, basa en un axioma que aún no admite la ciencia (la negación de la generación espontánea), la demostración racional del dogma del primer hombre, de donde hace derivar, como rigorosas consecuencias, los dogmas cristianos, y confunde así la metafísica con la religión, como confunde la moral con el derecho. En literatura, su estilo siempre elevado y espontáneamente noble y magistral es la expresión más admirablemente adecuada, es la forma más perfecta de su pensamiento altivo y rígido.

El hombre que a los 87 años de edad ha muerto inclinando la frente sobre sus libros de estudio, poseía uno de esos cerebros de la gran generación europea de 1830, que son la admiración del sabio y la estupefacción del vulgo. Este hombre ha trabajado 70 años de su vida sin cesar, sin descansar una hora, y después de haber escrito muchos volúmenes, de los cuales no hay uno solo que no sea

LIBROSMÉXICO.MX

notable, siendo admirables la mayor parte de ellos, en los últimos días de la vejez, casi desde la tumba, cuando el espíritu ha agotado más savia de la que hay en las venas de una generación entera, se le ve, se le siente renovarse, recobrar el vigor de la juventud y recapitular su ciencia histórica en una obra monumental de patriotismo, de sabiduría y de inquebrantable fe en el porvenir (*Historia de Francia contada a mis nietos*, 1871-1873).

Los últimos terribles acontecimientos que hicieron peligrar la nacionalidad francesa y que él había previsto llevaron al fondo de su pacífico asilo un eco fúnebre que había de paralizar un momento su cerebro y su corazón. Al volver a la vida, aquel hombre de bronce estaba ya herido de muerte, y cuando el venerable salvador de la Francia republicana, su compañero y su rival algunas veces en las luchas políticas, venía a pedir consejo y aliento a su amigo, las lágrimas de desaliento en aquellos gigantes; muda profecía de grandes angustias, de dolores inmensos para la Francia del porvenir.

Este hombre ha llegado a la tumba, inmaculado como entró a la vida; pudo errar, jamás faltó. Jamás creyó posible una transacción entre su conveniencia y su deber; por eso su palabra tiene el indecible prestigio de la virtud; por eso los oscuros, los lejanos, los ínfimos soldados de una generación que piensa y quiere de otro modo que pensó y quiso M. Guizot, avasallados por la pura austeridad de la vida quizá más que por el esplendor del genio, llegamos a esa tumba temiendo que nuestra palabra sea una profanación, porque yace bajo su polvo un hombre justo; y con la cabeza descubierta nos despedimos para siempre del que ha legado un ejemplo tan grande a la historia, un nombre tan puro a su país, un sepulcro sobre el cual pueden grabarse, como la síntesis de su vida, las dos palabras más augustas del lenguaje humano: ciencia y conciencia.

LIBROSMÉXICO.MX

LIBROSMÉXICO.MX

ÍNDICE

Nota editorial 7

VARIOS

De México a Toluca. Impresiones de viaje
en un tren de prueba 11
Los descamisados 36
Los teatros 49
La tumba de Manuel Acuña 52
El barón [Gostkowski] 54
El tiempo 59
La ambición 66
Melchor Ocampo 73
Garibaldi 76
Los poetas 83

HISTÓRICOS

Rectificaciones históricas. Robespierre
y el doctor Barreda 99
La guillotina y María Antonieta 125

LIBROSMÉXICO.MX

Un episodio de la historia de los reyes católicos.
(La locura de la reina doña Juana de Castilla,
según nuevos documentos) 130
México social y político. Apuntes para un libro 140

LITERARIOS

La literatura en México y otras cosas 195
Literatura extranjera contemporánea 204
Las ruinas de Uxmal 212
Prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera 218
Prólogo a *Peregrinaciones* de Rubén Darío 236
Los versos de Guillermo Prieto 248
Crítica literaria 250
Lamartine 261
Victor Hugo 295
Guizot 321

LIBROSMÉXICO.MX

Ensayos y artículos escogidos, con un tiraje de 2 000 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2014, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo núm. 244, col. Paraje San Juan, Iztapalapa, D.F. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

LIBROSMÉXICO.MX